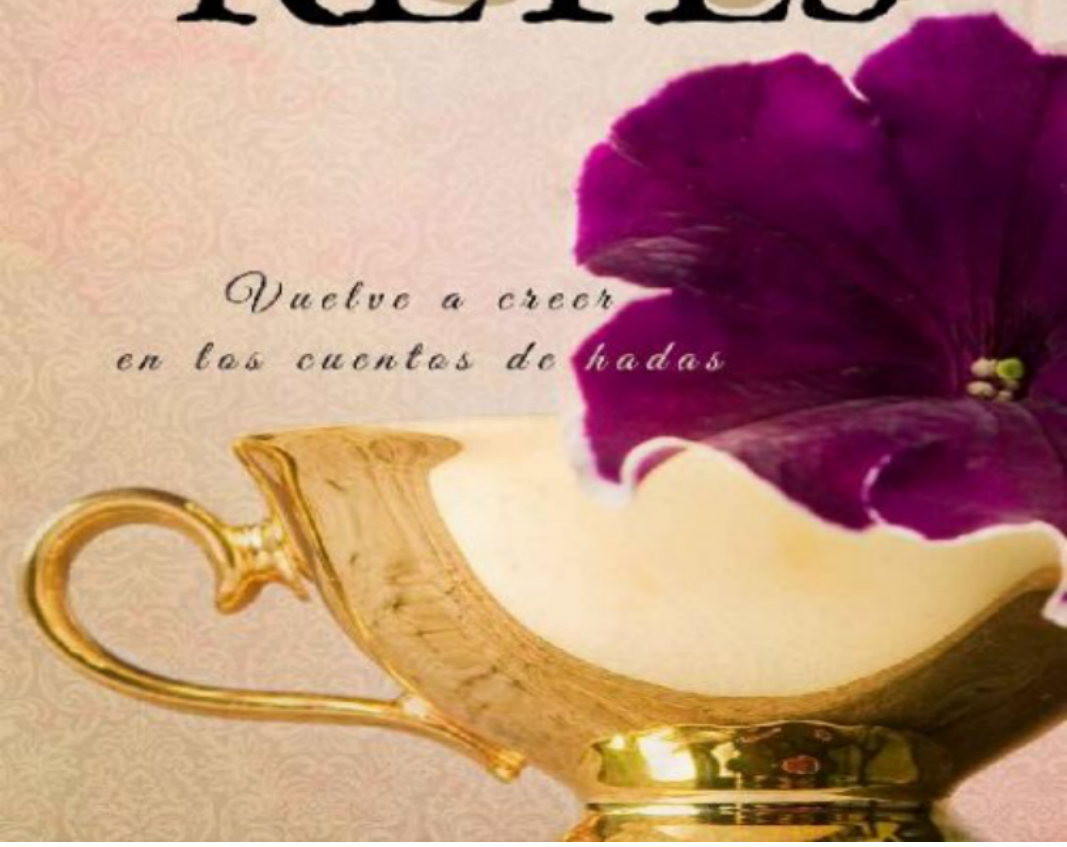
ANDREA P. MUÑOZ

HIJA DE REYES

Vuelvo a creer en los cuentos de hadas



HIJA DE REYES

ANDREA P. MUÑOZ

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra sin el consentimiento de su autora.

Todos los derechos reservados a ©Andrea P. Muñoz
Obra registrada en ©SafeCreative
Código:1605257850744

Imagen portada ©Fotolia ©fotoatelie 96290978
Portada digital: Depositphotos
Diseño portada ©AndreaPérez
ISBN-13: 978-1537154596

ISBN-10: 1537154591

A todos aquellos en los que aún perdura el alma aventurera. Porque si no creemos en los cuentos de hadas y la fantasía, la gris realidad terminará devorándonos.

Andrea P. Muñoz

«¿Y de qué sirve un libro —pensó Alicia— si no tiene ilustraciones ni diálogos?»

Alice in Wonderland, Lewis Carroll.

NOTA AL LECTOR

Esta novela nace del deseo de satisfacer a mi niña interior pues bebe directamente de influencias tales como los cuentos de hadas, leyendas tradicionales y demás mitología popular, especialmente la grecolatina. Esa era mi pequeña y particular forma de rendir homenaje a esos cuentos y leyendas tales como Alicia en el País de las Maravillas o Robin Hood, que hicieron de mí una fanática de la lectura hasta el punto de atreverme a blandir mi propia pluma (o al menos a intentarlo con mucha dedicación y cariño).

En Hija de Reyes, primer libro independiente de la Serie Fae, encontraréis un mundo plagado de personajes intrépidos, enamoradizos, vengadores y aventureros que esconden en su persona miles de anhelos. Espero que disfrutéis con la lectura tanto como yo he disfrutado escribiendo.

Andrea P. Muñoz
Septiembre de 2015

PRÓLOGO

Bajo la oscilante luz de un crepúsculo eterno, bajo la bóveda de un cielo siempre vivo dónde las estrellas nacen y mueren en silencio, se encuentra el País de Aravelia. Un reino aunado por la mirada de las divinidades y de las musas de los Antiguos Tiempos, aquellas que con sus voces ensalzaban al son del viento los encantos de este bucólico paraje de tierras exóticas, mágicas y hermosas desde sus altos templos de columnas doradas allá en el reino de los cielos . Sin embargo, no siempre la belleza de estas tierras había permanecido intacta, pues la llamada Guerra Roja había rasgado el País de Aravelia, sumiéndolo en la oscuridad de un corazón roto, en la melancolía de una mirada desconfiada y en la destrucción de una Reina sin corona.

Bajo los estandartes de corazones carmesíes la ilegítima Reina Irina había usurpado la capital de Aravelia, la Ciudad Blanca, arrebatando del trono a su media hermana Miranda de Brishot después de que el padre, del que ambas compartían lazos de sangre, fuera vilmente envenenado con los mortíferos pétalos violáceos de la belladona. Aquellos días se recordaban por los Aravelienses con tristeza, pues cuando pensaban en la llegada al poder de la Reina de Corazones (apodada así por el corazón del padre que orgullosa había guardado en un cofre a los pies de su trono) otra imagen se formaba en sus memorias: la mirada vacía de la idolatrada princesa Miranda después de que su cuello fuera degollado por el filo plateado de la guillotina en la plaza de los rosales. Transformando en el acto aquel jardín de maravillosas flores de pétalos blancos como el plumaje de un cisne a los pétalos más rojos que pudiera imaginarse.

Por suerte para todos ellos, el consejero del envenenado Rey Jacobo, el zorro de pelaje cobrizo, el Señor Tydwill, encargado de la maquinaria del reloj de la gran torre, había buscado, mientras huía de Irina y de sus súbditos feéricos, por entre todas las madrigueras hechizadas a alguien que acudiera en su auxilio.

Alyssa Legrand había sido arrastrada desde el patio de su pintoresca casa en las costas francesas mediante una madriguera abierta por el mágico reloj de bolsillo que el señor Tydwill guardaba con celo hasta el País de Aravelia. Junto al coraje de su corazón puro ni siquiera la Reina de Corazones fue capaz de detenerla. En compañía de sus amigos de viaje: el zorro cobrizo, el apuesto librero Dorian y el Caballero Loco, a quienes había conocido durante su periplo; la joven Alyssa había logrado entrar en el castillo blanco y robar la daga del primer hombre, aquella

destinada a clavarse en el corazón de Irina. Sin embargo, Alyssa, conocida durante su aventura por la bondad que en ella albergaba había decidido desterrar a la Reina de Corazones, apresándola allí donde la brisa marina perdía el lamento de los condenados, la Galera del Viento, una prisión de paredes rocosas situada en la Isla de la Eternidad, el hogar donde la magia más primigenia cohabitaba entre los Reinos.

Aquella recóndita isla poseía la cascada de la eterna juventud, descrita por los eruditos como un pequeño paraíso terrenal. Numerosos príncipes, caballeros y piratas habían enloquecido en su búsqueda; Y es que ésta no era de fácil acceso pues estaba oculta tras la hondonada de las hadas, protegida por sus pequeñas y aladas criaturas que de aspecto frágil engañaban a primera vista pues podían llegar a convertirse en las más temibles criaturas conocidas.

De nuevo las tierras de Aravelia permanecían más bellas que nunca y toda su geografía exaltaba la hermosura que había perdido una vez en la guerra, excepto, tal vez, por una ciudad. En el norte cerca de la frontera con las tierras heladas de Erlaria, se alzaba la Ciudad del Cuervo, conocida por haber sido el dominio de la Reina Oscura, Katrina, y por haber sido el hogar de la princesa Blanche, llamada así debido a que su nacimiento tuvo lugar en el día más blanco del invierno donde la fría nieve cubría incluso las delicadas sábanas de escarcha.

En los Antiguos Tiempos era famosa por sus exuberantes manzanos y por la más deliciosa sidra que se podía catar en los banquetes reales. En lugar de todo ese pintoresco paisaje, después de la Guerra Roja, sólo era un páramo infértil lleno de ceniza donde el polvo ennegrecía incluso las nubes más pálidas. Rodeando la ciudad extendiéndose por casi toda la tierra se encontraba el Bosque Frondoso, hogar de la Compañía de los Hombres Libres, una troupe de forajidos y proscritos que luchaban por los olvidados del Reino liderados por el intrépido Richard Hollygrant, un hombre que si lo que cantaban los juglares de la corte y los bardos era cierto, había sido, hacía mucho, un príncipe desterrado.

Siguiendo el sendero hacia el Oeste, la imponente Ciudad del Dragón, donde se entrenaban a todos los soldados de Aravelia. Famosa por las leyendas acerca de sus caballeros de la mesa de plata y por la enigmática figura de su Rey, el rey Draco Pentrose, homenajeando en su nombre a su ciudad y al blasón de su bandera: Un dragón dorado sobre un fondo de vivo escarlata. Ésta se conocía también por ser la primera ciudad del País de Aravelia en poseer el mayor mercado de esoterismo, religión y brujería. En sus

pintorescos puestos, podías toparte tanto con talismanes que alejaban la mala fortuna como alas y plumas de grifo pasando por los típicos ojos de tritones y tarros de polvo de hadas. En cambio, también era famoso por su no tan legal mercado negro, donde los hechiceros y errantes chamanes provenientes de las cálidas tierras de Suranta ofrecían opiáceos realizados a partir de las relucientes escamas de las orugas azules.

Un poco de oruga azul mezclado con el té o el vino y te avivaba unas alucinaciones coloridas repletas de árboles cantores, gatos violetas de sonrisas siniestras provocando además la alteración de la percepción, haciendo que los soldados perdieran su figura para pasar a ser planos y extraños como una vulgar baraja de cartas del tarot. Ni el más gigantón de los hombres podía permanecer impune a sus efectos.

La oruga azul fue la droga causante de la locura del Caballero Loco, aquel que con artimañas ayudó a una joven muchacha a detener la Guerra. Después de ser coronada reina por votación de un consejo de nobles, la salvadora Alyssa Legrand tuvo que enviar al Caballero Loco, cuyo verdadero nombre era Calaghil Ojo de Halcón, junto a las Hermanas Solitarias, una orden de mujeres dispuestas a realizar el bien. Eran tanto enfermeras, como institutrices y nodrizas. Aquellas mujeres poseían la mayor biblioteca conocida repleta de pergaminos antiguos, donada en parte por la duquesa Violet de Beumont, quienes las malas lenguas como su antiguo librero personal Dorian (y rey en funciones) decían que se había casado con una bestia. El hogar de estas mujeres, La Fortaleza Solitaria, se hallaba amurallado y cercano al lago de Cristal.

No había mucho que decir del Lago de Cristal salvo que era la morada de Brunilda y que se creía que su agua tenía poderes curativos. También, que podías pedirle tres deseos a dicha dama si ésta te creía merecedor de ello habiendo resuelto antes un viejo acertijo como si de una esfinge del Antiguo Mundo de las musas se tratase.

Al sur del País de Aravelia se erguía la Ciudad de Jade, en el interior de los Dominios de Elinor, de donde habían salido los mejores músicos y bailarines. En sus fronteras, se escondían las Cuevas del Destino, repletas de estalactitas, que según el hechicero consorte del Rey Draco, Merlion, tenía poderes adivinatorios.

Y por último, al este de la capital, la Ciudad Blanca, se encontraba las montañas de las Musas, deidades a las que las amables gentes veneraban; Próximas a ellas quedaba La Bahía del

Tuerto, plagada de tabernas como la vieja Gruta de Cora y gobernada por los más rufianes piratas.

Pero volviendo a Alyssa y la Guerra Roja que marcó un antes y un después en todos esos lugares, habían pasado poco más de ocho meses desde entonces. Ahora, la bella muchacha miraba a través de las sedosas y transparentes cortinas del castillo, la ciudad a sus pies. Su ciudad, incapaz todavía de creerlo. El contacto de la tela le recordó al agua fluyendo de un manantial y apartó sus dedos rápidamente pues estaba fría como un témpano. Abajo, en el patio de los rosales volvía a lucir el color blanco, estaba nevando y a vista de la joven e inexperta reina, todo parecía cubierto de un ligero velo de diamante.

Era tan hermoso…

De pronto notó una patadita y se llevó las manos a su vientre, allí donde su futura hija le había tocado, soltando un pequeño quejido. Acto seguido, el Rey Dorian II se despertó de su butaca, donde había permanecido en estado de alerta durante la noche junto a la cama de su joven esposa. Aunque ya de madrugada, no había podido escapar de los brazos de Morfeo, el señor de los sueños.

El joven rey Dorian II de veintiún años, se había enamorado perdidamente de Alyssa durante la cruenta Guerra Roja. Por ello, secretamente y avergonzado, Dorian Vipond, antiguo librero y compañero de Alyssa en su aventura se sentía agradecido a Irina de Brishot, la Reina de Corazones, por su subida al trono y el despotismo que hizo que el zorro Señor Tydwill encontrara a quien desde entonces había considerado su reina y su único amor.

La mano del rey acarició el vientre abultado de la joven.

—Alyssa, vuelve a acostarte.—Dijo éste.—No es bueno que te quedes tanto rato junto a la ventana y menos con este imprevisible tiempo.

Dicho esto, afuera comenzó a lloviznar y con cada gota de agua que alcanzaba el suelo, la dulce reina soltaba un alarido de dolor.

La joven vio como Dorian se llevaba las manos a la cabeza y se precipitaba hacia el pasillo de largas alfombras en busca de la comadrona y su corte de doncellas. Una vez fuera de la habitación, la temerosa muchacha se reclinó con dificultad en la cama adosada con florales motivos dorados. La luz y el sonido que acompañó al relámpago que cruzó el cielo fuera de los muros, le hizo estremecer. Parecía que los dioses de aquel mundo que aún trataba de comprender, estaban furiosos.

En esos instantes pensó en su madre Alanna y en su gatita de

manchas moteadas a quienes había dejado atrás. En esos momentos de incertidumbre, como en casi todos los días que había pasado en Aravelia, las echaba de menos y rezaba con todas sus fuerzas para que no se olvidaran de ella. Aunque sabía que lo mejor era que lo hicieran. Pues en aquellas tierras era una reina, había encontrado el amor y no pensaba volver atrás. No pensaba volver jamás.

Un segundo relámpago tronó con su voz ronca y ella se dobló sobre si misma cuando el bebé se agitó en sus entrañas. Cogió fuertemente uno de los pliegues de su vestido sobrellevando de esta manera el intenso dolor.

De repente se fijó en la sangre, que corría como un río de rubíes de entre las sábanas como si una mano invisible hubiera derramado una copa de vino sobre éstas. Realmente la reina de dorados cabellos estaba asustada y si antes no se había preocupado, ahora no dejaba de pensar en que era demasiado joven para tener un hijo. Sin embargo, antes de que la desesperación se adueñara de ella por completo, la comadrona y su séquito de ayudantes entraron en el dormitorio real.

Una nueva vida estaba en camino y con ella una historia que los habitantes de Aravelia no olvidarían jamás o al menos hasta muchos eones después, cuando de las mentes de los bardos desapareciera el recuerdo de aquella hija de reyes.

1

Oscuridad. Gritos. Dolor. Humedad. Hierro. Sangre.

Mientras el parto de Alyssa transcurrió con total normalidad, no pudo decirse lo mismo de la mujer que estaba a punto de alumbrar una inocente criatura entre la inmundicia de una solitaria, inhóspita y lúgubre celda.

Irina de Brishot, reina de Corazones, se llevaba su única mano libre al vientre, allí donde las convulsiones habían atacado con más fuerza. Con lágrimas en sus extravagantes ojos borgoñas, se lamentaba del destino de su pequeño retoño, si no es que antes nacía muerto pues no era de extrañar dado el lugar en el que se encontraba. La Galera del Viento, en la recóndita Isla de la Eternidad, era lo más parecido al Hades en aquellas tierras.

Recordaba con increíble pavor la primera vez que había puesto un pie en la prisión meses atrás. Ni siquiera la cándida Alyssa Legrand se había dignado a aparecer por allí, en su lugar la prisionera había sido acompañada por el séquito real. Una panda de caballeros sin estómago quienes tenían demasiada prisa por dejar el lugar impregnados del olor a miedo, desolación y heces que se respiraba allí. Lo único que la condenada había vislumbrado, pues había hecho todo el camino con los ojos vendados, era el largo pasillo angosto y putrefacto, debido a la humedad, infestado de puertas de hierro macizo incrustadas en la roca. Detrás de cada una de ellas se escuchaban los gritos agonizantes de los presos, el tintineo de las cadenas arrastrándose por el suelo cuando no se escuchaban los golpes en las paredes de piedra y las canciones de piratas. En el tiempo que llevaba presa, Irina de Brishot se había aprendido de cabo a rabo canciones como “El llanto del mar”, “Sirena embaucadora” y “La bruma de los pescadores”. Intentó sobrellevar el dolor ocupando su mente con una de aquellas melodías.

No temas, mujer.
Ya no dolerá.
Deja que te mezan las olas.
Cae la sangre como la lluvia.
Las lágrimas de una mujer.
El mar en sus ojos.
La muerte en sus labios.
Ya no dolerá.
El mar como un hijo te acunará.

Unos pasos se escucharon por encima de la trémula y débil voz de la joven. Por fin iba a llegar la ayuda por la que tanto había

rezado a su diosa, la única y verdadera, Danú. Incluso después de haber probado las dulces mieles del poder y la realeza, ella nunca olvidaba sus raíces feéricas.

Irina pegó su oído a la puerta, escuchando como unas llaves giraban en la cerradura.

«Gracias al cielo», pensó la desesperada mujer.

Sin embargo, sus plegarias quedaron reducidas a la nada en cuanto vio quien entraba por el umbral de la puerta.

Era el cruel Tobías Floreau.

Tobías había sido el segundo de abordo en el navío de su Señora de Santa Moira. Un barco que hacía honor al amor que sentía el Capitán James Silverlight hacía una joven gitana a la que había conocido en un burdel de la Bahía del Tuerto mientras ésta echaba las cartas del Tarot.

—Deja de gritar mujer, hemos traído a una Hermana Solitaria para que asista el parto.—Dijo el señor Tobías Floreau haciendo resonar su horonda papada.—No quiero que mueras al dar a luz a ese bastardo. Todavía tengo que disfrutar un poco más de verte pudriéndote en esta celda.

De todas las palabras que dijo, Tobías escupió la palabra "bastardo" como si hubiera dicho la peor maldición del mundo.

Y para él lo era.

Durante años había sido un paria en la ciudad del Dragón, era un bastardo. Un bastardo y un inútil en la herrería. Por ello se había escapado de allí, dejando a su severo padre, siendo un chiquillo rechoncho e ingenuo, para poner rumbo a la Bahía del Tuerto, donde había seguido al capitán Silverlight por todo lo largo y ancho del Mar Bravo.

Un desgarrador grito se escuchó provenir de Irina. Con terror vio como la hermana solitaria se precipitaba en el interior de su mugrienta celda.

Era demasiado joven para saber lo que hacía, pensó Irina acerca de la muchacha que había entrado tras Tobías.

La reina de corazones rehusó cuando ésta fue a tocarle el vientre. Sin embargo, la hermana solitaria la calmó a golpe de susurrarle al oído que su hijo estaría a salvo.

—Estas en buenas manos.—Dijo Rhonda Green, la muchacha.

Enseguida, Rhonda se puso manos a la obra. Por una vez, su debilidad se quedó a un lado y juntas, lograron traer al mundo a la criatura más preciosa que se hubiera visto.

Era un niño.

El pequeño retoño abrió sus enormes ojos a la vida mirando de

forma curiosa. Había heredado el color borgoña del iris de su madre, pero éstos eran tan oscuros que podían llegar a confundirse con el color del chocolate.

La joven y devota hermana solitaria fue a entregarle el bebé a la sudorosa reina, sin embargo, Tobías la interceptó y le arrebató al recién nacido de entre sus brazos.

Irina se apartó su pelo negro de la cara, que debido al esfuerzo y al sudor se pegaba a su cráneo, mirando horrorizada la escena.

—¿Qué… qué haces con mi hijo?—Preguntó casi en un susurro. —Dámelo, es mi hijo, es mi hijo…

A Rhonda se le partió el corazón al notar la súplica en su voz temblorosa. Y recordó como a ella le habían quitado a su hermano pequeño de entre sus brazos. Ninguna joven, por muy terrible que hubiera sido se merecía que le hicieran una cosa así.

Irina se arrastró por el suelo, llenando su vestido rojo de mugre, pues sus piernas se habían quedado sin fuerzas. Las lágrimas por el esfuerzo comenzaron a aparecer por su rostro.

—¿Qué demonios está haciendo?—Replicó Rhonda a Tobías de manera horrorizada.

—No creerías que te iba a dejar estar con tu hijo, ¿verdad?—Dijo el carcelero riéndose.

Acto seguido escupió al suelo, junto con una histérica y humillada ex majestad.

—El hijo de un monstruo siempre estará destinado a convertirse en otro.—Pronunció fríamente un cruel Floreau.—Es un peligro para todos.

Irina no podía creerse lo que estaba ocurriendo. ¿Su pequeña felicidad un monstruo? ¿Su único instante de amor un monstruo?

La ira asesina que tanto la caracterizaba salió con furia de ella.

—¡Te mataré si le haces daño a mi hijo!—Gritó con voz desgarradora.

—Dime quien es el padre y quizás lo lleve junto a él.—Contestó Tobías.

Por un segundo, la reina se quedó en silencio, desprevenida ante semejante petición. Sintió como su corazón se fragmentaba en mil pedazos.

No estaba preparada todavía para hablar de ello.

Rhonda la miró con tristeza, pues intuía que la reina no iba a pronunciar palabra alguna. Y se lamentó del pobre destino que sufriría aquel niño.

Irina también comprendió que nada de lo que pudiera hacer o decir, persuadiría al irritante carcelero.

—Te lo suplico, dejadme sostenerle aunque sólo sea un momento.

Tobías miró de reojo a Rhonda, quien le devolvió la mirada instándole a que cediera ante la pequeña petición y les dejara un momento de intimidad.

Ambas se quedaron a solas en la lúgubre y fría celda de piedra.

Irina sintió como su corazón volvía a palpitar cuando sostuvo a su pequeño entre sus brazos. Todo el mundo pensaba que no podía sentir ternura pero en ese momento parecía que el tiempo hubiese retrocedido a los breves momentos en los que se había sentido aceptada y enamorada.

Aquella muchacha de corazón roto no siempre había sido un monstruo pero nunca nadie se había interesado por conocer la historia que se ocultaba detrás de la Reina de Corazones.

—Mi pequeño Killian…—Susurró al bebé. Entonces levantó su cabeza hacia Rhonda.

Ésta dio un paso hacia atrás impulsivamente pues no se acostumbraba a tener cerca a aquella mujer que había causado el incendio de la Ciudad del Cuervo entre el parricidio y el asesinato de su media hermana, sin contar los destrozos que había causado su raza.

Pues todo el mundo sabía que Irina había sido la bastarda reconocida del Rey Jacobo con Irladea, un ser feérico del Bosque Frondoso. Teniendo ese pequeño desliz durante su travesía diplomática a la Ciudad del Cuervo.

Rhonda sacó bruscamente de sus pensamientos a Irina cuando ésta le agarró la mano inesperadamente.

—Protégele.—Dijo, llevando su vista hacia el bebé— No dejes que Alyssa lo encuentre, querrá librarse de él como lo ha hecho conmigo.

Rhonda discrepó con la idea que tenía de la bella Reina Alyssa pero no puso objeción.

—Cuidaré al pequeño Killian como si fuera mío.- Pronunció sabiendo el sacrificio que eso conllevaría. Nunca más podría volver con sus hermanas, en su religión no entraban los bastardos.

—Una última cosa y esto es muy importante.—Replicó Irina mirándola directamente a los ojos .—No dejes que nunca se enamore.

***

Ya había amanecido en la Ciudad Blanca cuando Alyssa pudo por fin sostener en brazos a su pequeña Alma, pues era tradición en la familia Legrand llamar a las hijas con un nombre que comenzara

por la sílaba “al”: “A” de amor y “L” de libertad, aunque siempre habían bromeado en la casa familiar (unos viñedos franceses hermosísimos) con que la “L” de Alyssa significaba locura. Raro era el día en que su madre Alanna no la estaba buscando con la severa vara tras de ella mientras que ésta en vez de estar con sus lecciones se dedicaba a perseguir los conejos blancos a los que les gustaba mordisquear la suave uva.

La joven de cabellera dorada rio hacía sus adentros cuando lo recordó. Dorian, a su lado y sin soltarle de la mano, sonrió al ver a su amada así de feliz. La besó con pasión y dulzura. Después acarició la diminuta cabecita de Alma.

Por un instante se quedó pensativo. Alyssa al percatarse de ello no tuvo más remedio que preguntarle.

—¿Qué ocurre Dorian?

—Estaba pensando en el banquete por el anuncio de nuestra hija. Habrá que invitar a Caléndula, sabes que es la costumbre.

Alyssa se preocupó ante la petición de Dorian pero antes de que le diera tiempo a sumergirse de lleno en sus pensamientos, alguien tocó a la puerta de la habitación.

Era el señor Tydwill.

—Tengo malas noticias mi reina.—Dijo el zorro mirando a través de sus gafas de media luna.—Al parecer han visto a una joven salir de la Galera del Viento con un bebé entre sus brazos, ocultándolo en la noche como un ordinario fardo.

Alyssa le miró desconcertada a través de sus brillantes ojos azules. ¿Qué tenía de malo? Ya le advirtieron que muchas de las prisioneras, que en su mayoría eran mercenarias o contrabandistas, tenían bastardos durante sus encarcelamientos pues no podían tener escondida la flor bajo sus enaguas.

No era algo extraño.

Sin embargo Dorian se dio cuenta de que el señor Tydwill estaba temblando bajo su pelaje anaranjado.

—Hay algo más, ¿verdad?—Intuyó el joven rey, mirándole con unos ojos verdes que se asemejaban a las hojas de Mildías que crecían en sus jardines.

Los enormes ojos negros del zorro miraron en su dirección, confirmando la respuesta.

—Dicen que el niño tenía los ojos borgoñas.—Contestó al fin.

Sólo conocía a una persona con el color de la sangre bañando su iris… pensó Alyssa.

De pronto el aire se enrareció y el ambiente se volvió asfixiante. Se levantó con pesadez de la cama y dejó a Alma en su cuna.

—¿Alyssa a dónde vas?—Preguntó su marido.

—Tenemos que encontrar a ese niño, no podemos dejar que ese monstruo ande suelto y crezca para convertirse en una amenaza.—Dijo la joven mientras se ponía su bata de seda azul y se recogía el cabello dorado con una cinta negra.

El rey le impidió el paso y la sujetó de los brazos. Sus manos eran fuertes y delicadas.

—No pienso dejar que te ocupes ahora de eso.—Protestó.—Tydwill se encargará de informar al Séquito Real de que busque al niño, pero tú y yo tenemos una celebración que preparar.

Le hizo un gesto al zorro para que anduviera a sus recientes tareas y éste salió de la estancia erguido en sus dos patas traseras con la cola arrastrándose sobre la alfombra.

La reina Alyssa suspiró con frustración y se desplomó en el borde de la cama, dispuesta a discutir con Dorian la reciente invitación de Caléndula al anuncio de su heredera.

Al final accedió a invitarla, pues sabía que si no lo hacía era probable que Alma sufriera el mismo destino horrible que Talía.

La bella Talía era conocida entre los Aravelienses por ser la reina anterior a Jacobo de Brishot. Vanidosos sus padres como eran no consintieron seguir la costumbre de invitar bajo su techo a un ser feérico durante el anuncio de la heredera a la corona. Cuando Talía cayó presa de la maldición de Caléndula y la ciudad se vino abajo, Jacobo de Brishot sucedió a su tía Talía en la línea sucesoria real, siendo el próximo heredero al trono, que más tarde se convertiría en Rey a la muerte de ésta provocada por el pinchazo con el huso de una rueca.

Ellos no cometerían el mismo error y mientras Dorian redactaba a la luz de una vela una invitación de su puño y letra, la noche fue apagándose muriendo lentamente mientras gotas de cera caían al suelo.

***

Todo estaba a punto para el anuncio de la nueva princesa de la Ciudad Blanca. El banquete estaba preparado cubriendo las largas mesas de roble con los platos típicos de la ciudad: lechón con ciruelas asadas, crema de puerros y naranja, pastel de ciervo con hojas de menta y por último, la exquisitez de los cocineros, trufas de fresa con pétalos de rosa, haciendo honor a los rosales que tanto los caracterizaba. No en vano su blasón había sido desde tiempos inmemorables una rosa blanca sobre un fondo púrpura.

Por ello, todo el castillo estaba adornado de rosas blancas y rojas, colocadas con esmero en jarrones de plata sobre la mesa y en

guirnaldas colgadas de las paredes de piedra blanca.

Junto a los tronos de motivos violáceos, estaba la cuna en la que se hallaba la recién nacida princesa donde las hadas se acercaban para darle sus dones, pues era costumbre entre las hadas llegadas de las islas regalar un don a los bebés de los reyes.

Era el turno del hada Galatea cuando las puertas del gran salón se abrieron de golpe y las velas de las lámparas de araña vibraron asustadas haciendo oscilar las tenues luces.

Era Caléndula, que se acercaba majestuosamente con un vestido negro muy provocador, dejando parte de su busto al descubierto y unos brillantes cuernos del color del carbón que se enroscaban como los de un carnero sobre su lisa y larga cabellera morena.

Alyssa vio con temor como Caléndula apartaba a Galatea y ocupaba su lugar junto a la cuna de Alma.

Los músicos de la orquesta proveniente de la ciudad de Jade dejaron de tocar sus instrumentos en ese mismo instante entendiendo la gravedad del asunto. La nobleza era reservada en cuanto a aquella raza de feéricos.

—Gracias a los bondadosos reyes de la Ciudad Blanca por invitarme a la fiesta.—Pronunció cual sirena en voz alta, con sus labios rojos y carnosos.—Por ello quiero agradecerles su hospitalidad con un pequeño don para la princesa Alma.

A continuación con un giro de muñeca, la feérica hizo aparecer una luz verdosa que arropó a la pequeña.

—Te doy el don de la curiosidad.—Dijo al fin tras una larga pausa donde se respiraba la tensión.

Los asistentes irrumpieron en aplausos y los reyes suspiraron aliviados desde sus tronos.

La risa de Caléndula rebotó en las paredes.

Se hizo el silencio de nuevo entre los presentes. Un silencio cargado de expectación y de miedo.

—Que maleducados, no había acabado.—Dijo haciendo un mohín, resaltando sus angulosos pómulos.— En tu décimo cumpleaños la curiosidad te guiará a cometer un acto terrible que conducirá a todo el País de Aravelia a la oscuridad y tu corazón a la muerte.

Una vez dicha su sentencia, Caléndula desapareció entre una espiral de humo dejando tras de sí el desconcierto de sus palabras.

2

La noche aguardaba los más oscuros designios y la luna creciente colgaba de la bóveda celeste plagada de luces etéreas y palpitantes, como los latidos de un pequeño y moribundo ruiseñor.

Rhonda llevaba horas vagando por el bosque, pues no podía volver a la Fortaleza Solitaria con un bebé entre sus brazos, menos con “ese” bebé. Su superiora no lo permitiría y la haría confesar obligándola a deshacerse de él. Abrazó al precioso niño tapándolo bajo su capa.

No sabía a dónde ir.

Caminaba sin rumbo cuando se topó con la diosa fortuna. En medio de un claro escondido por una cortina de hojas y ramas retorcidas, había una torre, claramente abandonada. Una torre que rozaba el cielo nocturno con la punta de su tejado y estaba envuelta por una enredadera de rosas más rojas que la sangre. El pequeño Killian estaría protegido y oculto del mundo en la más alta de las torres. ¿Qué mejor forma para esconderse que en aquel solitario valle?

Rhonda sonrió agradecida y rezó a Hermes, el dios de los caminos y los viajeros.

—¿Lo ves Killian? Esta hermosa torre será nuestro nuevo hogar. Nada tendrás que temer, pues el exterior nunca podrá penetrar en este valle. Estamos solos…solos tú y yo.

A poca distancia de allí, una sombra encapuchada de una mujer cruzaba también, y sin demora alguna, el bosque frondoso. Tenía que encontrar un sacrificio adecuado para esa noche pues lo había prometido a sus hermanos y hermanas, sobre todo no quería decepcionar a su amada Hécate.

Caminó sobre las hojas caídas sin hacer el menor ruido, arrastrando con la cola de su elegante y negro vestido, pequeñas ramitas de pino. Alzó la vista al cielo mirando las constelaciones con sus felinos ojos verdes a la vez que alzaba sus brazos cual si fueran alas. Una fina humareda tan verde como sus ojos comenzó a brotar de sus dedos y a rodear sus delgados y níveos brazos, hasta que estos fueron convertidos en un par de alas escamosas del color de la noche. La misma transformación sufrió sus delicados pies, metamorfoseando a unas horripilantes, arrugadas y afiladas garras.

Mitad humana, mitad dragón, de ojos felinos y con cuernos de carnero, aquella misteriosa criatura echó a volar.

En el silencio de la noche, una voz llegó hasta la silueta de la mujer alada que se recortaba entre las nubes, un campesino llamaba a gritos a su oveja extraviada cerca de las ruinas que se hallaban a

los pies de las Montañas de las Musas. La joven aleteó con sus grandes y magnificas alas, moviendo el viento a su capricho, y posó sus garras en los hombros del desdichado pueblerino, arrancando la piel de cuajo. Enseguida el hombre se desmayó de dolor y la criatura pudo alzar de nuevo su vuelo entre las estrellas, hasta aterrizar suavemente sobre un claro del bosque, donde se erguía un círculo de monolitos. Éste servía de altar para el pueblo feérico, de donde la criatura provenía.

Dejó el cuerpo a los pies de una de aquellas sagradas piedras y miró a su alrededor.

A sus ojos, la luz de la luna se veía más pálida de lo habitual y las sombras que se dibujaban entre los troncos de los árboles la rodearon casi por completo. Esas mismas sombras fueron disipándose hasta adquirir una apariencia humana.

—Has tardado en volver del castillo Caléndula.—Pronunció Hécate, una mujer de exuberantes curvas, con el cabello de fuego y cuernos de carnero del color del ámbar.

En cambio lo que más destacaba en ella era el hecho de que tenía los ojos cosidos con hebras de estalactitas provenientes de las Cuevas del Destino, lo que le confería el rango de sacerdotisa entre su gente, los Tuatha Dé Danann. Sin embargo Hécate podía ver gracias a su marca de media luna que tenía en la frente, donde tradicionalmente se pensaba que era el tercer ojo de los dioses.

Estos seres llamados así mismos Tuatha Dé Danann, adoraban a la diosa Danú, quien adquiría la forma mortal de una tentadora, astuta y elegante serpiente, a las que veneraban. El pueblo consistía de todos aquellos seres de sangre feérica, tanto criaturas como Caléndula, así como gorgonas, íncubos, sátiros y ninfas. Ninfas tales como fue en su día Irladea, la amante del difunto Rey Jacobo, quien se creía que era la verdadera madre biológica de la Reina de Corazones y por ello había heredado los característicos ojos borgoñas de las ninfas de fuego.

Hécate miró hacia el cuerpo cubierto de sangre del campesino, de donde emanaba el olor putrefacto de la muerte.

—¿Esto es todo lo que has podido conseguir?—Preguntó con claro disgusto.

A Caléndula le pilló desprevenida su evidente enfado, pero hizo caso omiso de su pregunta pues aunque la amaba con profunda pasión también la enfurecía con vehemencia.

— Ya está hecho, he otorgado mi don a la princesa, profetizada la maldición, tal y como acordamos.—Contestó ella con indiferencia mientras posaba su espalda en la fría roca de uno de los altares

paganos.

Hécate sonrió ampliamente olvidándose por un segundo del fracaso de Caléndula por haber traído a un don nadie para su ritual. Al fin y al cabo era ella quien había insistido para que Caléndula pronunciara su sentencia.

Mediante la mano inocente de la princesa Alma, el pueblo feérico conseguiría volver a establecerse en las ciudades como superiores al resto. Detestaba verse condenada a vagar en la oscuridad del bosque y de las montañas como si fueran ratas y meras alimañas, despojos de una sociedad en declive.

Añoraba el breve reinado de Irina de Brishot, pues ella comprendía el sufrimiento propio de ser apartado de la sociedad, y su, aunque diminuta parte, sangre feérica, la hacía simpatizante de aquellas criaturas que se ocultaban bajo el manto de la luna a entonar sus cánticos, sacrificios y rituales. Algo que no podían tolerar los reyes como Alyssa, pues creían que serían una mala influencia para sus bellas gentes.

Un pueblo corrosivo y tóxico que pervertía todo lo que tocará, eso consistían para sus ignorantes y beatos habitantes de los reinos vecinos.

—Cuando esa malcriada niña llegue a su décimo cumpleaños, la balanza se inclinará a nuestro favor e Irina reinará de nuevo para librarnos de estas cadenas que nos oprimen.—Dijo con entusiasmo Hécate, mientras Caléndula entrelazaba sus dedos en la mano de la sacerdotisa.—Melusina, Xandria, acercadme el cadáver del campesino, y que él mismo revele los secretos del día fatídico en que la princesa cumpla la maldición.

***

El campamento de la Compañía de los Hombres Libres bullía actividad esa noche. Si bien no eran partícipes de la vida de los reyes y de la monarquía, aquellas personas buscaban cualquier excusa para celebrar.

Mary Anne Hollygrant, apodada “Roja” por su extravagante capa del color de las fresas silvestres, miraba con sus ojos verdes, el gran escenario que habían montado. Entre los integrantes de su pintoresca y huraña sociedad, había juglares, escupefuegos y saltimbanquis, que en breve deleitarían a los asistentes con su particular vodevil.

Una mano le revolvió su pelo color caramelo, sobresaltando así a la joven.

Era su padre, Richard Hollygrant, el líder de aquellas personas que vivían al margen de las leyes reales. Su mirada al ver a su hija

era de henchido orgullo, pues había criado a una joven intrépida a pesar de que su madre, también de nombre Mary Anne, los abandonara a ambos para fugarse con el Rey Draco Pentrose y ser su concubina, harta de la vida "primitiva" que a su parecer llevaban.

Una y otra vez, Richard revivía el momento en el que había salvado la vida al Rey de la ciudad del dragón en ese mismo bosque. Así, Mary Anne había conocido al apuesto y joven Draco, de cabellos dorados como el oro de su fastuosa corona.

Aquella corona que con su resplandor, la cegaría de amor hacía él.

—El pequeño Oberyn ha preguntado por ti.—Dijo Richard a su hija, señalando a su vez una hoguera apartada, donde el pequeño Oberyn intentaba asar un jabalí.

Mary Anne Hollygrant miró hacía aquel joven bajito y regordete de mejillas rosadas y se avergonzó al recordar su último encuentro bajo un olmo, donde él le había robado un beso.

Sin embargo, en secreto, ella ya había entregado su corazón a otra persona, aunque no lo conocía y no supiera siquiera su nombre, pues aquel joven de cabello negro y misterioso, se le aparecía en sueños desde hacía dos lunas.

El pequeño Oberyn se acercó a ellos pues había estado observando cómo Roja le miraba. Estaba convencido de que por fin había hecho progresos y la joven de la capa del color de las fresas había caído presa de sus románticos gestos. Cogió una margarita que estaba apartada de las otras y se la tendió en cuanto la tuvo delante, mientras Richard se marchaba disimuladamente a ver el espectáculo.

—Estás resplandeciente esta noche.—Le dijo tímidamente.

Ella le sonrió, llevándose una mano al cabello nerviosamente. Lo que para él significó un gesto de dulce timidez y para ella, una manera de expresar su incomodidad.

Roja miraba nerviosamente a cualquier punto para desviar la atención de Oberyn. De pronto se fijó en el humo que salía de la hoguera donde él había estado cocinando al Jabalí. Ésta le señaló el fuego que estaba carbonizando la carne dejando ver parte del hueso.

El pequeño Oberyn se echó las manos a la cabeza y fue corriendo a apartar aquella jugosa carne del fuego, pero ya era tarde, estaba chamuscada y el campamento no tendría nada de cenar para esa noche.

Roja, viendo su preocupación se ofreció a internarse en la

espesura del bosque, arco en mano, para cazar cualquier cosa que pudiera encontrar.

Se despidió de él con un beso en la mejilla y le dijo adiós a su padre con la mano mientras señalaba con la otra el fuego y su arco. Éste enseguida entendió lo ocurrido y se llevó una mano al corazón.

Hacía ese gesto desde que su pequeña comenzara a cazar, significaba que tuviera cuidado y que estaba siempre consigo, aunque estuviese lejos, era su forma especial de despedirse. Sin saber que aquella despedida duraría más de lo pensado.

Bajo la capucha que le ocultaba el rostro, Roja comenzó a acechar a un esbelto y delicado ciervo. Apuntó a su fino cuello y disparó, pero con apenas fuerza, arañando al animal y haciendo que huyera despavorido.

Maldijo su suerte por lo bajo y corrió en la oscuridad de la noche tras el majestuoso animal. De pronto llegó a un claro, donde nunca antes había estado y miró hacia atrás preguntándose dónde demonios le había guiado el ciervo. Fue a avanzar un poco más cuando tuvo que detenerse, pues una serie de extrañas criaturas rodeaban un cuerpo ensangrentado bajo la sombra de los monolitos.

Ya sabía dónde se encontraba, había llegado casi al final del Bosque Frondoso en la dirección oeste, donde se decía que habitaba el pueblo feérico, unos seres antiguos, engañosos y viles. Se acercó un poco más para escuchar sus plegarias.

Hécate tenía un cuchillo en la mano, con el que había arrancado los ojos y orejas al desdichado individuo que desmayado y pálido permanecía tumbado sobre la hierba. La sacerdotisa los colocó en un cuenco dorado lleno de runas grabadas. A continuación, Melusina y Caléndula le entregaron una copa, donde ésta vertió la sangre que caía de la afilada y brillante hoja de plata. Otro ser del círculo, un joven íncubo de rasgos andróginos y el cabello más blanco que la luz de la luna, hincó su rodilla en la hierba y alzó los brazos tocando la copa y el cuenco, pronunciando una serie de palabras ininteligibles y hechizantes. De aquellos misteriosos instrumentos brotó un fuego verde, más antiguo y poderoso que los fuegos fatuos.

Los cánticos se hicieron más fuertes.

Roja miraba la escena con una mezcla de curiosidad y terror que la mantenía paralizada.

—Ojos para ver, orejas para escuchar, sangre para crear, ojos para ver, orejas para escuchar, sangre para crear, ojos para ver…— La sacerdotisa ciega repetía una y otra vez este mantra hasta que el fuego se convirtió en humo que inhaló por la nariz como si de un

opiáceo se tratase.

Enseguida, en la mente de Hécate comenzaron a aparecer las primeras visiones, que le revelarían dónde y cómo, Alma comenzaría la maldición, para así, asegurarse de que se cumpliera.

La primera imagen fue de una torre. Una torre que rozaba el cielo nocturno con la punta de su tejado y que estaba envuelta por una enredadera de rosas más rojas que la sangre. Lo segundo que vio fue un cuervo, tan negro como el carbón y escuchó su graznido lastimero, augurando la desdicha. Y lo último que presenció fue lo más inquietante, un espejo. Un espejo gigante, ovalado y ornamentado con figuras aladas del color de la noche. Su superficie resplandecía con una tenue luz y ésta oscilaba como las olas de una marea.

La torre, el cuervo y el espejo, éstas eran las tres señales que no podían faltar en el décimo cumpleaños de la princesa.

Roja escuchó sólo cuatro palabras “torre, cuervo, espejo y princesa”, pero le bastó para querer marcharse de allí ahora que estaba a tiempo. Fue a darse la vuelta cuando pisó una ramita en un descuido.

Los cánticos dejaron de oírse y un escalofrío recorrió a la joven. Aquellos seres habían reparado en su presencia y la miraban fijamente con ojos felinos.

—No podemos dejar que se marche.—Pronunció severamente Hécate.—Sabe demasiado.

Caléndula adelantó un pie hacia la joven y ésta, sin pensarlo, comenzó a correr en dirección contraria a aquellas criaturas.

—Esto la detendrá. —Pronunció Caléndula con jocosidad.

Roja sintió un dolor punzante en el pecho que la hizo caer de rodillas. Soltó un alarido de dolor cuando notó como se rompían todos los huesos de su cuerpo. Y vio horrorizada como su cuerpo mudaba de piel para transformarse en un lobo de pelaje gris.

Quiso gritar de desesperación, pero sólo un aullido se escuchó bajo las estrellas.

3

Corría bajo los titilantes fuegos fatuos que resplandecían alumbrando los árboles con la fría luz azul. Veía desesperado como una hilera de humo se alzaba sobre las nubes y conforme me acercaba a la ciudad, el nauseabundo olor a carne quemada se hacía más fuerte. Las murallas habían caído, el humo seguía fluyendo desde los escombros y los cadáveres se apilaban a los pies de la ciudadela. Atónito y paralizado, contemplaba aquel escenario marchito como los pétalos de las rosas que se mezclaban con la sangre que corría calle abajo.

A lo lejos, un único movimiento llamó mi atención, una loba de pelaje gris se acercaba tambaleándose entre las nubes de fino hollín. Entre las callejuelas plagadas de estatuas. Mi corazón dio un vuelco al vislumbrar el brillo de sus ojos verdes.

Era ella.

Le acaricié el lomo suavemente, cerrando los ojos un instante, disfrutando del sedoso tacto de su salvaje piel. En el momento en que los abrí, una dama ocupaba el lugar del animal. Ésta llevaba un blanco vestido vaporoso y casi transparente, como si una cortina de agua le hubiese envuelto su delicada silueta; Sobre sus hombros desnudos portaba una fina capa roja del mismo tacto que el de los pétalos de los tulipanes y en su mano una brillante daga con una gema roja. Fui a hablarle pero ella posó un dedo sobre mis labios, en una súplica silenciosa.

Sálvame.

Merlion se despertó entre sudores fríos y palpitaciones. Se incorporó de la mullida cama y se llevó las manos a la cabeza, apartándose un mechón de cabello azabache que caía por su frente. Enseguida, alguien irrumpió en su puerta, era Mary Anne, la concubina del Rey Draco. La bella mujer de delicados cabellos marrones, entró como un torrente, de manera alarmada y con un candil encendido.

—Te he escuchado gritar mi nombre.—Dijo ella extrañada a la vez que preocupada.—Mi cielo, no puedes llamarme siempre que tengas pesadillas, es la tercera vez esta semana.

Merlion se zafó de su abrazo, claramente ofendido.

—Deja de llamarme mi cielo, soy mayor que tú, ¡incluso mayor que el rey y que el tiempo!—Exclamó el escuálido joven mientras anduvo hacia el balcón de su dormitorio, por el que veía toda la mítica y antigua ciudad del Dragón

—Si te empeñas en aparentar ser joven, te trataré como a uno.—Replicó ella como si se tratara de una madre.—Vuélvete a dormir

Merlion, todavía se encuentran las estrellas en el cielo, mañana será otro día.

El joven brujo la miró a través de sus cristalinos ojos azules y volvió a tumbarse sobre la cama, cerrando los párpados y dejando pasar el tiempo.

Habían pasado los años desde aquella noche nevada en la que la reina Alyssa había dado a luz a su primogénita. La heredera al trono de la Ciudad Blanca, hija de los reyes Dorian II y Alyssa de la Casa Legrand, era el símbolo de belleza y pureza de su pacífico Reino.

De mejillas rosadas, cabellos largos cual hilos de oro y profundos ojos verdes, Alma miraba a través de los grandes ventanales de su alcoba, jugando con los ribetes plateados de las cortinas. Pronto, su pequeño entretenimiento le pareció aburrido, y se levantó, pesarosa, del suelo de madera dónde había esparcido los mullidos almohadones de plumas pertenecientes a su enorme cama cubierta de telas de distintos tonos morados. Deambuló entre su estantería de roble, buscando algo con lo que mantenerse ocupada, pues ese día todos los criados se hallaban en el salón del trono, preparando el banquete real del día siguiente en honor al décimo cumpleaños de la princesa.

Antes de que pudiera elegir un libro de cuentos, la puerta de su dormitorio se abrió de par en par. Una hermosa mujer entró en la estancia absorbiendo toda la luz de la sala. Llevaba un fastuoso vestido de tonos azules y platas, decorado con pequeñas gemas lavandas bajo el pecho. Portaba una corona de diamantes y amatistas engarzados de manera que se asemejaban a pequeños capullos de rosas, en un claro homenaje a la bandera real; y su cabello, tan parecido al de Alma, se hallaba recogido sobre su nuca en una trenzada espiral.

La soberana Alyssa de la Casa Legrand miró a su hija con ternura, era lo que más amaba en el mundo y no dejaría que nada malo le sucediese. Por eso mismo, había acordado acudir personalmente, aquella misma tarde, a visitar la morada de la musa Artemisa, en las cuevas del Destino. Un viaje pesado pero que merecía con creces la pena, si eso la ayudaba a deshacerse de la maldición de Caléndula.

Se le había agotado el tiempo, después de tantos años sólo le quedaba esa noche.

Las pequeñas manecitas de Alma enseguida buscaron la suya y la reina entrelazó sus dedos con los de ella, notando una conexión que sólo madre e hija podían comprender.

—¿Quieres que te lea un cuento?—Preguntó Alyssa sonriendo y

enseñando sus perfectos dientes.

Alma asintió mientras corría a meterse en la mullida cama. La dulce reina, por el contrario, paseó sus dedos sobre las tapas coloridas de los libros, buscando una historia en concreto. Enseguida halló el libro de tapas verdes y letras doradas que andaba buscando, "El príncipe rana", el favorito de ambas. Se sentó en el borde de la cama, arropó a la niña con las delicadas sábanas y comenzó a leer.

—Érase una vez, en una charca encantada, una rana principesca que había sido hechizada por una doncella…

—No, ese no.—Protestó Alma, interrumpiendo a su madre a la vez que sacaba un libro de debajo de la almohada.—Quiero este.

Alyssa, extrañada, cerró el libro de cuentos de golpe y lo dejó sobre las sábanas mientras alargaba el brazo para alcanzar el otro libro que le tendía su hija.

Éste estaba encuadernado en piel y tenía grabados una serie de dibujos heráldicos que nunca antes había visto: seres con alas de murciélago, doncellas con cuernos de carnero y andróginos hombres con ojos de felino. Lo abrió por la primera página y leyó la estilizada caligrafía para sí misma:

Mucho antes de que los humanos construyeran sus civilizaciones, los seres feéricos, descendientes directos de los más poderosos dioses, dominaban el día y la noche, así como las estrellas y la tierra…

Antes de que pudiera cerrar aquel monstruoso libro, no apto para una niña de nueve años, un trozo de pergamino se deslizó de entre sus frágiles páginas.

Alyssa se inclinó para coger la nota.

A mi hija Irina, para que nunca olvide sus raíces entre la podredumbre de la corte.

La reina palideció por completo y se levantó airosamente, con el libro aún entre sus manos.

—¿Qué ocurre mamá?—Preguntó de forma inocente la pequeña princesa.

Alma no entendía por qué su madre parecía tan enfadada. Únicamente había cogido un libro mohoso de la abandonada alcoba que había en el torreón. Ya había estado muchas veces en ese dormitorio, pues había mucho que explorar en sus rincones.

—¿De dónde has sacado esto?—Preguntó gritando la reina, al borde de la histeria. Hacía tiempo que no había estado tan preocupada y nunca se había sentido tan estúpida.

¿Cómo es que tenían esa clase de libros bajo los altos techos del

castillo? Creía que se había deshecho de todas las pertenencias de la Reina de Corazones así como de las antiguas pertenencias de los reyes anteriores a ellos.

Al escuchar los gritos provenientes de la alcoba de la princesa, el Dorian junto a su fiel caballero Sir Kay, interrumpieron en la estancia. Sin embargo, ninguna amenaza asolaba los muros de su fortaleza, salvo la ira de su esposa.

—¡Papá!—Exclamó la niña sonriendo a la vez que se levantaba rápidamente y corría a abrazarle, ajena al miedo y tensión que había ocasionado el viejo libro.

Alyssa se acercó a su amado y le susurró al oído que se marchaba cuanto antes a visitar a Artemisa y que volvería a la mañana siguiente. Dorian entendió la gravedad del asunto y le entregó el viejo libro a Sir Kay, con la orden de que lo quemara en el fuego de la chimenea.

Mientras las páginas ardían convirtiéndose en cenizas, la reina se despidió de su hija con un beso, al igual que de su rey; saliendo así, ambos acompañados de Sir Kay, dejando dormir a Alma que había caído exhausta, ajena a la situación.

Al igual que los años habían pasado para la princesa, quien se había convertido en una niña extremadamente curiosa, los años habían pasado más lentamente para Killian y Rhonda, en la soledad de su escondida torre.

Killian no había salido nunca de entre sus muros y conforme se hacía mayor, más pequeña se hacía su cárcel, asfixiándolo casi por completo. A menudo le gustaba sentarse sobre el alféizar de su única ventana, con las piernas colgando e imaginando que volaba sobre el valle que tenía a sus pies. Por supuesto, esto nunca había llegado a ocurrir y sus distracciones consistían en pintar las paredes del torreón con los paisajes que aparecían en los libros de Rhonda. A veces pintaba bosques, otros castillos y generalmente el mar, era su particular forma de viajar sin haber puesto un pie fuera de su hogar.

La ex Hermana Solitaria le había explicado un millar de veces, que era peligroso para él deambular por el mundo de los hombres, pues su madre biológica había sido una mala mujer. Las personas no dudarían en hacerle daño con tal de devolver todo ese dolor que había causado ella a toda Aravelia.

Al principio Killian se había sentido furioso con aquella mujer que ni siquiera conocía. Sin embargo, con el paso de los años había optado por la sana indiferencia, no quería saber nada acerca de sus progenitores, y concentraba todo su esfuerzo en pequeñas tareas

para disipar sus iracundos pensamientos.

—Mañana es tu cumpleaños.— Afirmó Rhonda mientras llenaba de agua un cántaro con margaritas y amapolas.— Voy a bajar a la aldea de Valrres. ¿Qué quieres?

—Que me lleves contigo.—Respondió rápidamente Killian mientras apartaba la mirada del nuevo mural en el que estaba trabajando.

Ella le miró con compasión, no soportaba verlo encerrado y de buena gana, lo hubiese llevado consigo. Quizás podrían haber comprado un trozo de pastel en la taberna de Quentin y habérselo comido a orillas del rio. Pero de momento, aquello no era más que una fantasía. Habían pasado casi diez años desde que la conocida reina Irina diera a luz en la prisión y cada vez que bajaba a la capital, aparecían nuevos carteles con recompensas, cada vez más elevados, en busca del bebé que ya se había convertido en un niño.

—¿Qué te parece si te regalo una nueva pintura?—Preguntó Rhonda sabiendo que acertaría.—He escuchado que hoy visitaban la capital numerosos mercaderes y que uno de ellos ha fabricado una pintura a partir de pigmentos de flores y hierbas.

El niño la miró con exaltación, olvidándose de su antigua petición con aquellos misteriosos ojos del color de los rubíes.

***

La reina Alyssa cabalgaba con la única compañía de Sir Kay, pues uno de los reyes tenía que quedarse en el castillo cuidando de Alma y del Reino, por lo que Dorian no podía acompañarla; para ello había confiado en su amigo. Pues no quería, tampoco, que toda la corte supiera que había ido a visitar a una bruja o lo que fuera aquella dama, así sólo conseguiría crearse una mala reputación y que sus doncellas e invitados murmuraran a su alrededor.

Había comenzado a anochecer y si no llegaban pronto a las cuevas, tendrían que parar y hacer una fogata para que descansaran los caballos.

Por suerte, Sir Kay se adelantó y confirmó que estaban muy cerca. Al cabo de unos minutos, las cuevas se alzaron ante ellos y la silueta de una mujer se vislumbraba en su interior. Ésta hizo un gesto con la mano a Alyssa para que se acercara. Apresuradamente, la reina se apeó del caballo y corrió a reunirse con aquella enigmática sombra. Sin embargo, una mano le agarró del brazo, provocando que se detuviera.

—No voy a dejar que entres ahí sola Ali.—Dijo Sir Kay mirándola seriamente a través de su atractiva mirada del color de las esmeraldas.

Sólo había ocurrido una vez, en la que ella había buscado el calor de otro hombre, pero él no había podido olvidarla.

—Estaré bien, confía en mí.—Contestó la reina tranquilizando al preocupado caballero.

Éste la soltó con resignación mientras veía como ella seguía con su camino adentrándose en la fría y oscura cueva. Nada más entrar, innumerables velas se encendieron dejando ver el interior y a su moradora.

Artemisa portaba una corona de azucenas en sus cabellos, que permanecían sueltos, de manera que, caían hasta el suelo, de un color lavanda como el brillo de las estalactitas que surgían del techo. Llevaba puesta una túnica ajustada en su cintura por unos hilos de plata, y en su frente, un lunar dorado, que la hacía asemejar a un mítico y extinto unicornio en su forma humana.

Alyssa se fijó con curiosidad en que Artemisa iba descalza y de sus tobillos surgían dos grandes cadenas de hierro, que arrastraba sin ningún dolor como si se hubiera olvidado de ellas hacía ya mucho tiempo. La bruja miró a la reina con sus almendrados ojos de color rosáceo y sonrió de manera enigmática.

—Veo que te gustan mis cadenas, tal vez un día te toque probarlas. Entonces no las admirarás tanto.—Pronunció Artemisa de manera misteriosa.

Alyssa se sonrojó al escuchar aquello, muerta de vergüenza ante su atrevimiento.

—He venido…

—Se a lo que has venido, Reina Alyssa de la Casa Legrand de Ciudad Blanca.—Interrumpió Artemisa mientras cogía un frasquito con un líquido negro y espeso.—Has venido a proteger a tu hija de la maldición que le ha impuesto un ser feérico. ¿Me equivoco?

—En absoluto, por eso he venido.—Contestó recordando las palabras de Caléndula durante la celebración de su pequeña.—Necesito que pares la maldición, te daré lo que sea que pidáis.

—¿Lo que sea?—Preguntó Artemisa, de manera altanera.

La desesperación de la reina se hizo palpable cuando contestó.

—Lo que sea.

Artemisa vertió el botecito que momentos antes había cogido, en el gran caldero de hierro. A continuación, encendió las llamas con un simple soplido y alargó su mano para estrechar la de Alyssa.

Pusieron ambos brazos entrelazados encima del humo del caldero. De pronto éste cambió de color, tornándose de un dorado brillante, envolviendo ambas manos en su bruma.

Cuando el humo se disipó, ambas se separaron.

—El pacto está hecho, imposible de deshacer.—Contestó la bruja.— Alma estará protegida pues contará con una centinela de por vida.

Alyssa suspiró aliviada, y por un momento se permitió sonreír de pura felicidad. Su niña no moriría y sus amadas tierras seguirían a salvo.

—¿Cómo podré distinguir a su centinela? ¿Cómo sabré quien querrá protegerla y quien querrá hacerle daño?—Preguntó la reina, de nuevo, preocupada por su hija.

Artemisa sonrió de manera maliciosa y pensó en las palabras que había decidido omitir: un centinela de ojos lobunos y envuelto en un manto rojo.

—No podrás saberlo porque no estarás con tu hija para verlo.

Dicho esto, Alyssa cayó al suelo fulminada como si un rayo le hubiese caído encima, incapaz de moverse pero con los ojos todavía observándolo todo. Su cuerpo comenzó a cambiar, adoptando la apariencia de Artemisa, mientras que la musa adoptó el aspecto de la reina.

De pronto, las palabras de Artemisa le pesaron en la cabeza “Veo que te gustan mis cadenas, tal vez un día te toque probarlas. Entonces no las admirarás tanto.”

Artemisa con la apariencia de Alyssa, se soltó el trenzado recogido, de manera que le cayeron los dorados cabellos en unas ondas sensuales, recorriendo su espalda. Después se retocó el busto, realzándolo insinuadamente.

—Dijiste que me darías lo que sea. —Pronunció Artemisa— Gracias por la libertad, mi reina.

***

La pequeña princesa no paraba de dar vueltas en la cama, estaba nerviosa porque al día siguiente era la celebración de su décimo cumpleaños y todo el mundo estaría pendiente de ella. Al final tuvo que salir de su lecho, pues las sábanas y su habitación la estaban oprimiendo.

Alma fue hasta la puerta y se asomó al corredor para ver si alguien la estaba vigilando. Por suerte, los dos guardias que vigilaban su entrada, estaban durmiendo con la boca abierta y sus cascos torcidos a punto de caer al suelo. Alma se despidió de su oso de peluche antes de salir de puntillas de la habitación, pasando ante los caballeros dormidos.

Una vez fuera de los muros, correteó entre las casas que había en la ciudadela y se coló en unos cuantos huertos para acariciar a las esponjosas ovejas y robar algunos cuantos higos dulces. Después

se sentó en una de las vallas de madera para comerse los frutos blandos, mientras se inventaba historias sobre quien podría vivir en aquellos hogares. Tal vez un panadero bonachón que regalaba tartas a los niños, o quizás una anciana que contaba cuentos a sus nietos.

Nada más lejos de la realidad, porque de la casa en la había robado los higos, salió de golpe un hombre, pestilente y malhumorado, que iba directo hacía ella. Alma se asustó y corrió a toda prisa, dejando caer los frutos al suelo, que rodaron calle abajo rápidamente.

Cuando la princesa quiso darse cuenta, ya había traspasado las murallas y se había adentrado en el Bosque Frondoso. Sin embargo, a pesar de ser de noche, no tuvo miedo.

En realidad pocas veces tenía miedo, le embargaba más la curiosidad en momentos como aquel. Alma se puso a coger flores silvestres que crecían junto a la madreselva. Sin embargo, un aullido lastimero se escuchó detrás del árbol más cercano. Cogió una última amapola y se acercó a ver que era aquello que hacía ruido.

Un lobo envuelto en un manto rojo, con el pelaje gris, aullaba lastimero junto al tronco. A Alma se le iluminaron los ojos al ver ese tierno espectáculo, y aunque muchos hubiesen salido huyendo, ella abrazó el lobo con ternura entre sus brazos. Éste, le lamió la cara a su salvadora y se revolvió inquieto de la emoción. Tanto que se le escapó de sus brazos, adentrándose en la profundidad del bosque.

—¡Eh! ¡Lobito espera!—Gritó Alma mientras salía corriendo detrás del lobo.

Lo vio perdido, yendo de un lado a otro, sin saber a dónde ir. La joven princesa volvió a alcanzar al suave lobo, y miró al cielo, viendo alzarse las estrellas.

Ya era su cumpleaños.

Volvió la vista hacia al prado antes de marcharse de nuevo al castillo. En cambio se quedó un minuto más, admirando la silueta que se erguía en aquel recóndito valle.

Una torre que rozaba el cielo nocturno con la punta de su tejado y que estaba envuelta por una enredadera de rosas más rojas que la sangre.

Una torre desde la que un soñador Killian miraba ensimismado la figura de una dulce niña y su lobo.

Había amanecido en la Ciudad Blanca, las banderas del Reino ondeaban desde la cúspide de las torres y las calles se habían vestido de gala, al igual que la princesa.

La pequeña Alma se miraba los pies con aburrimiento mientras su instructora de danza repasaba, una y otra vez, pequeños pasos de ballet con la gracia de un duendecillo. Todo aquello le parecía un fastidio, ella sólo deseaba marcharse de allí e ir al pequeño escondite donde mantenía a la loba, pues se había dado cuenta, después de quitarle la mugre, de que era una hembra.

La había llamado Roja por la capa en la que la había encontrado envuelta aquella noche.

La pequeña miró una vez más hacía la puerta y no pudo evitarlo, se escabulló de su asiento; y mientras la música del piano seguía sonando, ella ya se hallaba fuera del salón. Anduvo por los pasillos sin hacer el menor ruido hasta que al doblar una esquina vio una escena que la dejó paralizada.

Sir Kay tenía a su madre de cara a la pared del oscuro corredor, su mano se hallaba bajo las enaguas y Alyssa con las mejillas encendidas y con el cabello revuelto jadeaba cada vez más deprisa. Por supuesto la pequeña Alma no entendía que era lo que estaba ocurriendo, pero supo que no debía haber visto aquello y dio media vuelta con la angustiosa impresión de que aquello estaba mal, de que era una traición.

Regresó sobre sus pasos con un creciente malestar y salió de la protección del castillo por las puertas del ala oeste, las que daban al jardín real. Si hubiese sido una mañana normal, los guardias hubiesen advertido su salida, sin embargo, de tanto movimiento, de tantos criados yendo y viniendo apurados, ni siquiera se dieron cuenta de que la princesa había cruzado las puertas.

El jardín real se caracterizaba por sus bellas y exuberantes rosas blancas y las fuentes cristalinas plagadas de cisnes y nenúfares. Alma correteó por la verde hierba mientras la brisa de la mañana despeinaba sus esmerados tirabuzones dorados. Su niñera había tardado una eternidad en peinar de esa forma su cabello pero la pequeña lo único que quería era pasarse los dedos por ellos y destrozárselos. Prefería el cabello ondulado, casi liso que llevaba normalmente. Había llegado casi al final del jardín donde comenzaba el laberinto de altos setos, a su entrada bajo una cálida manta de hojas verdes vio el hocico de Roja sobresalir. Ésta al verla sonrió, si es que los lobos podían sonreír, pero se le notaba feliz de tener compañía. Alma comenzó a jugar con ella, tirándole una fina

rama, como si de un cachorro de perro se tratara. Cuando hubo tirado el palo tres veces, Roja se alejó, incapaz de encontrar su pequeño entretenimiento. Fue entonces cuando la princesa se internó de nuevo en el Bosque Frondoso, sin saber que aquella mañana sería el inicio de una gran aventura.

Rhonda cogió una cereza y se la llevó a los labios. Era dulce y estaba deliciosa, como el pequeño pastel que estaba cocinando. Killian pronto despertaría, siempre se levantaba muy temprano a pesar de no tener ninguna obligación. Si hubiese sido un chico normal, a su edad ya lo hubieran puesto de aprendiz, bien en una herrería, una cetrería o en una taberna. Pero no era un chico normal, era un bastardo, Rhonda nunca podría olvidar la súplica de aquella mujer, hacía tanto tiempo, entre las paredes de la prisión. Terminó de poner las cerezas en el centro del humeante bizcocho con ese recuerdo que siempre invadía su mente en tal día como aquel.

Era el décimo cumpleaños de Killian.

Éste la pilló desprevenida, pues se había despertado y la había visto cocinar algo sobre la pequeña mesa de madera.

—Te has despertado pronto.—Dijo ella intentando esconder el pastel.

—Perdón.—Contestó el pequeño haciendo una pausa.—No he podido evitar oler el bizcocho.

—¡Diantres!—Exclamó Rhonda mientras enseñaba el precioso pastel que había intentado ocultar tras su espalda.—Feliz cumpleaños mi vida.

Por un momento los oscuros ojos borgoñas del niño se iluminaron de felicidad. Ella al ver que éste alargaba la mano para coger un trozo del suculento bizcocho lo apartó de él.

—No, no, no.—Dijo, pensando una estratagema para ganar tiempo y poder dejar su regalo preparado.—Aún no está listo, me faltan hojas de menta. Ve a buscarlas ahora, te llevará un rato y no quiero que se quede seco.

Sonrió con afecto pensando en las nuevas y brillantes pinturas que le había regateado a un mercader, mientras que Killian por su parte, cogía su pequeño saco de cuero y se lo ceñía a la cintura.

Alma llevaba largo rato caminando cuando divisó la misma torre que la noche anterior. Parecía que Roja tuviera una fijación especial por aquel lugar como si la guiara hacia algo… o hacia alguien.

Acariciando a la loba, lo vio.

Era un niño, de su edad pero mucho más pobre si se fijaba en su aspecto. Éste tenía el cabello revuelto de un castaño intenso, del

mismo tono que el de las cortezas de los árboles. Cuando la miró, la princesa se ruborizó enseguida, no podía dejar de admirar aquellos estrafalarios ojos, su iris era del mismo color que el de los rubíes.

Allí estaba frente a él, otra vez la misma niña que la noche anterior, surgida de la nada. Killian se puso repentinamente nervioso, nunca antes había interactuado con otra persona que no fuera Rhonda. Por supuesto, entendía del mundo, de las personas y de los protocolos, pero todo porque lo había leído en sus libros. Su pequeño corazón comenzó a latir frenéticamente y no supo discernir si aquello era frecuente al ver a otras personas, desde luego con Rhonda no le ocurría.

—¿Es tuya la loba?—Preguntó el niño en un vano intento de no parecer retrasado. Realmente no quería que aquella niña pensara que no era normal. De repente le asaltaron las dudas, no sabía quién era, quizás quería hacerle daño. No debía hablar con extraños pero al fin y al cabo sólo era una niña de su edad, supuso.

«No es que fuera la reina» se dijo, sin saber lo cerca que estaba en su suposición.

—Se llama Roja.—Contestó ella.—Yo Alma, ¿y tú?

—Killian.—Respondió él mientras se ponía de cuclillas para acariciar de nuevo el lomo de la loba.

Alma no pudo reprimirlo más, su afán de curiosidad parecía no satisfacerse nunca.

—¿Vives aquí?—Preguntó señalando la torre.— ¿O sólo es que te gusta venir a jugar? ¿Estás sólo? ¿De dónde eres? ¿Te gustan los lobos? Yo no sabía que eran tan bonitos hasta que encontré a Roja…

—¿Siempre hablas tanto?—Preguntó él, después se dio cuenta de que quizás aquello le había ofendido.—Perdona, oye, ¿me ayudas a buscar hojas de menta?, estaba aquí por eso, y sí, vivo en la torre, pero es un secreto.

—¡Que fascinante!—Exclamó Alma entusiasmada.— El único secreto que tengo es esconder a Luna de mis padres y pronto me tocará confesar, no puedo ocultarla para siempre. No soy tan interesante como tú, me encantaría vivir en el bosque rodeada de flores. Oh… pero vamos, estoy hablando demasiado, busquemos la menta si es tan importante para ti.

Artemisa se miró en el espejo del tocador una y otra vez, satisfecha de su nuevo aspecto. Se colocó la corona de intricados brillantes sobre la sedosa melena rubia y fue a coger los pendientes de amatistas para colocarlos con un fino gesto sobre sus lóbulos redondeados. Su reflejo le devolvió la mirada con profundo

regocijo. Cuando la reina Alyssa pisó su cueva, la que había sido su prisión durante tantos siglos, supo que la desesperación de ésta iba a costarle su libertad. Artemisa abrió el primer cajón del tocador y desplegó sobre su regazo, un pergamino lleno de extraños símbolos, que no eran otra cosa que la antigua lengua de las Musas. Unas musas que la habían desterrado de su paraíso apresándola en la cueva, lo mismo le había sucedido a su hermana, Medusa. Y todo ¿por qué? Porque a las musas se les tenía prohibido interactuar en los asuntos de los humanos, y cuando vieron que ellas dos habían estado haciendo pactos con ellos, entre otras cosas, las habían echado como a perros. Se miró una vez más en el espejo, recitando esta vez la antigua lengua del pergamino. El cristal comenzó a refulgir y en él se vio la imagen de Medusa, confinada en la ladera de la Montaña de las Musas; Parece ser, que después de tantos siglos, Artemisa había sido la única en librarse de sus cadenas. Sonrío de nuevo a la vez que plegaba el pergamino y lo volvía a guardar, observando a su vez como la imagen del espejo se desvanecía.

En ese instante alguien llamó a la puerta.

Era el rey, su falso marido. Un hombre, si se le podía llamar así, escuálido y tontorrón, que haría todo lo que ella deseara. Aunque para deseo ya tenía a Sir Kay, aquel ardiente y lujurioso caballero de brillante armadura. Y por lo que había podido deducir, la verdadera Alyssa también había disfrutado del joven.

«Cuanto se iba a divertir en la corte», pensó la bruja.

***

«Cuanto sufrimiento y soledad tendría que soportar», pensó Alyssa. Una vez más miró hacia sus cadenas e intentó liberarse. Pero no había forma posible y sus dedos ya habían sangrado bastante. Se quedó sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la piedra y cogiéndose las rodillas. Se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que muriera de hambre y sed. Pero tenía que ser fuerte por su familia, por su deber con el Reino. No podía ni imaginar que atrocidades podría cometer Artemisa con su rostro, le dolía pensar que la musa pudiera ocupar su lugar al lado de su esposo y junto a su pequeña. Pero ella guardaba la esperanza de que la corte a su alrededor se daría cuenta del engaño y entonces irían a buscarla. Su esposo, su amado Dorian se percataría enseguida del ardid.

Estaba segura de ello. O eso quería pensar.

Lejos de allí y en un ambiente menos hostil los niños jugaban en el bosque. Killian de vez en cuando echaba breves miradas a su compañera con la inocente felicidad que sólo un niño podría sentir,

sin duda alguna, estaba siendo el mejor cumpleaños de su vida. Por su parte, la pequeña princesa, privada de amigos y compañía de su edad bajo los altos techos del castillo, sentía su corazón aleteando como una vibrante mariposa. Hacía rato que habían encontrado las hojas de menta, pero como buenos exploradores que eran habían decidido adentrarse un poco más en la espesura. Ambos soñaban con vivir las aventuras descritas en sus libros, aquellos que cada noche devoraban con avidez. Pronto el bosque pareció engullirlos y la espesura dio paso a un páramo dónde la vegetación parecía no haber existido nunca.

—¿Dónde estamos?—Preguntó Alma mientras Roja olfateaba el ambiente arrugando graciosamente el hocico.

—Debería volver, no puedo salir del bosque, no debería haberme internado tanto.—Dijo Killian, volteando la mirada a su espalda, observando la linde del bosque a lo lejos.

Estaba inquieto, no quería que Rhonda se preocupara por él, o meterse en algún tipo de lío. Se había dejado embaucar por aquella niña de dorados cabellos y su loba de impecable pelaje, le había cegado su incipiente aire aventurero y había roto la promesa que le había hecho a Rhonda.

Nunca debía huir del bosque.

Alma que por su parte miraba a su alrededor con ojos excitados, sentía como el viento la arrastraba hacia adelante. Era imposible detener ese impulso de curiosidad que la hacía querer adentrarse más y más en aquel páramo solitario y árido. Siguió caminando a pesar de las insistencias de su nuevo amigo en que se marcharan. Killian no tuvo más remedio que seguirla por aquella tierra que poco tenía que ver con su bosque húmedo y verde. Al cabo de unos segundos llegaron a lo que parecía ser unas ruinas, todas las casas estaban derrumbadas y los caminos llenos de negra ceniza. Sólo el antiguo castillo permanecía parcialmente en pie. A las puertas de éste, el pequeño observó el sucio y deshilachado blasón que permanecía colgado de un poste: una bandera blanca con el símbolo heráldico de un cuervo negro. Entonces le vino a la mente los libros de historia que Rhonda le había prestado.

Se habían alejado del bosque en dirección al norte y ahora se hallaban en la antigua ciudad del Cuervo, el Reino de Katrina, la ciudad que cayó bajo el fuego durante la Guerra Roja.

—Estamos en el castillo de Katrina.—Murmuró para sí Killian aunque sus susurros llegaron a los finos oídos de la princesa.

Ésta abrió el portón con dificultad, pues no contaba de mucha fuerza en sus pequeños brazos e hizo un gesto a Killian para que la

acompañara a entrar. De pronto el graznido lastimero de un cuervo hizo a los niños estremecer. Pues el ave les había pasado rozando en su vuelo, rasgando el silencio que parecía adueñarse de las ruinas.

La segunda señal de la maldición.

Entraron con el sonido de sus pasos resonando en el silencio. El interior del castillo permanecía intacto a expensas del polvo, la suciedad y la hiedra que se había ido acumulando con el paso de los años. Estuvieron inspeccionando durante largo rato sin encontrar nada interesante, todo eran copas vacías, libros calcinados y vestidos raídos plagados de telarañas, hasta que en el segundo piso algo llamó la atención de Alma.

Un espejo gigante, ovalado y ornamentado con figuras aladas del color de la noche. Su superficie resplandecía con una tenue luz y ésta oscilaba como las olas de una marea.

La tercera y última señal.

El cuervo que tanto había asustado a los niños momentos antes, observaba la escena con sus diminutos ojos negros posado en el alféizar de la ventana. Ninguno había reparado en su presencia, pero aquella oscura ave no era lo que a simple vista podría parecer. Eran los ojos y oídos de Hécate, que desde el Bosque Frondoso presenciaba, con una sonrisa en sus carnosos labios, como la maldición estaba a punto de acontecer. Vio como la pequeña princesa alzaba el brazo y tocaba con la punta de sus dedos la superficie de cristal. Ese único momento habría bastado para que la sombra, que permanecía presa en el espejo, fuera liberada, pero algo que no había previsto sucedió. Un aullido de Roja sacó a Alma de su ensimismamiento y apartó la mano rápidamente del hechizante espejo antes de que su morador fuera liberado.

Caléndula junto a la sacerdotisa se quedó petrificada observando como la imagen de los niños se fragmentaba. ¿Qué demonios era lo que había ocurrido? Miró a Hécate que permanecía a su lado con los labios fruncidos. La sacerdotisa ciega estaba indignada, sintiendo una furia letal en sus huesos. Tantos años esperando ese día, tantos años esperando ese momento y se les había escapado de entre los dedos como el agua fluyendo de un manantial. Y todo, ¿porqué? Por una estúpida loba y no una loba cualquiera, aquella joven de la capa roja… qué ironía del destino. Aunque no se trataba del destino lo que estaba jugando con ella, había reconocido la mano invisible de las Musas sobre el pelaje de la loba. Y aunque, en ese momento la sacerdotisa ciega no lo supiera, la misma musa que había hecho aquello, que había otorgado a la princesa un guardián, las observaba a su vez a través del espejo de su tocador. Había hecho un pacto con la Reina Alyssa muchos años antes, en la oscuridad de su cueva y Artemisa podía ser cualquier cosa, pero respetaba mucho sus pactos. Había cumplido su palabra, había protegido a la princesa Alma de la profecía de Caléndula. Sin embargo no estaba obligada a protegerla una vez más, cuando Caléndula, humillada ante su fracaso, pronunció una segunda maldición, igual a la primera salvo por una cosa, está vez la princesa se pincharía con el huso de una rueca en su decimoctavo cumpleaños.

Y es que las viejas tradiciones parecían ser siempre las más certeras.

Killian siguió explorando un poco más en aquella habitación real llena de objetos de oro y joyas polvorientas. Sus pequeños dedos aferraron con fuerza un collar de lapislázulis pensando en la cara de

Rhonda al ver el regalo. Pero entonces sabría que se había alejado del bosque, sabría que habría roto su palabra y la habría decepcionado más por ello de lo que la hubiese hecho feliz con la joya.

No merecía la pena.

Volvió a dejarlo en el joyero mientras echaba un vistazo por la ventana. Habían pasado las horas y estaría preocupada. Ya había tenido muchas emociones por hoy, era hora de volver a la realidad, de volver a la torre. Se giró hacia Alma que admiraba un vestido ocre con plumas doradas, ella le miró y su expresión de alegría cambió rápidamente.

También supo que había llegado el momento de marcharse. Ambos retomaron sus pasos hacia la espesura del Bosque Frondoso y cruzaron el río que se hallaba cerca del valle donde permanecía escondida la torre.

Sus caminos debían separarse.

— ¿Te volveré a ver?—Preguntó el niño a la princesa mientras la miraba con sus ojos borgoñas entristecidos y acariciaba por última vez a la loba.

La pequeña princesa tuvo una fugaz idea y desató el lazo de seda negra que aún recogía parte de sus destrozados rizos dorados. Se la ató a la muñeca de Killian y después sonrió.

—Nos volveremos a encontrar, es una promesa.

Aquellas palabras siguieron en la memoria de los niños a medida que iban creciendo. Se volvieron a encontrar al año siguiente, esa vez Alma ya tenía preparado su día perfecto, había robado comida de las cocinas y conocía un riachuelo cercano. Después de eso, no dejaron tanta distancia de tiempo entre sus visitas. Primero fue una vez al mes, después una vez a la semana y más tarde se encontraron escapando de sus habitaciones cada noche para reunirse bajo las estrellas en el valle. Ambos se contaban como había ido el día y lo más importante de todo, se contaban sus sueños, sus secretos más íntimos, sus fantasías…

Pronto supo, él uno del otro, más de lo que deberían.

Él estuvo al corriente de que Alma se trataba en realidad de la princesa de Ciudad Blanca y ella averiguó que Killian era aquél joven que tan desesperadamente habían buscado sus padres, el bastardo de la antigua y sanguinaria Reina de corazones. Sin embargo conocieron la verdad demasiado tarde, para entonces ellos ya sabían lo que era el amor verdadero y nada de lo que averiguaron años después de conocerse podía haber cambiado aquello.

—Despierta señorita.

La voz de Claudine, la sirvienta, sacó poco a poco a la princesa de sus ensoñaciones. Había soñado que estaba con Killian en su lugar secreto, a orillas del río dónde se dieron su primer beso. Aún recordaba como la luna se reflejaba en el agua, como las luciérnagas habían danzado alrededor de ellos con sus mágicas luces, como él le había apartado un mechón de su rostro y como lentamente se había ido acercando hacia ella hasta culminar con el roce de sus labios.

Y ahora, en vez de aquello, se encontraba mirando la cara de sapo de la anciana criada.

—Vamos despierta señorita, su madre quiere verla.—Volvió a insistir mientras destapaba a la joven y se llevaba las sábanas para lavarlas.

Aquello puso de malhumor a Alma y no sólo porque acaba de despertar de uno de los sueños más bonitos de las últimas noches si no porque su madre quería reunirse con ella. Su relación con su madre había ido en declive, distanciándose desde que tenía diez años y ahora, ocho años después, ella se había convertido en una extraña en su vida. Atrás habían quedado los cuentos que ella le contaba y las largas horas en que Alyssa cepillaba el cabello de la pequeña.

Los rumores entre los numerosos engaños de la reina hacia el rey tampoco ayudaron en nada. Se decía que los reyes ya no yacían juntos, que ni siquiera compartían el dormitorio y que la atractiva reina había encontrado la felicidad en brazos de un caballero de la corte. Y Alma le guardaba en secreto un profundo rencor por ello, arraigado como las raíces de un árbol, en su corazón.

Se levantó con pesar y lo primero que hizo fue ir hacia el tocador. Allí se perfumó y cepilló el enmarañado cabello hasta dejarlo de nuevo suave. Se miró en el circular espejo de madera tallada. Sus facciones se habían dulcificado a la vez que iban definiéndose, tenía unos grandes ojos verdes con enmarcadas pestañas, una nariz respingona, pequeñas pecas salpicadas por su rostro como estrellas en el cielo, unos labios carnosos y una cabellera espesa, ondulada y rubia.

—¿Está lista?—Preguntó Claudine desde la puerta.

—Ya voy.—Contestó la joven mientras se levantaba del mullido asiento.

Los pasillos eran un hervidero de colores, aromas y cuchicheos. Los sirvientes iban y venían con lechones asados y jarrones de exuberantes rosas. A cada paso que Alma avanzaba la acompañaba

una reverencia y veía como estos mismos criados tenían que hacer malabares con sus bandejas para inclinarse ante ella. Llegar al salón del trono donde la esperaba su madre fue toda una odisea.

Una vez en la sala, sobre las escaleras, de cara a la vidriera la vio. La reina se había vestido para la ocasión y cada parte de su piel estaba cubierta de joyas, su melena permanecía recogida y su corona parecía imponer como nunca. Se dio la vuelta en cuanto escuchó los pasos de Alma, Artemisa lo había intentado, pero la musa nunca había poseído un instinto maternal. Habían pasado los años y para ella su supuesta familia solo era un incordio, como los invitados de los reinos vecinos que no paraban de llegar al castillo. Ese mismo día habían comenzado a presentarse importantes personajes de la aristocracia, había visto a la Condesa Violet, al príncipe Adam, a la reina Elinor entre otros, aunque ella seguía esperando la aparición del Rey de la ciudad del Dragón. Decían que Draco había hecho reina consorte a su concubina y que éste poseía tal atractivo que conquistaba reinos enteros sólo en la cama.

—¿Madre? ¿Querías verme?—Preguntó la princesa mientras subía los peldaños donde se hallaban dispuestos los dos majestuosos tronos.

Artemisa sacó a Draco Pentrose de sus lujuriosos pensamientos y fue a abrazar a su hija. No todos los días se cumplían dieciocho años y estaba feliz porque pronto podría ver a Alma partir hacia un compromiso real. La reina tenía la esperanza de que en el banquete algún joven noble le propusiera matrimonio y se la llevara muy lejos de allí. Para ello le había comprado un regalo exquisito, un nuevo vestido acorde con su edad y sus crecientes curvas, capaz de volver loco a cualquier muchacho, aunque por supuesto, nunca estaría a la altura de ella.

—Sí, quería verte.—Afirmó mientras chasqueaba los dedos. Al sonido de esa señal, le siguió una orden. Un sirviente se acercó a ellas con un paquete entre sus brazos.—Es para ti querida, deseaba dártelo antes de que todo el ajetreo me lo impidiera. Además deberías ir preparándote, los invitados no paran de llegar y sólo dios sabe dónde andará el rey.

A Alma aquello le partió el corazón, su madre ni siquiera se dignaba a llamar a su padre por su nombre. Abrió el paquete con una sensación de angustiosa y amarga expectación. Bajo las capas de papeles de seda se hallaba un vestido, más dorado que el trigo y la luz del astro rey.

—Es precioso.—Le dijo con la sorpresa aún reflejada en el rostro.

—Me alegro de que te guste porque lo llevarás puesto en la fiesta.—Y con esa orden, asintió con la cabeza al criado que había traído el vestido, éste acompañó hasta la salida a la princesa.—Una cosa más, feliz cumpleaños.

—Feliz cumpleaños.—Pronunció Rhonda al oído de un durmiente Killian.

Éste había estado soñando con Alma, recordando la primera vez que se conocieron, tal día como aquel, ocho años atrás. Nunca podría olvidar la sonrisa de aquella inocente niña que le brindó su amistad aún sin conocerle y que más tarde le brindaría su amor.

—Killian despierta.—Insistió de nuevo con un deje de irritación en su voz.

—Ya voy.—Balbuceó el joven mientras se limpiaba con la manga de su camisa un hilillo de saliva que le caía por la comisura de la boca.

Poco a poco, muy lentamente, fue abriendo los ojos con el recuerdo de Alma todavía grabado en sus retinas. Recordaba cada mirada de ella, cada palabra que le había susurrado y cada gesto que le había dedicado.

Lo recordaba todo.

Rhonda miró hacia el camastro desde donde el muchacho se estaba levantado. Le miró con orgullo, Killian se había convertido en un joven fuerte y atractivo, de indómita mirada, valiente y leal a sus principios. Ya le sacaba prácticamente una cabeza de altura y su pelo de un castaño oscuro le caía por detrás de las orejas.

—Deja de mirarme, me pones nervioso.—Dijo él mientras se pasaba una mano por el sucio cabello.

Después bostezó.

—Es que creces tan deprisa, no me extrañaría que pronto la torre se te quedara pequeña, si no es que lo ha hecho ya.—Dijo ella con una punzada de nostalgia.

Killian la miró con culpabilidad. A menudo se había planteado alejarse de allí, huir del bosque, de su refugio y llevarse a la princesa con él; sobre todo esos últimos años se le había venido a la cabeza en innumerables ocasiones y no ayudaban para nada sus viejos libros de la infancia, donde los finales felices estaban a la orden del día.

—Ven a sentarte, tengo un regalo para ti.—Pronunció Rhonda mientras señalaba una vieja silla de madera que estaba apoyada sobre la mesa.

Y sobre esa mesa de roble oscuro, un regalo envuelto en hojas verdes cosidas con hebras de cuerda. Rhonda se había esmerado

para que fuese una total e inesperada sorpresa. Y sin duda, por la expresión que puso el muchacho al abrir el paquete, supo que había acertado. Bajo el envoltorio, escondido de forma humilde, se hallaba el traje más elegante que había visto nunca. Unos pantalones negros de tela delicada y una casaca hecha de cuero y piel de color rojo, con bordados de seda e incluso algún que otro cristal salpicando el puño de la manga de la camisa. El joven se quedó atónito admirando el tacto del tejido, acariciando con la yema de sus dedos el dibujo que formaban los dorados y relucientes cosidos. Se quedó pensativo, no era un regalo que pudiera lucir apropiadamente.

La verdad, estaba totalmente perplejo.

—Siéntate.—Dijo de nuevo ella, viendo como el muchacho aún trataba de asimilar el contenido del paquete que con tanto cariño había escondido.—Tenemos que hablar.

Una madre lo sabía todo aunque incluso ésta no compartiera su misma sangre.

—¿Qué sucede? ¿A qué viene este regalo?— El muchacho había notado la urgencia en la voz de Rhonda.— No me malinterpretes, creo que es impresionante.

—Mi dulce Killian… siempre fuiste un regalo para mi.—Dijo ella mientras le alcanzaba la mano y suspiraba.—Sé que estás enamorado y sé quién es ella.

Killian la miró con renovado interés, si Rhonda lo sabía, significaba que su tiempo con Alma se estaba agotando.

—Nunca he querido terminar con tu felicidad, pero sabes que esto no te lleva a ningún sitio.—Prosiguió ella.— Esta noche es la fiesta de la princesa. Quiero que vayas allí y te despidas apropiadamente. Cuando el reloj dé la duodécima campanada espero que vuelvas a casa.

Después se levantó, fue hasta el camastro y se dejó caer con la sensación de haberse librado de un peso de encima; dejando así al pobre infeliz como un pasmarote, todavía en shock por las inesperadas palabras que acababa de escuchar. La rabia y la impotencia se adueñaron del muchacho, sintió como los ojos se le encristalaban a punto de aflorarle las lágrimas, conteniendo la emoción.

Sabía que estaba perdido.

—Rhonda… —Suplicó.

Habían pasado las horas desde que Alma había regresado a sus aposentos y todavía Claudine, la criada, no había regresado; ni con las sábanas limpias ni con el corsé que le había pedido a su regreso. Impacientada, se dirigió hacia la ventana de su alcoba, quitó el pestillo y la abrió lo justo para inclinarse a vislumbrar la entrada del castillo. Allí, bajo el sol que comenzaba a ocultarse en el horizonte, una larga hilera de carruajes que hospedaban bajo sus lujosos techos a los invitados más distinguidos, esperaban impacientes para entrar en la acogedora calidez de los muros de piedra.

En cambio ella no pudo esperar más.

La joven salió de allí apresurada, directa al sótano del castillo, donde la servidumbre realizaba sus quehaceres diarios. Mientras se dirigía allí tuvo la sensación de que algo malo había ocurrido, que Claudine se retrasara tanto no era algo habitual en su comportamiento, ni remotamente. Preocupada, bajó las escaleras tan deprisa que casi llega a tropezar. Por un segundo, se quedó pensativa, imaginándose la charla que tendría con su madre si no llega a aparecer en la fiesta por haberse torcido un tobillo. Pero todo pensamiento quedó relegado a un segundo plano cuando vio a la anciana criada inmóvil sobre el suelo. Su expresión parecía plácida como si estuviese durmiendo y sus cabellos se habían soltado ligeramente de su apretado recogido de plata, dejando caer un mechón grisáceo sobre su frente. Alma quiso ayudarla, saber si todavía respiraba pero en cuanto puso la mirada en la rueca que se hallaba imponente frente al frágil cuerpo de Claudine, guiada por la maldición de Caléndula, su propio cuerpo dejó de responder ante

ella.

Se vio a sí misma avanzar lentamente hasta colocar el dedo anular en el huso de la rueca. Ésta, afilada y amenazante, brillaba con un resplandor singular semejante a las gemas de verdes turmalinas. La sangre brotó de su níveo dedo y una gota, tan roja como los pétalos de rosa, cayó al suelo.

***

La sala estaba sumida en las sombras propias del atardecer. Nadie había pisado su interior desde aquel día en que dos niños y su mascota decidieron explorar los recovecos del ruinoso palacio. Sólo el leve sonido que hacían las finas patas de una araña sobre el candelabro de la mesa, se escuchaba traspasar entre los muros abandonados. Y de la oscuridad creciente nació un débil resplandor. Allí en aquella lúgubre sala, en el magnífico espejo de Katrina, gigante, ovalado y ornamentado con figuras aladas del color de la noche, resplandeció con una tenue luz su superficie, oscilando como las olas de una marea.

Una océano de hechizante poder.

En ese instante, en el mismo en que la gota de sangre de la princesa tocó el suelo, el mágico cristal se resquebrajó y de sus grietas manó un líquido espeso y negro semejante al alquitrán. Como si el espejo fuese una herida abierta del que manar la sangre. Pronto aquella sustancia fue adoptando la forma de un hombre joven y apuesto. Éste miró su reflejo distorsionado por las grietas.

Por fin había sido liberado de su cautiverio.

Después de tantos años encerrado, casi había olvidado como era su propio rostro. Él tenía el cabello largo y rubio, de un rubio apagado, sus ojos de un azul melancólico, con el rostro anguloso poblado por una fina barba, como un ligero vello de espigas de trigo. Era apuesto, eso sin duda y a pesar del tiempo, permanecer esclavo del espejo lo había mantenido joven, parado en el tiempo. Estaba exactamente tal y como recordaba. Sus ojos captaron un leve movimiento a espaldas de él. Por un momento, mirando el reflejo en el cristal, le pareció verla a ella. La razón por la que había estado apresado.

—¿Irina?— Preguntó, con el palpitante miedo de girarse y ver, como en la leyenda de los antiguos amantes, Orfeo y Eurídice, a ésta desvanecerse entre cenizas por no haber sido lo suficientemente precavido.

—No querido, te equivocas.

Caléndula estaba allí, en carne y hueso ante el morador del espejo. Éste extrañado no hizo otra cosa más que mirarla con recelo.

Portaba un vestido azabache pegado como una segunda piel a sus curvas. En sus brazos guanteletes dorados, sobre su abultado pecho una coraza reluciente como el oro con la forma de pequeñas y finas escamas, sobre su cabello una tiara de gemas ambarinas y los enroscados extremos de sus cuernos habían sido pintados para la ocasión. Aquella extraña criatura con cuerpo de exuberante mujer se le antojaba ridícula entre la inmundicia del destruido palacio.

—¿Quién demonios eres tú?—le espeto con grosería, no tenía ganas para juegos y aquella bruja o lo que fuera, aparecida de la nada no le produjo simpatía.

Ella rio divertida a la vez que con sus finos dedos aplastaba la pequeña arañita que había estado pululando por la mesa de manera aturullada.

Después se la llevó a la boca.

—Deliciosa.— Hizo una pausa mientras su lengua aun saboreaba la sangre del arácnido.—Pero me interesa más saber quién diantres eres tú y porque Hécate quería liberarte.

***

Una mano, elegante y a la vez robusta, tocó a la puerta de la alcoba de la princesa. El rey Dorian había sabido que su hija le buscaba y ahora no la encontraba por ninguna parte. Los invitados se agolpaban impacientes en el salón del trono, había tenido que llamar al bufón de la corte, un esmirriado Sir Dunadan, para hacer más amena la espera. Allí, bajo los techos cóncavos plagados de estrellas pintadas y alrededor de las cándidas y danzarinas llamas de las velas, aquel saltimbanqui con su maquillaje de polvos blancos y su traje de rombos multicolores, llevaba a cabo su particular espectáculo. Con un par de manzanas verdes realizaba maravillosos malabares y con sus pequeños trucos de magia hacía que aquella nobleza, por lo general estirada, sonriera divertida a la par que asombrada.

Pero lo que todos ellos en realidad deseaban vislumbrar era a la princesa Alma de la Casa Legrand. Aquella jovencita que se acababa de convertir en mujer, por eso estaban allí esa noche; bueno, por eso y por el vino de rosas, las mujeres bellas y los lechones crujientes. Una fiesta era una fiesta, y nadie quería perderse ninguna de ellas.

—¿Alma?—Preguntó el rey, sin obtener respuesta alguna salvo silencio.—¿Estás ahí hija?

Poco a poco los párpados de la princesa fueron abriéndose como el florecer de un narciso. Alma se hallaba tumbada en su lecho, con los cabellos pulcramente colocados en la almohada, arropada por

las finas sábanas de seda morada. Su brazo caía inerte fuera de la cama y allí Roja lamía con cariño la yema de sus dedos, instándola a que despertara de su sueño.

«¿Qué demonios…» Pensó, mientras se incorporaba de sopetón, preguntándose cómo podía hallarse en la cama. Lo último que recordaba fue el dolor punzante en su dedo mientras veía como la sangre resbalaba de su mano.

—¡Oh dios mío Claudine!—Soltó de golpe mientras el sonido de la puerta insistía una y otra vez.

—Alma cariño…—Escuchó decir.

—Adelante.—Dijo ella mientras se levantaba de la cama confusa y preocupada. ¿Podía ser que todo hubiese sido un sueño? Llevó su mirada ahí donde recordaba haberse pinchado con la rueca. Una pequeña y circular marca, diminuta y aún enrojecida se hallaba en su dedo anular.

Dorian se quedó como un pasmarote en medio de la real habitación. Su hija estaba concentrada en su mano como si no existiera otra cosa más que eso. Se quedó extrañado y más al observar que todavía no se había arreglado cuando fuera esperaban los invitados impacientes y ya medio borrachos. Sabía que a ella las fiestas y los banquetes le traían al fresco pero hoy era su día especial. Todavía recordaba el nacimiento de su pequeña joya dorada, aquel día de invierno hacía dieciocho años atrás. Por suerte, aquella misma noche de celebración, aunque el viento aullará alrededor de las murallas, la nieve todavía no se había pronunciado, como si las musas hubieran decidido, por una vez, dar una tregua a los aldeanos, dejando que el sol y los verdes colores del follaje impregnaran sus amadas tierras, aunque sólo fuera por unos días más.

Sonrió.

Fuera del castillo, bajo las estrellas que comenzaban a pintar el oscuro cielo, Sir Kay hacía su guardia semanal. Desde su puesto, escuchaba las risas y el murmullo de la fiesta. Malhumorado, se sacó una bota de vino que llevaba escondida bajo las faldas de la cota de malla. Se puso a beber como si no hubiera un mañana. El líquido dulzón le caía por la comisura pero el caballero siguió bebiendo hasta que no quedó gota. En su lengua todavía estaba presente el sabor de los labios de la reina, de su piel y su deseo, únicamente camuflado por las dulzonas uvas rojas. Se sentía la mayor escoria del mundo, había traicionado a su rey y por encima de todo, a su amigo. Pero estaba enamorado de Alyssa, o eso creía. Ella no hacía más que manipularle y saciar sus apetitos cuando le

vinieran en gana; Y él como un perro fiel, agachaba la cabeza a la más mínima orden. De pronto escuchó un ruido, como el de una rama al partirse bajo una pisada.

Tenía compañía.

Enseguida, Sir Kay con una floritura desenvainó su espada y todo el alcohol que segundos antes pareció nublarle la mente, lo despejaron por completo.

Un encapuchado observaba amparado en la oscuridad creciente como el guardia se quedaba inmóvil, alerta a lo que podía suceder a su alrededor. El joven maldijo su imprudencia, se había acercado demasiado y no se había dado cuenta que bajo sus pies, una fina rama se había quebrado. De repente el caballero se volvió justo de cara hacia el muchacho. Por un momento temió que le hubiera visto.

Sir Kay entrecerró los ojos.

—¿Eres tú Galavant?—Vociferó.

Killian contuvo la respiración e intentó seguir lo más quieto posible. Sus músculos comenzaron a dolerle pero tenía que permanecer inmóvil si no quería ser descubierto. Por poco toda su entereza casi desaparece al escuchar el ulular de un búho y a punto estuvo de reírse ante el tremendo susto que aquella ave le había provocado. Afortunadamente, el caballero se giró de nuevo hacia su puesto pensando sin duda que aquel sonido lo habría provocado el viento. Se llevó la bota de cuero a los labios pero enseguida se acordó de que estaba vacía. Maldijo entre dientes aquella noche de frío y se marchó con paso apresurado seguramente a abastecerse de nuevo.

Esa sería su única oportunidad.

Killian se acercó a las majestuosas puertas del castillo. Sin embargo, pronto advirtió que éstas estaban cerradas a cal y canto. El caballero debía ser quien portaba las llaves, asegurándose así quien entraba y salía del interior durante la celebración. Tenía que encontrar otra manera de entrar sin haber sido invitado. De pronto, unas voces llegaron flotando hasta posarse en su oído.

Reconoció la voz de Alma.

El joven dirigió su vista hasta una de las ventanas del torreón. Se podía ver la luz que desprendía los cristales y las voces que acompañaban las sombras que pasaban por delante de la vidriera. Killian tuvo una idea pero no tenía medios para llevarla a cabo. Menos mal que era un excelente escalador. Toda la vida viviendo en una torre tenía que servir de algo, y aún sin escalera, ni tan siquiera una cuerda, estaba dispuesto a llegar hasta allí.

Tenía que verla, aunque sólo fuese una vez más.

***

Esta vez era la princesa la que observaba a su padre. Éste se había quedado ensimismado en cuanto hubo puesto un pie dentro de su dormitorio. Observándola con detenimiento y con un profundo amor que reflejaba en su sonrisa.

—¿Papá?— Preguntó ella encauzando los pensamientos del rey con sólo una palabra.

—Sólo estaba pensando…—Hizo una pausa mientras se sentaba al borde de la cama.— Te has convertido en una joven preciosa ¿lo sabes?

Alma sonrió olvidando por un segundo a la vieja Claudine y la inquietante rueca que había encontrado junto a ella. Se sentó junto a él y le cogió de la mano.

—¿Por qué no te has vestido aún?—Siguió hablando el rey.—Sé que quizás no era lo que habías soñado, pero tienes un reino a tus espaldas aunque todavía no seas consciente. Debes bajar y reunirte con tu madre para que pueda seguir la fiesta en paz, lo invitados empiezan a malhumorarse y no queremos que se tomen tu ausencia como una ofensa hacia ellos. Menos mal que tu madre anda entreteniendo a los invitados.

«A los hombres» pensó Alma sarcásticamente.

—¿Cómo lo soportas papá?—Preguntó ella, sabiendo que su padre entendería el sentido de su pregunta.

Por supuesto, el afable Dorian supo lo que quería decirle con aquellas palabras. Sin embargo, lo que le dolía más que su propia humillación, era ver como su hija se percataba de todo. Siempre había sido una chica lista y la había valorado mucho más por ello. Se levantó y dio unos pasos hacia la puerta, aunque se paró y antes de salir de la alcoba, le dio un consejo a la princesa que ella nunca olvidaría.

—Las personas pueden cambiar y si se desvían del camino correcto es nuestro deber permanecer junto a ellas, y más con las personas que amas. Porque siempre hay esperanza si crees lo suficientemente en ello.

Una vez el rey hubo desaparecido tras la puerta, Alma se apresuró a cambiarse, deshaciéndose del fino vestido que le cubría la piel dejando a la vista un volátil camisón. Anduvo hasta el tocador y eligió un perfume de lilas, dejando caer una gota sobre su muñeca. Pero antes de poder ponerse unas olorosas gotas sobre el cuello, el frasco, violáceo de cristal de kondor, se precipitó contra el suelo haciéndose añicos. La princesa ahogó un grito y agitada corrió

a cubrirse con una sábana, pues en el reflejo del tocador había visto a Killian encaramado hacia su ventana.

—¿Cómo se te ocurre presentarte así?—Preguntó ella en un susurro mientras su corazón seguía acelerado debido al susto que acababa de llevarse.

—¿Va todo bien princesa?—Se escuchó preguntar a una autoritaria voz desde el pasillo a la vez que unos nudillos golpeaban con fuerza la puerta.

Enseguida supo que se trataba de Sir Galavant, uno de los guardias que aquella noche patrullaban tanto por el interior del castillo como fuera de sus muros. Ambos jóvenes se quedaron parados mirando hacia la puerta. Alma se llevó el dedo índice a los labios señalando a Killian que guardara silencio.

Después habló, pausada y relajadamente.

—Todo va bien Sir Galavant.

Permanecieron un minuto más en silencio, aguantando la respiración, mirándose a los ojos cada uno desde un rincón de la estancia, hasta que escucharon los pasos del guardia alejándose cada vez más.

—¿Qué haces aquí?—Preguntó Alma con un mezcla de sentimientos que iban desde la alegría a la máxima intranquilidad. Como si no tuviera ya suficientes preocupaciones en la cabeza.

Killian había esperado otra reacción por parte de ella pero no le molestó en absoluto el tono de su pregunta; sonrió mientras pasaba una pierna por encima de la cornisa y después la otra con un deje de suficiencia. Sus ojos borgoñas no querían perderse ni un solo detalle de aquella alcoba tan distinta a lo que conocía. No sólo poseía un par de libros si no estanterías repletas de ellos, con sus distintos colores y letras de oro, brillantes como los cristales de aquellos frascos de perfume que descansaban en el tocador. Se miró de reojo en el espejo y allí, rodeado de lujo y vestido como un noble, por primera vez en muchos años se preguntó que hubiese sido de él de haberse criado con su madre biológica. Seguramente se hubiese convertido en otro príncipe arrogante y pagado de sí mismo, el príncipe de corazones.

—He venido a despedirme, es peligroso que sigamos viéndonos. ¿Qué ocurrirá cuando la Ciudad Blanca reclame un nuevo rey?—Preguntó.

En su voz podía verse la frustración que poco a poco comenzaba a emerger. Apretó los puños y golpeó la mesa del tocador con fuerza.

Primero se quedó inmóvil, más tarde ella empezó a asimilar las palabras que acababa de escuchar de la boca del muchacho.

Cuantas noches había soñado con que Killian apareciera en su ventana, como en el libro de los secretos amantes que tanto le gustaba leer. Pero al igual que ellos, parecía que su historia no acababa con final feliz.

No podía creérselo, después de tantas noches jurándose amor bajo el follaje del bosque, Alma no podía creérselo. Y le indignaba ver a Killian manejado como una marioneta, ella tenía claro que iba a luchar por él, pero el muchacho parecía acobardarse a la mínima.

—¿Eres tú o la famosa Rhonda quien habla?—Replicó enfadada mientras se ponía el pomposo vestido dorado que su madre le había regalado. Después fue hasta el espejo y cogió un pincel para mojarlo en la tinta de pétalos de rosa que le habían obsequiado. Siguió hablando mientras sus labios de tornaban del rojo más intenso.—Márchate.

Killian la observó con detenimiento sin saber muy bien qué hacer, la joven seguía de cara al espejo y había cogido el cepillo que pasaba una y otra vez por su larga melena.

—¿Qué estás diciendo?

Ella se dio la vuelta y le miró con rabia.

—¿No era a eso a lo que venías? ¿A despedirte?—Sus ojos comenzaron a encristalarse y aunque deseaba contener las lágrimas no pudo evitar que su voz sonara rota cuando continuó hablando.—Márchate si es que no me amas.

Después de eso la joven se marchó, sin esperar tan siquiera una respuesta por parte de Killian.

Estaba enfadada. Y mucho.

***

Caléndula seguía con la mirada fija en el apuesto hombre que había sido liberado del mundo del espejo. Hécate le había ordenado llevar a aquel hombre ocultando su rostro, a las orillas del Mar Bravo. Allí, una barca esperaba pacientemente la llegada de ella con su acompañante para llegarlos a la Isla de la Eternidad. Hécate tenía intención de liberar a la Reina de Corazones pero sabía que ella no acataría ninguno de sus deseos a no ser que le llevara un regalo a cambio. Sin embargo, la sacerdotisa ciega no le había revelado porqué era tan importante aquel joven para sus planes y ciertamente se trataba de una pieza clave para su propósito.

—¿Quién demonios eres tú?—Volvió a repetir Caléndula con su sensual voz.

El joven de ojos azules se irguió ante la pregunta.

—Mi nombre es Lysandro Pier, Milady.—Contestó él desafiándola y con una voz profunda.—Le sugiero que me diga cuál

es el suyo y los motivos que la han llevado a liberarme.

Ella se rio inclinando su cabeza hacia atrás, haciendo que sedosos mechones de su cabello oscuro recorrieran su espalda.

«Pobre muchacho» pensó, «no es más que un simple peón en un juego de ajedrez que ni siquiera entiende.»

Se adelantó hacia él con la intención de cogerle la mano pero Lysandro se escabulló de entre sus dedos, desconfiado. La empujó con ferocidad hacia la mesa, tirando un par de copas en el forcejeo que acabaron rodando por el suelo con un tintineo y se giró rápidamente hacia la mugrienta puerta. Enseguida Caléndula recuperó el equilibrio y sonrió divertida, le encantaba cuando huían, cuando sus presas pensaban que lograrían escapar. Hacía de ella una poderosa cazadora. Sus ojos felinos se estrecharon aún más con la visión de Lysandro girando con prisa el oxidado picaporte.

Podía oler su desesperación.

Chasqueó los dedos, sabiéndose vencedora y una humareda esmeralda los rodeó a ambos. Cuando el humo se disipó, ellos ya habían desaparecido.

***

La celebración en el castillo seguía imperturbable a los acontecimientos que estaban por suceder. El portón que daba al salón del trono donde se celebraba el banquete se abrió de par en par, como un pájaro que extiende sus alas y de allí, la esbelta figura de la princesa pareció emerger entre el tumulto. Por un instante, la orquesta dejó de tocar y las últimas notas de aquellos alegres violines perecieron en pos de una mirada. Los ojos de la bella princesa, aún húmedos por las lágrimas, buscaban entre los invitados, deseosa de encontrar a su madre y acabar con aquella insulsa fiesta. Era tradición que la reina coronara a su heredera con su propia tiara, que tendría que llevar hasta el amanecer como una señal del cambio de joven a adulta, de princesa a reina. Después de aquella noche la aristocracia la consideraría una igual y pronto tendría que escoger marido. No esa noche por supuesto, pero el tiempo pasaba demasiado precipitadamente para Alma, por desgracia. Las jóvenes de buena cuna debían crecer demasiado deprisa si no querían ver desmoronarse sus reinos. Pensó en las palabras de Killian y una minúscula parte de ella sabía que tenía razón. ¿Qué sería de ellos siendo él un fugitivo? ¿Siendo hijo de la mayor enemiga de su madre y de su Reino?

Su amor estaba destinado al desastre.

Caminó esquivando a las parejas que bailaban dando vueltas y vueltas, y aunque tuvo que pararse a reverenciar a sus invitados y a

aquellos que se acercaban a ella para mostrar sus felicitaciones, enseguida logró posicionarse junto a su madre y su padre. El rey le dedicó la sonrisa más amplia que pudo hacer a su hija mientras que la reina se levantó de su trono nada más verla aparecer. De pronto la sala se quedó en silencio y la nobleza que se hallaba presente enmudeció atenta a los movimientos de la reina Alyssa.

—Como ya sabéis, hoy mi hija cumple dieciocho años y es tradición en las Tierras de Aravelia que le honre con mi corona.—Habló para luego girar la vista hacia la princesa y tenderle la mano. —Venid aquí hija mía.

Alma obedeció y cogió la mano que su madre le tendía. Después hincó una rodilla en el suelo de espaldas a ella y de cara a la muchedumbre, tal como hacían los caballeros al recibir sus títulos nobiliarios. La reina le quitó su fina tiara y se la pasó a Dorian para que la sujetara mientras ella a su vez, se deshacía de su propia corona con la intención de dársela a su hija.

Fue en ese instante cuando el portón se abrió de golpe por segunda vez.

Killian apareció en el umbral de la puerta y se quedó inmóvil aún con la mano en la madera. Su porte era como el de un valiente guerrero y a la luz de las velas que decoraban el salón, su cabello castaño parecía más claro y el iris de sus ojos se iluminó como un rubí alcanzado por la luz de un cálido sol primaveral. La audiencia ahogó los murmullos y la orquesta permaneció inmóvil. Killian avanzó entre los invitados petrificados por el estupor, con la mirada fija en la princesa. Alma alzó la cabeza para toparse cara a cara con la persona que más amaba en el mundo.

Le había seguido, no se había marchado, la quería y él a ella; Y ahora estaba delante de aquellos que querían su cabeza; Y todo por su culpa.

Enseguida el rey pareció reaccionar y cogió a su hija del brazo, arrastrándola hacía si y protegiéndola bajo su amparo. Todos ahí habían oído rumores, la mayoría sino todos, infundados por los errantes bardos, acerca del hijo de un monstruo, un joven de ojos inyectados en sangre con una sed de venganza más grande incluso que la de su madre.

—¡Guardias! ¡Guardias!—Gritó el rey hacia los soldados que comenzaban a entrar apresurados al salón.—¡Detenedle! ¡Ha venido a asesinarnos!

Los soldados rodearon al apuesto joven. Killian sabía a lo que se enfrentaba pero preferiría morir de una vez por todas a pasarse el resto de su vida como hasta ahora.

«Prisionero», pensó.

—No os acerquéis ni un paso más si no queréis arder en las llamas del Inframundo.— Pronunció de manera convincente aun sabiendo que no era más que una mentira. Pero eso ellos no lo sabían y ahora mismo esa sería su única ventaja si quería salir con vida del castillo.

«¿Qué demonios está haciendo?», se preguntó Alma mientras observaba a Killian rodeado por los guardias incapaces de acercarse a él.

Entonces lo comprendió y decidió ayudar en el engaño. Su padre aún permanecía delante de ella y parecía que en cualquier momento iba a estallar. Sólo tenía ojos para el muchacho que se había atrevido a irrumpir en su hogar.

Por ella.

La princesa cogió con disimulo una vela del candelabro que tenía a su lado con la intención de provocar un pequeño fuego, quizás podría acercar la llama a una de las guirnaldas de tela que colgaban de la pared a su espalda.

—¡Niña estúpida!

Alma se sobresaltó. Los ojos iracundos de la reina la miraban con ira y corrió a quitarle la vela de un manotazo. Durante la fugaz distracción los soldados se acercaron a Killian, que se había quedado pendiente de la princesa.

—¡No!—Gritó Alma al ver que los guardias ponían de rodillas al joven y lo apresaban.

Killian sintió como los grilletes le oprimían el aliento y miró a la princesa a los ojos como quien se sabe condenado. ¿Qué otra cosa pensaba que iba a ocurrir?

Alma apartó a su padre con todas sus fuerzas y su madre intentó agarrarla del brazo pero la princesa se zafó de ella y bajó los escalones para reunirse con el prisionero. Le cogió el rostro con ambas manos mientras lloraba de desesperación.

—Perdóname, perdóname te lo ruego.—Suplicó mientras besaba sus manos encadenadas.

—Alma…—Murmuró su padre con sorpresa, a ojos de los invitados que seguían observando la escena como si fuera una dramática obra de teatro.

La princesa miró a su padre con la mayor de las tristezas reflejada en su rostro.

—Le amo padre.—Pronunció con convicción mientras hacía oídos sordos a la indignación de sus súbditos.—He entregado mi corazón hace tiempo.

—Parece que has entregado algo más que tu corazón.— Interrumpió Artemisa quien secretamente se relamía de satisfacción ante la escena. Aquello no había entrado en sus planes pero para la musa disfrazada fue como un regalo caído del cielo. Prosiguió.— Has entregado además tu cordura. Apresadla a ella también.

La guardia dudó un instante pero ellos sólo acataban órdenes. Alma se resistió pero aunque los guardias intentaban tener cuidado para no hacerle daño, cogieron a la princesa desprevenida, la golpearon y le pusieron los pesados grilletes.

Dorian miró a su hija con una mirada llena de horror. Hacía mucho tiempo que la reina había cambiado y esperaba que con el tiempo aquella faceta caprichosa y volátil se esfumara pero con el paso de los años sólo había acrecentado cada vez más. Alyssa estaba siguiendo los equívocos pasos de la Reina de Corazones.

—Clavad una proclama en las puertas del castillo, que toda la ciudadela acuda a la cita.—Ordenó la reina.— Mañana al amanecer el bastardo será ajusticiado al patíbulo, le espera la horca. Y la princesa seguirá el mismo destino, por traición a su Reino y a su sangre.

—¿Te has vuelto loca?—Se dirigió el bondadoso rey a su esposa. — Ya no te reconozco, tú no eres la joven de la que me enamoré.

«Había tardado años en darse cuenta», pensó la reina.

Artemisa rio con espontaneidad para sorpresa de todos y siguió riendo mientras Dorian suplicaba… mientras los guardias se llevaban entre pataletas a la joven pareja enamorada; camino a la muerte.

8

Lysandro estaba desorientado. No sabía dónde se encontraba, la noche le rodeaba, los sonidos del bosque quedaban atrás y sus botas se hundían en la fría arena. Lejos había quedado el ruinoso palacio y su prisión de cristal. Se fijó en como las olas rompían en la arena y la nostalgia por su hogar en los Dominios de Elinor se instaló en su quebrado corazón. Y pensar que hacía tan sólo un segundo había saboreado la libertad para encontrarse a sí mismo intentado huir de aquella criatura endemoniada con nombre de mujer.

—¿Pensando en mí querido?—Escuchó preguntar a Caléndula tras su espalda.—Lo siento, ciertamente no eres mi tipo. Ningún hombre lo es; son tan burdos, tan simples, sólo piensan con…

El ser feérico iba a seguir su retahíla de insultos cuando calló de golpe. Una barca se acercaba a su encuentro entre las olas del Mar Bravo y remando con soltura se hallaba una figura espectral. Lysandro también se dio cuenta de aquello e impulsivamente echó un pie hacia atrás mientras la barca se acercaba.

—Caronte amigo mío…

Caléndula fue interrumpida en el momento en que el barquero dejó ver la palma desnuda de su mano.

—Por supuesto, las monedas.—Prosiguió ella mientras sacaba dos monedas de oro de su escote y las dejaba caer sobre la mano de Caronte.

Éste hizo una reverencia invitándolos a subir a su pequeña barca. Lysandro miró a su espalda donde se hallaba la maldita mujer, por supuesto no podía huir aunque quisiera, si ella con sólo chasquear los dedos podría hacer aparecer de nuevo la humareda embrujada. Puso un pie dentro de la barca intentando no caer con el vaivén, después puso el otro, lentamente; Y mientras se sentaba de cara al horizonte, Caléndula se instaló junto a él. El barquero puso rumbo a su destino sin mediar palabra alguna. Las olas arremetían una y otra vez contra la frágil embarcación y Lysandro sentía que en cualquier momento podría desfallecer.

La criatura feérica le observó con sus ojos sagaces.

—Creo que esto te pertenece.—Le dijo mientras chasqueaba los dedos de la mano derecha y aparecía en su mano libre un instrumento que hacía mucho el joven había creído perdido.

Una flauta de plata.

Sus yemas acariciaron la superficie del instrumento como si sus dedos se hubiesen rencontrado con una vieja amante. Se llevó los labios a la brillante embocadura, hinchó sus pulmones en una bocanada y el cielo pareció iluminarse con su melodía. Sus dedos se

movían por la elegante flauta, tan rápidos y ágiles, que apenas rozaban los agujeros; con la maestría celebre que tan famoso habían convertido a Lysandro, tanto que el rey Draco tuvo que invitarle a su gran fiesta, aquella noche, en que la conoció, a ella.

Las notas se volvieron desgarradoras, melancólicas y hermosas. El mar pareció calmarse, ya no azotaba furioso al barco si no que lo mecía en un consuelo. Incluso Caléndula que contemplaba las estrellas intentando parecer imperturbable, aquella sinfonía de lamentos le llegó al alma, haciéndola estremecer de arriba abajo.

Lysandro tenía un verdadero don; no por algo se había ganado el apodo de "el flautista" hacía muchos años atrás. Siguió tocando mientras la bruma los rodeaba engulléndolos como un lobo hambriento. El músico se quedó observando la niebla a su alrededor, tan densa que comenzó a asfixiarle lenta y angustiosamente.

—¿A dónde me lleváis?

Su pregunta fue ignorada como si nunca la hubiera pronunciado.

—Hemos llegado mi señora.—Manifestó por primera vez el barquero. Su voz resonó en la noche, profunda y solemne.

«¿Hemos llegado?», pensó Lysandro extrañado, observando la negrura del mar y del cielo.

La barca parecía flotar entre las estrellas, hasta que se detuvo por completo; Y aunque la bruma seguía presente, pudo observar lo que le esperaba: la orilla de un playa y un poco más al fondo, la silueta de un cueva con forma de calavera. Estaban en la Isla de la Eternidad, frente a la prisión de la Galera del Viento.

Entonces se temió lo peor.

Lo supo enseguida por una corazonada; Irina estaba ahí.

Condenada.

***

«Condenada», caviló Alma, «por mi propia madre».

La desolación y el desamparo que sentía en aquel momento eran indescriptible. Ya ni siquiera le dolían las muñecas, ni siquiera notaba la sangre que corría de ellas por las heridas que el hierro le había provocado. Una argolla colgada del techo, del que pendían las cadenas de sus muñecas, era todo lo que tenía por haber amado a la persona equivocada. Y en cuanto el sol se pusiera ya no tendría ni siquiera la vida, aunque ella sentía que ya se la habían quitado. Estar allí, encerrada, separada de su amor y de todos a los que quería, o a los que quiso alguna vez, fue como morir en vida. Fue como arrancarle el corazón. Sintió la oscuridad asolando el País de la Aravelia, o quizá lo que sentía fuera sólo la sensación de un

corazón muerto sobre su pecho.

La princesa escuchó un gemido provenir de la celda contigua. Fue como una exhalación, como el último aliento de un hombre antes de abandonar la vida para siempre. Se removió inquieta intentando ver quien había a su lado pero las cadenas se lo impidieron.

—Killian ¿eres tú?—Preguntó de manera desesperada, con el terror impregnando cada una de sus palabras.

Rezó a los dioses, a las musas, porque no fuera él.

—No me arrepiento de haber ido a buscarte.—Escuchó pronunciar de los labios del joven. Hizo una pausa, en la que sonaron las cadenas, Alma supuso que se había acercado a la pared. — Únicamente me arrepiento de no haber tenido más tiempo, de pasar mi vida escondido. Quizás nuestro tiempo en la tierra se acabe, pero pasaré mi existencia contigo en los cielos, si aún me amáis por ser tan estúpido.

—Te amo con cada parte de mi ser.—Dijo ella.—Amo tu sonrisa capaz de hacer que el sol salga en un día plomizo, amo tu carácter soñador, tus ansias de ver el mundo, amo tu forma de mirarme como si yo fuera el ser más especial del mundo, amo…

—¡Por los dioses! Callaos de una vez u os corto la lengua, me vais a hacer vomitar.

El celador permanecía sentado con la espalda apoyada entre las puertas de las dos celdas. En su mano una jarra de vino y colgando de su cinturón las llaves le tintineaban con cada movimiento. Amaba su trabajo en las mazmorras, y no es que fuera un sádico, si no que le gustaba estar recluido, pensando en soledad y sobre todo en silencio. Y ahora ese silencio se veía perturbado por las hormonas de unos mocosos.

—Déjales en paz Thorin.—Una voz resignada se escuchó a través de los muros.—Ya tienen bastante con estar aquí.

—Tú cállate también o serás mi próxima cena zorro estúpido.—Discutió el celador, harto de aquella noche que parecía no acabar nunca.—Estoy hasta los cojones de tus sermones, no sé cómo la reina no te ha ejecutado después de tantos años. Mañana mismo le pido que te ahorquen junto a esos dos.

Después señaló las puertas que tenía a cada lado, con tanta vehemencia que el vino se derramó de su jarra.

«Mierda, lo que me faltaba»

—Sabes que no te hará ningún caso.—La segunda voz volvió al ataque.— La reina no se atreve a matarme, por eso me retiene aquí. Así que puedo decir y hacer lo que quiera.

Un golpe sordo se escuchó seguido de un berrido gutural por parte de Thorin. Estaba cabreado y había golpeado la puerta de la celda con el puño cerrado y con toda la fuerza de la que disponía.

Hubo un momento de silencio. Aunque las voces en la cabeza de Alma no cesaban. Parecía que con el silencio se hubiesen intensificado y estuvieran gritándole al oído.

«Aquella voz… Estúpido zorro», había dicho el celador.

Cautivo junto a ellos, en aquel lúgubre rincón del castillo estaba el señor Tydwill, quien había sido consejero y fiel amigo de sus padres. En su memoria miles de fragmentos de recuerdos desordenados parecían hilvanarse para formar una imagen. Ella tenía tres añitos e intentaba alcanzar el móvil de figuras de cristal que pendía sobre su cuna. Quería coger aquellas haditas que parecían diamantes y de pronto dos enorme ojos la sorprendieron. A través de los barrotes de su cuna, un zorro cobrizo erguido sobre sus dos patas traseras alcanzó su preciado objeto y le puso en su manita el hada más preciosa que pudo soñar. Claro, que ella en vez de darle las gracias se puso a babear sobre aquella figurita, feliz de tener entre sus dedos aquel preciado tesoro.

—¿Qué ha ocurrido aquí?—Preguntó Alma, sin dirigirse a nadie en especial. Fue más como una pregunta a sí misma, un dilema que abarcaba un período decadente en lo que había sido un feliz hogar. «¿Qué demonios había ocurrido con su madre?»

***

—No sé qué te ha ocurrido, pero no pienso dejar ni por un segundo que asesines a nuestra hija a sangre fría.—Pronunció Dorian una vez se hubo marchado el último asistente a la fiesta.

Artemisa permanecía en el trono, con las piernas cruzadas y masajeándose las sienes con los dedos. Estaba cansada, cansada de fingir. Le gustaba la libertad y el poder que el cuerpo de Alyssa le había proporcionado, pero venía con dos grandes cadenas a cambio: su marido y su hija.

Todo tenía un precio, incluso para ella.

—Ya la has visto.—Repitió por enésima vez.—Ha perdido la cabeza, sabía que el…

—Eres tú la que ha perdido la cabeza.—Interrumpió el rey mientras se giraba hacia ella, conteniendo la rabia que en cualquier momento podría estallar. Se quedó pensativo mientras iba y venía de un sitio para otro.—Haré llamar a Tydwill, que venga desde su retiro en Ciudad de Jade. Seguro que él puede curarte de este mal que te aqueja, debe haber algo que pueda hacer, o quizás podría hacer llamar a una Hermana Solitaria, recuerdo que…

Ella le miró, su cerebro había desconectado por completo y había dejado de escucharle. Dorian seguía allí de pie, parloteando, enjoyado de arriba abajo con sus mejores galas. Estaba preocupado y no había sabido ver que su querida esposa necesitaba ayuda. Su ayuda, y la estaba pidiendo a gritos.

—No estoy enferma.—Interrumpió con aburrimiento a la vez que ordenaba con un gesto de muñeca a un sirviente que le acercara una copa de vino.— Ni estoy loca.

Después bebió para calmar sus nervios.

—Entonces no me queda otra opción.—Replicó, sabiendo que era necesario hacer algo al respecto. Aunque no le agradara su decisión. —Sir Galavant.—Llamó, dando voces, una y otra vez.

El caballero se presentó al cabo de unos segundos, con la espada desenvainada pues no sabía que estaba ocurriendo. Sin embargo enseguida bajó el arma al ver que allí sólo le esperaban los reyes y algún que otro sirviente rezagado.

—¿Ocurre algo mi señor?—Preguntó desconcertado.

—Encerrad a la reina.—Pronunció, al fin. Incapaz de girar la vista hasta donde estaba su mujer.

Incapaz de verla consumiéndose en su locura.

—Por favor, no me hagas reír.—Replicó ella con sorna mientras veía como el guardia se acercaba a ella.—Sir Galavant, parad.

El joven giró su vista hacia el rey. No sabía qué hacer, se encontraba entre la espada y la pared. Miró a ambos pero había algo en la mirada de su señor que le hizo decidirse. Avanzó sin demora hacia la reina Alyssa mientras ésta bebía una vez más de su copa. La agarró del brazo bajo su atónita mirada.

—¿Qué estáis haciendo?—Preguntó consternada mientras la arrastraba fuera de su asiento.—¡Soltadme imbécil!

El vino salpicó su vestido como si fuera sangre y la copa resbaló de sus manos mientras el caballero la empujaba como si fuera un vulgar perro. Ella se resistió pero Sir Galavant tenía mucha más fuerza y le encadenó las manos con los grilletes que portaba ceñidos a su cinturón. Artemisa miró al joven rey que se había sentado en su trono y la contemplaba mientras era arrastrada por el salón.

—¡Soltadme! ¡Soy la reina!—Gritó con ferocidad.—¡Soy la reina! No podéis hacerme esto, soy la reina he dicho.

—Llevadla a la torre y encerradla allí hasta que encuentre otra solución. Después liberad a mi hija y al muchacho. Veremos lo que tiene que decir. —Sentenció el rey, mirando hacia otro lado.

Ignorando los gritos que su bella mujer profería; ignorando el sonido de las cadenas al chocar unas con otras; ignorando el repicar

de las campanas que anunciaban la noche; Una noche oscura;
Y maldita.

9

Los festejos continuaban entre los habitantes de la Ciudad Blanca ignorantes de lo sucedido en el castillo. Rhonda caminaba entre ellos con el rostro oculto bajo la capa gris. No es que fueran a reconocerla, claro que allí no era nadie, sin embargo era una costumbre que había tenido que adquirir con el paso del tiempo. Estaba inquieta, yendo de un lado para otro, esperando a las faldas de los altos muros. En su espera, no vio mal alguno en unirse a aquel bullicio de aldeanos que danzaban en círculos al son de la chirimía y la cítara. Con una moneda de bronce se regaló una suculenta cena a base de cerveza y lechón; y aún le sobró para comprar una bolsa de cerezas especiadas con rosas. Toda una especialidad que sólo se elaboraba en la ciudadela. Se sentó al calor de un horno de leña junto al resto de pueblerinos que bebían a la salud del cumpleaños de la princesa.

«Salud», pensó, mientras alzaba la jarra de cerveza y daba un generoso trago, saboreando la espuma y el sabor a cebada. De pronto notó como alguien se le acercaba y una mano se posaba en su hombro. Enseguida se dio media vuelta con la daga que escondía bajo la manga puesta en el cuello de aquel hombre.

—Tranquila preciosa, sólo iba a invitarte a otro trago pero ya veo que estás servida.—Pronunció con las manos alzadas en un gesto de buena fe.

En cuanto hubo apartado el filo del cuchillo, el hombre se alejó de allí tan rápido como le permitieron sus horondas piernas.

«Tenía que aprender a relajarse», se dijo, como un consejo para el futuro. Aunque cambió de opinión en cuanto una mujer comenzó a agarrarla del brazo con apremiante vehemencia.

—Eres tú, eres tú…

A ojos de Rhonda, la anciana parecía delirar. No paraba de tocar su capa y cogerla de la mano mientras ella se zafaba de sus dedos. Entonces se fijó en su atuendo: una túnica gris perla con un cordel dorado ceñido a su cintura y un sol bordado en el pecho. La vestimenta que distinguía a las Hermanas Solitarias.

—Pensaron que estabas muerta, pero yo siempre tuve fe en que…

—Lo siento pero me confunde.

Salió de allí corriendo tan pronto como hubo dicho aquello, dejando atrás a la anciana. Corrió hasta que le dolieron las piernas y pudo refugiarse en una callejuela alejada del gentío. Allí, apoyó su espalda en la madera del lateral de una casa y respiró hondo. La había reconocido, después de tantos años había reconocido a quien

fue su sombra en la Fortaleza Solitaria. Ella, la Hermana Laurel la había acogido en su seno y después Wendy la había abandonado, a todas ellas, a la más mínima de cambio. Las había abandonado para cuidar de Killian como no pudo cuidar de sus hermanos menores.

«Killian…»

Las campanas la sorprendieron, repicaron una y otra vez, hasta concluir con la duodécima campanada y no había rastro de él. Todavía no había salido del castillo. Se preguntó si también la habría abandonado como había hecho ella antes con aquella pacífica orden de mujeres.

Se preguntó si le habría contagiado su egoísmo.

Una vez que se hubo relajado un poco, anduvo hasta las puertas del castillo, con premura y con cuidado de pasar desapercibida esta vez, esperando ver al joven aparecer de un momento a otro. Pero esperó y nada ocurrió. Cuando pensó que ya salía de allí, se dio cuenta de que le había confundido con un guardia real. Éste se acercó a la puerta y clavó un pergamino en la madera, después, sin armar escándalo se marchó por donde había venido. Rhonda se acercó lo suficiente para leer lo que la proclama dictaminaba.

“Se hace saber que el criminal Killian Brishot, comúnmente conocido como Príncipe de Corazones, ha sido capturado y con él, la heredera al trono de ciudad blanca, la princesa Alma de la Casa Legrand acusada de traición. Por decreto real, conforme a las leyes establecidas, serán ejecutados al alba en el patíbulo del jardín de las rosas. Atentamente Sir Mordreg, Capitán de la Guardia Real”

«No puede ser», negó, una y otra vez en su cabeza.

Leyó de nuevo el pergamino, palabra por palabra hasta que no tuvo más remedio que admitirlo. Lo último que había deseado, se había hecho realidad. Tenía que sacar de allí a su muchacho antes de que fuera demasiado tarde. En pocas horas, el sol se alzaría y con él, la muerte de Killian.

«No» se dijo, no lo dejaría morir como había hecho con su hermano Mikael. Era su oportunidad para redimirse de aquel sentimiento de culpa que no le dejaba conciliar el sueño por las noches. «¿Pero cómo penetrar en los altos muros del castillo?» Se quedó pensando un instante mientras calculaba el tiempo que corría en su contra. Dio un rodeo a la fortaleza, intentando parecer perdida pues había levantado sospecha en un guardia que andaba vigilando desde las almenas. Inspiró hondó una vez más, como si fuera una especie de mantra con el que relajarse, y comenzó su plegaria a las estrellas.

—Dioses amados y musas veneradas, soy yo, Rhonda, vuestra

fiel servidora; —Murmuró rozando con los labios sus manos entrelazadas.—Sé qué hace años me alejé del camino divino pero fue por una buena causa, estoy segura de que fue un vestigio del destino. He recorrido una larga senda junto a ese joven como para perderlo esta noche. Sólo deseo que esté a salvo.

Repitió su rezo y deseó con fuerza, poniendo la fe en cada una de sus palabras. Como una señal del cielo, un aullido se escuchó detrás de ella. Pero no, el origen de aquel sonido no estaba tras ella. Lo volvió a escuchar esta vez con más fuerza, como si estuviera llamándola. Y el aullido provenía de una rejilla de hierro que pasaba desapercibida entre el grisáceo tono de la piedra de los muros. Se arrodilló para echar un vistazo por ella pero enseguida apartó la cara cuando el viento que pasaba a través de las rendijas le golpeó con su fétido olor.

«Las cloacas», se dijo. «No podía haber sido algo más bonito o con mejor olor como las cocinas, no. Tenían que ser las cloacas», añadió sarcástica mientras tiraba con fuerza de la rendija.

Ésta se desprendió bajo sus manos y la dejó apartada en la tierra. Después inclinó su cabeza para ver mejor lo que le esperaba dentro del agujero. Estaba oscuro y las aguas que recorrían el conducto parecían profundas. Se quitó la capa que llevaba puesta, por nada del mundo quería acabar ahogada entre la inmundicia de los reyes, y la tela lo único que iba a conseguir era frenarla, o en el peor de los casos, hundirla cada vez más en el fango. La dejó apartada junto con la rendija de hierro y miró una vez más al cielo antes de meter las piernas por el conducto.

Enseguida la oscuridad la embargó, rodeándola con sus brazos malolientes. La pestilente agua turbia le llegaba hasta la cintura y por lo menos agradeció el hecho de que pudiera mantenerse erguida, pues el subsuelo era de techos altos, aunque estrecho. Caminó entre las aguas, conteniendo la respiración y con las manos apoyadas en la pared utilizando la fuerza de sus brazos para impulsarse hacia adelante. A pocos metros llegó a una encrucijada y una corriente de aire le acarició el rostro.

«Tiene que ser una salida», pensó, mientras torcía a la izquierda en la oscuridad. Allí, en el techo, había una trampilla, y casi se le escapa de su vista, de no ser por la rata que parecía columpiarse de su argolla. Ella la apartó, dejándola en el agua mientras ésta chillaba.

—Lo siento pequeña.

Y tiró del hierro con fuerza. Un haz de luz iluminó las cloacas, pero casi prefería no haber visto nada de la inmundicia que allí se

acumulaba. Levantó los brazos para trepar hasta el hueco que se abría ante ella. Lo hizo, con dificultad, le costó más de lo que creía pero al final lo consiguió.

Rhonda llegó a una habitación vacía, iluminada por las antorchas y sus débiles llamas. Sus ropajes estaban empapados y se acercó un poco a la pared para alzar sus heladas manos junto al calor del fuego. Sin embargo, cuando aún no se había recuperado de la hipotermia, algo tiró de su mugrienta camisa.

Una loba, gris y preciosa.

«Parece inofensiva», pensó.

Aquel era el animal que había escuchado a través de la rendija. Ella le acarició el lomo, sintiendo el calor de su pelaje.

—Gracias preciosa.—Dijo, acariciándole la cabeza a modo de despedida.

Tenía que encontrar el lugar dónde mantenían cautivo a Killian, y rápido. Sin embargo, la loba no se movió ni un ápice, reteniendo a la intrusa en un rincón de la pared. Pero ella no tenía tiempo para juegos.

—¿Qué quieres chica?—Preguntó, inclinándose ante el animal. Después se olió las manos, aún tenía impregnado el aroma del jugoso lechón.

«Así que era eso», se dijo. «Tiene hambre».

—No tengo tiempo ahora, tengo que buscar a un persona, pero si me dejas pasar quizá te traiga un poco de carne, ¿eh?—Mintió.

La loba giró su cara hacia la puerta.

«Eso es, bonita», repitió en su cabeza, esperando que la dejara en paz. Pero la loba no parecía querer desistir en lo suyo, sea cual fuera su intención. Mordió la camisa de Rhonda una vez más y la arrastró hacia la puerta.

—Vale, te sigo, te sigo.—Le susurró ésta, con el temor de que en cualquier momento el animal se pusiera a aullar y la descubrieran.

El corredor estaba desierto y oscuro. Por los recovecos de sus muros se colaba la corriente, invadiendo el ambiente de un frío invernal.

«Algo extraño para tratarse de un castillo», se dijo.

Ella había esperado vislumbrar algún pequeño asomo del lujo del que siempre presumían los monarcas, pero allí, rodeándola, sólo había roca, húmeda y fría. Siguió avanzando con la loba como guía hasta que vislumbró al final del corredor una luz que iba y venía. Supuso que era un guardia haciendo la ronda con el candil encendido. Miró a ambos lados de donde se hallaba, no había ningún tipo de desvío por lo que tenía que seguir avanzando. Se

preparó la daga, sosteniéndola en la mano temblorosa.

«Cálmate Rhonda», se dijo, «no es la primera vez que matas a un hombre».

Pero todas las veces se sentía como la primera: el miedo la invadía, el corazón se aceleraba y al final del todo, cuando la sangre manchaba sus manos, sentía sus piernas desfallecer. Cada vez que sus pies daban un paso, su respiración se entrecortaba. Sentía que le faltaba el aire.

—¿Quién anda ahí?

—Perdonadme.—Susurró ésta antes de abalanzarse contra el guardia y cortarle la garganta.

El pobre soldado no se lo vio venir y miraba con los ojos como platos a aquella mujer que había aparecido de la oscuridad como un espectro para arrebatarle la vida. Poco a poco, mientras intentaba balbucear sus últimas palabras, ahogándose en su propia sangre, el brillo de sus ojos, el destello del alma del hombre, fue extinguiéndose, como la luz de su candil. La ex Hermana Solitaria rezó una plegaria a las musas antes de pasar un pie por encima del cuerpo, evitando encontrarse con la mirada vacía de sus cuencas, para seguir su camino, guiada por una sombra con corazón de lobo.

Fue entonces cuando la tierra tembló.

—Ella está aquí, ¿verdad?—Dijo Lysandro, en cuanto hubo pisado la arena de la playa.

—Vaya querido, no eres tan lento como yo creía.—Replicó Caléndula mientras bajaba grácilmente de la barca y ésta se alejaba en la bruma.—Has estado muchos años encerrado y las cosas han seguido su curso, cambiando constantemente. Irina no es la misma persona que conocías. Tu encarcelamiento la cambió y la llegada de una joven Alyssa ayudó en absoluto.

Lysandro permanecía perplejo, mirando a Caléndula atento a sus palabras. No podía entender el alcance que había supuesto su desaparición en Irina; no podía comprender la repercusión que había tenido en ella; La locura que había causado.

—¿Quién es Alyssa?—Preguntó, interesado por saber la importancia que había tenido esa persona en el destino de Irina.

Caléndula rio, intentando ocultar su risa con el dorso de su mano. Un detalle que no pasó desapercibido para el desconcertado flautista. Le recordó a la nobleza para la que solía tocar su música.

—A menudo se me olvida lo ignorante que eres.—Espetó con un tono burlesco en su voz, mientras se adentraba en la selva de la playa. Lysandro le siguió, irritado por las circunstancias en las que se hallaba, obligado a ser humillado por aquella blasfema criatura.

Una ráfaga de aire casi le hace retroceder pero el rubio no se detendría por nada del mundo, no mientras sabía que su amada seguía pudriéndose cada vez más con el inefable y despiadado reloj haciendo pasar el tiempo. Se la imaginó agazapada en un rincón, como un cadáver en vida con toda su hermosura marchita y la ira le embargó. No una ira apasionada de las que se consumen al cabo de unos minutos si no una ira calmada, fría, de las que perduran toda la vida. Podía sentirla como una serpiente reptando bajo su piel envenenando su sangre; Una mancha oscura capaz de ennegrecer su propio corazón, pues ahora todo en lo que podía pensar era en su venganza.

***

Hacía tiempo que había dejado de molestarse en apartar a las ratas; hacía tiempo que había dejado de ser remilgada en cuanto a las sobras que le arrojaban; hacía tiempo que había olvidado la mirada de su hijo.

Hacía tiempo que se sentía muerta.

Irina permanecía tumbada mirando la puerta de hierro, viendo cómo iban y venían las sombras de los pies al cruzar por delante de su celda. Ese era el único entretenimiento que tenía. Todavía no

había perdido la cabeza tanto como para comenzar a hablar con sus compañeras las ratas. Aunque había muchos que sí lo hacían. Los escuchaba susurrar consigo mismos a través de la roca, aunque de vez en cuando, el silencio se hacía tal, que pensaba que los presos habían muerto y por un segundo, el corazón se le encogía. Porque si había algo que no soportaba era la soledad, le hacía recordar aquellas noches en la alcoba del castillo, alejada de su bosque, antes de que se proclamara así misma Reina y todo cambiara. Antes incluso de la llegada de Alyssa.

Irina, hija de la ninfa Irladea y del rey Jacobo, bailaba alrededor de los monolitos feéricos del bosque para celebrar el solsticio de verano. Pero dejó de danzar en cuanto escuchó los caballos acercarse a dónde ella y su gente se hallaban. Su madre, Irladea se acercó a ella y puso una mano en su hombro, obligándola a quedarse donde estaba. Los demás seres feéricos corrieron a esconderse mientras las siluetas que montaban a caballo se acercaban más y más, haciéndose más nítidas a cada galope.

—Mi niña, ha llegado el momento.—Pronunció Irladea observando a su bella hija. Irina permanecía confusa pero por el misticismo que revelaba la voz de su madre, no podía tratarse de otra cosa.

Su padre venía a buscarla. Y efectivamente, así era.

El Rey Jacobo de Ciudad Blanca, había mandado a sus mejores jinetes para buscar a su hija bastarda y llevarla al castillo para criarla junto con su otra hija Miranda. Era de esperar que el momento llegara justo ahora, al fallecimiento de su esposa. Irina fue con aquellos hombres mientras dejaba a su madre atrás. A pesar de la tristeza que le embargaba, no podía dejar de imaginar cómo sería la vida en el castillo, con aquel esplendor rodeándola. Pronto descubrió que no era esa la vida que había imaginado pues su hermanastra no dejaba de hacerle los días imposibles. Miranda no soportaba ver al fruto del adulterio paseando por los grandes rosales y codeándose con la nobleza más selecta. Irina añoraba a su madre y aunque estaba cansada de que su hermanastra la tratara como un vil monstruo, ella no se daba por vencida, no dejaba que la ira la dominara. Hasta que llegó la gran noche en el banquete de la Casa Pentrose. Toda la realeza de las demás ciudades se reunían esa noche para comer, beber y dedicarse a otros placeres más exquisitos. Fue esa noche, la noche en que se enamoró de Lysandro Pier, uno de los músicos de la corte. Encandilaba a las damas, tanto por su música como por su aspecto. Él era apuesto, muy apuesto, con una melena rubia como

el trigo, con fina barba dorada, ancho de hombros, fuerte, viril y con las manos más delicadas que había visto jamás. Y para Irina no sólo era su música o su aspecto, era también su forma de pensar. Nunca antes había conocido a un ser tan libre. Lysandro había recorrido las Tierras de Aravelia con su música, desde la más remota aldea de Hamel hasta el magnífico castillo de Ciudad del dragón. Podía escuchar sus historias toda la noche y de hecho así lo hizo.

Después de aquello él la condujo hasta el jardín y allí dieron rienda suelta a su pasión. Fue un flechazo en toda regla. Sin embargo, otras invitadas había caído bajo el mismo hechizo y la Reina Katrina se había encaprichado de aquel joven, deseosa de llevarlo hasta su cama. La hermanastra de Irina vio su oportunidad en todo aquel lio amoroso. Distrajo a su hermana, trayéndola de vuelta a la fiesta mientras Katrina se abalanzaba en los brazos del flautista. Pero Lysandro no se dejó cortejar, había quedado impresionado por la joven de ojos rojos y por fin había sentido lo que era amar de verdad. En aquel momento Irina escapó de la vista de Miranda y de su padre y fue a reunirse de nuevo con Lysandro pues sospechaba que las intenciones de su hermana no fueran del todo benévolas.

Lo encontró junto a Katrina, en el jardín donde antes habían yacido alejados del banquete. Ambos estaban discutiendo.

—¿Amor verdadero? Te diré algo del amor verdadero. No existe, sólo es un vil cuento de viejas.—Gritó Katrina, encolerizada ante el rechazo que había sentido hacía un momento.

—¿Lys?—Preguntó Irina, confusa ante la escena que presenciaba.

El rubio se giró para observarla con una sonrisa en su cara, fue hasta ella, dejando plantada a la joven Reina de la Ciudad del Cuervo. Pero no sabía lo que hacía. Nadie dejaba plantada a aquella mujer.

—Oh no mi amor. Si no eres mío, no serás de nadie.—Pronunció para seguidamente alzar las manos ante el osado joven que se había atrevido a despreciarla. Lysandro sólo pudo llegar a rozar los delicados dedos de Irina antes de desaparecer para siempre.

En su lugar, sólo quedó un espejo.

Y ella se convirtió desde aquel instante, en el monstruo que todos

creían que era. Asesinó a su padre con belladona y robó la corona del trono de Ciudad Blanca ante la mirada de su hermanastra. Después de aquello condenó a Miranda por traición, acusándola a ella del asesinato del rey. Observó cómo su cabeza se desprendía de su cuerpo con la caída de la afilada hoja de acero de la guillotina.

Pero su venganza aún estaba lejos de ser satisfecha.

Redujo la Ciudad del Cuervo a cenizas, disfrutando cada segundo que duró la agonía. Más tarde liberó a su pueblo, los seres feéricos de la lacra que suponía permanecer desterrados en los bosques. Los dejó acampar por sus anchas entre los Reinos con total impunidad, haciendo destrozos aquí y allá. Inició la Guerra Roja cuando se enteró que estaba embarazada y su hijo crecería sin padre. Ordenó sacrificar a todos los recién nacidos para castigar a los hombres. Estaba furiosa, fuera de sí y se sentía más poderosa que nunca. Hasta que Alyssa se cruzó en su camino y truncó toda la felicidad que podía tener el corazón despechado de la Reina.

Irina no quiso pensar más. Los recuerdos la estaban matando. Consumiendo su espíritu lentamente, hasta su ira parecía haber menguado con cada año que pasaba allí dentro. Ahora sólo le quedaba esperar que algún día la parca decidiera liberarla de sus grilletes con la llegada de la muerte. Apartó la vista de la puerta y cerró los párpados, intentando así que el sueño la llevara lejos de allí, a algún lugar menos inhóspito de su imaginación.

Fue entonces cuando los gritos inundaron la prisión.

La reina abrió los ojos sorprendida y se arrastró entre la mugre hasta pegar la oreja en la fría puerta. Aquello era extraño, más que extraño. No eran los gritos propios que allí se escuchaban. Algo estaba ocurriendo detrás de aquellas paredes de roca y ella era incapaz de discernir que era aquello que ocurría. Pero los gritos no cesaban y a ellos se sumaron también las suplicas de los condenados, que veían su oportunidad de salir de allí, de lograr la ansiada y dulce libertad. Irina escuchó los gritos de Tobías, su carcelero, y no pudo evitar sonreír de satisfacción. El pobre había creído que ella sucumbiría a sus torturas pero era más fuerte de lo que pensaba pese a los numerosos momentos en que la debilidad se había aferrado a ella. Sólo le dio pena que quien fuera que le estuviera infringiendo aquel dolor, no fuera ella misma.

De pronto, un estruendo se escuchó justo al otro lado de su celda, lo que le hizo dar un brinco hacia atrás cayendo de espaldas

en el suelo. Después, vio horrorizada como la sangre que llegaba del corredor se filtraba por la rendija de debajo de su puerta y le manchaba los tobillos. Se adelantó gateando y con los dedos tocó el líquido espeso, rojo y brillante, efectivamente era sangre y por el barullo que todavía seguía alzándose en la prisión, había sido una masacre. De golpe se hizo un silencio sepulcral y una risa de mujer fue lo único que se escuchó.

—¿Lo ves querido? Te dije que no tendríamos ningún problema.

«Aquella voz…» se dijo, sabiendo que la conocía pero por mucho que lo intentara no lograba ubicarla en alguien concreto.

Y como en un sueño, como si todavía permaneciera con los ojos cerrados, la puerta de su celda comenzó a abrirse emitiendo un chirrido que le era familiar. Irina se apresuró a levantarse con las débiles fuerzas que tenía. No era la mujer que antaño había sido, no desde que la encerraran y apartaran de ella a su débil rayo de luz. Antes de que la puerta se abriera por completo, se colocó al final de su cubículo, en un rincón, lo más alejado de la silueta que empezaba a recortarse en el umbral y que parecía venir a por ella. La pregunta era ¿para liberarla o para torturarla?

Lysandro observó desde la puerta el interior de aquella pestilente morada, incapaz de apartar los ojos de la prisionera. Ella tenía una mirada furtiva pintada en su rostro y él había quedado bajo su hechizo, incapaz de moverse debido a la impresión que ésta le causaba. Lo que más le impactó fue ver los huesos que se marcaban bajo la piel de su bello cuerpo, incapaz de ocultar la desnutrición tras el fino camisón de burda tela que antaño debía de haber sido del color de la nieve. Adelantó un paso con lentitud, consciente del estado en el que estaba, acercándose a ella como quien se acercara a un animal herido; con cautela.

—¿Irina? Soy yo—Pronunció.

Los cabellos negros que en otro tiempo habían lucido brillantes y espesos, tenían ahora un tono parduzco y casi grisáceo, aunque probablemente esto último se debiera a la suciedad que parecía haberse adherido permanentemente a ella como una segunda piel. Irina reaccionó a la voz de Lysandro como un reloj al que le accionan un engranaje, desencadenando en ella sentimientos que hacía mucho pensaba no volver a sentir. Se preguntó si la muerte podía haber adquirido la forma de alguien amado, pero lo que notaba en su vientre, yermo y vacío, le decía que aquello no era posible, no se trataba de ningún espectro.

Era él y sólo él, su músico apasionado.

El rubio observó como ella rompía a llorar, deshaciéndose en un

mar de lágrimas y espasmos incontrolables. Todos estos años pensando que ella había sido feliz… y estaba igual de condenada y miserable que él.

La reina de corazones vio como éste alzaba su mano y se la tendía, esperando. Tan solo esperando. Fue a responderle el gesto, levantando su mano tímidamente pero en cuanto rozó, levemente, la yema de sus dedos, fue tan fuerte la oleada de emoción que le sacudió, que se desmayó allí mismo, mientras la oscuridad se apoderaba de ella. Sintió el temblor de la tierra bajo sus pies antes de caer en los brazos del flautista.

11

Lysandro también había sentido la vibración del suelo y extrañado se giró en redondo aún con el peso del cuerpo de Irina sobre sus brazos. Caléndula había desplegado sus alas con fuerza provocando el temblor de la tierra, y de sus labios, como una sirena, había surgido un sonido gutural y hechizante que llegaría a oídos de la Sacerdotisa Ciega, Hécate.

— Tenemos que irnos, nos están esperando y aún tenemos que hacer una parada antes de emprender el vuelo.— Pronunció a continuación.

El ser feérico observó la sorpresa en ojos del rubio.

— ¿No era esto lo que querías? ¿Liberarnos?— Preguntó él.— ¿Que más quieres de nosotros?

— Después de todo, ¿aún crees que soy un alma caritativa?

Sonrió, definitivamente aquel muchacho era muy estúpido. Sin embargo vio como la expresión de Lysandro cambiaba a una profunda mirada de desprecio.

No, no creía que ella fuera un alma caritativa pero tampoco sabía a qué estaba jugando.

— Vamos querido.— Continuó diciendo Caléndula mientras daba media vuelta dispuesta a salir de allí con ellos, tanto si querían como si no.

«Menos mal que no está despierta para ver esto» se dijo el rubio refiriéndose a Irina, sin saber, que de haber estado despierta, probablemente ella se hubiese alegrado y hubiese sonreído como una niña al ver como habían acabado sus vigilantes, con aquellos despojos de carne que no volverían a torturarla nunca más.

El corredor de la prisión dejaba lugar a un escenario macabro y sangriento. Los carceleros habían sido hechizados por la criatura con cuernos de carnero, quien con una mente perversa, había obligado a esos pobres infelices a mutilarse a sí mismos hasta culminar en una angustiosa muerte. Claro que podría haberles dejado simplemente dormidos con un chasquido pero ¿Qué gracia tendría entonces para ella? Ya que Hécate parecía que únicamente le encargara el trabajo sucio, bien podría divertirse un poco. La criatura feérica se recreó en el largo camino que tenía delante, observando minuciosamente cada detalle de destrucción que había creado. La sangre se pegaba a sus garras, incluso podía oler el sutil aroma a hierro que ésta destilaba.

«Pero faltaba la guinda del pastel» se dijo, tras haber recorrido el camino hasta la salida de aquel infierno, con los agonizantes gritos de los presos que todavía seguían cautivos ajenos a aquel mar de

sangre y vísceras, que pronto serían pasto de los gusanos y del inevitable olvido.

Ahora sí, chasqueó sus dedos para ver su juego terminado: las puertas de cada uno de aquellos criminales estaban abiertas de par en par.

-¿Te has vuelto loca?-Preguntó el flautista que había permanecido tras ella todo el rato.

-A veces la locura es la base de la genialidad.

***

El agua fluía brillante como esencia de nácar, apacible, dibujando pequeñas ondas como si las hadas hubieran estado jugando con ellas. Su reflejo devolvía un cielo estrellado que podía confundirse con diminutos peces de color de plata. Las flores blancas, puras, de aromas exóticos, que parecían resguardar entre sus brazos la laguna, se mecían con suavidad cada vez que el delicado viento acariciaba los pétalos. Y como el manar del llanto de una madre hacia su hijo, de la cascada arropada por la hiedra nacía el agua cristalina de aquella mágica fuente.

Irina todavía continuaba con los ojos cerrados, sumida en recuerdos intranquilos, distorsionados por su perturbada mente y su ausencia de corazón. En sus sueños revivía el parto de su único hijo. Sola, en la lúgubre celda, bajo la iracunda mirada de su carcelero. La sangre brotaba de entre sus muslos, resplandeciente y roja como los labios de una doncella. Vio asustada como la sangre corría sin tregua alguna. De golpe, esa misma sangre se trasformó en vino, derramándose de la copa que ahora sostenía entre sus manos, antes de que esta cayera al suelo y se fragmentara convirtiéndose en pétalos de veneno. Frente a ella, su hermanastra y la Reina Katrina, riéndose de ella se erguían como dos monstruos de pesadilla.

Despertó de golpe, completamente desorientada.

El frío nocturno le azotó en los huesos haciéndola temblar. Observó las estrellas completamente anonadada, estaban tan distantes, tan luminosas, tan bellas…

“¿Es esto el paraíso?” Se preguntó, mientras una única y débil lágrima surcaba su mejilla para caer en la hierba, fresca y húmeda.

Eso le hizo pensar, el tacto de la hierba bajo su cuerpo marchito le decía que no estaba muerta, pero tampoco estaba en su celda. Quiso incorporarse aún desorientada como estaba, con todo a su alrededor borroso como las sombras de unos fantasmas. Pero tenía miedo de moverse. La Reina desterrada, tan altiva que había llegado a ser, tenía miedo de moverse. Poco a poco, sus sentidos fueron agudizándose de nuevo y recordó de golpe lo que había

sucedido antes de desmayarse.

— Lysandro…— Murmuró sin apenas dar crédito.

Había perdido la cordura, por fin había sucedido, había perdido completamente la cabeza y por un instante lo agradeció. Nunca más tendría que seguir preocupada, apenada, sola… la locura se la había llevado de su morada a un reino donde las estrellas brillaban en la noche con una luz incandescente y nunca se apagarían. Tenía que ser eso.

— Creo que tu amada se ha despertado por fin, puedo oír el eco de sus pensamientos resonar en mis oídos.— Escuchó decir.

Aunque no fue lo único que escuchó. Unos pasos sobre la hierba se acercaban a ella. Y entonces lo vio, como un espectro del pasado. Mortificándola.

— ¿Eres tú de verdad?

Lysandro, aquel músico al que había amado con todo su corazón y al que todavía amaba a pesar de que el tiempo había apagado su fuego. Pero donde hubo llamas siempre quedaba adherido el rastro humeante de las abrasadoras cenizas.

— ¿De verdad eres tú?—Volvió a repetir, olvidándose del frio, del lugar en el que se hallaba y del dolor de sus articulaciones. Se incorporó levemente, apoyando sus huesudos codos en la maleza del suelo, con lentitud. Después alzó el brazo y estiró su mano hasta que la punta de sus delgados dedos pudiera casi rozarle. Pero se detuvo, con temor. ¿Era aquello realmente real?

Lysandro vio reflejada la duda en aquellos ojos de rubíes y apenado cogió la mano que está alzaba y la condujo hasta su rostro, apoyándola sobre su mejilla. Observó también como ésta se estremecía, como una delgada rama quebrada.

— Soy yo, tranquila, soy yo…— Repitió una y otra vez mientras por fin la estrechaba entre sus brazos con lágrimas de felicidad en sus claros ojos.

A Caléndula todo aquello le traía al fresco, el reencuentro de los amantes se le antojaba innecesario e inútil pero recordó las palabras de Hécate “Irina es sanguinaria sí pero también apasionada, y no puede llevarnos a la libertad si anda todo el día apesadumbrada. Toda Reina necesita un rey de marioneta, aunque sólo sea para calentarle la cama. Confía en mí, este regalo no pasará desapercibido y entonces ella nos pertenecerá” Evocó la caprichosa figura de Hécate en su cabeza. ¿Estaba ella jugando con sus sentimientos?, ¿sería que acaso también la consideraba un títere?

— ¡Tú, demonio!— Exclamó Lysandro mientras se incorporaba del suelo con la débil ex prisionera sujeta en volandas por sus

fuertes brazos.

“Ah, así que ahora repara en mí”, pensó Caléndula de manera irascible.

— Demonio infernal, dime ahora mismo dónde estamos y a qué estás jugando. Y ni se te ocurra escupir mentiras por esa lengua viperina que tienes. Ya he escuchado suficiente.

La feérica ni se inmutó, anduvo descalza hasta ellos y acarició el cabello de la Reina. Después se agachó unos milímetros y acercó sus carnosos labios al oído de ésta.

— Perdonad mi Reina de corazones.— Susurró pausadamente.

Acto seguido, en un visto y no visto, Caléndula había dejado nuevamente a la prisionera sobre la hierba y estrangulaba entre sus garras el cuello del flautista. Lo zarandeó como si fuera un muñeco de trapo, viendo como la piel de su rostro se enrojecía, quedándose sin aire cada vez más deprisa. Ella sonrió de satisfacción mientras él, desesperado, arañaba sus garras en un intento de escapar de aquella parca.

— Que te quede claro una cosa, sólo estás aquí por mí y por mi maldición. Si no fuera por mi hechizo, la princesa Alma no se hubiera pinchado con la rueca y el espejo de Katrina seguiría siendo tu prisión hasta el final de los tiempos. Deberías mostrarme algo de respeto.

Dicho esto le empujó con fuerza y Lysandro cayó al suelo, delante de ella.

— Bésame los pies.— Ordenó la criatura del bosque.

La mirada desafiante de Lysandro aun recuperando el aliento, se clavó en ella. Pero ella no se iba a dar por vencida, tenía que enseñar a ese perro modales.

— Bésame los pies.— Dijo de nuevo.

El silencio que en ese instante se hizo, era cortante y dañaba como un cuchillo. Caléndula observó como el hombre se debatía. Finalmente dejó su orgullo y dignidad apartados como el campesino que se deja olvidado su capa y macuto. Lysandro se inclinó sobre el pie desnudo de aquel vil ser feérico y rozó sus labios levemente en él.

— Eso bastará.— Pronunció ella, girándose en redondo y dando la espalda a sus dos acompañantes mirando el arroyo cristalino que tenía ante ella. Sólo quedaba una cosa por hacer antes de regresar al Bosque Frondoso con sus invitados. Se giró hasta donde estaba Irina, que se había puesto en pie como había podido y se mantenía erguida a pesar de sus circunstancias. Se inclinó ante ella, agachando su cabeza hasta que la punta de sus oscuros cuernos

tocaron la fría hierba.

— Mi reina, me presento a vos como su sierva y como fiel seguidora os digo, entrad en el agua, sumergíos hasta la cabeza. Sed la persona que erais antes, sólo si accedéis voluntariamente a este estanque podréis disfrutar de sus cualidades extraordinarias.— Pronunció señalando las aguas.— Volveréis a ser la que antaño un día fuisteis cuando aún permanecíais con nosotros en el bosque. Pero sólo si así lo deseáis. ¿Podréis dejar el dolor atrás?

Era tanta información para asimilar. Irina veía toda la situación expectante, analizando a aquel ser de su verdadera familia, el pueblo renegado de los feéricos. De aquellos con sangre no humana, de aquellos con sangre fae como ella, como su madre, la ninfa Irladea. Y habló, como hacía tiempo que no había hablado, como la verdadera hija del rey Jacobo, como una verdadera Reina.

— Podré dejar el dolor pero nunca dejaré la ira, la venganza que hará caer a aquellos que me lastimaron. Empezando por Alyssa.

Ese nombre le evocaba tanto sufrimiento… nunca olvidaría la cara de aquella adolescente que osó levantarse ante ella con la daga del primer hombre en su mano. Nunca olvidaría a aquella persona que ahora reinaba en el castillo de su padre, nunca olvidaría su rostro aniñado de cabellos rubios y ojos azules cuando se atrevió a clamar su sentencia frente a aquellos que la habían seguido. Misericordia… había pronunciado ella. Si hubiera tenido misericordia realmente, la habría matado allí mismo en vez de mantenerla prisionera. Consumiéndose con lentitud.

— Le gustará saber que ahora tiene una hija.

Aquello le cayó como un cántaro de agua fría. Su voz temblaba de rabia cuando volvió a hablar.

— Entonces se la arrebataré como ella hizo conmigo. Nunca debió alejarme de mi hijo y ese es un error que pagará con la sangre de su primogénita.

Sus ojos se encontraron con los de Lysandro, esperando su reacción, él nunca llegó a saber que estaba encinta, esperando un hijo suyo, pues Katrina le había encerrado en el espejo mucho antes de que Irina se enterase de la buena nueva. El flautista se llevó una mano a su espesa cabellera de trigo, estaba consternado. “No puede ser, no puede ser” pensaba. Miró fijamente a su dulce amor que distaba mucho de cómo la había conocido en aquel baile. Pero podía ver lo que quedaba de ella en sus ojos. Tanto tiempo sola, alejada del mundo y con aquella carga enorme sobre sus hombros, todos estos años…

Se acercó a ella con voz trémula.

—¿Irina?

Y no pudo evitar caer de rodillas a sus pies, roto en llanto, agarrando su cintura con ambos brazos. Aferrándose desesperadamente a la mujer que amaba. Besó su vientre vacío una y otra vez mientras ésta le acariciaba la cabeza.

—¿Pudo haber sido hermoso verdad?— Le murmuró ella.

Un murmullo que quedó eclipsado con el sonido de las corrientes de aquel manantial.

—No perdamos más tiempo, tendremos todo el tiempo del mundo para nosotros una vez termine todo.— Dijo ella mientras le tendía la mano a Lysandro.

— Por fin, alguien que habla con sensatez.— Espetó Caléndula, aburrida del espectáculo.

Lysandro miró a ojos de Irina que permanecían decisivos. Este comenzó a quitarle los harapos que resbalaron por la cenicienta piel de ella. Desnuda, como la trajeron las musas, anduvo hasta orillas del estanque y poco a poco fue introduciéndose en él hasta sumergirse por completo. Caléndula y Lysandro, se miraron sin saber que esperar, pero cuando Irina volvió a salir supieron que la magia había hecho efecto en ella. Su piel lucía tersa y sonrosada; su cabello negro, como las plumas de una urraca, lucía espeso, liso y brillante hasta su cintura; su mirada recuperó el destello de fuerza que había perdido. Estaba tan joven como la primera vez que había llegado al castillo de Ciudad Blanca. Ante ellos, la temida reina había surgido de las aguas como el fénix que renace de sus cenizas.

***

Hécate iba y venía, con sus pies descalzos sobre la tierra húmeda y las hojas caídas. Nadie se atrevía a acercarse a ella tal y como estaba. La Sacerdotisa Ciega nunca había estado preocupada, pero en aquel momento lo estaba, no sabía cómo iba a acabar todo aquello y estaba impaciente por tener noticias de Caléndula y la Reina de Corazones. Contaba con que Irina no supusiera ningún obstáculo en su camino si no que asumiera el papel que pronto le habían confiado. Ella sería la soberana que necesitaban, la Reina Fae, la que rompiera sus cadenas, la que les libraría del bosque. Para muchos, Irina había sido una déspota tirana pero para aquellas criaturas, Irina era sinónimo de libertad. ¿Y no era eso acaso lo que deseaban todos los hombres?

“Aunque claro, ellos no eran hombres, eran monstruos” pensó con resentimiento mientras se llevaba una mano a su rostro.

Se palpó con sus suaves dedos, los hilos de sus ojos recordando un episodio de su vida que creía olvidado. Hécate, la sacerdotisa

ciega no siempre había sido profeta entre su gente y hubo mucho tiempo en el que sus ojos eran tan corrientes como los del resto de los mortales, de un extraordinario color verde oliva. Había cumplido trece años y después de haber escuchado tantísimas historias sobre los Reinos y sus ciudades, decidió que ya era hora de visitarlos a hurtadillas. Coincidió con las festividades estivales, y para una joven fae, aquellas calles llenas de hombres, los colores que estallaban en forma de banderines y los aromas que provenían de los hornos de leña, la cautivaron por completo. Pronto se vio envuelta en aquella cultura, disfrutando de los placeres terrenales como una habitante más, hasta su encontronazo con uno de los aldeanos. Tenía aspecto de gigantón, con barba prominente y vello en sus anchos brazos morenos y curtidos. Con el tropiezo, la pinta de la joven Hécate fue a parar a la andrajosa ropa del desconocido y con el movimiento sucedió lo inevitable. La capa de ella dejó al descubierto sus cuernos dorados para horror del hombre que tenía ante sí.

—Lo siento, no veía por donde iba. —Se disculpó la joven sin saber la maldad que aguardaba en el corazón del humano.

—Y ya no verás nunca más.— Pronunció este con voz atronadora mientras se jactaba, borracho, ante sus amigos.

Volvió de su pequeña aventura con los ojos cosidos gracias a Melusina que la había encontrado suplicando ayuda a la diosa Danú bajo los estandartes de la Ciudad Blanca; con el rostro y las manos plagadas de sangre, en un llanto rojo de unos ojos cegados para siempre. Durante meses Hécate rezó a la sombra de los monolitos con la esperanza de que la diosa se apiadase de aquel engendro invidente. Por suerte la diosa de aquellos seres feéricos entendía de misericordia y consuelo, así que le dio el don a aquella jovencita destrozada. Cambió aquellos hilos corrientes por hebras de las estalactitas provenientes de las cuevas del Destino, dándole el rango de sacerdotisa.

Los amargos recuerdos fueron diluyéndose mientras el sonido de unos pasos a su espalda fueron cobrando fuerza. Suspiró aliviada al ver que Caléndula había regresado a su lado, con aquel andrajoso flautista y la reina desterrada.

Se inclinó en una educada y servil reverencia ante la visión de una joven Irina.

—Majestad.— Pronunció con emoción.— Bienvenida de nuevo a vuestro hogar. Irina miró el bosque que la había visto crecer hasta que fue reclamada por su padre. Seguía tal y como lo recordaba. Un refugio para inadaptados, el follaje era espeso, las ramas se

entrelazaban unas con otras, la hierba permanecía seca y oscura y aquellas sagradas piedras permanecían en pie a expensas del tiempo y las circunstancias. La reina de corazones tocó con las yemas de sus dedos aquella roca en la que había pasado parte de su infancia, rezando a la diosa como le había enseñado a hacer su madre Irladea.

La buscó con la mirada, inquieta y expectante.

— ¿Mi madre?— Preguntó, pues no la había vuelto a ver desde que se marchara de allí aquel día fatídico en que los caballeros de su padre y él aparecieron.

Hécate habló con cautela.

— Murió hace mucho.

Irina creía que cuando le dieran esa noticia sentiría algo, pero no. Quizá lo único que sintió fue alivio, al menos así no vería en lo que se había convertido, lo que aquella prisión y aquel castillo que en su día pisara le había hecho.

— ¿Cómo fue?- Replicó, ya sin ápice de sorpresa. Había pasado mucho tiempo.

Lysandro le cogió de la mano en un sencillo gesto de amor, al menos él seguía allí.

— Los reinos son los culpables alteza, la estúpida nobleza asustadiza, crédula y petulante.

—¿A qué te refieres?

Hécate disfrutaba de ser ella quien le diera la noticia.

— Irladea enfermó y hubiera bastado con las medicinas de las que disponen los galenos en sus cortes, pero nadie quiere cobijar a un monstruo bajo los pomposos techos de los castillos. El único que se atrevió fue vuestro fallecido padre, el rey Jacobo al acogeros. Echaron a tu madre a patadas, al igual que nos echaron a todos hace tiempo.

Irina la miró con rabia, dolor e impotencia. La historia de su pueblo no le era indiferente, siempre sometidos bajo el yugo de la nobleza. Era algo que todos aprendían a edad muy temprana.

— Pero todo esto acabará cuando se sepa que estas de nuevo entre nosotros, cuando recuperes tu corona sobre todo el País de Aravelia.— Concluyó la sacerdotisa a la vez que daba un chasquido y en su mano aparecía una corona de espinas.— Acepta el cargo que te ofrecemos, acepta ser nuestra reina y liberar a nuestro pueblo, que los seres feéricos tomen las ciudades de nuevo, como en los Antiguos tiempos.

Mientras Hécate seguía hablando, de las sombras de los arboles iban surgiendo las siluetas de aquel mermado pueblo olvidado de la

mano de las musas. Irina entrelazó su mano con la de Lysandro y juntos observaron cohibidos cómo a su alrededor iban apareciendo aquellas criaturas, arrodillándose ante ella. La mayoría parecían hombres y mujeres corrientes pero si te fijabas bien podías ver rasgos sutiles, únicos e incomparables: orejas puntiagudas, lenguas bífidas o en el caso de ella, al igual que su hijo Killian, unos ojos rojos como la sangre. Hécate se acercó a Irina con su vestido blanco ondeando sobre la hierba.

— Tus súbditos esperan, es el momento por el que habíamos rezado.— Dijo esto mientras ponía la corona de espinas sobre el cabello azabache de ésta.— La reina de corazones ha resurgido para convertirse en la reina de espinas. ¡Larga vida a la reina de espinas!

La multitud estaba expectante y sus voces se unieron en una sola cuando pronunciaron:

— ¡Larga vida a la reina de espinas!

12

Rhonda aguantó el aliento escondida tras un columna de piedra alejada de la luz de las antorchas. Estaba nerviosa y aferraba el frío cuchillo con fuerza presionándola sobre su pecho. Sentía los dedos pegajosos sobre el mango de acero, manchado de rojo. La loba gris le dio un pequeño empujoncito y ella giró su cabeza, hasta que pudo echar un vistazo de lo que le esperaba en el corredor. Había otro guardia, aunque no parecía para nada como el que había dejado atrás.

"Como el que había matado atrás" se corrigió mientras le temblaban las manos. "Lo hago por Killian, lo hago por Killian…" repitió en su mente intentando calmar su atormentada alma. La decisión estaba clara, hubiese sido el guardia o ella, si la hubieran apresado también estaría en una de aquellas celdas esperando el mismo destino que su pequeño. Se quedó inmóvil, ensimismada, viendo como una gota de su empapada ropa caía al suelo de piedra.

Thorin, el guardia que permanecía sentado junto a las puertas de hierro macizo de los prisioneros se levantó tambaleante a causa del alcohol y se asomó por una de las pequeñas ventanitas de una de las celdas, de la que parecía provenir una serie de largas y complicadas blasfemias.

— ¡Mañana comeré zorro asado como no calles de una maldita vez!— Exclamó el guardia.— Me duele la cabeza de tanto parloteo sin sentido.

Rhonda le rascó las orejas a la loba agradecida, una vez más, por haberla conducido hasta allí.

Había llegado el momento de liberarles, pues aunque no le agradaba la idea de que la princesa estuviera interesada por Killian, no podía dejar que la muerte de esa jovencita cayera sobre su conciencia.

Demasiada culpa descansaba ya sobre sus hombros.

El ebrio carcelero, guardián de las llaves de aquellas mazmorras, sintió el frío metal bajo la nuez de su cuello. Incrédulo, echó la vista hacia la daga, observando la fina mano que la empuñaba.

"Una mano de mujer" se dijo Thorin.

— Dime donde está encerrado Killian de Brishot y la princesa.

— Jamás.— Escupió éste al escuchar las palabras que habían salido de los labios de Rhonda.

Ella suspiró impaciente.

— Creo que no te das cuenta de que soy yo quien agarra el cuchillo.

Una gota de sudor resbaló por la mugrienta frente de Thorin el

carcelero.

— Mátame si te atreves mujer.— Le espetó.

Rhonda cogió de la cabeza al hombre y lo empujó con toda la rabia que había acumulado, contra la puerta que tenía delante. Se escuchó un crujido en cuando Thorin se estampó contra el hierro. Cayó al suelo de espaldas, con la nariz rota, desmayado y ahogándose en su propia sangre. La loba corrió a mordisquearle los pantalones hasta que de uno de los bolsillos sacó un manojo de llaves que apresó entre sus fauces. Rhonda por su parte le quitó las llaves a la loba y miró por la ventanita de la puerta que tenía delante. Al principio no pudo distinguir nada pero conforme sus ojos iban acostumbrándose a la oscuridad, las formas del interior de la celda fueron haciéndose cada vez más nítidas. Agazapado en un rincón había una gran bola de pelo cobrizo, que no era otro que el zorro señor Tydwill.

— No me hagáis daño mi buena señora, puedo seros de gran utilidad.— Balbuceó el zorro mientras se acercaba a los ojos que lo observaban a través de la rendija.

El animal, escuálido y tembloroso escuchó girar la llave en la pesada cerradura. Tres vueltas dio, ni una más y la puerta se abrió de par en par.

Tydwill vio como la mujer se encaramaba a él con el filo plateado de la daga en alto. Era una mujer, madura, pero aún con la brizna de la juventud plantada en ella. No tenía mejor aspecto que él. Ella estaba empapada, con la camisa blanca dejando ver al trasluz parte de sus senos; y sus pantalones, demasiado anchos para aquella mujer, parecían bailar en sus caderas. Además tenía el cabello castaño lleno de mugre, sus manos llenas de sangre y sus ojos llenos de desesperación.

— ¿Dónde están los otros prisioneros?— Habló acercándose al zorro.

A éste enseguida le llegó el tufo que ella destilaba por cada poro de su piel.

— Vienes de las cloacas, ¿verdad?— Preguntó alejándose un par de pasos de la puerta donde Rhonda seguía inmóvil.

— ¿Y a ti que te importa?

— Si me dejáis ir con vos milady os guiaré por otra salida que muy pocos conocen, nada de ratas, ni aguas fecales.

— ¿Y me dirás en que celda se encuentran Killian y la princesa?

Al zorro se le iluminaron los ojos.

— ¡Por supuesto!— Exclamó.— Puedo guiaros ahora mismo.

El animal se irguió sobre sus dos patas traseras con henchido

orgullo y ante la suspicaz mirada de Rhonda, salió de allí apresurado para toparse con la cara de la loba frente a frente. Tydwill un brinco, asustado.

— No sabía que veníais acompañada buena mujer. —Profirió.

— De no ser por ella, no estaría aquí.— Contestó.— ¿Vas a decirme de una vez donde esta Killian?

Preguntó aquello elevando la voz más de lo que había previsto. El zorro y ella enmudecieron de golpe, esperando escuchar el sonido de los pasos de algún otro guardia. Pero nadie vino a por ellos, sin embargo una voz se escuchó resonando con eco a través de las paredes de piedra.

— ¿Rhonda eres tú?-Preguntó la voz.

A ella le dio un vuelco el corazón.

"Killian…" se dijo, esperanzada.

— La segunda puerta al final del pasillo, en la primera encontrareis a la princesa, no entiendo como Dorian ha podido permitir esto, Alyssa sí que…

— ¡Calla zorro!— Exclamó Rhonda mientras corría a la celda de Killian. Éste intentó sacar las manos a través de la rendija pero los grilletes se lo impidieron. A ésta le temblaron las manos cuando abrió la puerta y descubrió a su pequeño con los grilletes que salían de las largas cadenas del techo, aprisionándolo aún más si cabe, en aquella diminuta celda. Fue hasta a él, con el corazón encogido de pena y le abrazó haciendo sonar sus cadenas.

— ¿Killian que está ocurriendo?— Se escuchó preguntar a la princesa en la celda contigua, temerosa de que arrastraran a Killian hacía el patíbulo donde esperaba su sentencia de muerte.

La loba comenzó a arañar la pared con las garras de una de sus patas, lastimera y furibunda. Sabía que su dueña estaba en peligro.

— No os preocupéis princesa, pronto estaréis fuera de aquí.— Gritó el zorro para que ésta pudiera escucharle.

— ¿Killian?

— Tranquila, todo va bien Alma, saldremos de esta.

Miró a Rhonda, convencido de sus palabras mientras ella le quitaba los grilletes. En cuanto pudo moverse corrió a la puerta de la princesa con el manojo de llaves en sus manos.

"Así me lo agradece" pensó Rhonda. "Hijos…" añadió cruzándose de brazos.

En cuanto Killian entró por la puerta de su celda, Alma sintió que tenía una segunda oportunidad para enmendar sus errores. Y su mayor error fue apartarle de ella. Killian se acercó hasta la joven de cabellos dorados, con el brillo de la llave centelleando entre sus

firmes dedos. Apuesto como un verdadero caballero cogió de las manos a la princesa atrayéndola hacia sí. Tan cerca como estaba Alma de él, frente a frente, respiración con respiración, no pudo evitar el deseo de besarle. Labios contra labios en una batalla donde el corazón había vencido. Un fuerte clic se escuchó de sus grilletes que cayeron con un tintineo al suelo cubierto de heno, fue en ese instante cuando los jóvenes se separaron.

— ¿No podías esperar?— Preguntó Killian.

Ella sonrió y le cogió de la mano.

— Vamos, antes de que nos descubran.

Fue entonces cuando él reparó en la sangre de sus muñecas.

— ¿Te encuentras bien?

— Estaré bien cuando estemos a salvo.

En cuanto puso un pie fuera de su celda, sintió algo pegajoso rozándole los dedos. Su querida Roja pasaba su áspera lengua sobre sus manos, lametazos de pura felicidad. Por un segundo Alma se olvidó de la situación en la que se hallaba con aquellos extraños observándola, y se puso de cuclillas a acariciar a su mascota con cariño.

— Princesa el tiempo apremia.— Susurró el señor Tydwill mirando de reojo el otro extremo del corredor, allí dónde una luz comenzaba a oscilar. Podía ser una simple antorcha pero no podían arriesgarse a que se tratara de la llama de un candil, porque eso solo podía significar que al otro lado de la luz se encontraba un vigilante del castillo haciendo su ronda.

El zorro cobrizo guío al variopinto grupo por el entramado de pasillos, rincones sombríos y escaleras que formaban los calabozos reales. En silencio y con sus frenéticos corazones latiendo en sus sienes, debido a la carrera, se toparon con un callejón sin salida.

— Maldito zorro, no debí haberos hecho caso, nos habéis llevado a la muerte.— Le reprochó Rhonda.

— Mujer de poca fe.— Masculló el zorro entre dientes.

Rhonda puso los ojos en blanco. “Si este supiera qué con quien estaba tratando era con una ex hermana solitaria… menuda devota estaba hecha”, pensó.

— Alcanzadme una de las antorchas.— Ordenó Tydwill, mirando el crepitar del fuego a través de sus gafas de media luna. Alma alzó el brazo pero al ver que no llegaba fue Killian el encargado de entregársela al zorro. Tydwill inspeccionó los ladrillos del muro con interés a la cálida luz de la antorcha.

— Este es.— Afirmó colocando su cobriza pata sobre la piedra hosca y ennegrecida. Ante la atenta mirada de los fugitivos y los

ojos furtivos de la loba que los acompañaba en todo momento, el ladrillo se internó hondo, hasta esconderse; Y como si hubieran accionado una palanca, el muro se abrió dejando ver un abismo de negra oscuridad.

— Bueno… ¿quién es el primero?— Preguntó Rhonda. Y al ver que nadie contestaba, dio un paso hacia adelante y después otro, y otro, hasta que su figura desapareció en la oscuridad.

Los demás se miraron entre sí, dubitativos, hasta que uno a uno fueron internándose en el pasadizo.

Alma fue la última en entrar y la primera en asustarse cuando el muro se cerró tras ella. Corrió hasta éste y golpeó la pared con las palmas de sus manos.

— Debemos seguir avanzando, déjalo Alma, no importa.-Dijo Killian mientras se acercaba a la luz de la antorcha que aún sujetaba el zorro.

— ¿Y si no hay salida?— Preguntó mientras la claustrofobia se adueñaba de ella. Con el pánico reflejado en el iris de sus ojos verdes.

— Detrás de ese muro solo nos espera la muerte, si morimos entre estas paredes, al menos lo habremos intentado.

“Killian tenía razón” se dijo, “y de una manera u otra, no pensaba morir esa noche”

La princesa se recompuso del miedo que la paralizaba y cambió su actitud. Decidida, cogió la antorcha del señor Tydwill y se puso a la cabeza de la troupe.

— Casi todos los castillos están repletos de túneles y pasadizos secretos.— Explicó ella mientras avanzaban por el angosto y húmedo corredor con el eco de sus pasos resonando en la piedra.— Algunos son falsos, meros callejones sin salida para los ladrones, asesinos y demás carroña. Dicen que tras los muros del castillo de la ciudad de dragón, son miles los que han sido emparedados, perdidos en las entrañas de sus muros. Cuentan que por la noche se puede escuchar los lamentos bajo sus paredes.

A Rhonda Green le dio un escalofrío que le caló hasta el alma.

— ¿Pretendes hacer que nos sintamos mejor con la lección de historia? porque no lo estas consiguiendo.

— ¿Y si os digo que estamos cerca de la salida? Ya puedo notar el frío de afuera.

Efectivamente, se produjo una corriente de aire helado que les congeló los huesos. Y allí iluminados débilmente por el fuego, pudieron ver como el corredor se ensanchaba y el arco de una puerta se divisaba a lo lejos. Corrieron hasta allí escuchando las

campanas de la torre del reloj lejanas y difusas. Las campanas que anunciaban su huida. Pero ninguno echó la vista atrás. Salieron del túnel, habiendo recorrido la ciudad. Delante de ellos solo había árboles, árboles tan grandes que enredaban sus ramas unos con otros y con las copas tan espesas, que por encima de sus cabezas parecía que se hubiera alzado un techo de hojas verdes y anaranjadas. De pronto, el viento sopló hacia ellos y la mecha de la antorcha que portaban se apagó con completo. Dejándoles desamparados ante la negrura y el clima de una noche sin luna, ni estrellas. Una noche desprovista de luz en que la princesa había presenciado en sus propias carnes el horror de ser repudiada de su hogar.

Alma se cruzó de brazos, intentando proteger su cuerpo del frío invernal. Killian se acercó por detrás y la abrazó con ternura, sabiendo los duros pensamientos que se estaban pasando por la cabeza de ella.

—Si algo he aprendido es que tu verdadera familia son aquellas personas que te quieren por encima de todo. Da igual si tienes o no su sangre.— Le susurró con delicadeza.

Ella miró al cielo nocturno y cerró los ojos un instante esperando que al abrirlos todo hubiese sido un mal sueño, pero seguía allí inmóvil como aquellos solitarios árboles, mientras los demás la observaban. No había tiempo de compadecerse de una misma, además no quería. ¿Dónde estaba la princesa intrépida que se escapaba de su alcoba cada noche? Si aquello era lo que se le esperaba era porque las musas así lo habrían decidido y aquel no era el final para ella si no el inicio de una nueva vida, más sencilla, alejada de las interminables clases, de las obligaciones del trono y de sus compromisos reales. Podía ver el mundo siendo ella misma, simplemente Alma. Sonrió por un segundo dando gracias al cielo, quizás aquello no había sido más que un regalo, para estar al lado de quien de verdad amaba en alguna recóndita aldea donde nadie conociera su nombre. Aunque aquel sueño por muy bonito que lo hiciera ver en su cabeza, parecía que no iba a hacerse realidad por el momento. Sin duda, las patrullas ya se estarían formando para buscarles, tenían que encontrar un refugio y pronto pues un copo de nieve cayó en su coronilla, y después otro y otro, amenazando con congelarles. Tal y como pasó hacia dieciocho años atrás aquella noche comenzó a nevar con la promesa de cubrir bajo su níveo manto todo aquello que se encontrara en el exterior, incluyendo a aquellos fugitivos perdidos bajo la sombra de los árboles silenciosos.

13

—¿Que mi hija ha desaparecido? ¿Cómo qué mi hija ha desaparecido?

El soldado miró al rey y por primera vez en su vida le dio miedo. El monarca de la Ciudad Blanca era uno de los pocos reyes a los que la gente seguía con cariño y allí donde hablaras de él, fuera el lugar que fuera, lo acompañaban las buenas palabras de la gente. Nunca había hecho nada que lastimara a sus habitantes, era duro con las leyes establecidas pero no estaba ciego, tenía compasión y comprendía el día a día de sus súbditos. No era como todos los reyes, no había nacido noble y con un título bajo el brazo. No había sido más que el fiel librero de la condesa Violet de Beumont hasta que Alyssa se cruzara en su vida para ponerla patas arriba. Él solo se había casado con la persona que amaba y desde su amplia perspectiva pudo ayudar a más gente de lo que haría cualquier rey. Por ello, que él estuviera tan furioso, que perdiera los estribos, no era una buena señal para quien estuviera cerca. Y aquel pobre caballero lo sabía. Hincó una rodilla en el suelo, sumisamente y avergonzado antes de poder explicarse.

— Fuimos a los calabozos con la intención de traeros a los prisioneros para una audiencia amistosa tal y como vos ordenasteis. — Dijo antes de tragar saliva para prepararse sobre lo que venía a continuación.— Pero las celdas estaban abiertas y vacías. No había nadie en ellas, ni tan siquiera vuestra hija.

Dorian se dejó caer en el trono y hundió su cabeza entre sus manos. ¿Es que aquella noche no iba a acabar nunca? ¿Que había hecho él para merecer tantas desgracias en el seno de su familia? Su mujer estaba loca y encerrada, y su hija había desaparecido. ¿Cómo había llegado a ese punto? Quizá era culpa suya, no había sabido ser un buen padre. Estaba tan dolido por los adulterios de su esposa, tan ridiculizado, que había pasado de todo, sin importar que su hija aún le necesitara. ¿Dónde estaba él cuando ella conoció a ese malnacido bastardo de Irina? ¿Cómo es que lo había tenido tan cerca del reino todos estos años y no lo había encontrado?

“Soy un maldito inútil” se castigó, culpándose de que todos a su alrededor le hubieran abandonado. Pero ¿y si no hubiera sido así? ¿Y si Alma se hubiera resistido y se la hubieran llevado de allí igualmente por la fuerza?

Con todas esas preguntas, con todas esas voces acechándole en la cabeza, Dorian se levantó y se dirigió a la vidriera que había en la pared. Afuera había comenzado a nevar, ya no había risas, ni música, la fiesta había acabado hacía tiempo para los aldeanos. No

se escuchaba nada salvo el viento atronador haciendo temblar los cristales multicolores de las ventanas. A la cabeza, le vino la imagen de Alma, malherida, tirada en la nieve como un despojo mientras los copos iban depositándose sobre ella hasta blanquear su piel, hasta convertirla en una hermosa estatua de hielo, con su vestido dorado y su cabello lleno de escarcha. La voz del rey, estaba ronca y rota cuando ordenó traer al inepto carcelero ante él. Dejaron a Thorin, ya despierto y habiendo parado la hemorragia de su nariz rota a los pies del rey. Éste fue a levantarse con la ayuda de la mano que tenía apoyada en el suelo pero Dorian se lo impidió pisando los dedos de la mano de aquel hombre con la suela de sus botas.

— ¿Te he ordenado que te levantes alimaña?— Preguntó el rey con altanería y desprecio.

Casi no reconoció su voz.

Thorin chilló como un cerdo y berreó cuando uno de los dedos de su mano se rompió. El rey le dio un respiro y aflojó el peso de su bota, mirando a aquel hombre barbudo y de cejas pobladas.

— Por favor, mi señor, por favor, aquella mujer apareció de la nada, me pilló desprevenido.

Por un segundo Dorian mostró interés en el hombre.

— ¿Una mujer? ¿Qué mujer?— Preguntó con la voz más fría que los carámbanos que empezaban a formarse en el arco de la vidriera por la que minutos antes había contemplado la calle.

Los ojos de Thorin se abrieron de par en par, reflejando en su brillo una única emoción: puro pavor. Miedo al recordar el filo de la daga de aquella extraña en su cuello.

— La mujer joven, quizá un par de años menor que usted y alta como un hombre pero con buenas curvas, de pelo moreno, muy sucio.— Explicó con parsimonia intentando recordar todos los detalles.

Entrecerró los ojos intentando evocar a esa mujer que le había roto la nariz. Dorian estaba impaciente e irritado, no eran muchos los detalles que le había proporcionado por no decir que con esa descripción podía atenerse a cualquiera de las rudas aldeanas que habitaban en su reino.

— Hay algo más.— Añadió Thorin.—En el mango de la daga que portaba había un símbolo en relieve, quizá se tratase de algún escudo de armas.

En cuanto escuchó aquello, el rey Dorian quitó el pie de su mano y lo cogió con fuerza del cuello de su camisa haciendo que Thorin se irguiera, golpeando a aquel hombre con el puño de su mano enjoyada. Thorin lloriqueó como un bebé cuando él se cansó de

golpearle. Mirar a Thorin era como mirar una pintura a la que le hubieran acuchillado el lienzo. Las formas de su cara habían perdido la normalidad de sus ángulos. Tenía el labio hinchado como una ciruela, la nariz torcida plagada de sangre seca a la que se le añadía la sangre fresca que manaba del corte irregular que le surcaba la ceja. Un corte que sin duda había provocado el gran anillo con piedras de amatista que portaba Dorian en su dedo anular.

— ¿Que símbolo era? ¿Cuál era el grabado?— Gritó mientras zarandeaba al carcelero que aun tenia cogido de la camisa.

— Un sol llameante, con todos sus rayos torcidos.

Finalmente Dorian se calmó al menos en lo que refería a Thorin. Conocía aquel símbolo, la primera vez que lo vio fue en un libro de la estantería de Violet de Beumont. La condesa coleccionaba los libros como un tesoro y precisamente había tratado con la Orden de las Hermanas Solitarias para cederles parte de su biblioteca. Sobre todo los libros que trataran sobre ellas, pues aquel símbolo, un sol con los rayos torcidos pertenecían a esa orden de mujeres devotas de las Musas y los dioses. Por suerte entre los muros del castillo de ciudad blanca se hallaba la Hermana Laurel aquella noche, pues había llegado a pie a la celebración de la casa real dónde Alma debería de haber portado la corona de su madre, si todo hubiese salido como debía, y había sido invitada a descansar en los aposentos de los invitados hasta al menos la mañana siguiente cuando la caída de la nieve hubiera amainado.

Dorian dirigió su mirada a los guardias que habían permanecido en un segundo plano, temerosos de la ira que había nublado la mente del bondadoso rey.

— Llevaos a esta alimaña fuera de mi vista y despertad a nuestra invitada.— Ordenó Dorian.

“La hermana Laurel sabrá quién es esa mujer que se ha llevado a mi hija y cuando la encuentre lo va a lamentar”

“Cuando la encuentre lo va a lamentar” pensó Merlion al ver que Mary Anne había utilizado su jarra de plata. Aunque no podía recriminarle mucho desde que el rey de la ciudad del dragón se cansara de ella mientras el paso de los años hacía estragos en su cuerpo. Merlion se miró en el brillo de la jarra. Para él, considerado uno de los grandes hechiceros, el paso del tiempo no significaba nada. Seguía estando tal y como recordaba en los Antiguos Tiempos cuando recibió su magia como regalo de Artemisa, una de las musas que fueron castigadas expulsándolas al mundo de los hombres. Merlion seguía teniendo la apariencia de un joven de veinte años,

con su cabello liso azabache cogido en una cinta azul que hacia juego con sus ojos del color del océano. Éste vertió el agua de la jarra en el cuenco que tenía delante mientras intentaba poner orden a su atolondrada mente. El ritual del agua tenía que conllevar tranquilidad y una mente absolutamente despejada pero en ese instante no podía pensar en otra cosa que no fuera el sueño que había tenido. Desde hacía dieciocho años soñaba con la loba, al principio esta le había pedido ayuda, una y otra vez la muchacha se aparecía con su capa roja y decía que estaba atrapada. Que la esencia del lobo al que su cuerpo había sido convertido se apoderaba de ella con la promesa de consumir su humanidad. Merlion había desistido hace años de encontrarla, sin embargo esa noche había soñado que ella llegaba ante él acompañada de una corona, un rubí, un sol y un reloj. Por supuesto nada de este augurio tenía el menor sentido, por ello el ritual del agua era tan importante, pues en él podría desentrañar los hilos de su propio mundo onírico. Siguió vertiendo el agua hasta que esta llenó peligrosamente el borde del cuenco, amenazando con derramarse. Después inspiró hondo e introdujo la cabeza en el agua sumergiéndola por completo. Lejos de tocar con la nariz el fondo dorado del recipiente, ante la vista del hechicero comenzaron a dibujarse imágenes que reconoció con facilidad, pues no se trataba de otra cosa que el sueño del que se había despertado bruscamente. Y entonces recordó, en el sueño no habían sido objetos lo que portaba ella que todavía seguía viéndose como un lobo. Sin embargo, no alcanzaba a distinguir del todo las siluetas que formaban las gotas de agua. Cerró los ojos, con premura deseando con todo su corazón vislumbrar los entresijos confusos de su sueño. Sus parpados volvieron a abrirse y esta vez, concentrado como estaba en el ritual, las figuras que veía en el interior del agua fueron haciéndose cada vez más nítidas.

Vio como la nieve caía del cielo, como una mano manchada de sangre se encogía en un puño antes de aporrear la puerta en busca de auxilio y como sus pies bajaban las escaleras. Se vio a si mismo dejando pasar a los exhaustos y hambrientos extranjeros dándoles un poco de leche tibia y ungüentos para la herida que no dejaba de manar. Y vio, con el corazón encogido como entre los miembros de aquel grupo de viajeros se hallaba un lobo con mirada de dama. Su dama, la dama de la capa roja. La chica de la que se había enamorado en sueños.

Merlion sacó la cabeza del cuenco, y se llevó las manos al cráneo desenredando con los dedos su húmedo y frio cabello. Se cogió la

cinta y la sujetó en su mano mientras andaba con la vista fija en la ventana. Fuera desde su elevada mirada de la ciudad, vio como brillantes copos de nieve comenzaban a caer ante sus ojos. El futuro se había revelado ante él, sólo quedaba esperar, esperar a aquella hermosa mirada lobuna. Sólo esperar.

—No podemos esperar más.— Replicó Alma mientras le castañeaban los dientes. Era imposible conseguir que el grupo se pusiera de acuerdo pero sobre todo lo que era imposible era intentar mantener una conversación civilizada con Rhonda. Ya le había dicho Killian que ésta era una cabezota, pero hasta el momento Alma no tuvo la ocasión de comprobarlo.

— Solo he dicho que deberíamos esperar escondidos.

— Parece que esa es tu decisión para todo ¿no?— Replicó Killian mientras borraba las huellas que habían dejado impresas en la nieve con el extremo de una rama.

Rhonda se cruzó de brazos mientras seguía avanzando por un camino que si siquiera sabía a dónde conducía. Pero ella solo quería avanzar, esconderse y despistar de esa manera a los guardias que seguramente pronto les pisarían los talones. No creía que los reyes dejaran pasar la huida sin hacer nada para encontrarles. No era una cobarde pero si esconderse significaba sobrevivir. ¿Qué más quería?

El viento le azotó en los cabellos, cortante como un gélido látigo. Comenzó a toser, si seguían aún más tiempo en la intemperie pronto enfermarían. Se rodeó el pecho con los brazos, intentando que el calor corporal la reconfortara.

— ¿A dónde piensas ir?— Le preguntó Alma— Primero deberíamos decidir hacia donde nos dirigimos ¿no crees? No se puede avanzar por un camino que desconoces.

— ¿Y qué propones tú majestad?

A Alma le hirió profundamente escuchar la nota de desprecio que teñía la palabra majestad, no era así como había imaginado conocer a la única familia de Killian.

— La ciudad del dragón, no queda lejos de aquí, siempre y cuando no nos desviemos por entre los enrevesados caminos del bosque. Estoy segura de que el rey Draco podrá acogernos en su castillo.

Alma habló con convicción con una fiereza en sus ojos impropia de una dama que desafiaba a aquel que osara ponerse en su contra. Estaba segura de que el rey los acogería impidiendo que los guardias de sus padres pudieran penetrar en sus muros. Aunque solo fuera por puro orgullo y bravuconería, el rey Draco los protegería. Tenía que hacerlo, al fin y al cabo se había encaprichado

de ella hacía mucho tiempo.

Un escalofrió le recorrió la espalda y esta vez, no fue por la nieve, si no por el secreto que había ocultado desde su decimosexto cumpleaños. Ni siquiera Killian lo sabía. Nunca se había atrevido a decir que el rey Draco había intentado forzarla aquel día. Era un secreto que guardaría para ella, y que nunca, nadie, bajo ningún concepto podía llegar a descubrir.

14

Killian estaba preocupado, hacía rato que Alma estaba sumida en sus pensamientos sin pronunciar palabra alguna mientras el grupo iba avanzando lentamente a causa del frio. Sin contar el hecho de que a cada pocos metros tenían que ir borrando sus pisadas asegurándose así de que nadie pudiera seguir el rastro que inevitablemente dejaban a cada paso. Aún con estas medidas, hacía rato que habían tenido que esconderse, ocultos bajo el esqueleto de un tronco hueco, decrepito y marchito, de un árbol caído en el camino, pues habían escuchado el trote de los caballos a lo lejos. Por suerte el zorro cobrizo había despistado a aquellos hombres que venían a galope, saliendo a hurtadillas de su escondite y dejando caer su chaleco de seda rasgado al comienzo de una bifurcación que guiaría a los confiados soldados de Ciudad Blanca por el camino opuesto hacia ellos. Para cuando se dieran cuenta del engaño, ellos estarían muy lejos de allí, con suerte bajo el techo del castillo del rey Draco en la ciudad vecina y con la barriga satisfecha por el estofado. Durante el tiempo que estuvieron escondidos con la respiración acelerada y el corazón en un puño, Killian no pudo dejar de pensar en lo distante que estaba la joven a su lado. Había mirado a Alma en un fugaz instante de calma y esta le había apartado el rostro sin ningún disimulo por su parte. Continuó mirándola ahora mientras ella encabezaba la marcha, quiso abrazarla por sorpresa, pero se contuvo. Podía notar la rigidez de su espalda y la tensión en sus hombros. Sabía que estaba disgustada pero no sabía si era con él y aquello le mortificaba más que pensar en el peligro del que estaban huyendo. Al fin y al cabo sería lógico si ella le alejara, él le había conducido por un camino sin retorno, repudiada de su castillo y alejada de su corona.

“¿Qué podía ofrecerle a cambio?” Reflexionó él cabizbajo con el ánimo tan congelado como su cuerpo.

A su lado, Roja aulló lastimera. Parecía que la loba, cuyo pelaje parecía tornarse blanco por momentos, estuviera tan melancólica como él mientras caminaban por el follaje nevado del bosque. Y es que la loba podía reconocer en la espesura del entorno todo aquello que había sido su hogar, antes de caer presa del hechizo de Caléndula. Conforme avanzaba el tiempo, la loba sentía en su fuero interno una lucha entre la salvaje esencia del animal al que había sido convertido y la muchacha que antaño un día fuera. No sabía con certeza cuantos años habían pasado desde que ella había recorrido aquellos bosques acompañada de las risas de su familia, la Compañía de los Hombre libres. Qué ironía del destino la había

llevado a acabar ahí, ni era un hombre, ni era libre. Sólo un animal, una mascota para una princesa, una compañera de cuatro patas en un viaje que creía perdido. Si acaso pudiera comunicarse, cuantas cosas habría compartido con Alma… si ella pudiera entenderla, entendería también que la joven había sido un peón desde su infancia para hacer regresar a la reina Irina y que si no lograba poner orden todo estaría perdido. La reina Irina volvería a su déspoto reinado y los seres feéricos que no dejaban de ser el verdadero causante de este dolor, camparían sin límite alguno por el País de Aravelia. A la loba le vino a la memoria una historia que le conto su padre, Richard. Sin embargo ya no podía recordar la voz de éste, no supo si era una voz fuerte, grave o por el contrario dulce como la miel, pero la historia había perdurado en su salvaje memoria.

Mary Anne estaba disgustada, aquella tarde había llegado una troupe de gitanos a su comunidad y ya no podía ir a la caza del jabalí, pues aquellas gentes consideraban sacrílego la matanza de animales y el ingerir cualquier cosa que no proviniera directamente del corazón de la tierra. Fue entonces cuando su padre la había sentado entre sus rodillas y le había contado aquella historia que había hecho ver a la niña que no siempre era bueno hacer lo que nos viniera en gana, que debíamos respetar las normas y costumbres de nuestros vecinos aunque estas nos afectaran, y así habló y habló sobre unas gentes que habitaban Aravelia antes de que fuera Aravelia, antes de que los hombres la conocieran como tal, en los Antiguos Tiempos…

— Antes de que el sol naciera y los hombres construyeran sus reinos sobre la tierra, eran las hadas, las divinidades y los feéricos los que habitaban los parajes de este mundo aun por florecer.— Empezó a relatar el forajido.— A la llegada del primer hombre Harak Salingrand le siguieron otros y poco a poco fueron construyendo sus civilizaciones y castillos en nombre de Harak frente a la mirada de las criaturas que antes poseían esas tierras. Las divinidades comprendieron que la nueva era de los hombres se acercaba y de que ya era hora de volver a sus templos entre las nubes. Así igual, comprendieron las hadas que su tiempo había pasado retirándose a la isla de la Eternidad para descansar de aquellas tierras que comenzaban a ser habitadas por extraños. Sin embargo, los seres feéricos no querían compartir sus tierras con aquellos que alzaban muros de piedra alrededor de sus altos castillos. Las criaturas arrasaron las ciudades, entraban en casas ajenas disfrutando de las despensas de otros, dejaban morir a los

niños que se encontraban perdidos en los caminos, insultaban las creencias de los hombres haciendo sacrificios de personas a los pies de sus palacios. Iban de aquí para allá, erráticos, entonando sus cantos para hechizar a los débiles. No respondían ante Harak ni ante cualquier hombre fuera o no señor de algún castillo.

Mary Anne que había escuchado a su padre con ojos ávidos de historias, no pudo evitar interrumpirle:

—¿Y qué pasó entonces papa?

Richard Hollygrant miró a su hija con orgullo. Su pequeña cazadora era tan curiosa como él.

— Y entonces dos musas, Medusa y Artemisa actuaron en contra de las divinidades, descendieron desde las nubes y le otorgaron a Harak una daga, la daga del Primer Hombre, tan poderosa que fue capaz de mermar a aquella civilización antigua. Lo que quedaba del pueblo feérico se internó en lo más profundo del Bosque Frondoso y nunca, nunca se les volvió a ver.

Mary Anne miró a su alrededor, tal y como estaban en medio de una arboleda. Los pájaros piaron y algunas hojas cayeron de los árboles descendiendo con la suave brisa.

—¿Seguro que nunca se les volvieron a ver?

Richard notó a su pequeña inquieta, aquel cuento la había perturbado. Entonces comenzó a cantar una nana mientras mecía a su hija de entre sus brazos.

Dulces árboles que arropan tu voz.
Déjame hallar donde ocultas tu corazón.
Si es de piedra fría y gris o de cálido fuego azul.
Dulces estrellas que ocultan tu voz.
Déjame ver que esconde tu amor.
Si viene del cielo, del mar o el dolor.
Muéstrame pequeña tu corazón.

La loba aulló de nuevo queriendo gritar con el corazón palpitante y desgarrado por la nostalgia. El pánico empezaba a ganar batalla cada vez que un recuerdo de su vida como humana asaltaba su mente. Notó la caricia de Killian detrás de su oreja y vio con sus ojos rasgados como Alma se detenía delante de ella. Esta se giró haciendo sonar la pedrería de lo que quedaba de su vestido dorado. Su piel estaba mortecina y sus labios morados, aun así sonrió y extendió su brazo hacia el animal. La loba se adelantó hacia ella y dejó que la joven acariciara su oscuro hocico. Aquello reconfortó lo que quedaba de la pobre alma de Mary Anne.

— ¿Qué pasa Roja? ¿Qué sucede chica?— Le susurró la rubia a una de sus enorme orejas peludas.— No tengas miedo preciosa,

pronto saldremos de este bosque.

Rhonda se mostró escéptica al escuchar cómo la muchacha tranquilizaba a su animal.

— ¿Pronto? Como sigamos a este ritmo no llegamos ni en primavera. Y no soy la única que lo piensa ¿verdad, Tydwill?

El zorro se vio en un apuro y comenzó a balbucear a la vez que miraba a ambas mujeres. Se dirigió a la princesa tímidamente.

— Quizá princesa, lo que Rhonda quiere decir es que deberíamos apresurar el paso si queremos llegar a la ciudad del dragón antes de que vuelva a salir la noche.

— ¿Podéis dejar de discutir?

Killian estaba harto de las discusiones infantiles que ambas provocaban, se estaban comportando como niñas.

"Como echaba de menos la torre" se dijo mientras apartaba a las chicas con premura y encabezaba de nuevo la marcha. Anduvo con dificultad entre la nieve, un paso, luego otro, cada vez más deprisa cada vez más lejos y se agarró de la corteza de un árbol para superar un montículo nevado de lo que parecía ser unas rocas que se alzaban en el camino. Atrás quedó el grupo pues ya no escuchaba sus voces por ninguna parte solo el batir de alas de un petirrojo que sobrevolaba las copas de los árboles mudos, ya no se escuchaba el sonido de sus hojas con el viento. Estaban completamente congeladas asemejándose al cristal más liviano. Killian se vio de pronto solo en medio de aquel paraje muerto cubierto de escarcha. "¿Dónde demonios están?" se preguntó Killian pues lo peor que podía haber hecho era separarse del grupo. "¿Tan rápido he avanzado?" Miró a su alrededor, quieto como estaba sobre el montículo resbaladizo. Sólo, sin compañía.

— ¿Alma?— Preguntó pero únicamente el eco de su voz parecía dispuesto a contestarle. De pronto resbaló y cayó al suelo con un golpe seco, aun así la nieve parecía haber amortiguado el impacto de la caída. Sin embargo un punzante dolor a lo largo de la pierna se extendía. Vociferó y gritó asustando a las pocas aves que aún se atrevían a sobrevolar el cielo. Miró hacia su pierna, pues se temía lo peor, pero no esperaba ver que esta estuviera plagada de sangre. Unas púas de bronce habían salido como protuberancias de la tierra, atrapando entre sus dientes la pierna del joven, ahora con la carne abierta y la piel colgando como las hojas lánguidas que cuelgan de una rama raquítica.

— ¡Por los dioses!— Gritó mientras las lágrimas caían de sus ojos borgoñas cómo la sangre que el mismo veía teñir la blancura de la nieve.— ¡Que alguien me ayude! Que alguien…

No llegó a acabar la frase, allí como estaba tendido en la nieve con los copos cayendo sobre él se dejó vencer por el sueño y el dolor.

Roja olfateó algo, era un aroma salado y a la vez fuerte, el aroma de la sangre. Alma iba a su lado hablando con el zorro que parecía saber muchas anécdotas interesantes sobre su familia mientras que Rhonda inspeccionaba el final del camino para saber si aún era seguro seguir la ruta que habían planeado. Ninguno de ellos dio importancia al hecho de que Killian los había adelantado hacía rato. El chico había pasado casi su mayor tiempo de vida en ese bosque místico y tan antiguo como el nacer del sol. La joven de cabellos dorados, sin embargo, supo que algo iba mal al observar a su loba tan inquieta. Ésta se movía de aquí para allá olisqueando el aire y los pequeños brotes de hierba que aún quedaban al descubierto del gélido tiempo. De pronto el silencio pareció asfixiarles.

— Algo ocurre.— Pronunció Alma.— No es normal que Roja ande tan inquieta. Todos los presentes callaron, incluso la loba se quedó parada, tan inmóvil como los árboles que allí se erguían.

Un grito estremecedor cortó el silencio.

— Killian.…— Susurraron las mujeres al unísono.

El tiempo pareció haberse detenido para ambas que se internaron en la espesura olvidándose de cualquier precaución. Sus ropas se enganchaban en la maleza mientras corrían presas del pánico. Alma soltó un quejido cuando su cabello se enredó entre unos espinos, por suerte Rhonda la ayudó con su daga cortando el mechón sin ningún miramiento.

“Parecía haber disfrutado de ello” se dijo la princesa.

Lo encontraron al cabo de unos instantes, desmayado tras el amplio hueco de unas piedras. Cuando se fijaron en su pierna, llena de mugre sangre y pus, con la piel abierta y las púas de aquella trampa para el venado clavándose en la carne desnuda se temieron lo peor. Alma no pudo reprimir la oleada de arcadas que aquella visión le había provocado. Se apoyó en las rocas y vomitó con violencia, alejada unos pasos del cuerpo. La bilis manchó sus zapatos y le dejó un regusto metálico y ácido en los labios. Rhonda se compadeció de la joven tan demacrada y ordinaria que se mostraba ante ella. Hacia kilómetros que había dejado de parecer ante sus ojos una princesa.

“No era más que una niña abandonada” se dijo con una punzada de lástima.

Pero no tenía tiempo para ello, pensó mientras volvía de nuevo

su atención hacia el herido joven. Acarició el rostro de su pequeño, dormido cual presa de un profundo hechizo y no pudo controlar su preocupación. Tenían que llegar esa noche al castillo de la ciudad del dragón de lo contrario temía que la pierna de Killian no sobreviviera a la infección y la gangrena. Ya había visto muchos casos como aquel siendo una novicia Hermana Solitaria. Rhonda ordenó a la escuálida y pálida joven que la ayudara a cargar a Killian sobre sus hombros.

— ¿Podrás cargar con él hasta que lleguemos?— Le preguntó la joven mientras su cuerpo aún temblaba de la impresión.

Rhonda simplemente asintió.

“Tenía que poder” se dijo, “tenía que tener fuerzas. Por él. Por ella.”

15

El zorro señor Tydwill iba y venía de un lado a otro, inquieto junto a la loba hasta que vio llegar a las muchachas desde la lejanía. Sus sombras se reflejaban en los blanquecinos troncos pero había algo extraño en aquellas formas oscuras y cambiantes, pensó el zorro. Se irguió sobre sus dos patas traseras y se ajustó las gafas de brillante hojalata que llevaba. Distinguió a Alma, con su cabello casi blanco por los copos y su vestido y piel tan pálidos que la hacían parecer un espectro. Su expresión furibunda no la ayudaba en absoluto a disipar aquella semejanza. Tras ella, Rhonda cargaba con dificultad el cuerpo de Killian, inerte e inmóvil. El animal se temió lo peor pero al ver la expresión de Rhonda su duda se despejó al instante: el chico seguía vivo.

***

Sir Kay estaba congelado a pesar de la piel de oso que llevaba sobre su capa. El imprevisible clima invernal era algo que detestaba, y estar alejado del castillo también. Sin embargo sospechaba que la intención de su antiguo amigo Dorian era tenerlo lo más lejos de su Ciudad… y de su reina. Pensó en Alyssa y el calor le invadió su cuerpo irremediablemente. Su simple recuerdo era mejor que cualquier piel de oso que pudiera llevar encima. Los caballeros siguieron galopando aun cuando los caballos empezaron a sentir los primeros síntomas del agotamiento. Aquellos fugitivos los habían engañado haciendo que sus hombres siguieran un rastro falso pero nadie podía burlar su inteligencia. Sir Kay se había dado cuenta de ello y ahora regresaban sobre sus pasos hacia el camino correcto a una velocidad que hacía crujir la hierba helada mientras sus respiraciones aparecían delante de sus narices en forma de vaho. Sir Floreau que cabalgaba a su lado encabezando la guardia se adelantó con su purasangre Barnas hacia unas rocas que había en el camino. Allí, el hombre se apeó de su caballo negro como la noche e inspeccionó el brillo que había percibido desde la distancia, antes de que los caballeros llegaran junto a él.

— ¿Qué ocurre Floreau?— Preguntó Sir Galavant mientras desmontaba de su montura.

Lo mismo hicieron los demás hombres, que se quedaron a pocos pasos de Sir Floreau, un caballero robusto de espesa barba pelirroja lo cual le hacía parecer a uno de esos salvajes nórdicos que habitaban las Tierras de Erlaria, lejos del País de Aravelia. El robusto hombre hincó una rodilla en la nieve y con el dedo meñique tocó el espeso líquido escarlata que le había llamado la atención. Después olfateó su dedo como un depredador. La sangre

aún estaba caliente en sus manos. Quien fuera que estuviera herido no le llevaba mucha ventaja y estaba claro que se trataba de los fugitivos pues había más de un tipo de pisadas. Ya solo le hizo falta que le llegara el tufillo del vómito para confirmar su creencia.

Él herido no estaba solo.

—Son ellos señor. — Confirmó sin ningún atisbo de duda a Sir Kay.

Éste se quedó pensativo observando el charco de sangre. Esperaba que no se tratara de Alma, tenía órdenes específicas de traerla ante el rey, sana y salva. A su lado, los hombres parecían inquietos, mirándose unos a otros cada vez más desconcertados.

—¿Que hacemos señor?

Galavant le había puesto una mano enguantada sobre el hombro, llamando así su atención. Sir Kay se giró de cara hacia el caballero que portaba la armadura del séquito real. Éste le miró con sus ojos marrones, como el agua estancada sobre la hierba, sin disimular su desconcierto.

Kay suspiró, abatido. No podía creer que aquellos niños hubieran burlado su búsqueda, pero estaba dispuesto a remediar ese fracaso.

— Tú sígueme amigo y Floreau, tú también.— Ordenó al pelirrojo.— Los demás podéis marcharos de regreso al castillo e informar al rey de lo que hemos encontrado. Decidle que nos dirigimos a la Ciudad del Dragón.

— ¿La ciudad del dragón?

Kay desvió la mirada hacia uno de sus hombres, sin duda demasiado estúpido como para cuestionarle.

— La ciudad del rey Draco sólo está a unas millas de aquí, está claro que pretenden refugiarse allí. La princesa no es tan estúpida como tú. Si el rey los refugia no podremos hacer mucho salvo intentar dialogar con él. Nadie quiere una guerra y menos con ellos. — Explicó.

Enseguida los demás caballeros, que fácilmente llegaban a la veintena de hombres, se dispusieron a montar de nuevo en los caballos sin nada que objetar. Sir Kay dio una palmada sobre el lomo del purasangre de Sir Balin viendo como este y el resto de los hombres se ponían en camino rumbo a las comodidades del Castillo Blanco. Para él y sus dos compañeros, el frío y el bosque aún no habían terminado con ellos, era lo único que verían ese día.

***

Las horas pasaron tan rápidas y fugaces como el suspiro de una doncella. Alma estaba exhausta y hambrienta como nunca antes lo

había estado, su vientre rugía como un dorado y fiero león. Temía que le flaquearan las fuerzas, derrumbarse antes de llegar a su destino. Si eso ocurría estaba segura de que Rhonda la dejaría tirada en la nieve. La pobre mujer ya cargaba con Killian y ella sí que estaba al borde del desmayo. No sabía de dónde sacaba tanta fuerza, la joven se preguntó qué historia se ocultaba tras ella, quien era aquella mujer de mirada celeste y rizos castaños.

La miró con sincera admiración.

— Me pones nerviosa.— Dijo ésta.

— ¿Necesitas ayuda?— Replicó.

Ella negó con la cabeza, estaba demasiado fatigada para malgastar esa energía. Así siguieron su andadura rodeados por un aura de silencio y temor. Conforme avanzaban, el follaje del Bosque Frondoso se hacía menos tupido, atrás quedaban los redondeados troncos de los grandes robles centenarios que con sus hojas y enrevesadas ramas alzaban sobre sus cabezas una naturaleza exuberante y a la vez enfermiza. Por un momento pudieron observar el cielo en su lugar. La claridad del día había entrado hacía ya tiempo en el atardecer y el cielo amenazaba con anunciar la noche más temprano que de costumbre. Pronto no verían ni la punta de sus zapatos, mucho menos el camino hacia el castillo de Draco. Gracias a las musas que la ciudad del dragón se hallaba ya a pocos minutos.

“Un último esfuerzo” pensó Rhonda mientras aguantaba con firmeza el peso que descansaba sobre sus hombros. Y no metafóricamente. “Killian, Killian, mi dulce niño. ¿Por qué no despiertas?”

— Princesa.— Ésta giró la cabeza en cuanto ella le llamó.— Hacedme un favor, tocad su frente con el dorso de tu mano.

— ¡Está ardiendo!— Exclamó la joven con sorpresa.

“Por eso no despierta mi dulce niño, ¿verdad?” Reflexionó Rhonda con tristeza.

—No se preocupe bella dama, en cuanto lleguemos…

El zorro cobrizo se quedó mudo antes de acabar su frase, atrás quedó la linde del bosque y ante ellos, una ciudad se recortaba sobre el cielo oscurecido. Las banderas escarlatas que ondeaban con el violento vendaval sobre los torreones, dejaban ver claramente la imagen de un dragón dorado.

La ciudad del dragón. Parecía que nunca lo iban a conseguir y allí estaba, exultante ante ellos.

Caminaron ahora entre las estrechas callejuelas desiertas de compañía; Entre aquellas casas de madera y paja, las más pudientes

de piedra y puertas coloreadas. Alma observaba su alrededor empapándose de todas aquellas imágenes de las que su amada ciudad carecía. Allí no crecían las rosas pero sí unas extrañas flores de pétalos irisados. Se quedó fascinada por las tiendecillas de madera con telas brillantes plagada de estrellas, y se fijó en algunas puertas de las que colgaban amuletos de cristales y atrapasueños con plumas de cisne. La ciudad del majestuoso dragón era la única en Aravelia que permitía la hechicería de los hombres. El rey Draco era un total supersticioso y creía que dando cobijo a brujos y adivinos estaría un poco más cerca de la divinidad. No era ningún secreto en la corte de doncellas de Ciudad Blanca, el hecho de que era un pretencioso.

"Y un asqueroso" añadió para sí, recordando como las temblorosas manos del hombre quisieron rasgar su vestido. Ella rogaba que la liberara y al final fue el estrambótico saltimbanqui Dunadan el que con sus juegos distrajo a aquel rey ebrio y colorado. No creía que pudiera tener una celebración peor a la que tuvo hacía dos años.

"Pero se equivocaba" pensó bajando su vista hacia las rozaduras de sus muñecas, allí donde había tenido los fríos grilletes. No pudo evitar sentirse impotente.

A su lado, Killian, desfallecido como estaba y aun con los ojos cerrados, soltó un quejido.

— ¡Ya veo el portón!— Exclamó Rhonda con la cabeza gacha por la carga, alzando la vista hasta el bastión de Draco.

La loba se adelantó y araño con sus garras la maciza madera. Alma inspiró una bocanada de aire y alzó su voz trémula por encima del furioso viento.

— Abrid las puertas en nombre de…

"…Alyssa de la Casa Legrand" Terminó de decir en su mente pues las puertas se abrieron antes de que pudiera presentarse. Un chico joven, de cabello negro y ojos como la laguna más cristalina y clara, les dio la bienvenida más extraña que habían oído nunca.

— Si llego a saber que tardaríais tanto no hubiera puesto la sopa a calentar hace rato.— Dijo Merlion, haciéndose a un lado para que éstos pudieran entrar en el castillo.

Una vez traspasaron el umbral para cobijarse de la intemperie, sintieron la calidez de un verdadero techo sobre ellos. La loba no pudo creer lo que estaba viendo. Allí frente a ellos estaba el chico de sus sueños. Literalmente. Y no paraba de quitarle ojo. Unos ojos azules que brillaban con las tenues luces de las lámparas de aceite y las velas dispuestas por todo el corredor.

Éste se puso de cuclillas y acarició su hocico con una suavidad enternecedora.

— Lo sé, después de tanto tiempo, resulta que existías de verdad mi dulce Mary Anne.— Susurró a oídos del animal.

"Si tú también existes, ¿significa esto que nuestros sueños eran reales?" Se preguntó la loba.

—Más que reales, podríamos decir que somos los primeros amantes de la historia que realmente tiene un mundo propio en el que encontrarse.— Le volvió a susurrar sin dejar de acariciar su pelaje.— ¿Romántico, verdad?

La loba se asuntó tanto que gruñó por instinto. ¿Él le había respondido? ¿A ella? Roja comenzó a aullar de felicidad y a mover su cola como si de un can juguetón se tratase. Rhonda pasó por su lado enarcando una ceja mientras veía al animal.

"¿Y a esta que le pasa?" Se preguntó. "Es tan extraña como su dueña" Después dejó el cuerpo de Killian sobre el diván más cercano, masajeándose su dolorido cuello.

— Tenéis que ayudarnos. — Suplicó al desconocido.

— Ya lo tengo todo dispuesto en la sala.— Dijo el joven que les había abierto las puertas mientras se ponía en pie.— Pasad, vamos.

Merlion los guio hasta la habitación más cercana. Allí crepitaba el fuego de la chimenea que iluminaba con un cálido resplandor la mesa baja que había dispuesta en el centro. En ella había tres copas y tres platos llenos hasta el borde de sopa y frutas confitadas en licor además de sendas copas rellenas de leche tibia. Atrás junto a la mesa, había un camastro y una estantería de fresno con medicinas y trapos limpios. Y para la loba, un mullido rincón improvisado con cojines y un gran bol con tierna carne de pichones draconianos frente al fuego. Merlion les señaló los taburetes con cojines dorados para que tomaran asiento y cenaran tranquilos mientras él llevaba a Killian hasta el camastro para comenzar a hacer lo que mejor sabía: ayudar a las personas.

Durante un momento sólo se escuchó el ruido de las cucharas y de las copas. El glühwein, el vino especiado y caliente, bajó por sus gargantas, fuerte y dulzón, para calentar sus estómagos.

—Esto está delicioso.— Vociferó el zorro todavía incrédulo por su buena estrella mientras el vaho de la comida le empañaba los cristales de sus gafas.

Merlion ni se giró en cuanto habló, concentrado como estaba en el herido. Echó un poco de licor en la herida antes de comenzar a coserla con una aguja de hueso de animal e hilo grueso.

— Me alegra saber que disfrutáis la comida, espero que vuestras

habitaciones os resulten también confortables.

Ni en un millón de años podía Rhonda imaginar que los recibirían así de bien, tratados con cortesía y generosidad como si fueran unos nobles. Miró a Alma de soslayo," qué suerte haber nacido hija de reyes" para la muchacha no debía ser nada especial, "una comida insulsa en una habitación pequeña" se dijo. Pero se equivocaba, Alma disfrutaba del pequeño fuego como la que más y mientras devoraba un racimo de uvas empapadas en azúcar y miel, sus labios recuperaron el color rosáceo y su lengua ("bastante impertinente para alguien de buena cuna" pensó Rhonda) volvió a estar tan suelta como de costumbre.

— Aún no nos habéis dicho vuestro nombre, sin embargo parece que tú nos conoces.— Pronunció, hablando directamente al joven que permanecía de espaldas hacia ella untando de ungüentos la herida, recientemente vendada en paños limpios, que había dejado de sangrar.

—Disculpadme alteza, a menudo se me olvidan los modales y más después de preparar tantas cosas, como esa cena insulsa, me temo.

Rhonda casi escupe el vino que paladeaba su boca. Parecía que aquel jovencito le hubiera leído el pensamiento. "Insulsa" había dicho. Él chico la miró divertido y le guiño un ojo mientras Alma aún no salía de su vergüenza por haber ofendido al chico.

"Si es que siempre he sido torpe" reflexionó ella cabizbaja mientras el rubor decoraba sus mejillas.

— Habéis picado.— Sonrió.— Me llamo Merlion Rowse, consejero del rey.

El ruido de los cubiertos de bronce al chocar estrepitosamente con los platos los sobresaltó a todos.

— ¡Y hechicero!— Exclamó Tydwill levantando la vista por un segundo de su comida.

Tanto Alma como Rhonda se quedaron estupefactas al ver el brinco que había pegado el zorro. Merlion le sonrió quieto como estaba junto a Killian. La loba también se quedó fija mirando al joven del que estaba enamorada. Roja estaba enfadada, mucho más que eso, estaba furiosa. Saber que él no era un producto de su imaginación necesitada de compañía había sido toda una alegría pero también una decepción hiriente. Le había roto el corazón, si era un hechicero ¿por qué no la había buscado? ¿Por qué no había roto su hechizo? ¿Por qué se lo había ocultado? ¿Porque no le había librado de su sufrimiento?

"No me amas" reprochó la herida Mary Anne con piel de loba.

— Eso no es cierto.— Contestó él.

— ¿No es cierto que vos sois el gran hechicero Rowse? las historias de vos os preceden muchacho, ¿no fuisteis vos el que viajó junto a James Silverlight? Fuisteis unos de los pocos afortunados que pudo ver el declive del pueblo sirenio.— Replicó el zorro sin pensar que éste se había dirigido a la loba al pronunciar aquello. Sin embargo aquel zorro había despertado recuerdos que creía haber olvidado para siempre.

Sonrió al recordar las grandes cosas que había hecho.

— Es cierto sí, aunque eso de grande… últimamente lo único que hago es aconsejar sobre tapetes y justas.

— Y salvar una vida aunque no creo que la mía sea muy importante.

Killian había despertado, abriendo muy lentamente los párpados. Su cabello oscuro y castaño se pegaba a su frente, sudorosa y todavía febril.

Alma ahogó un grito.

—Killian.— Pronunció con alegría mientras corría a sus brazos.

El joven se quejó débilmente cuando los pliegues del vestido de la princesa le rozaron la pierna. Pero no le importó porque verla a ella le hacía olvidarse de cualquier dolor que tuviera.

— Deberíamos dejarles a solas.— Recomendó Merlion pues de hecho tampoco quedaba mucho que hacer por allí, los invitados habían apurado toda la cena en cuestión de segundos. Se notaba que estaban hambrientos.— Disponéis de una muda limpia en vuestros dormitorios, también de agua caliente para asearos.

— Por fin, después de ocho años preso voy a dormir junto con almohadones. Realmente os merecéis toda mi gratitud y agradeced también al rey por tal acogida.— Habló el pobre zorro.

“Hablando del rey…” se preguntó la princesa liberando de su abrazo al apuesto muchacho de ojos de rubíes.

—¿Cuándo podremos ver al rey Draco?— Preguntó Alma a Merlion apartándose unos pasos del camastro para que Rhonda pudiera ver a Killian.

— Mañana cuando el amanecer haya despertado todos tendréis una audiencia real, pero ahora descansad.

— Me quedaré con él.— Dijo la princesa mientras cogía la mano del que fuera su amor prohibido.

Killian se incorporó solo un poco para robarle un beso mientras ella estaba desprevenida. Fue un beso sincero, cariñoso, que evocó en el recuerdo de la chica sus primeros besos.

— No.— Negó el herido — Tienes que descansar bien. Todos

nosotros. Hemos pasado por mucho estos dos últimos días.

Alma fue a protestar pero Merlion se le adelantó.

— Tengo preparadas unas mullidas sábanas de seda de la misma Ciudad de Jade. Y nuestros famosos cojines con plumas de cisne. Estaréis cómoda aquí abajo con él.— Explicó.

La princesa sonrió.

—¿Lo ves Killian?— Reprochó ella.— Estaré cómoda aquí.

Él arqueó una ceja.

—Por mucho que me guste esta charla.— Replicó el zorro irónicamente. — Desearía dormir.

— Seguidme pues.

Salieron de allí, a excepción de los jóvenes enamorados mientras Merlion les guiaba escaleras arriba hacia un corredor plagado de puertas de roble. Los huéspedes miraron a cada lado pues en sus paredes se hallaban las pinturas más bonitas que pudieran imaginarse. La mayoría eran paisajes de extrañas formas y colores pero había algunos retratos tan realistas que hacían parecer que aquella gente de óleo y pigmentos estaba viva. Incluso a Rhonda le pareció que se movieran, que la siguieran con la mirada. Pensó en Killian y los dibujos que había dejado atrás en la torre. Evocó en su memoria los murales de colores modestos que había pintado en las paredes. Recordaba que una vez había pintado una niña de rubios y largos cabellos a lomos de un caballo alado. Siempre se preguntó de dónde había sacado esa idea, quien era la niña. Y ahora lo sabía. Siempre había sido Alma. Siguió mirando el cuadro de Owen Pentrose, el fallecido padre del actual rey de la ciudad del dragón.

Éste le sonrió para su sorpresa y terror.

—¡Aah!— Rhonda soltó un grito habían pocas cosas que a esa altura de su vida que le asustasen pero aquel cuadro lo había conseguido.— ¡Los cuadros se mueven!

Merlion miró el retrato mientras abría la puerta que tenía a su lado. Miró a Owen retratado en sus años de juventud, rubio y de ojos azules como su hijo, con la corona dorada semejante a un dragón extendiendo sus alas. El chico rio, lo echaba mucho de menos pero era algo con lo que había tenido que aprender a vivir siendo inmortal. Las personas a las que amaba morían siguiendo el círculo de la vida mientras él permanecía eterno. Por ello tenía tanto miedo de haberse enamorado de Mary Anne. Miró de reojo a la loba, por supuesto ella no podía saber lo que pensaba.

—¿Qué te he dicho de asustar a la gente viejo bribón? — Preguntó al divertido de Owen.

Hacía tiempo que ningún extraño pasaba por allí, que ninguna

compañía penetrara en aquellos pasillos rodeados de historias de fantasmas. E incluso los cuadros tenían derecho a sentir nostalgia.

El rey de pintura volvió a sonreír.

16

La loba estaba tumbada en el suelo a los pies de la cama vacía de su princesa alzando la mirada para ver las lejanas estrellas. Allí en la penumbra, sin su amiga del alma se sentía más sola que nunca. A menudo aunque ella no pudiera entenderla hablaba con la princesa en su imaginación, siguiendo las conversaciones que Alma tenía con su reflejo en el tocador. Pero eso ya no era suficiente. Necesitaba estar con Merlion, necesitaba de alguien que pudiera entenderla.

Se elevó sobre sus cuatro patas y fue hasta la puerta, sin embargo antes de adentrarse en la oscuridad del castillo lo encontró allí, de pie, apoyado en el arco de la entrada del dormitorio.

—-¿Puedo pasar?— Preguntó.

La loba rasgó aún más sus ojos ambarinos y brillantes como las estrellas que segundos antes había contemplado.

“Adelante”

El joven entró con varios libros bajo el brazo resguardados como un tesoro. Encendió el candelabro que había junto a la cama de sedosas cortinas doradas, tan sólo con un hábil gesto de muñeca. Sus llamas oscilantes, reconfortantes y luminosas convirtieron la estancia en un juego de sombras.

“Tengo muchas preguntas”

—-Por supuesto que tienes muchas preguntas.-— Admitió el chico mientras se sentaba en el borde la cama. La loba le imitó dando un gran salto con el que se recostó a su lado. —Quiero enseñarte algo.

Merlion abrió uno de los gruesos libros que llevaba en su regazo, eran dibujos, bocetos de lobos, todos diferentes, unos con manchas en el pelaje, otros de ojos claros, algunos con el hocico más aplastado y otros con los colmillos más sobresalientes. Él pasó de hoja para que la loba pudiera verla.

Era ella. Pero no la loba que todos conocían. Sólo era una chica envuelta en una capa roja, sus ojos eran grandes y los había dibujado con cierta tristeza, había captado en su mirada el verde intenso de sus amados bosques, todo en ella reflejaba melancolía… Pasó de nuevo otra página. Seguía siendo ella, esta vez con un arco entre las manos y su pelo castaño alborotado. Era salvaje y hermoso.

—Como tú.— Contestó el hechicero.— Te busqué durante años y eso no me lo puedes negar. Parecías tan real en mis sueños y quería ayudarte con todo mi corazón, pero incluso con toda la magia del mundo si la fortuna no está de nuestra parte poco podía hacer.

Sabía que algún día nos encontraríamos. Al fin y al cabo el amor no se busca se encuentra.

La loba gruño a su lado.

—¿Sigues enfadada?— Preguntó éste.

"¿Puedes devolverme a mi forma humana?"

El joven reflexionó sobre ello unos instantes. Nunca antes había desligado el alma animal de un mortal pero había visto a alguien hacerlo, al pueblo druida antes de que desaparecieran a la sombra de los reyes. Allí sólo había una religión y era la de los hombres, la de la nobleza, la de sus musas y su monte de dioses que no podían entender que los druidas creyeran en la trinidad de la doncella, la madre y la anciana. Miró las páginas de pergamino que sostenía, todos dibujos de Mary Anne hechos durante sus sueños.

"Recuerdo ese día" pensó la loba haciendo que Merlion se detuviera en una de las páginas. Era ella retratada con un vestido transparente y su capa deslizándose por su espalda. Estaba descalza rodeada de los escombros de una ciudad muerta, cubierta de hollín y sangre con una daga sujeta por su delicada mano. A Mary Anne no le hizo falta leer la palabra que había escrito él con bella caligrafía. Sabía lo que había dicho ese día, en ese sueño en el que ambos se encontraron: Sálvame.

Fue poco después de caer presa del hechizo de aquel ser feérico, nunca olvidaría la cara de aquella mujer o más bien engendro, con aquellos cuernos de carnero. Nunca se le olvidaría la risa que hizo que le congelara el alma, aquella risa que escuchó mientras mudaba su piel.

—He venido aquí porque tengo que decirte algo, en realidad son dos cosas.— Dijo éste.— La primera, voy a romper ese maldito hechizo y la segunda, bueno, la segunda es una pregunta en realidad, una vez en un sueño me hablaste de tu madre, si me hubieras dicho con quien había huido podría haberte contado cosas sobre ella ¿quieres verla?

La loba levantó su cabeza y enseñó los colmillos.

"¿Qué?" Seguro que no le había escuchado bien.

Él sonrió.

—Me has escuchado perfectamente. Sería un bobo como para no verte reflejada en ella y he de decir que es una tortura, ¿lo sabes? Te he tenido presente cada uno de mis días.

Volvió a sonreír y a la loba se le derritió el corazón, tanto que apoyó su cabeza sobre las páginas amarillentas del libro. El chico de cabello negro acarició el pelaje del animal y así se hubiera quedado toda la noche aunque sabía que no podía.

—Duerme mi dulce doncella hechizada mañana en la audiencia podrás ver a tu madre. Siempre se sienta al lado del rey.

Merlion fue a incorporarse pero la voz de ella en su cabeza le detuvo.

“Estoy cansada de sentirme sola. Quédate esta noche”

—Me quedaré esta noche y todas las noches de mi existencia si tú así lo quieres.— Contestó él girándose y poniéndose de cuclillas para estar a la altura del animal.—Sólo prométeme una cosa. Que si logro hallar la forma de devolverte tu cuerpo serás toda mía.

“¿Una boda?”

—Una boda.

La loba no pudo reprimir su alegría y sacó la lengua para dar un lametazo en la mejilla de su amado.

—Me imaginaré que ha sido un beso.—Dijo éste de manera risueña mientras se limpiaba las babas del rostro con el puño de su camisa.

***

Alma intentaba guardar el tipo mientras esperaba junto a los demás impacientemente al otro lado del salón del trono. Iba y venía por el largo pasillo, una y otra vez mirando de soslayo la puerta. Intentó buscar cualquier cosa que le entretuviera. Observó su alrededor, la noche en el castillo les había sentado bien. Rhonda casi parecía una dama con su vestido turquesa de corte simple con unas cuantas cintas del mismo color en sus puños y sus rizos limpios. A ella también le había dado un vestido más simple de lo acostumbrado con una única cinta bajo su pecho del color de las moras. Tydwill parecía haber rejuvenecido pues su pelaje cobrizo a juego con su chaleco naranja estaba brillante como el de un cachorro. Incluso Roja tenía su pelaje gris mucho más vivo. Él único que parecía no haber descansado bien era Killian que con su pierna vendada permanecía sentado a la espera de la audiencia real. La princesa lo miró por largo rato, la camisa blanca con lazos cruzados en el pecho le favorecía, al igual que el color miel de sus pantalones.

La joven sonrió sonrojada cuando éste la pilló mirándole.

— ¿Cuánto más tendremos que esperar?— Preguntó él.

Tydwill sacó el reloj de bolsillo que parecía llevar siempre consigo a pesar de las circunstancias. Las manecillas apenas se movieron pero el tic tac se escuchaba por todo el pasillo.

— Debe de estar a punto de recibirnos, hace rato ya que Merlion ha entrado ahí para anunciarnos.— Contestó él.

Y como si el aludido le hubiera escuchado, Merlion abrió las

puertas de par en par invitándoles a entrar aunque su expresión mostrara todo lo contrario. Estaba claro que había estado discutiendo con Draco.

— Podéis entrar, el rey os espera.

Alma entró con la cabeza alta, no se iba a dejar amedrentar por aquel hombre con corona. A su lado, Killian se apoyaba en Rhonda para poder caminar. Acarició la cabeza de Roja mientras caminaba hasta el pie de las escaleras donde arriba se hallaban dos tronos. Uno majestuoso de oro resplandeciente dibujando en su respaldo dos hermosas alas extendidas, allí sentado, con las alas de oro en su trono, nadie podía negar que el gran dragón intimidara. Junto a él, otro trono, unos pasos hacia atrás del otro, dorado y tapizado con terciopelo rojo pero mucho menos intimidante. Además la mujer que se hallaba allí con una mecha cana en su flequillo no es que intimidara precisamente. Parecía una mujer presumida y afable, había escuchado de ella, era la concubina del rey, Mary Anne. Alma se preguntó si sabría cómo era el rey Draco de mujeriego.

"¿Mamá?"

La loba no podía evitar apartar los ojos de ella, con su bata fina y su tiara de plata, tenía su mismo color de cabello y podía reconocerse a sí misma en su esbelta figura. Sin apenas darse cuenta había avanzado un trecho por delante de su princesa.

—-Roja quieta.—- Ordenó Alma sin saber lo difícil que era para Roja estar delante de su madre y no poder abalanzarse sobre ella.

El rey Draco miró a los huéspedes de su castillo. No le gustaba nada que hubieran venido en compañía de un animal salvaje. Aunque conociendo a la princesa no le extrañaba lo más mínimo que le gustasen aquellos animales. Estaba segura de que ella también habría sido una loba de haber tenido la ocasión de probarla.

—-Menudo espectáculo montaste bombón.—-Pronunció el rey para guiar la vista hacia el herido.-— Así que los rumores eran ciertos. El hijo de Irina de Brishot, reina de corazones. Nunca me creí esa historia a decir verdad pero no puedo negar que tengo un bastardo en mi castillo. Dime, chico, ¿te crees especial?

Killian estaba sorprendido, nunca se había encontrado con un hombre tan vil.

-—No señor, sólo soy un joven que se enamoró por capricho del destino.

Rhonda a su lado asintió con alivió.

—-Bien dicho hijo.-— Le susurró ella al oído.

El rey arqueó una ceja incrédulo.

—-Ya… claro, por supuesto. El destino.-— La voz del rey se notaba sarcástica al hablar.-— Que casual enredo amoroso.

—- Con todo el respeto rey Draco, hemos venido aquí esperando que nos cobije de los guardias de mi reino.—Pronunció Alma harta de escuchar estúpidas insinuaciones.

—-¡Que insolencia!-— Exclamó.—Os he alimentado, os he vestido, os he curado y habéis dormido bajo mi techo esta noche y ¿exigís más?

Alma fue a contestarle conteniendo las ganas de gritar cuando una voz llegó flotando hasta ellos a través del arco de la ventana.

—-Abrid las puertas al séquito real de Ciudad Blanca, venimos a por los prisioneros.

Al escuchar aquello, Merlion se adelantó a los demás y miró desde las alturas, el portón del castillo donde tres caballeros montados en sus caballos esperaban respuesta. El rey Draco se llevó las manos a la cabeza con profunda irritación.

—-Mirad lo que habéis traído a mi pacífico Reino, la desgracia. —-Dijo escupiendo las palabras.-—No pienso entrad en guerra por vos niña insolente y caprichosa. Merlion guíales hasta la puerta, que los lleven de regreso con los reyes.

—-¿Que? ¡No podéis hacer eso!—-Replicó Merlion para sorpresa del rey.

—-¿No puedo? ¿Que no puedo? ¡Yo soy el rey puedo hacer lo que quiera! —-Gritó enfadado a su consejero.-— Haz lo que te digo si no quieres que tu cabeza decore una de las lanzas de la armería.

—-Sabes que no puedes amenazarme con eso estúpido rey, soy inmortal y mucho más viejo que tú. Sólo estoy aquí porque le prometí a tu padre Owen que cuidaría el reino de su desastre y egocéntrico hijo. Así que no me desafíes Draco.

Las duras palabras de Merlion calaron en lo más hondo del rey.

—Vete, ¡sólo vete y llévatelos contigo!— Vociferó el hombre perdiendo todos los modales mientras a su lado Mary Anne madre estrechaba su mano con la de él intentando sosegar su ira.

Merlion se giró de cara a los huéspedes. No había nada que hacer allí.

—Lo siento chicos.

***

—No me puedo creer que nos halla traicionado.— Dijo Rhonda intentando no tropezar con el borde de su vestido.

Sir Kay llevaba a los prisioneros a pie atados de las muñecas en fila tras su caballo. No es que estuviera orgulloso de ello pues le tenía cierto cariño a la princesa pero la ley era la ley y tenía que

tratar a la joven con la misma dureza que a los otros.

—-Vuestro padre solo quería hablar con vos, ahora te va a costar cara la chiquillada que habéis hecho escapando del calabozo.-— Le dijo a la princesa sin dejar de ver el camino.

Había dejado de nevar y aunque el frío aún penetrara bajo su piel, la calidez del sol le daba cierto equilibrio. Ya habían cruzado la mitad del bosque, pronto estarían en Ciudad Blanca, el epicentro de Aravelia. Estaba deseando disfrutar de una buena comida caliente, al parecer lo mismo que los caballos pues estos estaban exhaustos, resoplando y relinchando cada pocas zancadas.

–¡Parad!— Ordenó a sus hombres.—-Tenemos que reponer fuerzas.

Los tres guardias se apearon de sus monturas con gracia y buscaron en su morral la bota de agua que llevaban y también unas zanahorias frescas.

“Quien fuera uno de esos caballos ahora” pensó el zorro mientras su estómago rugía. “No podía volver de nuevo al castillo, no lo soportaría”

Killian se arrodilló en la nieve, cayendo al suelo fatigado. Su pierna iba mucho mejor, apenas le dolía ya gracias al remedio que fuera que le había curado. Estuvo así un instante hasta que un golpe seco se escuchó cerca de ellos. Los guardias habían caído al suelo como si una brisa invisible los hubiera desplomado. Los prisioneros se miraron unos a otros como pudieron, desconcertados, incluso la loba miraba tanto como le permitía la cuerda que llevaba ceñida a su cuello. A continuación la soga se deshizo al igual que la cuerda que mantenía a todos ellos atrapados.

“¿Qué demonios?” Pensó el animal. Entonces Roja lo vio, saliendo de su escondite. Pícaro como él era.

“Merlion”

—¿Me echabais de menos?— Pronunció.

17

—Mi reina despierta.

Lysandro estaba recostado con el brazo sobre el cuerpo desnudo de ella. La miró absorto descubriendo en sus pupilas cada recoveco de su cuerpo. Besó con ternura su hombro una y otra vez hasta que la risa de ella le hizo detenerse.

—No…—Musitó.

Pero él no podía darse por vencido, no teniendo a su lado al amor de su vida.

—No me despiertes— Protestó ella.—Estaba soñando algo maravilloso.

Lysandro sonrió con picardía mientras se apartaba un mechón de su cabello que caía por su frente a causa de la desaliñada coleta que apenas mantenía sujeta por un cordel de cuero.

— ¿Más maravilloso que esto?— Preguntó acariciando con la yema de sus dedos la clavícula de la joven al descubierto.

Después la besó estrechando su cuerpo entre sus brazos. Irina soltó un suspiro mientras se rendía al fuego que había encendido el joven en su bajo vientre. Allí bajo la cálida piel de piel de oso, bajo la lona de la tienda que habían preparado expresamente para ellos, bajo las luces de los grandes velones de los que caía la ardiente cera, se devoraron hambrientos de placer. Lysandro acarició con suavidad sus senos con la delicadeza y firmeza que como músico le caracterizaba. Y juntos, cuerpo con cuerpo, piel con piel, compusieron la melodía más íntima, la música del amor.

El viento aulló haciendo temblar la lona camuflando los gemidos de ambos amantes, de repente Xandria una de las fervientes seguidoras de la Sacerdotisa Ciega apareció en la entrada acompañada del gélido frío del bosque que hizo apagar algunas de las llamas más débiles rompiendo en el acto la sinfonía que los enamorados habían creado.

Se sonrojó al instante tiñendo de color su piel plateada y reptiliana.

—Perdonad mi reina, pero Hécate desea veros.—Pronunció disipando cualquier rastro de timidez.

—Ve.— Susurró el músico a oídos de la reina.

Ella acarició el rostro de su amante y malhumorada salió de su lecho desnuda como la diosa Danú la había traído al mundo. Fulminó con la mirada a Xandria clavando sus rojizos ojos en ella mientras se ponía encima tan solo una capa de piel de lobo. Salió de allí descalza dejando sus huellas en la nieve, como parte de su buena sangre al igual que de la realeza pertenecía a las ninfas de

fuego, el frío no parecía afectarle en demasía. Se plantó frente a Hécate y carraspeó con fuerza interrumpiendo los rezos de la sacerdotisa. Los cánticos se detuvieron al instante mientras el eco de su voz aún perduraba entre el viento que acunaba las copas de los árboles.

—Espero que esta molestia sea para anunciarme que estáis preparados, si no es así espero volver a mi tienda.

Irina había hablado sin vacilación, ya le había advertido a Hécate que lo primero que deseaba hacer como líder de aquellas inadaptadas criaturas era cobrarse la venganza que tanto había soñado entre las rocosas paredes de la Galera del Viento. Quería arrancar el corazón de Alyssa mientras aún palpitara en su pecho. Pero no podía tomar la ciudad si la sacerdotisa no le proporcionaba un ejército.

Hécate observó a su altiva soberana, poco a poco parecía que ella iba recuperando su espíritu fuerte. Sonrió para sí pues la sacerdotisa tenía buenas noticias que anunciar. Caléndula había llegado con las primeras luces del alba acompañada de todas aquellas hadas de alas rotas que habían decidido unirse a ellas y no sólo eso, el temido Minotauro que había permanecido exiliado durante eones en las ruinas que se ocultaban a los pies de la montaña de las musas, también las acompañaba.

—Vuestros súbditos están listos para conquistar Aravelia. Pronto estas tierras que nunca debieron quitarnos los hombres sucumbirá a la oscuridad y la muerte.—Sentenció.

Aquellas palabras le trajeron el recuerdo de otras que ya fueron dichas por Caléndula hacía tiempo, cuando la princesa Alma no era más que un bebé. El día había llegado más tarde de lo que esperaban pero por fin ese era el momento. El momento de recuperar lo que antaño fuera del pueblo feérico, de las criaturas mágicas, de las ninfas, de las hadas… de los monstruos.

Los monolitos sagrados y los árboles muertos fueron testigos de la abrumadora dicha de Irina que quedó empañada únicamente al recordar a su hijo.

“Todo lo que he hecho a sido en nombre del amor que me negaron. Todo lo que haga a partir de ahora será en tu nombre, Killian”

Aquella promesa se deslizó con el viento que ponía rumbo al suroeste como un ave que emigra a tierras más lejanas y una sonrisa surcó el rostro de la reina.

***

Los sonidos del laúd de Sir Dunadan no lograron arrancar la

sonrisa del rey. Dorian estaba apesadumbrado, sentado en el salón del trono a oscuras y en soledad. Esperando el retorno de aquellos hombres a quienes había mandado en busca de su hija y de su captora, aquella mujer a quien la Hermana Laurel había descrito como Rhonda, una muchacha inquieta que hacía años había abandonado a sus hermanas y la devoción de la Fortaleza Solitaria. Los párpados del rey pesaban como dos losas mientras esperaba alguna señal, aún con la música sonando, no pudo evitar dar una cabezada apoyado como estaba en su puño cerrado con el codo pegado al reposabrazos.

El saltimbanqui seguía haciendo sus diversas cabriolas habituales, había dejado el laúd cambiando su rostro por máscaras grotescas y haciendo bailar por el aire más de tres manzanas amarillas al mismo tiempo mientras brincaba por el salón como un duende de aquellos cuentos que se contaban a los niños. De pronto un sonido como un graznido distante y ensordecedor se oyó en la distancia. Las manzanas del bufón cayeron de golpe al suelo rodando por la vistosa alfombra y el rey despertó al segundo, sobresaltado. El sonido se escuchó de nuevo, y aunque difuso, se podía adivinar que estaba cada vez más cerca de ellos. Corriendo, se asomó al arco de la ventana con un mal presentimiento pues aunque en un principio había podido pensar que se trataba de su séquito real que volvía al castillo, no pudo evitar pensar que aquel sonido le recordaba a algo, un sonido que no había escuchado en mucho tiempo: el sonido de la guerra. Entornó sus ojos, forzando su vista a mirar más allá de las callejuelas de su ciudad y lo que vio le hizo estremecer de arriba abajo. Allá a lo lejos, desde el interior del centenario bosque se acercaba una multitud de siluetas difusas haciendo sonar los cuernos y tambores de batalla. Y no sólo distinguió aquello para su horror, si no que éstos portaban en largas picas las desgastadas banderas que habían portado antaño en la Guerra Roja.

“No puede ser, no puede ser, no otra vez” se dijo el rey. “Sigo durmiendo en el trono, sigo dormido y esto es una pesadilla”

—Mi señor…

A su lado el bufón había dejado las risas y miraba con preocupación el mismo horizonte que tan abstraído tenía al monarca.

En ese instante las dos puertas del salón se abrieron de par en par sobresaltando a ambos hombres. La mirada del soldado que entró atropelladamente sujetándose el asta de la flecha que sobresalía de su costado reflejaba el primer atisbo de la muerte.

Portaba las malas noticias como un emisario de las temidas parcas.

—Mi rey…— Pronunció haciendo una pausa al toser la sangre por su boca. Se apretó más firmemente la herida de donde había comenzado a extenderse una gran mancha roja.—¡Los divisamos desde las almenas, debéis preparar… a los hombres…

De nuevo tosió, está vez con más fuerza mientras los tambores de batalla seguían escuchándose como un eco en segundo plano. El rey se arrodilló y apretó la herida con un tapete que el saltimbanqui le acababa de dar. Pronto sus manos se tiñeron carmesíes. Miró al hombre a los ojos mientras éste recuperaba el aliento. Supo, sin lugar a dudas que iba a morir pues la flecha hundida a través de las costillas se clavaba seguramente en algún órgano vital.

—Ya vienen, ya vienen…— Balbuceó como un loco. —Ellos… ya vienen.

Y murió sin dar más explicación.

Se quedaron en silencio lo que parecía ser una eternidad hasta que el rey se puso en pie aturdido como estaba todavía. Sin malgastar más tiempo, comenzó a dar voces, salió de allí con el corazón latiendo en sus sienes ordenando a los pocos hombres que permanecían en el castillo que se dirigieran a las caballerizas y prepararan sus armas. Nunca debía haber mandado partir a sus mejores hombres en busca de Alma, había dejado la mayor parte de su Reino desprotegido. Le había cegado la preocupación, no había actuado como un rey si no como un padre y ahora todos iban a pagar las consecuencias.

—¡Claudine! Claudine!— Llamó al ver a la vieja mujer correr por los pasillos de manera aturdida.

La vieja se giró mirando a su señor con ojos desorbitados. Estaba temblando de arriba abajo y se había quedado más pálida de lo habitual. Sus profundas arrugas parecían tan marcadas que se asemejaban a los surcos que los labradores hacían para la siembra.

—¿Qué está ocurriendo mi rey?— Preguntó asustada mientras le cogía de su camisola con profundo miedo.— Los criados murmuran por todas partes, dicen que unos extraños vienen a invadirnos.

“Si tan solo fueran unos extraños…” pensó Dorian, “podríamos con ellos”

La anciana al ver que él se quedaba mudo, se temió lo peor.

— Mírame, mírame Claudine.— Pronunció el rey cogiéndola de los hombros. —Ve a la torre del reloj, haz sonar la aguja dos veces ni una menos, ese es el protocolo, ¿entendido? Las puertas del jardín seguirán abiertas para resguardar a nuestra gente. ¿Lo has oído?

La mujer era un manojo de nervios bajo las manos de Dorian.

—¿Lo has oído?— Repitió una vez más. Ella asintió con lágrimas en sus ojos. — Ve. ¡Corre! ¡Corre!

“Que las musas nos asistan” pensó.

***

Las pupilas de Irina intentaban empaparse de toda aquella visión pero le faltaban ojos para contemplar a la cabeza de sus filas, la Ciudad Blanca. Sus muros eran más viejos, sus tejados más pobres y su blancura menos brillante. Eso sí, durante los años que habían pasado se veía a sus gentes más felices, más sonrientes, más esperanzados. Lástima que aquella ilusión de tranquilidad fuera a romperse en su segundo, porque ella estaba dispuesta a arrasar cada cimiento, cada hierbajo, cada brizna de luz con tal de satisfacer su rencor, su ira, su dolor…

— ¿Preparada?

A su lado Lysandro le había cogido la mano, ambos subidos a la cuadriga de las que tiraban cuatro osos negros. La reina miró fijamente las puertas de la ciudad mientras la ráfaga de viento seguía ondeando sus banderas y los pocos campesinos que permanecían fuera de las murallas se refugiaban en su interior al verles.

— ¿Caléndula?— Preguntó haciendo llamar la atención de la bella y mortífera criatura que tenía a su lado. Ella estrechó con fiereza aún más sus rasgadas y verdosas pupilas.

— Cuando gustéis mi reina. Estamos preparados. —Pronunció.

Unas palabras que dieron lugar al inicio de una tormenta de hierro y fuego. Irina asintió y con aquel leve gesto las filas se pusieron en marcha con las lanzas en ristre, el grito en los corazones y las espadas impregnadas de las oscilantes llamas de la diosa. Desde su elevada posición en el carro, la reina vio la destrucción ante ella empezando por aquellos inocentes súbditos que no lograron llegar hasta la protección del interior de la ciudad. Las puertas se habían cerrado a cal y canto.

Caléndula había alzado el vuelo y con sus garras no había guardia que se le resistiera, las armaduras blancas de sus oponentes pronto se volvieron tan carmesíes como los ojos que observaban la escena de manera imperturbable. Los gritos comenzaban a oírse desde el interior de la ciudad, sabían que ellos estaban a punto de atravesar sus pobres defensas. Las hadas de alas rotas treparon reptando por la muralla como pequeñas salamandras, veloces como si aún pudieran volar sin embargo aquello no impidió que los arqueros de Ciudad Blanca que protegían las alturas acabaran con

ellas antes de que pudieran internarse en la ciudadela. Sus delicados cuerpos de bailarinas se amontonaron a los pies de la muralla, inertes e inexpresivos. Pero aquello ni por asomo iba a ser un contratiempo para los seres feéricos. Esta vez nada les detendría. Las campanas de la torre del reloj sonaron con fuerza cuando soltaron las riendas del Minotauro, casi como si estuvieran anunciando su llegada. El gran monstruo semejante a un enorme toro bravo de los que nacían en los valles de granjeros resopló con fuerza, sus ojos estaban inyectados en sangre y sus cuernos retorcidos se movían con ferocidad en cada embestida. Una y otra vez, el minotauro cómo si de un ariete se tratase, embestía contra la puerta de la ciudad. Y de pronto se hizo el silencio, la madera se combó y dos seres del bosque con sus hachas terminaron de despejar la puerta que se hizo añicos cuando la cuadriga con sus feroces osos traspasó la muralla.

La ciudad estaba en silencio, los gritos habían cesado y mientras el ejército feérico avanzaba podían ver los claros signos de un abandono apresurado. El pan se quemaba en los hornos de leña, la fragua seguía con signos de trabajo, los postigos de las ventanas permanecían cerrados al igual que las puertas de cada casa. El viento elevaba un polvo fino de la arena de las callejuelas sobre los puestos de fruta abandonados.

—¡Alto!— Exclamó Irina haciendo elevar la voz sobre los pasos de los guerreros que la seguían. Dio un elegante salto poniendo sus sufridos pies en tierra. Parecía que el tiempo se hubiese detenido, nada se escuchaba salvo los pequeños pasos de ella acercándose al puesto de manzanas. Cogió una disfrutando del respeto con que la avasallaban. En cuanto elevo el brazo, una flecha silbó el aire atravesando el corazón de la fruta.

—¡Es una trampa!— Gritó Lysandro mientras corría a proteger a Irina.

Todo ocurrió muy deprisa, los guardias de la ciudad rodearon al vasto batallón feérico que todavía permanecía en pie. Les despojaron de las armas y los encadenaron unos con otros mediante grandes anclajes de metal. Así nadie podría huir ni aun estando con las piernas libres, pues si uno lo llegara a intentarlo, el peso de los otros lo frenaría. A quien más les costó encadenar fue al minotauro que en el revuelo se llevó por delante a uno de los osos de la cuadriga, de los demás se encargaron los soldados, degollándolos hasta que no quedo sangre en sus horondos cuerpos. Sería una excelente carne y unas cálidas capas para sus hombres.

— ¡Buenos son los dioses, buena es la victoria, grande nuestro

honor!— Gritaron los caballeros blancos creyéndose vencedores.

Si tan sólo hubieran mirado por un segundo a la reina de corazones y espinas, habrían visto la sonrisa en su rostro y la verdadera trampa destellando en sus iris borgoñas.

La joven de hermoso rostro aunque pétreo y cabellos negros como el corazón que poseía se sentó en el trono, donde siempre había debido estar. Lysandro estaba enfadado con ella pues no estaba al tanto de los verdaderos planes que Irina junto a Hécate había elaborado bajo el amparo de los sagrados monolitos del bosque. Cuando aquella manzana fue atravesada por la flecha realmente pensaba que ella había corrido peligro y que al apresarles habían fallado. Pero ella contaba con eso, sabía cuales habían sido las estrategias de batalla que iban a utilizar los soldados, las mismas que había utilizado su padre cuando gobernaba. De pronto pensó en el pobre Jacobo de cabello negro y siempre risueño como su otra hija, su presumida y estúpida hermanastra, Miranda. Sin embargo aquellos recuerdos no eran en ese momento lo bastante importantes como para merecer ser recordados, si no otros más recientes, de hacía tan sólo un momento. Dirigió su vista a los pies de su trono, allí al final de la escalera, el rey Dorian la miraba a través de unas cuencas blancas y sin vida.

Su expresión se volvió de pura alegría, como la de una niña que acude a su primer baile de máscaras.

—No sé porque sonríes. — Replicó el flautista a su lado incapaz de mirar al pobre hombre muerto.— No tenía por qué morir.

De pronto Irina se fijó en él, desencajada por las palabras que acababa de escuchar. Oírlas fue un duro golpe para ella. Se levantó lentamente y se inclinó hacia el rubio haciendo ladear la corona del ya antiguo rey, le estaba demasiado grande en su cabeza de muñeca. A Lysandro se le congeló la sangre, desde hacía días parecía que ella estaba ida, con la mente en otra parte, salvo por los intensos escarceos de los que disfrutaban sus cuerpos. Aquellos eran los únicos momentos en los que volvía a conectar con la muchacha que tanto había amado.

—¿Qué has dicho?

Su voz era fría, tan afilada que podía notarla cortando su respiración.

—Lo asesinaste a sangre fría, a él y a todos.

Lysandro se levantó y señaló, extendiendo los brazos, a todo el salón del trono. Los cuerpos se amontonaban en el suelo, el bufón Sir Dunadan había dejado de cantar para siempre, los soldados nunca más tocarían con sus dedos el frío pomo de la espada, las doncellas habían dejado de reír entre aquellas paredes y nunca más se escucharían las historias de los aldeanos más veteranos. Todos estaban muertos, bueno, casi todos, algunos habían escapado pero

no era algo por lo que él se preocupara. Le preocupaba más el estado de Irina, Caléndula ya le había contado con todo detalle cada atrocidad que había llevado a cabo en la Guerra Roja. Pensaba que exageraba, que se inventaba las cosas para asustarle, hasta ese momento no había visto nada de aquello.

Lysandro cerró los ojos un segundo recapitulando en ese fugaz instante todo lo que había ocurrido en el castillo en cuanto traspasaron las puertas como prisioneros de una batalla que creía haber perdido.

"Llegaron arrastrando los pies hasta donde el rey les esperaba, cansado y casi derrotado, quitándose la armadura abollada mientras se la llevaba una de las doncellas.

—Os habéis hecho oír, de eso no hay duda.—Dijo Dorian, mirando cara a cara a Irina.— Después de todo este tiempo, aún no puedo creer que sigas con vida.

— ¿Eso era lo que queríais cierto? La cobarde y el librero faldero no pudieron matarme pero lo deseabais, y me condenasteis a aquella celda, me despojaste de mi hijo.

Las lágrimas comenzaron a resbalar, calientes y saladas sobre su rostro. Un rostro derrotado.

Dorian se acercó a Irina, contemplándola, tan joven como la recordaba, tan loca como la recordaba, tan frágil como nunca la había recordado.

—Tengo entendido que fuisteis vos misma quien entregó al bebé a una hermana solitaria.— El rey soltó un suspiro, se le veía profundamente arrepentido.— Si hubiésemos sabido que estabas encinta hubiésemos actuado de otra manera. No supimos del bastardo hasta después del nacimiento y para entonces no pudimos encontra…

—¡Eh!— Protestó Lysandro dando un paso hacia adelante haciendo sonar las cadenas.— Nadie llama bastardo a mi hijo.

El rey fue a replicar pero los llantos, tan fuertes que podían reventarle los tímpanos, no cesaban. Dorian vio a Irina no como una reina ni una prisionera sino como una madre que había perdido a su bebe. Y él, tan devastado que seguía estando por la desaparición de Alma se conmovió y acunó en sus brazos a la mujer encadenada. Quizá debiera decirle que había visto a su hijo con vida, pero este pensamiento tan fugaz no fue lo suficientemente rápido. Irina lo abrazó pasando sus cadenas por encima de su cabeza, rodeando con el frío hierro el cuello del rey.

—Nos os mováis ni un paso o lo ahorco. —Ordenó ante la atónita mirada de los presentes, soldados y súbditos.—Ahora vais a

liberarnos.

Nadie se movió, los caballeros se miraron unos a otros, avergonzados por haber sido tan estúpidos, creyendo que una emboscada sería lo suficientemente ingeniosa para acabar con aquella raza del bosque. No eran más que unos salvajes.

El sonido de unas llaves girando en la cerradura llamó a todos la atención.

—¡Sir Vagnar no lo hagáis!— Exclamó el rey a merced de Irina.

—Juré protegeros y eso es lo que hago.— El joven dejó caer las cadenas, liberadas.— Ahora podéis soltarle. Ya.

Divertida, la reina enarcó una ceja.

—Si te pones así…

Irina empujó la cabeza del rey lejos de sí a la vez que éste soltaba un leve quejido. Dorian se llevó las manos a la nuca donde tenía un hilillo de sangre.

Una arista de la gema que portaba Irina en su anillo araño la suave piel del rey condenándolo al descanso eterno en ese mismo instante sin que él lo supiera. Primero fueron las convulsiones, después la espuma en la boca y por último el delirio.

El apuesto rey Dorian creyó ver a su hija frente a él. Rubia, de sonrisa afable y con el mismo mentón que el suyo. Tan terca de carácter como él mismo. Su dulce Alma, su amorosa pequeña princesita.

—Mi hija, mi hija…—Balbuceaba el pobre mientras el veneno seguía su curso, mientras el veneno colapsaba su corazón, hasta caer al suelo donde su cabeza fue a golpearse con la escalera que daba a los tronos de unos reyes ya perdidos. Dorian estaba muerto y la verdadera Alyssa encerrada en una cueva donde nadie podía encontrarla. Así acababa la actual casa real de Ciudad Blanca. Una ciudad que hoy se tornaba roja con la sangre de sus habitantes”

Lysandro abrió sus ojos azules creyendo que al cerrarlos aquella destrucción había sido un sueño. Quería a Irina, quería su felicidad por encima de todo, pero no por encima de su propia alma.

—Mi amor.—Suspiró ella mientras le abrazaba por la espalda y recorría con su mano enjoyada el torso del flautista cada vez más lento y más bajo hasta rozar su flauta.

—No te recordaba tan dramático.— Añadió.

—Y yo no te recordaba tan loca.— Escupió él apartando de un manotazo el delicado brazo de ella.

Irina se quedó muda, ¿cómo podía juzgarla? ¿Después de todo su sufrimiento? ¿Cómo podía el amor de su vida mirarle de aquella forma en que lo estaba haciendo? Pero ya le había advertido una

vez su madre. Los hombres eran volátiles en cuanto a su corazón pero las mujeres tenían la condena de amar de verdad una sola vez en la vida. ¿Era eso? ¿Ya no la amaba?

— Irina, yo…— Intentó decir Lysandro.

— No hace falta que te disculpes.— Interrumpió ella. —Tengo cosas que hacer.

Fue a marcharse de allí recogiendo los pliegues de su vestido con cuidado de no mancharse los bajos de sangre pero el músico la detuvo. La cogió del brazo y la atrajo hacia sí.

La tensión aumentó entre ellos mientras se miraban a los ojos.

— Mirad que tortolitos.— Se regodeó Caléndula entrando al salón con alegría vivaracha después de darse un largo baño en los antiguos aposentos de la princesa. Estaba feliz de usar sales perfumadas y jabón de oro líquido en una enorme bañera de plata en lugar de su habitual fría agua de estanque, dónde había más lodo y renacuajos que agua.

La bella feérica se percató entonces de la tensión que rodeaba a ambos, sabía que aquello no iba a durar, Irina era una de ellos y Lysandro prácticamente formaba parte de aquella nobleza que tanto odiaban. No, él era incluso peor, porque vivía para servirles con aquella música plagada de melodías como la que había escuchado durante su breve cruzada por el mar bravo. Eran incompatibles, aunque para Caléndula el amor en sí era imposible. Ella lo daba todo por Hécate y aun así su amor no era correspondido.

Irina miró a Caléndula mientras ésta se perdía en divagaciones como si fuera en verdad una musa caída del cielo.

***

Una musa caída del cielo prisionera por sus hermanas y ahora lo que era peor, prisionera de un falso esposo. La habían dejado de nuevo a su suerte, al menos esta vez no tenía una cadena colgando del tobillo como un animal. De pronto, por su mente cruzaron imágenes que hacía muchos años que no recordaba. La imagen de su caldero, el brillo de las estalactitas con las que despertaba cada mañana, el olor a madreselva y tierra revuelta.

Artemisa suspiró con unos labios que no le pertenecían. “Había sido bonito ser otra persona por un tiempo” reflexionó mientras apoyaba su cabeza en la pared. Gracias a una apariencia que no era la suya, había sido reina y ¿no soñaban todas las mujeres alguna vez en su vida con serlo? Incluso para las musas aquel había sido un deseo válido. A pesar de las mentiras, de las que ya se había acostumbrado, había disfrutado de una celebración sin fin: caprichos, vestidos, todo lo que deseara lo tenía en unos segundos…

Y todo lo que deseaba ahora, no podía hacerse realidad, ni siquiera una musa como ella tenía el poder de hacer regresar el tiempo pues éste era tan esquivo como un mítico Pegaso.

De repente se escucharon pasos acercarse allí donde Dorian la había confinado, allí, tan alto dónde ni siquiera habían llegado los sonidos del fugaz asalto de la ciudad. “Por fin” pensó, “van a liberarme” Sin embargo, no fue un guardia quien abrió su puerta, sino una mujer con cuernos de carnero y ojos oliváceos, verdes como el musgo que crecía en la linde de las cuevas del destino. Sabía quién era aquella criatura, la había visto en visiones a través de Alyssa y luego una vez más en el espejo de su tocador. Era Caléndula, la feérica que había utilizado a la princesa Alma para desencadenar la perdición de toda Aravelia.

Artemisa se erizó de arriba abajo, pero no iba a dejar que aquella criatura del bosque la intimidara. Caléndula por su parte se quedó observando a la famosa Alyssa por un segundo, por supuesto, no sabía que se tratase de la musa y a la luz de sus ojos le pareció de lo más insignificante. No era más que otra humana noble para ella, pusilánime y con un vestido pomposo demasiado estridente. La cogió del brazo y la arrastró hasta el pasillo mientras ésta atónita por el giro que estaba dando su situación intentaba liberarse.

— Sssh tranquila milady.— Susurró Caléndula con sorna.— Solo será una pequeña audiencia.

En cuanto escuchó aquello Artemisa dejó de forcejear por una milésima de segundo.

— ¿Con Dorian?— Preguntó lentamente a sabiendas de que lo más probable era de que se tratara de algún otro. Por todo lo que había llegado a conocer al rey, sabía que nunca habría dejado entrar bajo su techo a aquella mujer. Pero no podía ser lo que estaba pensando… ¿o sí?

— Tu esposo está muerto pero no te preocupes porque ahora mismo vas a ver una antigua conocida. Espero que la recuerdes.— Contestó ella con una sonrisa en la cara.— La única reina legítima de Ciudad Blanca, Irina de Brishot.

El pánico cruzó su rostro como un latigazo, si Irina la veía ante ella así con el aspecto de su enemiga, era musa muerta. Instintivamente sus labios comenzaron a balbucear una lengua extraña, una lengua casi extinta, unos vocablos que hacía tiempo que no se pronunciaban en aquellas tierras mortales…

— De nada te sirve rezar, tus dioses son falsos, solo Danú es el único y verdadero.— Concluyó Caléndula antes de sacar a relucir sus garras.

Pero Artemisa no estaba rezando si no pronunciando un potente hechizo… uno que no funcionó. Llevaba tanto tiempo sin practicar sus dones que casi la llama de su magia se había apagado reflexionó, sin saber que sería otra llama la que se le apagaría en breve, la llama de la vida.

Caléndula la había conducido después de varias intentonas hasta el salón del trono donde esperaba impaciente Irina acompañada del músico. Tal y como los había dejado a su salida después de que la reina le ordenara traer ante ella a Alyssa, incluso los cuerpos Dorian, de la guardia y de los demás restantes habitantes seguían allí. Ciertamente dudaba de que su reina quisiera retirarlos. En cuanto ambas entraron a través del arco de piedra, Irina se levantó de su asiento con los ojos desorbitados y sin esperarse, avanzó hacia ellas, esta vez sin cuidado, manchando de muerte todos los ribetes de su falda.

“Está loca” pensó Artemisa observándola de manera cautelosa intentando zafarse de aquellas garras que la mantenían cautiva, “está realmente loca”

Antes de que pudiera reaccionar, ésta la cogió de su recogido ya deshecho y estiró de su cabello hasta hacerla volcar.

Lysandro apartó la vista de ellas, compungido al ver el maquiavélico comportamiento de Irina.

El sonido de las rodillas de Artemisa chocando contra la piedra del suelo se elevó por encima de sus cabezas. Sus huesos crujieron y se partieron como la yesca. Estaba segura de que sus gritos se habrían oído por todo el castillo si hubiera habido gente para escucharla. La musa supo que si Irina había comenzado así con ella no iban a tener tiempo de conversar, la reina solo quería verla sufrir y al mirar sus ojos borgoñas, sus labios fruncidos, su oscuro cabello supo que estaba viendo a su parca personal.

— ¡No me mates!— Chilló intentando alzar la cabeza del suelo, aún sujeta por la reina de negra cabellera.— ¡No soy ella! ¡No soy quien tú crees!

Irina se paró en seco, sorprendida por lo que acababa de escuchar, sin duda, el fútil engaño de una cobarde con miedo a la muerte.

—¡Soy una musa!— Chilló ésta antes de dar tiempo de reaccionar a la reina.— Te pido que no me mates, soy una musa y como tal puedo ver a través de los corazones vuestros deseos más íntimos. Así fue como supe que Alyssa había llegado a mi cueva con el fin de proteger a su hija de lo que estaba por venir. Y así es como sé que vuestro deseo se parece mucho al de ella. No sois tan

distintas como tú crees. Sé que haríais cualquier cosa por vuestro hijo y que queréis encontrarle. Yo puedo mostrártelo, puedo enseñarte a tu hijo.

Caléndula miró a Irina con la incertidumbre retratada, incluso Lysandro se había levantado de su asiento ensimismado por las palabras de Alyssa. Pero no podía creerla, ¿o sí?

—Solo necesito un espejo y el pergamino que se oculta en mi tocador.

—No me fío de nada que tenga que ver con espejos de por medio.— Pronunció el músico, abnegado a creer ese cuento, cruzándose de brazos, la idea de tener esperanza para luego ser mentira, le rompería aún más si cabía, su corazón.

Irina ni siquiera le escuchó, cogió a la rubia y la condujo hasta el aposento que había sido de ella. Sus cosas permanecían intactas y en el cajón de su tocador bajo la tablilla suelta estaba el pergamino de las musas. Sentada, con él en el regazo, y observada por miles de miradas hostiles, Artemisa comenzó a desentrañar los símbolos que tenía escritos. Su cantico fue suave, pausado y a la vez poderoso, místico; Los presentes la miraron mientras su piel comenzaba a palidecer y sus ojos azules reflejaban los colores rosáceos de su verdadero iris. Comenzó a temblar y en la primera convulsión que le hizo sobresaltarse, el cristal del tocador fue derritiéndose. El líquido plateado danzó en círculos hasta que el epicentro fue abriéndose paso revelando las imágenes que aún estaban por pasar: una muralla sin puertas, el símbolo de un sol torcido bordado en la túnica, la sonrisa de un muchacho de ojos borgoñas…

— Killian…— Susurraron al unísono aquellos padres que fueron privados de criar a su propio hijo.

Irina observaba el espejo acercándose cada vez más a él, rozando con sus dedos la mejilla del joven reflejado. Sus ojos se encristalaron por la pena. De pronto, una voz distante y atronadora surgió de la garganta de Artemisa allí sentada con la mirada perdida a un infinito que sólo ella podía ver.

— Lo que refleja el espejo es solo una posibilidad de entre tantas otras. Sin ligaduras de tiempo y espacio, tu hijo podría estar allí donde se encuentra el sol torcido. Podría ser una imagen del pasado, del futuro o del presente, podría estar, haber estado o aún no haber pasado. Las visiones son inciertas como incierta nuestra existencia.

Mientras la musa permanecía en contacto con la voz del espejo, el hechizo fue apoderándose de ella. Un hilillo de sangre fluyó de uno de los orificios de su nariz y en cuanto hubo terminado de

hablar, su cuerpo mortal ya no era más que una cáscara vacía. Como Artemisa siempre recordaba: “toda magia conlleva un precio”.

En ese mismo instante, en algún recoveco de las cuevas del destino, Alyssa abrió los ojos. Sin cadenas.

19

Sus pies corrían tan rápido como podían, menos ágiles y más cansados pero después de ocho años con una cadena encantada sujeta a su tobillo Alyssa tenía la sensación de que se elevaba por encima del suelo cubierto de espesa nieve como un petirrojo que alza el vuelo. El viento azoraba los largos cabellos violáceos de aquel cuerpo en el que todavía se veía atrapada, sin embargo en su rostro se congelaban lágrimas de felicidad, de alivio; De esperanza. Todo lo que tenía en mente era regresar a su ciudad tan rápido como fuera posible y volver a ver a su familia. Acariciar la cabeza de Alma y abrazar los anchos brazos de Dorian. En cuanto pensó en ellos le dio un vuelco el corazón. ¿Cómo explicar lo inexplicable? ¿Cómo explicar su ausencia durante todo ese tiempo que Artemisa había ocupado su lugar? De pronto tropezó dándose de bruces contra el suelo, golpeada por la propia distracción de sus temidas preguntas. Se quedó un minuto parada admirando la vista a su alrededor. Muchas cosas habían cambiado y ya apenas recordaba el camino de vuelta a casa y menos con aquella nevada. Se incorporó lentamente admirando dos aves que elevaban el vuelo por encima de su cabeza, por primera vez en mucho tiempo veía el cielo y estaba feliz.

Iba a reunirse con su familia.

El tintineo de una pandereta, la música rodeando el campamento de los Hombres Libres y la bebida corriendo a cargo del pequeño, aunque ya no tanto, Oberyn, que había crecido más de tres palmos desde que no era más que un mochuelo tímido. Otro día cualquiera entre la troupe que celebraban la recién llegada del Invierno festejando y bebiendo en honor de Bóreas el dios del viento del Norte. Sin embargo, la cerveza le supo agria aquel día y miro a Richard de reojo. Por estas fechas hacía lo que parecía una eternidad, ambos habían perdido a Mary Anne. Aunque el primero había encontrado otra chica que respondiera a su tímido corazón, el segundo no había podido escapar del recuerdo de su hija. Richard Hollygrant se aclaró la garganta dispuesto a decir unas palabras.

— Todos los aquí presentes sabéis la pena que me aflige la llegada del invierno pero como vuestro líder, vuestro hermano, vuestro camarada os digo: sigamos en pie, sigamos libres. ¡Por Roja! — Exclamó alzando la jarra arcillosa antes de beber copiosamente haciendo que el líquido espeso se derramara por sus comisuras.

Los demás le imitaron alzando sus bebidas.

— ¡Por Roja!— Exclamaron al unísono con el brillo de la

pérdida brillando en todos sus corazones.

A pesar de no ser familia habían creado su comunidad propia a lo largo de los años siguiendo sus propias costumbres. Era algo digno de admirar.

— Algo digno de admirar, ¿eh?— Dijo Richard a Oberyn señalando a la joven Liara. Una chica de generosas curvas y salpicada de finas pecas en la piel que llenaba la jarra vacía de su primo frente a ellos.— Has tenido una suerte enorme con ella.

Como si la aludida hubiese escuchado su nombre miró en dirección a ambos y sonrió de manera cálida con una sonrisa de oreja a oreja, de finos labios rosáceos. Oberyn le devolvió el saludo con la misma sonrisa llena de dulzura. Richard se levantó del banco de madera donde estaban todos sentados mientras le daba unas palmaditas sonoras en el hombro. Oberyn giró la vista hacia su líder.

— ¿Vas a ir al árbol de llanto?— Preguntó.

— Fiel como todos los años.— Respondió Richard alicaído al recordar el motivo que le llevaba a hacer aquello.

Por su parte el pequeño Oberyn se quedó observándole mientras éste se alejaba lejos del ruido del campamento, lejos de las luces de los farolillos, lejos del ciervo ahumado y de las pintas calientes.

El aire olía a amapolas y traía a la memoria del hombre el recuerdo de su pequeña cazadora, los helechos le acariciaban las pantorrillas conforme se acercaba al claro y el sonido de sus propias pisadas sobre la hierba moteada de nieve se elevó sobre la espesura del bosque.

— Un año más ¿eh?— Habló consigo mismo dirigiéndose al árbol en el que apoyaba la palma de su rugosa y áspera mano. Unas manos, que recordaba, habían tallado las muescas de aquella vieja y decrépita madera.

” —¿Papá?

Mary Anne apareció de la nada con lágrimas en sus pequeños ojillos de niña con aquel amuleto que sujetaba partido en dos. A Richard le rompió el corazón verla tan triste. La acunó entre sus brazos a la sombra de un fuerte árbol de hojas verdes y exuberantes.

— Oberyn me ha roto el collar.— Siguió hablando acurrucada como estaba en las rodillas de su padre. Su pequeña cazadora, enfadada como estaba soltó un bufido mirando el talismán que no era otra cosa que un simple atrapasueños. Sin embargo para la niña era uno de sus bienes más preciados. Su padre se lo había regalado después de que su madre los abandonara a ambos. A Richard no le

gustaba mentir a su hija pero con aquel regalo había intentado consolarla. Le dijo que si lo llevaba consigo por la noche, su madre podría visitarla en sueños.

—¡Ojalá fuera tan grande como él, así no se metería conmigo!— Exclamó.

Richard sonrió para sí, aquello le resultaba divertido, la niña con su inocencia no habían reparado en que al pequeño Oberyn le gustaba. Y si el muchacho hacía todo eso era para llamar su atención.

— Pero ¡si tú eres la niña más grande de todo el bosque!— Exclamó él mientras le hacía carantoñas. Ella refunfuñaba mirando hacia un lado a una ardilla que había pasado veloz por donde ellos estaban.— Ven aquí.

La aupó entre sus brazos y la ayudó a incorporarse. Cogida de la manita, Roja se puso de pie con la espalda apoyada en el tronco, después su padre talló una muesca en la madera midiendo cuán grande era su niña."

Los años habían pasado pero el dolor que sentía al recorrer con sus dedos las muescas que cada año habían ido creciendo sobre la primera era tan reciente como el primer día. Se sentó a los pies de sus raíces y apoyó la cabeza en él mientras sendas y gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

"No puedo más" se dijo, "no puedo más, cada año, cada día, esta sensación… No puedo más"

El pobre hombre se pasó la mano por su pelo que empezaba a canear recordando, siempre recordando hasta que un sonido le hizo elevar la mirada.

Un grito.

El grito de una mujer.

Alyssa gritó mientras unas manos intentaban cogerla. Había corrido todo lo rápido que podía con sus desentrenadas piernas en un entorno salvaje que no tenía nada que ver con el bosque de su recuerdo. Allí en una encrucijada se había topado con uno de los hombres del campamento de forajidos y ladrones intentando mear sobre la raíz de un tronco mientras se balanceaba en estado de ebriedad. En cuanto éste puso los ojos en ella con la toga manchada de salvia y rasgada por las ramitas de pino supo que tenía que hacerla suya. El hombre se acercó a ella cuchillo de caza en mano mientras ésta daba voces y patadas a aquel maloliente e impresentable animal.

"Incluso un animal olería mejor" pensó ella mientras el fétido aliento de su boca le llegaba a los orificios de la nariz.

El hombre la rodeó con sus brazos y la empujó hasta el tronco más cercano con total brusquedad y más para alguien que no se encontraba en sus cabales. Sin embargo ella le mordió el brazo con repugnancia, clavándole todos los dientes haciendo que éste berreara como un chiquillo una sarta de palabras malsonantes. Ella escupió al suelo antes de salir corriendo en dirección contraria, con el miedo plasmado en sus ojos giró su vista una última vez al ver que el hombre se había incorporado y ahora la seguía como el cazador que presumía ser.

— ¡No podrás correr por mucho tiempo ninfa maldita!

El hombre gritaba mientras le seguía a la carrera y Alyssa supo que estaba en lo cierto cuando los tobillos comenzaron a resentirle.

"No podré seguir el ritmo mucho más tiempo" se dijo mientras esquivaba unas zarzas en las que estuvo a punto de quedar atrapada. Miró a ambos lados mientras sus pies seguía por libre, escuchando como el cazador estaba cada vez más cerca de ella.

— No puedo más…— Jadeó con la voz entrecortada. — No puedo más.

Fue entonces cuando se escuchó un ruido sordo a su espalda. Alyssa se giró, conmocionada. El hombre que le había perseguido había caído al suelo esquivando una flecha que fue a clavarse en uno de los robles. A ésta le siguió un hombre que salió de entre la vegetación, sin duda, el artífice de aquel disparo tan certero. Era un hombre apuesto, de cabellos castaños aunque con algunos reflejos ya plateados, con la piel curtida y bronceada por el sol, de ojos verdes como los de su marido a juego con la capucha verde que colgaba en su espalda. El hombre del suelo pareció reconocerle.

— Hollygrant…— Comenzó pero el otro no le dejó hablar. Sacó otra flecha de su carcaj y apuntó a la cabeza del hombre que se puso cada vez más nervioso.

—Ri…Ri…Ri…Richard…— Tartamudeó mirando al arquero con sus diminutos y negros ojos como los de un cochinillo.— Amigo no… no iras a…a dispa…parar?

Él sonrió.

— Claro que no.— Respondió él con un tono de voz extremadamente dulce.— Sólo voy a meterte esta flecha por el culo.

Alyssa que había permanecido hasta el momento en absoluto silencio rompió a reír. Toda la tensión, todo el dolor de sus articulaciones, toda la humillación de ser deseada por un desconocido, todo la ira contenida, la tristeza, sus ganas de gritar, de morir, de llorar…explotó en forma de carcajada, una risa que no pudo ser contenida.

—¿Ves? Así es como se trata a las damas, haciéndolas reír.— Dijo mientras levantaba el arco y se lo colocaba colgando del hombro, después le tendió una mano al avergonzado Gerald y lo ayudo a levantarse, no sin antes advertirle.— Como te vea a ti o a alguno de mis hombres ponerle la mano a una mujer que no lo desee os las cortaré con el cuchillo con el que desollamos los animales. ¿Queda claro?

A Gerald se le fue toda la borrachera de un plumazo mientras la amenaza le rodeaba haciendo que temblara como una presa desvalida. Asintió mientras tragaba saliva.

—Ahora vete.— Ordenó Richard. —Vuelve a la fiesta.

El amenazado huyó con el rabo entre las piernas dejando tras de sí unas de las cuantas hojas perennes que se habían adherido a su bota durante la carrera. Alyssa miró al arquero mientras éste la observaba. Con la apariencia de Artemisa realmente parecía una ninfa del bosque de esas que Sir Dunadan había mencionado en más de una ocasión en sus historias al inicio de cada banquete. Sus cabellos caían largos y violetas hasta sus pies desnudos y mugrientos. Su toga ya apenas era blanca y el lunar dorado de su frente junto a sus ojos rosáceos le hacía parecer mística y hechizante a los ojos del desconocido.

—¿Estás bien?

Su voz era ronca, firme y a la vez dulce y serena. Parecía que estaba preocupado por ella mientras le daba la mano. Alyssa la aceptó con gusto y ambos caminaron por la arboleda, muy despacio pues ella estaba exhausta y con los pies congelados. Apenas podía apoyarlos en la nieve sin sentirlos rígidos y entumecidos.

—No deberías andar sola por aquí, es peligroso.— Dijo él.

—Para ti parece no serlo.— Replicó ella con un tímido nerviosismo.

— Eso es porque me he criado prácticamente bajo estos árboles. — Respondió.— Mi nombre es Richard, imagino que habrás oído hablar de la Compañía de los Hombres Libres, si no es así sería un duro golpe para mi ego.

Dijo todo aquello de manera que apenas le dio tiempo a Alyssa de procesar la información. Pero sí… le conocía. Al menos de oídas, Richard Hollygrant se había creado un gran nombre bajo los techos del castillo y no sólo por el hecho de que no reconociera a los monarcas como suyos si no por todas las historias que le precedían. El bufón había cantado algunas de sus hazañas a la luz de los candelabros.

“Así que es él” se dijo “el arquero que tiene atemorizados los

caminos. Que roba a los nobles y a cualquier carruaje que se adentre en los bosques”

Reacia e inconscientemente se alejó unos pasos de él, cosa que Richard enseguida percató.

— No debes tenerme miedo, quien me conoce sabe que no debería tenerlo.— Dijo él.

— Pero yo no te conozco.

—Y aun así he lanzado una flecha contra uno de mis hombres por ti.— Replicó.— ¿Qué dice eso de mí?

Alyssa se quedó pensativa mientras una suave música le llegaba a sus oídos, era como un tintineo, como el sonido de una pandereta. Mientras Hollygrant la guiaba por entre los árboles y las rocas resbaladizas, los sonidos fueron haciéndose cada vez más audibles. No sólo le llegaba la musica, también el jolgorio, las risas y las conversaciones de unas voces que no conocía. A lo ancho de un altibajo y escondidos entre las sombras de unos robles se hallaban algunos carruajes viejos, con sus tenderetes de ropa y cazuelas colgando de ellos, con hogueras alumbrando el gran tablado de madera donde comían sus pintorescas gentes sobre platos y jarras dispares sacados de sus saqueos: de plata, de bronce, de barro…

La reina se quedó observando cada detalle.

—Bienvenida al Campamento de los Hombres Libres.

20

Llevaban horas caminando por el extenso bosque ya que la nieve había dificultado la capacidad de Killian para reconocer el camino. Después de mucho discutir, el variopinto grupo había llegado a un acuerdo, llegarían hasta el hogar de éste y se refugiarían en la calidez de la torre. Una vez seguros, Merlion se dirigiría a Ciudad Blanca en calidad de consejero del rey vecino para hablar personalmente con los reyes. Si éstos estaban dispuestos a perdonar a su hija y al bastardo, les diría con gusto donde encontrarles, si no, se iría por donde había venido por su propio pie. Tenía la certeza de que no serían capaces de obtener la información en los calabozos pues como consejero que era del rey Draco tenía total impunidad. Nadie quería una guerra y menos tirar la primera piedra. Así pues el grupo se había visto obligado a avanzar dejando atrás a la guardia, dormidos por el hechizo del joven de cabellos oscuros.

— ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que vuelvan a seguirnos?— Preguntó la princesa mientras recuperaba el aliento. Alma estaba exhausta y aprovechó para pasar su delicada mano sobre el lomo de su amada loba.

Rhonda adelantó a la muchacha con expresión taciturna.

—Por mí cómo si no despiertan nunca.— Replicó de mal humor.

Al escuchar aquello el conciliador zorro se escandalizó.

—Seguro que no habláis en serio.—Reprochó.

Pero en la mirada de ella no había duda alguna.

Siguieron hablando durante largo rato aunque Killian no los escuchara siquiera. Desde que se había herido la pierna se sentía inútil, desplazado, una carga para los demás. Andaba con soltura, pero aun así tenía que pararse más a menudo y pedir ayuda cada vez que un obstáculo se ponía en su camino.

Como ahora.

Merlion sostuvo a su compañero mientras éste ponía un pie en el tronco hueco que se elevaba como una especie de puente sobre el riachuelo del bosque. Una vez en tierra, el joven fue a darle las gracias pero Merlion estaba demasiado ocupado mirando embobado a la bella princesa. No era la primera vez desde que había aparecido allí con ellos en que pillaba a éste mirando a Alma y aquello fue la gota que colmó la paciencia del muchacho. Por supuesto Merlion no miraba en realidad a la princesa si no a su compañera lobuna, claro que Killian no tenía ni idea. Nublado como tenía el juicio y todavía con algún vestigio febril le propinó al otro joven un puñetazo con tal rabia que le hizo caer al suelo. El sonido del agua fluyendo por la corriente disminuyó en gran parte el sonido de los golpes de

Killian y los quejidos del pobre hechicero. A su alrededor los demás se quedaron estupefactos pero reaccionaron deprisa. Cruzaron el rio mientras las protestas se hacían oír.

—¡Killian para!— Chilló Alma mientras apartaba a Rhonda de su camino.

— Hijo, por las musas…— Suplicó la otra.

Otro puñetazo sesgó el aire. Merlion tendido en el suelo recibía una y otra vez la furia de los impactos. De su nariz comenzó a manar un débil hilo de sangre y su rostro en general había comenzado a hincharse. Sin embargo no le frenó, hacía tiempo que no había usado la magia para la violencia, no desde el viaje en que había navegado por las innombrables aguas donde había asesinado a la hechicera Circe. Él no había sido ningún santo y sus manos estaban manchadas de sangre. Por ello no hacía más que recibir los golpes con los brazos abiertos. Su poder era demasiado grande, demasiado peligroso para andar en chiquilladas. Intentaron apartar a Killian del joven pero estaba enajenado. Los celos y el eco del delirio febril le consumían.

— Killian detente es suficiente. —Volvió a decir Alma en un intento vano por calmarle.

Pero Roja no iba a protestar, no podía ver a Merlion así sin hacer nada. Gruño defendiendo al brujo y enseño los colmillos.

“Mary Anne detente, tiene que parar él solo”

Pero ella no le hizo caso, entre sus fauces agarró la pernera de Killian y tiró de él con ferocidad. El joven sin ningún tipo de miramiento y con los ojos borgoñas resplandecientes tan brillantes como la sangre que manchaba los puños de su camisa, apartó de una patada al animal.

La loba huyó lastimera y gimiendo hacia su dueña.

—Eres un monstruo.

El silencio. Por un momento, se hizo el silencio absoluto. Un silencio cargado de intensidad.

A Rhonda le pareció escuchar las últimas palabras que le había dicho Irina en la intimidad de la celda. “No dejes que nunca se enamore” Y entonces después de dieciocho años lo comprendió: el amor nos hace convertirnos en monstruos.

La voz de Alma hizo detener al muchacho que miró a Merlion como si fuera la primera vez que lo viera de verdad. El chico le devolvió la mirada como pudo entreabriendo su ojo izquierdo que parecía una gran ciruela morada. Enseguida Alma se dio cuenta de lo horrible que habían sido sus palabras. Sabia del miedo que sentía el muchacho ante sus propios genes y ella lo había usado contra él.

Killian miró hacia aquella gentil loba que había pateado sin ningún miramiento.

— Killian…— suplicó la joven.

"Dios mío, ¿qué he hecho?" reflexionó él mientras las lágrimas comenzaban a brotar. "Soy un monstruo, soy un monstruo igual que mi madre" Y por primera vez en mucho tiempo, pensó en Irina de Brishot. Pensó que tal vez, como ella, estaba condenado a la locura, que quizás con el paso del tiempo su ira contra el mundo fuera creciendo; Que quizás convertirse en el príncipe de corazones fuera solo cuestión de esperar. Giró su vista hasta la mirada pálida de la princesa que acunaba entre sus brazos a Roja como si fuera un cachorro a pesar de su tamaño.

—Yo…— Las palabras quedaron atascadas en su garganta. — Lo siento mucho.

Su disculpa era sincera y profunda, no sabía que le había pasado, se sentía como si mil demonios le hubieran poseído. Se alejó unos pasos sintiendo en su espalda la mirada fija de sus compañeros de viaje. Cuando de repente una gran red salió disparada del suelo hacia las alturas enjaulando en ella a los incautos: princesa, heridos y animales incluidos.

"Soy un maldito imán para las trampas" se dijo Killian aferrando la red entre sus dedos y con los pies colgando en el aire.

***

— Alanna, ¿tienes hambre?

La voz de Richard hizo que Alyssa levantara la cabeza de sus rodillas. Asintió mientras éste la envolvía en una gruesa piel de oso. La calidez que instantáneamente sintió le reconforto gratamente. Cuando Richard Hollygrant le había preguntado su nombre, no vio otra salida más que mentir. Si hubiera dicho en ese instante que era la verdadera reina de ciudad blanca la hubieran tomado por loca y no les culpaba. Ya hubiera imaginado las mofas de ellos "si tú eres la reina yo soy Harak Sallingrad" seguido de las risas. No, había sido mejor la mentira y no se le había ocurrido mejor nombre a utilizar que el de su madre.

Richard colocó en el cuenco de la invitada el resto de sopa de hierbas que se había quedado adherido a la olla ante la atenta mirada de Gerald, quien no se había atrevido a pronunciar palabra desde que éste le había apuntado con una flecha.

— ¿A dónde os dirigíais así descalzada?— Preguntó con interés a la vez que sus hombres sentados a la mesa dirigían la atención hacia ellos, también curiosos por saber de dónde había aparecido aquella mujer de extraño color de cabello.

Alyssa no vio la necesidad de mentir con respecto a donde se dirigía, quizás de esta manera podrían indicarle el camino correcto a seguir.

—Ciudad Blanca, tengo familia allí con la que rencontrarme. — Dijo ella.

Los hombres se miraron entre sí y las mujeres guardaron silencio cómplices de aquel ambiente tenso que había provocado su respuesta. Los únicos que parecían ajenos a la incomodidad que ahora se respiraba, eran los niños que jugaban con varios palos de madera a modo de brillantes espadas.

Alyssa comenzó a ponerse nerviosa con cada segundo que pasaba y no obtenía ninguna explicación para ese repentino comportamiento.

—No… ¿no te has enterado?

Richard se removió del asiento, inquieto, nunca le había gustado ser portador de malas noticias.

Alyssa perdió el poco color de sus mejillas y su imaginación voló veloz, como un águila, sobre pensamientos perturbadores.

— Que…— La voz le falló al querer hablar. Se notaba la boca seca y al mismo tiempo pastosa.— ¿Qué ha pasado?

Richard dio un largo suspiro y bebió de su jarra preparando como abordar aquello con el mayor tacto posible. Pero en su lugar fue un anciano de los que allí estaban sentados el que se atrevió a pronunciar la primera palabra. Sus cabellos acababan a la altura de sus hombros, blancos como la leche, sus arrugas dibujaban unas facciones rectas y sus ojos grises eran tan claros como el hierro de un escudo. Unos ojos que reflejaban la melancolía.

— Yo los vi.— Dijo con la mirada perdida, rememorando lo que había presenciado. Su voz era grave y estaba ya algo cansada; Y aunque su cuerpo se hallara allí bajo los árboles de su hogar, su mente viajaba lejos hasta situarse justo en la frontera oscura del bosque.— Los vi desde la linde. Llevaban estandartes rojos como el fuego y la sangre. Me escondí mientras la ciudad caía. No me siento orgulloso de eso.-Hizo una pausa—¿Pero que podía hacer? Mis brazos ya no son lo que eran y mi vista tampoco porque entre aquellos invasores me pareció ver a la antigua Reina de corazones, Irina de Brishot.

— ¿Pero eso no es posible, verdad?— Inquirió Alyssa.— No es posible.

“No es posible” se dijo, desesperada.

Miró a su alrededor con los ojos abiertos de par en par esperando que alguien contrariara al anciano. Pero nadie lo hizo.

— ¿Y el castillo? ¿Y los reyes?— Preguntó presa de una angustia inimaginable.— Y… ¿y la princesa? Dónde… ¿dónde está la princesa?

"Dioses amados y musas veneradas decidme que no está muerta", rezó.

"Mi pequeña, no está muerta, no está muerta, no está muerta" repitió una y otra vez en su cabeza.

Ahora sí, fue Richard el primero en hablar.

—¿La princesa?— Preguntó confuso.— Lleva días desaparecida.

Al ver la confusión en el rostro de aquella mujer, decidió partir su explicación desde el cumpleaños de la heredera.

— Normalmente no hacemos caso a los rumores que se cuentan pero Oberyn y Liara encontraron el rastro de un grupo de pisadas que se dirigían a la ciudad del dragón, podrían haber sido viajeros pero habían signos de caballos. Los estaban siguiendo de eso no me cabe duda. Alma Legrand ha escapado de los calabozos donde había sido arrestada por traición porque, y aquí viene lo sorprendente, se había enamorado de Killian de Brishot. ¿Te lo puedes creer? Y yo que pensaba que lo del bastardo de Irina había sido pura invención de los bardos.

Tomó aliento y bebió hasta hartarse dejando a la extraña un minuto para asimilar aquello. Un minuto que no fue suficiente, sin embargo, Richard retomó su explicación por donde la había dejado.

—Pero todo eso es lo de menos porque la Reina de Corazones ha vuelto, poco se sabe de su huida pero ha regresado de entre los olvidados de la Galera del Viento y respaldada por todos los seres de sangre feérica. Pues bien, —Continuó diciendo — como bien ha dicho el viejo Tab, Irina a tomado la Ciudad Blanca de nuevo, tal y como hizo en la Guerra roja. El pobre rey Dorian II asesinado y de momento no sabemos nada de la reina Alyssa. Se escucharon rumores de que su propio marido había hecho que la encerraran en una de las alcobas. Aunque nada se sabe con certeza. Pobre familia la verdad, para que luego digan que los nobles no tienen problemas.

Pero Alyssa sí que sabía algo con certeza, que Artemisa estaba muerta, ¿de qué otra manera habría sido ella liberada? Artemisa estaba muerta. "Igual que Dorian" reflexionó. Y su hija desaparecida. ¿De qué le servía ser libre si no tenía una familia con la que regresar? En parte ahora, casi podía sentirse identificada con Irina de Brishot. El dolor, la sorpresa y el miedo pillaron a Alyssa desprevenida e indefensa, quería seguir indagando, preguntar más detalles pues estaba confusa y se negaba a creer que les habían arrebatado a su dulce Dorian pero fue interrumpida por la llegada

de una chiquilla con trenzas que venía corriendo desde la distancia.

Su rostro estaba colorado por la carrera.

—¿Que ocurre Ennar?— Preguntó Richard preocupado mientras cogía a la niña en brazos.

— ¡Han caído en la trampa!— Exclamó ella.

—¿Quiénes?— Interrumpió con voz ruda, uno de los hombres que Alyssa tenía a su lado.

La niña se encogió de brazos, no tenía ni idea de quienes eran, su madre siempre la regañaba cuando se acercaba a las trampas de los cazadores. Y nunca, nunca, se debía desatar la furia de una madre.

***

Llegaron al campamento al cabo de un rato, un tiempo en el que algunas mujeres habían recogido la mesa mientras Alyssa seguía allí sentada sin más cosa que sus recuerdos. Pensaba en cada día que había pasado en el castillo, en cada momento que había pasado con su familia. Recordó cada segundo que había sido feliz. No podía creer que aquello estuviera ocurriendo. Sin embargo ninguna lágrima brotó de ella sus sentimientos se habían quedado tan paralizados como su cuerpo.

El alboroto que se formó a sus espaldas a causa de los capturados que traían consigo aquellos proscritos le llamó la atención. Entonces la vio, una jovencita rubia que intentaba calmar a su enloquecida loba y supo en su corazón que era ella como sólo una madre podría saber. De entre todos los lugares del mundo que podían haber escogido, los dioses quisieron que madre e hija se encontraran allí, así como padre y cazadora.

Y la loba aulló y aulló.

Aulló como nunca antes.

21

Roja brincaba sobre sus patas, iba y venía de aquí para allá, exaltada e inquieta. Gruñía y aullaba frenética y descontrolada. Pero es que estaba allí, después de tantos años había regresado al campamento de los Hombres libres y nadie, nadie podía entender la mezcla de alegría y tristeza que sufría ahora mismo. Vio muchas caras conocidas y echó de menos otras cuantas, vio a Oberyn ya crecido, alto y bondadoso y vio a su padre consumido por los años y la pena pero que seguía siendo a su vez el mismo hombre fuerte y protector de sus recuerdos. Se acercó a Richard con sus ojos lobunos llenos de expectación y cuando éste le acarició el pelaje con sus firmes dedos, el corazón de Mary Anne volvió a latir de nuevo.

—Tienes una loba preciosa princesa.— Pronunció Richard mientras seguía acariciando su hocico.

Alma sonrió cortésmente.

Al contrario que el corazón del animal, el de Alyssa parecía haberse detenido por completo. “Princesa la había llamado el arquero” E incluso sin eso, podría reconocer aquella nariz respingona con los ojos cerrados y aquellos ojos heredados de Dorian. Su hija era ya toda una joven hermosa. Con aquellos cabellos dorados cayendo por sus hombros. Era como ver la viva imagen de sí misma la primera vez que llegó a Aravelia en la madriguera del zorro.

“Tydwill…” se dijo al ver aparecer detrás de su hija a su viejo amigo.

Aquello era demasiado. Había corrido por el bosque con el único pensamiento de reunirse con su familia y ahora que tenía a su hija delante de ella no sabía qué hacer. No sabía por dónde empezar, como explicarse… y aunque llegara a decir las palabras correctas no tenía la certeza de que ella fuera a creerle. ¿Y si no la creía? ¿Y si su libertad no significaba nada? ¿Y si se quedaba con ese aspecto para siempre? No, las cadenas de su tobillo no eran lo que la habían mantenido prisionera, su cuerpo sin embargo, siempre sería su prisión.

— De nuevo siento que nuestra red os atrapara.—Pronunció el líder de los forajidos.— Normalmente no pasan viajeros por ese camino.

Merlion se limpió la sangre que aún caía débilmente por su comisura. Más que heridas tras la paliza de Killian, lo que tenía era herido el orgullo.

—Eso díselo a él.—Señaló a Killian que aún venia por detrás del grupo.— Parece que no lo sabía.

El aludido puso los ojos en blanco. Ya se había disculpado por el camino, no pensaba volver a arrastrarse. Se había equivocado pero ¿acaso las personas no podían equivocarse?

Miró a su alrededor en cuanto alcanzó al grupo. Las personas que allí habían se quedaron cohibidas al ver al muchacho y Killian vio como los cuchicheos y habladurías comenzaban a materializarse entre los hombre libres. ¿Qué se esperaba? ¿Qué les darían la bienvenida con los brazos abiertos?

Los viajeros se sentaron a la mesa atentos a cualquier contratiempo y mientras guardaba asiento junto a Alma los ojos fijos, de los que allí los acompañaban, los miraron acusadores. Una mujer que cargaba en brazos a su bebé escupió a su lado santiguándose.

—Gerda…— Le recriminó Richard.

La mujer de anchas caderas lanzó una larga mirada de desaprobación.

— Es un demonio, mira sus ojos.— Hizo una pausa antes de orar.— Cuando el demonio camine entre nosotros la tierra se congelará, la oscuridad surcará el cielo y la muerte caerá sobre nosotros. Hades, oh Hades, dios del Inframundo perdona nuestros pecados.

— ¡Basta ya Gerda!— Exclamó esta vez Liara, la joven prometida de Oberyn.— Estas asustando a los niños.

A sus pies se habían refugiado los pequeños que antes jugaban con las falsas espadas.

Killian vio como Gerda se refugiaba en el interior de uno de los carromatos. Se sentía dolido, más dolido que nunca. Cambió una breve mirada con Rhonda mientras a ésta se le caía el alma a los pies.

— Decidme princesa…—Comenzó a decir Richard mientras la loba se acurrucaba sobre sus rodillas.— ¿Es cierto lo que hemos escuchado? ¿Os encerró vuestra propia madre en los calabozos?

Alma asintió con indiferencia, parecía que hubiese pasado una eternidad desde entonces.

—Así es.

Al escuchar aquello, la verdadera Alyssa no pudo más que hundir su cabeza en una pinta de cerveza. No quería ni imaginarse por todo lo que había pasado su hija sin ella a su lado.

—Siempre dije que la riqueza te perturba, no es así Oberyn?-El muchacho asintió mientras cogía su cerveza.—La reina Alyssa se volvió tan desquiciada como su predecesora. Sin embargo era de buen corazón.

La joven creyó haber escuchado mal.

—¿Era?— Preguntó de manera confusa.

Richard ahogó un grito.

— Mi buena niña no me digáis que vos tampoco os habéis enterado.— El hombre ya no sabía cómo arreglarlo.— Siendo la princesa pensé… pensé que alguien os lo habría dicho… o que un mensajero os habría buscado.

Richard buscó con la mirada algo de apoyo entre sus compañeros. ¿Cómo le decías a un hijo que sus padres habían muerto?

***

Alma sentía frio, más frio que nunca, y no se debía al invierno. Tiritaba bajo la manta presa de una tristeza capaz de helarle los huesos. Recordaba las palabras que Richard Hollygrant le había dicho “La ciudad ha caído y los reyes con ella”. En ese momento no había sabido reaccionar, se había quedado perpleja y la confusión dio paso a la rabia “¿Cómo que ha caído? ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién se atrevería a hacer algo así? La gente los quería, los reyes vecinos también, nadie puede ser tan vil de hacer una cosa así. ¿Quién tiene el corazón tan negro como para querer ver nuestra casa destruida?” Pero Richard discrepaba de esa idea, porque sí había alguien que odiara a los reyes de esa manera. “Tú sabes su nombre” había dicho Richard.

“Irina de Brishot”

Gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas, se tapó la cabeza con la manta, haciéndose un ovillo en la calidez del suelo del carromato. Los hombres libres le habían dado cobijo y alimento a pesar del invitado que traían con ellos. Nadie se fiaba del muchacho de cabellos castaños y de mirada del color de los rubíes y menos ahora. Pero habían respetado al hombre comprensivo y paciente que los lideraba. Después de una larga charla con Killian, Richard dedujo que era de fiar, no en vano estaría atento pues si bien el muchacho había demostrado ser respetuoso cargaba la losa de ser hijo de quien no debía. Una losa que cada vez pesaba más y más a hombros del joven.

Killian tampoco podía conciliar el sueño en el interior de aquel carromato y aunque sabía que la princesa también estaba despierta bajo las mantas, no quiso hablar con ella. Sentía que aquella noticia lo había distanciado más de la joven y no sabía a ciencia cierta si ambos podrían estar juntos sin pensar en la carga que suponía la enemistad de sus familias. Hasta el momento nada de eso había importado pero la muerte de los reyes lo había cambiado todo. Se

dio la vuelta en el futón, incómodo e inquieto. A su lado Merlion también se removía bajo sus mantas y como ellos parecía que la vigilia se hubiera adueñado de él por completo. Aunque sus dilemas para no poder dormir aquella noche eran otros bien distintos. Unos que no podría guardar mucho tiempo. Aunque ahora pareciera fuera de lugar, tenía que contarle a la princesa la verdad sobre Mary Anne a quien ella conocía como Roja. La loba estaba desesperada y más tras haber visto a su padre, quería deshacer el maldito hechizo, quería que la conocieran tal y como era en realidad. Pero había algo mucho más importante, al menos más acuciante que el hechizo de la loba y era algo por lo que sí no podía pegar ojo, desconcertado como estaba y era acerca de la mujer de cabellos violáceos que estaba allí con ellos en el campamento. Le había peguntado a Richard sobre ella cuando la mujer pareció no reconocerle. “Ella es Alanna, la salvé de un borracho en el bosque, se dirigía a Ciudad blanca a rencontrarse con su familia. E intentado saber más pero cuando se ha enterado de la caída de la ciudad ya no he podido sacarle ni una palabra. Pero parece buena mujer. Algo extraña eso sí”, había dicho él.

“Y tan extraña” pensó Merlion pues nunca podría olvidar el rostro de Artemisa, la musa que le había convertido en quien era ahora. Sin embargo era tanto ella como no lo era. Se movía con su cuerpo, miraba con sus ojos y hablaba con sus labios sin embargo su corazón era distinto. Era el de otra persona. Los ojos del brujo vieron más allá del resultado de aquel pacto que una vez se hizo en una cueva, vio más allá de la magia que rodeaba a la mujer. Y la pudo ver tal y como era bajo esa magia: de tez pálida, de ojos como una laguna y de cabello dorado tan dorado como el de su hija. La reina Alyssa seguía viva tras aquella magia que la ocultaba por lo que no tardó en deducir que Artemisa había sido todo este tiempo la reina de ciudad blanca. Y por fin todo encajó en la mente del joven brujo pues había vivido la Guerra Roja de primera mano y esos últimos años parecía que algo había cambiado en la soberana según las chismes que diariamente se escuchaban de boca de Mary Anne madre. No parecía ella misma aunque Merlion siempre había defendido que las personas podían cambiar a lo largo de los años. El joven dio otra vuelta bajo las sábanas, podía escuchar los sollozos de Alma y él, que siempre había sido más bien un sensible, no podía dejar que la princesa sufriera de esa manera sabiendo lo que él sabía. Se libró de la raída manta y se incorporó lentamente, sin apenas hacer ruido. Esquivó el cuerpo de Rhonda y el del zorro plácidamente dormidos, estaban agotados y habían caído en los

brazos de Morfeo en cuanto cerraron los ojos.

Alma notó como alguien le tocaba el hombro con delicadeza y aunque por un momento pensó que podría ser Killian, eran otros ojos quienes la miraban. Merlion estaba de cuclillas junto al futón de ésta.

—Tengo que decirte algo.— Dijo apremiante en apenas un susurro.— Vamos.

Le tendió la mano.

Aquello desconcertó a la joven pues no sabía ya más cuanto tendría que aguantar. No estaba de humor para confesiones o aquello que podría decirle el brujo. Se incorporó lentamente sin levantarse aún del suelo. Lo miró esperando ver alguna pista en sus pupilas pero todo lo que vio fueron los ojos de alguien que había vivido mucho, que había visto muchas cosas y que sabía otras cuantas. Parecía encerrar los misterios de universo sólo en sus ojos brillantes. No pudo negar su mano. Éste la ayudó a levantarse y ambos salieron de allí rumbo a la noche en el bosque sin saber que Killian con los ojos abiertos fijos en la madera del techo pintada de pequeñas estrellas había visto como salían de la mano.

En aquel instante sus ojos brillaron en la oscuridad con un resplandor rojizo.

***

La espesura de la nieve había menguado casi por completo hasta hacer aparecer algunos hierbajos congelados sobre ellos con su débil verdor. El frío y el viento, por el contrario, persistía en aquel rincón alejado del campamento. Merlion había guiado a la joven hacia una arboleda acunada por la helada mano del invierno. La luna estaba en su cénit y sobre aquellas hojas congeladas semejantes al cristal, los rayos lunares creaban sus propios arcoíris. Alma miró los reflejos luminosos de las copas de los arboles sobre su cabeza y no pudo evitar pensar en cuanto le recordaban aquellas luces a las luciérnagas. Sonrió amargamente y después miro a Merlion que permanecía delante de ella buscando las palabras adecuadas.

— No sé cómo decir esto.— Pronunció el chico.

— No me gustas Merlion.— Dijo tajantemente Alma.— Bueno si me gustas pero no de esa manera, lo que quiero decir es que…

—¿Qué?—Interrumpió él dando aspavientos, completamente incómodo.— No, no, no. ¡Por las musas! No es nada de eso.

El viento aulló en aquel instante silencioso y de incertidumbre.

— ¿Entonces?— Preguntó la confundida joven impaciente por conocer el motivo por el cual había sido alejada del campamento.

— Hay dos cosas que debes saber pero tienes que mantener la mente abierta. Prométemelo.

Los enormes ojos verdes de Alma miraron a Merlion allí plantado frente a ella, nervioso y dubitativo.

—Me estas asustando, ¡suéltalo ya!—Exclamó ella rompiendo la tranquilidad del bosque.

“Que los dioses y las musas guíen mis palabras hasta encontrar el camino adecuado” rezó él antes de embarcarse en su relato.

Le habló de una musa a la que había conocido eones atrás antes de ser alguien especial, hablo de Artemisa, de sus pactos y de su potente magia. También habló de su búsqueda, buscando a una joven que había sido hechizada, una joven a la que sólo conocía en sueños. Y le reveló una verdad que tan sólo él conocía: que su loba era en realidad su amada Mary Anne, hija de Richard Hollygrant desaparecida ocho años atrás, los mismos que llevaba Roja con ella; y que aquella mujer que se encontraba con ellos en el campamento bajo el nombre de Alanna y la apariencia de una antigua musa era en realidad su madre, de la que había estado separada esos mismos ocho años. Siguió hablando de muchas otras cosas pero Alma ya no escuchaba sus palabras porque en el fondo de su corazón sabía que lo que Merlion le había dicho era cierto.

¿Desde cuándo se había visto a un lobo domesticado? Y su madre… la distancia que había sufrido su relación, todos estos años cargando con la culpa pensando que había hecho algo malo para que su madre no la quisiera y resultaba que nunca había sido ella. Aunque descabellado, todo cobraba mucho más sentido ahora que elegía creer la verdad que le estaban contando.

— ¿Ranita?

Hacía mucho que nadie la había llamado así, tanto que casi había olvidado el apodo cariñoso por el que la llamaba su madre en su infancia.

Alma se dio la vuelta, despacio, muy despacio, tan despacio que a vista de Merlion parecía que siguiera quieta. Pero la princesa no quería romper aquel momento por nada del mundo. La mujer a la que pertenecía aquella voz, emergió de entre la arboleda con las lágrimas de júbilo empañando aquellos ojos rosáceos.

Ella no se parecía en nada a su madre y pese a todo, lo era.

—¿Ranita?—Preguntó de nuevo Alyssa mientras avanzaba lentamente hacia su hija.

Cada fibra de su cuerpo temblaba de la emoción contenida y en cuanto madre e hija se fundieron en un abrazo dejó que toda aquella emoción fluyera, atrapándolas a ambas. Ninguna de las dos quiso deshacer el momento, tan sólo se quedaron ahí abrazadas por un largo tiempo, bien podrían haber estado unos segundos, que unos minutos o unas horas, pues el tiempo parecía haberse detenido especialmente para ellas. Lo único que supieron con certeza era que habían permanecido así más tiempo del que pensaban pues cuando se separaron, sus cuerpos estaban entumecidos por el frio y Merlion hacía rato que había encendido un fuego mágico que levitaba a varios palmos de la hierba helada. No podían dejar de mirarse con el miedo de que al apartar la vista alguna de las dos desapareciera. Alyssa no soltó la mano de su hija en ningún momento.

—¿Cómo es posible?- Preguntó la princesa mientras se enjugaba las lágrimas de emoción con la manga de su vestido.

Alyssa no pudo evitar sonreír, “su pequeña” pensando para sí, “tenía el oportuno don de la curiosidad”. Y entonces rememoró como era que había adquirido ese don.

Y rememoró aquel maldito día donde la desgracia de su familia comenzó.

Decidió no ocultarle nada a su pequeña.

— Cuando naciste hubo una celebración. — Comenzó a decir Alyssa sin querer perder más tiempo del que era necesario bajo la atenta mirada de los jóvenes.— Allí Caléndula, una de las criaturas feéricas del bosque, te otorgó el don de la curiosidad y no sólo eso. — Hizo una pausa.— Te maldijo. Lanzó una profecía, a tus diez años tu curiosidad te guiaría a cometer un acto terrible que llevaría a Aravelia a la oscuridad y tu corazón a la muerte. Antes de tu décimo cumpleaños fui a ver a Artemisa, ella me juró que te protegería y la creí sin saber el precio que tendría que pagar. Ella me encerró en su cuerpo y ocupó mi lugar junto al vuestro. Y he estado encerrada en esa cueva, torturándome en mis recuerdos pensando que algún día os daríais cuenta del engaño, pero no fue así. Y espere tanto…

— Mamá lo siento, perdóname, perdóname.— Interrumpió Alma lanzándose a los brazos de su madre.

— Pero esa maldición, esa profecía no fue la única ¿verdad?— Preguntó Merlion a la calidez de las llamas que crepitaban en el aire nocturno.

Alyssa cogió la cabeza rubia de su hija sujetándola con ambas manos obligándola a no apartar la mirada de sus ojos.

— Diga lo que diga ahora debes saber que no es culpa tuya, nada de esto es culpa tuya.— Hizo una pausa para después proseguir.— Sí, hubo una segunda maldición lanzada en tu décimo cumpleaños porque la primera falló. Falló por la ayuda que pedí a Artemisa, ella puso en tu camino a la loba y el animal a su vez impidió que tocases aquel espejo que encontraste de niña. Si lo hubieras hecho todo esto hubiera ocurrido entonces. Irina habría sido libre entonces pero no ocurrió. Sin embargo… cuando te pinchaste con aquel huso y el espejo se fragmentó… toda maldición de la que te quise proteger ocurrió y se hizo realidad.

Alma estaba conmocionada, y su cerebro intentaba asimilar todo eso en la mayor brevedad posible.

—Entonces…— Tragó saliva.— ¿No fue un sueño?— Preguntó rememorando cuando había despertado en su alcoba después de ver a Claudine en el suelo del sótano y a aquella rueca de tejer. “Todo por lo que estaban pasando ahora era culpa suya, ella había provocado todo eso; Su sangre, la gota de sangre que cayó al pincharse la yema del dedo. Todo había sido por su maldita culpa.”

Sus ojos buscaron con desesperación una respuesta.

— Me temo que no, no fue un sueño.—Contestó Alyssa.

— Y fue Roja, quiero decir Mary Anne ¿quién impidió que esto ocurriera ocho años atrás?

— Así es.— Contestó su madre.

Alma se esforzaba por ir al ritmo de la conversación.

—Creo que me va a estallar la cabeza.— Dijo.

—Ya somos dos.— Se escuchó decir a una voz que provenía de la oscuridad.

Killian salió de su escondite tras unas ramas curvas, no estaba orgulloso de haberles seguido hasta allí pero aquello era la menor de sus preocupaciones. Alma corrió a sus brazos, conmocionada como estaba le reconfortó que Killian la abrazara contra su pecho. Podía oír el latido rítmico de su corazón apoyada como estaba de esa manera. Un sonido tan relajante que la calmó al cabo de unos segundos.

— ¿Cómo la detenemos?

Killian no quiso ni nombrar su nombre pero ya era hora de que todas están rencillas acabaran por completo. No iba a dejarse arrastrar por los actos de su madre y por cualquier acción que no fuera la de él mismo. La casa Legrand debía recuperar el trono de Ciudad Blanca.

— Necesitamos, lo que necesitamos la última vez en la Guerra Roja.— Dijo Alyssa.— La daga del Primer Hombre, Harak Sallingrad.

— Así que fue eso.— Afirmó interesado el brujo.— No sabía si aquella leyenda era verdad.

La mujer de cabellos violáceos se giró de cara hacia el joven brujo de ojos claros.

— Tú más que nadie debería saberlo Merlion, fue la hermana de Artemisa la que le dio esta daga ha Harak para extinguir a los feéricos, al mismo tiempo que la otra te dio su magia.— Dijo Alyssa, pues ahora que la musa estaba muerta, los recuerdos de ésta volvían al cuerpo que ella poseía de prestado.

Fragmentos de la vida y secretos de la musa pasaban ahora por la cabeza de Alyssa como si ella también hubiera vivido todo aquello.

— Recuerdo a la hermana de Artemisa, la musa Medusa, y también recuerdo lo que ocultó decir al joven Harak. —Pronunció Merlion abriendo los ojos de par en par al darse cuenta de ello.— ¡La daga! La daga no es más que un escondite para algo más valioso. Harak no supo utilizarla, ni tú tampoco me temo, claro que la hoja de acero era más fuerte que las otras pero eso no sirve para extinguir a la raza del bosque. Es la piedra incrustada en la empuñadura con forma de serpiente lo realmente valioso.

Killian arqueó una ceja, escéptico.

— Así que una piedra, una piedra va a acabar con todo. —Dijo de manera sarcástica.— Claro ¿y después porque no buscamos habichuelas mágicas? después de todo, todo es posible ¿no? Como que una piedra va a acabar con toda una serie de criaturas con las que nadie ha podido desde los Antiguos Tiempos. Más nos valdría reunir los ejércitos de las ciudades vecinas. Por mucho que me hubiera gustado pensar la vida no es como uno de los libros con los que me crie.

— La fuerza no lo es todo en un mundo como éste, un mundo donde es la magia y la energía la que impregna cada detalle. — Dijo Alyssa parafraseando el recuerdo que había desencadenado el muchacho con sus palabras. Killian se parecía tanto a Harak, el mundo le había fallado y ya apenas creía en las cosas imposibles.

Los presentes miraron al bastardo, allí en la oscuridad, más frío que nunca.

“Y también más apuesto” se dijo Alma, admirando lo bien que le quedaba aquella blanca camisa de anchas mangas, su cuerpo erguido como el de un soldado y su mirada orgullosa teñida de

dudas.

— En caso de que creyera lo que decís, ¿dónde íbamos a encontrar esa daga? Escuché que se perdió después de la guerra. — Pronunció él.

Alyssa sonrió pues eso había hecho creer y su hija se percató de ello enseguida. No había duda de que aquella mujer de aspecto celestial era su madre.

— ¡Mamá tú sabes dónde está!— Afirmó.

Ella se encogió de hombros y puso los ojos en blanco.

—Pues claro que se dónde está, yo la encontré cuando llegué a esta tierra y yo la escondí.— Dijo mientras los demás la escuchaban. — Se la di a alguien a quien sabía que la historia olvidaría, y no puedes buscar algo que está envuelto en el olvido.

Merlion fingió una reverencia con un sombrero invisible.

— Me descubro ante vos mi señora.— Pronunció.

Pero Alma no tenía tiempo para juegos.

— ¿Quién la tiene?— Preguntó queriendo saber.

Alyssa miró fijamente a Killian antes de contestar, indecisa ante las lealtades del muchacho, bien podría ser un espía, un traidor. Éste cogió el cuchillo que había robado en el campamento durante la comida y que guardaba en su bota. Siendo quien era toda precaución estaba infravalorada. Y aunque no era como había pensado, ese cuchillo bien le sirvió para defenderse. Defender su palabra, su criterio y por encima de todo su amor.

El hierro cortó la palma de su mano en una fina herida de la que manaron pequeñas gotas rojas.

Gotas de sangre que cayeron en la nieve.

— Sé que no me he ganado vuestra confianza.— Dijo a Alyssa mientras hincaba una rodilla en la tierra blanquecina y fría.— Pero por alguna extraña razón que todavía no puedo comprender he ganado el corazón de vuestra hija. No se debe juzgar a una persona sin antes darle la oportunidad de mostrarse tal y como es. Y por encima de todo soy alguien que ama estas tierras tanto como amo a Alma. No dejaré que la destrucción se alce como entonces, no dejaré que los reinos sucumban, no dejaré que vuestra casa real caiga en el olvido. Y si he de enfrentarme a mi sangre lo haré. Yo Killian de Brishot juro ante los dioses en esta noche fría que mi corazón siempre permanecerá junto a mi lealtad y fidelidad en el seno de la casa real Legrand.

Y así como un verdadero caballero pronunció su juramento, un juramento sagrado que pareció flotar entre las suaves brisas de los árboles silenciosos.

Sólo entonces Alyssa se atrevió a revelar su secreto.

***

— Por las estúpidas musas…— Se quejó Irina desde lo alto del trono.— ¿Es que no saben hacer nada bien?

Por debajo de ella, al pie de las escaleras estaba Xandria, la sirvienta feérica con piel escamosa. En sus garras sostenía una bandeja de plata. Y contrario a lo que debería haber en ella, dos manos cortadas donde aún se podía ver la terminación del hueso se presentaban sobre la plata cual manjar exquisito.

— ¡He dicho que me traigan su cabeza!— Gritó en su locura la reina usurpadora.— ¡Que me traigan su cabeza! ¿Para qué quiero unas manos?

Xandria miró hacia ambos lados buscando la ayuda de sus hermanas pero ninguna habló.

—¿Y para qué quiere una cabeza?— Contestó ésta.

El silencio y la tensión se hicieron palpable en el salón del trono así como el hedor. Desde su llegada, la reina de mirada del rubí había insistido en que no retiraran los cuerpos que habían muerto bajo los techos del castillo, ahora de paredes rojas debido a la sangre.

La reina miró fijamente a la criatura, estaba claro que era más boba que una oveja corriente.

— Ese hombre, — Dijo señalando las manos de la bandeja.— Es Quentin el tabernero de la aldea de Valrres, el tabernero pueblerino y palurdo que ha estado tratando con la hermana solitaria que me robó a mi pequeño. Seguro que sabía dónde encontrarle pero no, decidió guardar silencio. Mentir. Mentirme. ¿Y sabéis que le hago a los que me mienten?

Xandria tragó saliva, intimidada por aquella figura esbelta que se sentaba en el trono con las piernas cruzadas en un vestido de la propia Alyssa. Un vestido burdeos que había cogido de sus aposentos. Al fin y al cabo ella no iba a necesitarlo más.

—Iba a utilizar esa cabeza como mensaje de advertencia para cualquiera que supiera algo sobre mi hijo poniéndola en una pica a la entrada de la ciudad. Ahora tendré que hacerlo de otro modo.— Pensó para sí.— ¡Quemadlo todo! hasta los cimientos, que solo quede el polvo, los gritos de angustia y las cenizas sobre una tierra muerta, tan muerta como sus habitantes. Quiero que Valrres arda con el fuego de mi sufrimiento.

—¿Y después majestad?— Preguntó Hécate al lado de Xandria.

— Después,— comenzó a decir.— Quiero que preparen un carruaje, es hora de visitar el hogar de las hermanas silenciosas.

***

La mañana que aconteció a la noche en que los reencuentros y los secretos salieron a la luz, el Campamento de los Hombres Libres bullía de esperanza, de alegría pero sobre todo de actividad. Y Roja no podía estar más contenta. Con sus ojos de loba presenció aquella mañana fresca llena de excitación. La joven princesa había despertado a todo el campamento con una noticia asombrosa: Mary Anne estaba viva presa de un hechizo cambiaformas, el mismo hechizo que había usado Artemisa con su madre la reina a quienes ellos conocían como la extraña mujer a la que había salvado Richard, Alanna. Y puesto que a la muerte de la musa, Alyssa comenzaba a compartir algunos de sus recuerdos más trascendentes, ésta no dudó en relatarle a Merlion como funcionaba el hechizo y por consiguiente, como harían para romperlo.

Cuando le contaron la noticia a Richard no reaccionó de la forma que ellos pensaban. Él pobre hombre, tan roto que había estado por guardar la esperanza y ahora que había comenzado poco a poco a superarlo, no pudo evitar estallar en cólera. Si aquellos viajeros le engañaban, si aquello no funcionaba, su corazón no podría aguantar perder a su cazadora una vez más. Sin embargo después de meditarlo bajo la copa de su particular árbol y sólo después de que la loba se acercara a él para echarse sobre sus rodillas cual niña pequeña, no pudo ignorar la pequeña parte de él en la que todavía brotaba débilmente aquel sentimiento esperanzador.

Así que como buenos amantes de los errantes espectáculos, los hombres y mujeres de aquel campamento prepararon un tablado de madera desde el que presenciar mejor el regreso de la hija pródiga.

Un regreso que Richard Hollygrant esperaba impaciente mientras sus dedos acariciaban el suave tacto de una capa roja.

23

Alma miró hacia la entrada del carromato allí por donde Merlion había asomado la cabeza. No se sabía decir quien estaba más nervioso, si él o ellas. El propio Richard había dejado su carromato particular a las partícipes del ritual: Alyssa, Roja y Alma; allí se enjabonaron, se trenzaron el cabello adornándolo con pequeñas flores de lavanda supervivientes de la helada y cambiaron sus ropas por dos túnicas blancas de anchas mangas. Incluso Alma había enjabonado al animal y puso en su cabeza una corona de flores púrpuras que hizo que sus orejas de pelaje gris se agacharan. Merlion también se preparó contribuyendo a la farándula y cual chamán de las tierras de Suranta pintó su rostro con rastros de cenizas formando tribales. Todo por el espectáculo.

—¿Estáis listas?

—Estamos listas.— Afirmó Alyssa mientras se inclinaba a acariciar a la loba que había protegido a su hija como una fiel sombra. Era hora de devolverle el favor y su inmenso agradecimiento por haber acompañado a la joven en su época de más necesidad.

“Tengo miedo” se dijo Roja en su cabeza.

— Todo va a salir bien— Susurró Merlion para que sólo el animal pudiera escucharlo.

La loba anduvo delante de ellos tres que salieron a la multitud en fila india mientras el bullicio se adueñaba de aquella parte del bosque oculta a ojos inexpertos. Los hombres gritaban, blasfemaban y asombrados miraban hacia el brujo; las mujeres por el contrario sollozaban y rezaban a las divinidades convencidas de que la magia que utilizara el muchacho acabaría con la vida de las mujeres. Había opiniones muy dispares entre los hombres libres pero todos podían coincidir en una cosa: parecía que los partícipes fueran derechos a su ahorcamiento a juzgar por sus expresiones. Lo de que debería ser un día alegre quedó empañado por la sombra del miedo. Merlion estaba preocupado, nunca antes había realizado un hechizo como el que estaba a punto de realizar y aquello hacía que su cuerpo se estremeciera. Alyssa apretó aún más la mano de su hija, esperaba que los recuerdos de Artemisa no fueran un engaño, lo deseaba con toda su alma. Roja era la única que parecía tranquila aunque sus ojos ambarinos, rasgados y salvajes no dejaban de mirar a su padre, de pie en primera fila acariciando algo entre sus brazos que no pudo ver con claridad. Y Alma solo lo buscaba a él entre la multitud. Desde que había comenzado su huida por aquellos bosques parecía que el mundo se hubiera puesto de acuerdo para

enfriar el amor de los jóvenes al igual que se enfría un caldo en la cuchara. Fue cuando hubo pisado el primer escalón de madera hacia lo alto de la tarima que sintió un tirón del vestido. Killian hizo que la princesa cayera en sus brazos y no metafóricamente. La besó con tanto amor que provocó de inmediato que hasta el más rudo de los hombres del campamento soltara un suspiro. Los labios de ella eran suaves cual seda delicada y los de él tan sensualmente gruesos que daban ganas de morderlos como a un fresón dulce. Y Alma así lo hizo, despertando las partes dormidas del joven, despertando su deseo y lujuria contenida. La cogió de la cintura con sus grandes manos sintiendo la forma de sus caderas, imaginando a que sabría su suave piel oculta bajo los ropajes.

Alguien carraspeó. Algunos silbaron y otros les dirigieron una sarta de obscenidades pero no les importó. Se separaron dolorosamente.

— Tengo miedo.— Le confesó Alma.

— Todo va a salir bien.— Contestó él.

Ella le miró detenidamente como si quisiera memorizar aquel rostro para siempre.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro?— Preguntó ella.

El chico antes de contestar se sacó de la camisa el trozo de cuerda fina que llevaba rodeándole el cuello. En él atado con tres nudos estaba la cinta del pelo que Alma le regaló cuando tan solo eran unos críos, el día que se conocieron. Con hábiles movimientos de dedos, el muchacho deshizo los nudos y ató la cinta en el extremo de la trenza de ella.

— Recuerda lo que dijiste entonces. —Pronunció Killian. —Este lazo es una promesa. Un promesa de que volveremos a vernos. Así que si, todo va a salir bien. Estoy convencido.

—Y yo.— Interrumpió Merlion desde lo alto de escenario.

Después le tendió la mano y la ayudó a subir con los demás. Sin ella el hechizo no podría funcionar, Merlion necesitaba un canalizador, un cuerpo intermediario que actuara de puente entre las esencias de su madre y de Mary Anne y puesto que la princesa formaba parte de la vida de ambas, nadie mejor que ella para ese cometido. Una música suave se elevó con el viento, los hombres de aquella comunidad se tomaban el espectáculo muy enserio. Merlion iluminó con pequeñas llamas flotantes todo el borde del escenario como si de una iluminación teatral se tratara. Su voz, incluso, sonaba engolada, con un matiz sombrío que hizo captar la atención de los que presenciaban el ritual. El brujo colocó a Alma en el centro con los brazos y las manos extendidos a cada lado. En cada

una de sus palmas abiertas puso un puñado de sal marina y una piedra de cuarzo blanco para evitar posesiones indeseadas. Sobre su frente pintó con sangre de cerdo una cerradura para que las buenas energías fluyeran. Después cerró los parpados de la temblorosa rubia, no era necesario que presenciara aquello y Merlion no estaba seguro de cuan desagradable podría ser el conjuro. Según sus indicaciones, Alyssa se tumbó en la madera debajo de una de las manos de Alma con una vela de cera de abeja entre los dedos, la loba hizo lo propio con la otra mano y se tumbó con el hocico a ras del suelo debajo de una de ellas sujetando entre sus canes colmillos una vela de cera de abeja igual a la de la otra.

Los espectadores guardaban el aliento.

Rhonda apretó la mano de Killian a su lado y el zorro cobrizo agachó la cabeza incapaz de mirar hacia su princesa. A punto estuvieron sus gafas redondas de caer al suelo.

— Carne. Huesos. Espíritu.— Pronunció Merlion mientras sujetaba la cabeza de Alma con ambas manos.— Polvo. Sangre. Eso somos al final del día, no somos más que esclavos del cielo y de los dioses. Sin ningún poder, sin ninguna potestad pero el mundo es cambiante así como cambian nuestras formas. Las formas de estas dos criaturas inocentes. Alyssa Legrand, Mary Anne Hollygrand, que vuestras velas de enciendan con la llama que arde en vuestro corazón. Dejad que iluminen los extremos del puente para que vuestras verdaderas formas puedan regresar a casa, donde pertenecen.

Acto seguido las velas se encendieron arrancando una ovación sorprendida del público. Un profundo “Ooh” que se mezcló con las rápidas entonaciones y los canticos bruscos que salían disparados de los labios del brujo. Fue entonces cuando el hechizo adquirió un tono amenazador. Las nubes se agruparon en el cielo, sumiendo en la oscuridad aquel claro del bosque débilmente iluminado por las danzarinas llamas perpetuas. La atmósfera cambió sutilmente de la curiosidad máxima, al miedo más visceral. Los cuerpos tumbados sobre la madera levitaron a varios palmos del suelo. Las mujeres más supersticiosas comenzaron a santiguarse entre la inquieta multitud y los murmullos comenzaron a extenderse entre aquellas personas. El joven de cabello castaño no pudo apartar su mirada carmesí de lo que ocurría ante sus narices. Killian nunca había presenciado tal acto de brujería, ni siquiera en sus libros podrían haber descrito aquella fascinante y sobrecogedora escena. Tenía el corazón en un puño.

Todos lo tenían; Y cuando una extraña sombra comenzó a

acercarse a toda prisa desde lo lejos del campamento, por un segundo creyeron que habían invocado a un mensajero de la muerte. Sir Kay a lomos de un caballo galopaba hacia el claro pues hasta allí había ido siguiendo el rastro de la princesa. No le había gustado nada descubrir que sus prisioneros se habían esfumado mientras él dormía como resultado de un hechizo durmiente. Cuando despertó, sus compañeros le habían abandonado pero él, que se lo había jurado a Dorian, estaba dispuesto a regresar con Alma al castillo costase lo que le costase. Se lo había prometido.

Merlion ajeno al peligro que suponía la inminente llegada del soldado siguió recitando aquella sarta de sonidos guturales y palabras de desconocidos vocablos, mientras la princesa comenzaba a convulsionarse sujeta por las manos del joven. Los relinchos y el sonido de los cascos fueron acercándose cada vez más hasta que fueron aminorando. Sir Kay había hecho detenerse al animal y observaba el campamento con una mezcla de confusión y fascinación mezclado en el brillo de sus ojos. Vio a Alma allí de pie en alguna especie de sacrificio pagano y quiso rescatarla pensando que el brujo la había raptado contra su voluntad. Pero alguien le detuvo y la mirada de aquel hombre era tan desesperada, tan determinada y tan rota que comprendió que de alguna manera la princesa le estaba ayudando. Porque Alma había heredado la misma benevolencia que había caracterizado a su Reina de rubia melena. Richard soltó el brazo de aquel hombre en cuanto intuyó que no interrumpiría aquel ritual. Segundos después sucedió en aquella tarima lo imposible. Una ráfaga de luz emitieron los levitantes cuerpos cegando a los asistentes durante un breve momento. Lo suficiente para que cuando se hubieron acostumbrado a la luz esta desapareciera habiendo cambiado el escenario de aquella particular representación. De pie, desnudas como las musas las habían traído al mundo, se hallaba una mujer de piel nívea, de hermosas curvas, de cabello dorado largo y ondulado hasta por debajo de sus turgentes pechos; y una chica, de cabello castaño y espeso, de piel más bronceada, de menuda estatura y con unos ojos oliváceos como las hojas verdes que crecen en primavera. Enseguida, como si el tiempo se hubiera detenido, Richard corrió escaleras arriba y arropó el cuerpo desnudo de su pequeña con la capa roja que había cosido él mismo durante su ausencia para sobrellevar la pérdida de su pequeña cazadora. La pequeña cazadora que volvía a su hogar. Aquella capa no era tan bonita como la que tenía de niña, era más tosca, con remiendos en algunas partes y en otras se podía observar las puntadas erróneas. Sin embargo envuelta en aquella capa, Mary

Anne se sintió en el más lujoso de los atuendos. Padre e hija se abrazaron después de haber perdido toda esperanza. Regresaron él uno al otro después de ocho largos años y ahora Richard debía verla marchar una vez más por un bien mayor.

Si el hechizo funcionaba, los viajeros que habían llegado al campamento sin duda alguna por el destino, deberían partir enseguida en busca de la daga del primer hombre aquella que acabaría con la inminente expansión de la raza feérica. Alyssa había confesado donde la había mantenido oculta desde la Guerra Roja y resulta que había estado todo ese tiempo en la Fortaleza Solitaria, guardando polvo bajo el futón del Caballero Loco, o mejor dicho, de Calaghil Ojo de Halcón. Alguien a quien la historia había menospreciado y olvidado, recluido como estaba entre aquella orden de mujeres. Y Richard sabía en el fondo de su corazón que Mary Anne no era el tipo de chica que dejaba tirados a sus amigos. Era el tipo de chica que se sacrificaba por ellos. Y por eso la quería con toda su alma, porque como él estaba dispuesta a comprometerse por una causa en la que creía. No porque los dioses quisieran si no porque ella así lo decidía.

***

Lysandro vio como el carruaje se alejaba del castillo desde lo alto del torreón que una vez había pertenecido a la joven Irina. Al flautista le gustaba permanecer allí con el recuerdo de la mujer que había amado y no con la versión retorcida que había conocido allí abajo en el salón del trono. Cuando ella le dijo que iba a buscar a su hijo allí donde había profetizado Artemisa que estaría antes de que la muerte se adueñara de ella, Lysandro había tenido la tentación de acompañarla. Pero una diminuta voz en su cabeza le advirtió de que sería un error pues por mucho que lo deseara estaba seguro de que Irina aun encontrando a su hijo no sería feliz. Porque para ser feliz primero debía mirar en el interior de sí misma y estaba seguro de que Irina ahora mismo no aguantaba su reflejo pues había hecho quitar todos los espejos del castillo en cuanto la musa murió y ya no pareció necesitar su tocador. Decía que había sido por él pero él sabía que era mentira. Aunque ella lo negara, solo Lysandro la había conocido de verdad. Sólo él había tocado sutilmente su corazón, un corazón que con el paso del tiempo y el sufrimiento se había endurecido hasta convertirse en piedra.

Sin embargo que no la acompañara no significaba que no fuera a ir en busca de su hijo. Bajó a las caballerizas cuando estuvo seguro de que la Sacerdotisa Ciega no le seguía y ahí se hizo con uno de los pocos caballos que habían sobrevivido al asalto.

Galopó lejos de los muros, con el tiempo en contra pero con la creencia de su parte. Porque si en algo había creído el músico era en las segundas oportunidades. Así que iba a buscar su oportunidad de una segunda vida. Una vida que compartir al lado de su hijo. Una vida que por desgracia no incluía a Irina de Brishot.

La princesa suspiró, larga y profundamente..

—Deseaba tanto tener una amiga que no me paré a pensar si te estaba reteniendo. Y en ningún momento quiero retenerte. Tienes que estar con tu familia.— Dijo Alma a Mary Anne mientras los demás se preparaban para partir al hogar de las Hermanas solitarias.

Roja cogió de la mano a su amiga. Cuantas veces había soñado con aquel gesto y era tal y como esperaba. Tenía una mano suave y cálida a pesar del frío. Aunque sintió algo más, la firme mano de su padre sobre su hombro. Ella la estrechó entre sus dedos. Se le hacía raro el tacto de su propia mano humana. Mary Anne miro a su padre y éste asintió. No se equivocaba con su hija, era el tipo de chica que se sacrificaba por sus amigos.

— Vosotros también sois mi familia.— Dijo ella mirando a la princesa con sus ojos oliváceos donde todavía se podía advertir un destello de salvaje ferocidad.

La rubia estaba emocionada y sin pensarlo dos veces abrazó a la chica como haría una hermana. Y es que para la princesa, Mary Anne así lo era. Juntas habían descubierto los entresijos del castillo, juntas habían corrido en los exuberantes jardines de la fortificación y ahora juntas como iguales emprendían de nuevo un viaje por salvar Aravelia.

—Los caballos están listos.— Interrumpió Sir Kay.

El caballero se había puesto al corriente de todo y no dudó en acompañar a los viajeros cuando supo que su mejor amigo había muerto al contrario que el zorro cobrizo. El cansado Tydwill había vivido demasiadas experiencias intensas para un animal de su corta estatura. Richard Hollygrant le dio la bienvenida con los brazos abiertos entre su comunidad. Él, que había estudiado cada libro del castillo formaría a los niños que crecían entre los Hombres Libres en las artes de la mecánica y los estudios de las estrellas. Claro está que esto sólo sucedería si tenían éxito en su empeño por volver a tomar la ciudad arrebatada. Si no, el pobre zorro no veía un futuro muy prometedor.

La chica de la capa roja hizo el amago de irse cuando los demás se pusieron en marcha pero alguien la detuvo a medio camino.

— Espera, tan solo un momento más.

Richard Hollygrant miraba a su hija mientras su corazón se partía, ella no había permitido que la acompañara, sabía que su lugar estaba en el campamento. No podía abandonarles igual que ella no podía abandonar a sus compañeros. El hombre se quitó un

peso de la espalda y le tendió su carcaj a la joven. Sus dedos rozaron la liviana y firme madera y sonrió cuando acarició las plumas del extremo. Sus puntas estaban afiladas y relucían por la capa de salvia que había adherida a ellas. Mary Anne sonrió dulcemente.

— Pensé que lo echarías de menos.— Dijo Richard mientras se libraba también de su arco y se lo colocaba a la pequeña sobre su hombro izquierdo.

Ella le miró mientras las lágrimas amenazaban con comenzar a brotar en sus ojos brillantes.

—Te eché de menos cada instante del tiempo.— Dijo ella ahora sin controlarse. Comenzó a temblar mientras lagrimones salados se escurrían por su rostro mojando sus labios e incluso siguiendo la forma de su cuello.

Su padre le acarició la cabeza y la atrajo hacia su pecho y allí se quedó ella refugiada en el calor de un amor que nunca se desvanecería. El amor de una hija hacia su padre.

***

Las horas pasaban silenciosas en aquella sala iluminada por el resplandor de las velas e impregnada de aromas del bosque debido a las cataplasmas y ungüentos. Aunque bajo ese embriagador aroma no se lograba enmascarar el fétido olor de la muerte. Era como poner perfume en las muñecas de una marquesa enferma. La mayor parte de lo que quedaba de las hermanas solitarias se encontraban todas reunidas allí, improvisando lugares de descanso para los pocos refugiados de Ciudad Blanca que habían llegado a sus murallas.

La vieja Claudine estaba allí, acostada sobre la paja, sobre sus ojos reposaba todo el cansancio acumulado en sus profundas arrugas y que se extendían a lo largo de la herida que tenía en su hombro. Una herida que a juzgar por su feo aspecto y los bordes amarillentos de una lánguida piel dejaba claro que estaba infestada. Ésta comenzó a tiritar y a toser, con tal fuerza que parecía que cada vez que aquella tos la poseyera su espíritu se alejara poco a poco de su marchito cuerpo. La Hermana Laurel que había sido partícipe también de aquella histeria y huida colectiva, le colocó el dorso de la mano sobre la frente. Estaba ardiendo con unas fiebres que pronto se la llevarían. La anciana señaló la estantería con las últimas fuerzas que le quedaban. La criada rememoró sus recuerdos más felices, aquellos en los que estaba sentada en el borde de la cama de Alma mientras leía algún pasaje de su libro favorito cuando su madre no podía hacerlo. Cada gesto constituía una

batalla por seguir con vida, movió los labios con tanto esfuerzo como si estuviera moviendo en su lugar dos pesados sacos de harina. Tragó saliva antes de susurrar entrecortadamente.

— El… príncipe… rana.

Respiró con dificultad segundos después de haber hablado pues apenas pudo hacerlo, su voz era casi inaudible. Sin embargo para la Hermana Laurel fue tan clara como si se lo estuvieran gritando al oído, estaba acostumbrada a tratar con las personas en sus últimos momentos de vida. Por suerte para la pobre mujer, tenía el cuento que pedía, así que allí se sentó con él en sus rodillas y comenzó a relatárselo como si de una niña se tratase. Aquella voz la envolvió entre sus brazos y la acompañó en su último aliento. Con una sonrisa en su cara y el recuerdo de una pequeña niña de dorados cabellos, Claudine se dejó arrastrar por la corriente del río Stix de donde las musas la elevaron hacia su templo entre las nubes. Cuando la voz que relataba el cuento se quedó en silencio, la mujer acostada sobre la paja ya estaba muerta. Con lentitud y temblorosos dedos, la hermana Laurel cerró sus párpados. Si tan sólo la anciana hubiese resistido unos minutos más, se habría reencontrado con la joven Alma y ésta le hubiera sujetado la mano mientras moría feliz por saber que su princesa estaba a salvo. Por sólo unos minutos pero la muerte era injusta y no esperaba a nadie.

***

La muralla circular rodeaba la Fortaleza Solitaria como una corona rodeando la cabeza de una reina se alzaba majestuosa sin ningún ornamento hasta la cúspide de la fortificación.

Alma bajó del caballo como una amazona y ayudó a Killian a desmontar, el muchacho no había montado nunca y era una experiencia que no disfrutó. Aunque seguramente eso se debiera a la rapidez con la que habían galopado por el bosque, removiendo la tierra con cada galope, haciendo saltar las pequeñas piedras por encima de los cascos. Parecía que los caballos, tanto el de Sir Kay como los que les había proporcionado Richard, flotaran por el camino. Killian elevó la mirada hacia el cielo allí donde las nubes parecían cambiar su tonalidad, estaba comenzando a atardecer. Mientras los demás desmontaban busco con la mirada la puerta principal que diera al interior de los muros.

Pero no la encontró.

Una muralla sin puertas…

Sin embargo no hizo falta, tanto Alyssa como Rhonda conocían todos los trucos de aquellas Hermanas que sólo buscaban protegerse de posibles amenazas. Y como buena orden de mujeres

supersticiosas y dedicadas a la fe, tan sólo había que creer.

—¿Creer en qué?— Preguntó Sir Kay que estaba tan confundido como el muchacho.

— Creer que es posible.— Murmuró Rhonda elevando su vista hacia aquella sólida muralla que pensaba que nunca más volvería a ver y entonces sin dudarlo echó a andar hacia el muro y siguió andando a pesar de que chocaría con la roca.

Pero no lo hizo.

Cuando su cuerpo tocó la muralla, ésta la aceptó como un regalo y despareció ante la vista de todos.

Había traspasado los muros.

Una vez estuvieron cada uno de ellos dentro de aquellos muros los recibió una jovencita de cabello corto y pelirrojo que llevaba la túnica de las hermanas solitarias, una túnica con un sol bordado.

Un sol bordado con los rayos torcidos…

— Bienvenidos.— Dijo ésta.— Imagino que seréis otros desafortunados refugiados, pasad conmigo, hemos habilitado uno de los salones para…

— No tenemos tiempo, hemos venido a visitar a un amigo.

Alyssa adelantó un paso hacia la joven, interrumpiendo su discurso. Cuando ésta la vio se sonrojó de vergüenza y najo su mirada hacia el suelo incapaz de seguir mirando a aquella mujer de increíble belleza.

— Perdonad mi reina, no sabía que erais vos, por favor, perdonadme, pensábamos que también habíais muerto.— Dijo avergonzada para acto seguido elevar una mirada al techo como si en su lugar estuviera observando las nubes.— Es un milagro, un milagro.

Alyssa también se sonrojó, hacía tiempo que nadie la llamaba reina. Se había acostumbrado al anonimato pero ahora volvía a tener su aspecto, el aspecto de una mujer perteneciente a la realeza.

— Buscamos a Calaghil Ojo de Halcón.— Pronunció Alma a su lado.

La joven abrió mucho los ojos en cuanto la vio, era el vivo retrato de la reina. Rápidamente guio a los invitados hasta una de aquellas salas, una sala que parecía abandonada.

— No le gusta nuestra presencia, esperaré en el pasillo. —Dijo la Hermana Solitaria.— No, mejor avisaré a la superiora la Hermana Laurel de que estáis aquí.

Alyssa asintió y Rhonda miró como la muchacha se alejaba de allí. En sus recuerdos evocó su juventud cuando era ella la que recorría esos pasillos. Sin duda era una novicia, alguien que había

llegado hacía poco pues hasta Rhonda había convivido lo suficientemente con ellas para saber que si la Hermana Laurel estaba con los enfermos no le gustaba ser interrumpida.

Alyssa asintió y Rhonda miró como la muchacha se alejaba de allí. En sus recuerdos evocó su juventud cuando era ella la que recorría esos pasillos. Sin duda era una novicia, alguien que había llegado hacía poco pues hasta Rhonda había convivido lo suficientemente con ellas para saber que si la Hermana Laurel estaba con los enfermos no le gustaba ser interrumpida.

— ¿Rhonda?

Killian la miro y sonrió, la mujer se había quedado embelesada por sus propios pensamientos y era la única que no había entrado. Se quedó un instante mirando al muchacho antes de poner un pie en la sala.

La sonrisa de un muchacho de ojos borgoñas…

Lo que más llamaba la atención de aquella sala, además de la oscuridad que parecía adueñarse de cada rincón de ella, era la redonda mesa del centro donde un juego de té cogía polvo en sus plateadas curvas y donde las telarañas parecían acompañar la vajilla, pulcramente colocada para unos invitados invisibles. Los presentes se miraron entre sí, allí no había nadie, todo estaba abandonado. Alma, curiosa, fue a coger una de aquellas tazas.

— No toques eso.

La voz les llegó del sillón cubierto de polvo.

Alma chilló asustada y no fue la única, Mary Anne cogió la mano de Merlion instintivamente. La joven pareja no se había separado el uno del otro en cuanto ésta recuperó su forma humana.

Entonces salió de su escondrijo, el Caballero Loco, un hombre aún tocado por la juventud aunque tocado también por la hilarante mano de la locura. Tenía el cabello castaño y en cuanto la luz de los arcos le dio en ellos se podían apreciar incluso reflejos como el fuego centelleando en cada hebra. Sus ojos eran grises y opacos.

Iba vestido como la última vez que Alyssa le vio, con parte de una cota de malla de una plata sucia y deslucida. Parecía que se había quedado viviendo en el pasado y así lo demostró cuando comenzó a hablar a Alma como si se tratara de Alyssa.

— ¿Recuerdas cuando nos paramos en la Gruta de Cora a beber y Dorian se emborrachó con aquel vino? —Preguntó con los ojos brillantes. Cuando hablaba se podía ver su lengua azul un efecto secundario del opiáceo que había ingerido durante años.

—Síguele el juego cariño.— Le susurró su madre al oído.

—¡Oh sí!— Exclamó la princesa, lo recuerdo muy bien.

Calaghil aplaudió de la emoción y se sentó de nuevo en el sillón, esta vez mirando hacia ellos, presidiendo aquella particular velada de locos. Les indicó que se sentaran mientras volcaba la gran tetera en las tazas que había delante de cada uno de ellos. Por supuesto el líquido era inexistente y nada cayó de allí salvo el polvo y una arañita que desorientada intentaba escapar de la desportillada taza de Rhonda. Ella la quitó de allí con repugnancia, no sabía cómo podían permitir aquello las mujeres encargadas del pobre enfermo.

Ellos fingieron beber educadamente cuando Alma le preguntó:

—¿Y recuerdas el día que te di aquella daga que encontramos?

El pobre asintió varias veces emocionado y como un niño, se levantó de la mesa dando un bote haciendo caer algunas tazas. Menos mal que no había nada en ellas salvo la imaginación de un demente.

“Aunque no siempre había sido así” se dijo Alyssa apenada de ver a su amigo en aquella posición.

Con mucho ruido y mientras silbaba una canción que había quedado en su mente retenida por aquella época que pasó en el puerto, el Caballero Loco rebuscó entre un arcón bajo su camastro. Allí entre plumas sucias, verduras de las comidas que había ido escondiendo, telas brillantes y sombreros que se había encontrado en el huerto de la fortificación, sacó una daga que dejó sobre el sucio mantel que antaño habría sido de color blanco.

Una daga que Alyssa reconoció nada más verla. La daga del primer hombre. La famosa daga de Harak Sallyngrant; La daga que aparecía en todas las historias conocidas que involucraban a aquella antigua, mística y envenenada raza del bosque. Killian la cogió sin demora.

“No tenían tiempo que perder” se dijo.

Sin saber que el tiempo ya se había perdido. Afuera, en los pasillos de la Fortaleza de las Hermanas silenciosas reinó el alboroto. Un alboroto provocado por la llegada al lugar de la figura de Irina de Brishot.

—No. No. No.— Chilló la hermana Laurel mientras la mano de Irina la mantenía sujeta del pelo.

Ella sollozaba y se convulsionaba bajo su mano. La reina de corazones y espinas la sujetó entonces con más firmeza. No iba a permitir que aquella anciana se saliera con la suya, no podía permitir que mantuviera más tiempo escondido a su hijo.

— ¿Dónde está Killian?— Preguntó por enésima vez.— Sabes que sé que estás mintiendo, los caballos fuera de la muralla os delatan. Sé que está aquí así que ponédmelo fácil y decidme ¡donde lo ocultáis de una maldita vez!— Se quejó perdiendo los pocos estribos que le quedaban.

— No lo sé.— Volvió a pronunciar la religiosa a sabiendas de lo que haría con ella.

Pero quizás era mejor así, no saber nada. De esa manera no dejaría que un pobre muchacho fuera maltratado. Por primera vez entendió porque la antigua hermana Rhonda Green las abandonaría como hizo. Irina puso los ojos en blanco, no pensaba desperdiciar más tiempo. ¿Porque se empeñaban en hacer las cosas difíciles? Ella no quería ser como era, pero ellos mismos la obligaban a hacer las cosas que hacía.

Fue un arañazo diminuto pero lo bastante profundo para que el veneno de su anillo se extendiera por el cuerpo de la Hermana Laurel llenando sus venas de espeso liquido ponzoñoso, destacando bajo su cenicienta piel aquellas venas en formas ramificadas como las raíces de un árbol podrido. La vieja chilló con un desgarrador grito que habrían podido oír los dioses falsos en los que Irina de Brishot no había creído jamás.

— Quemadlo todo. Hagamos salir a las ratas.

— Pero vuestro hijo…— Indagó a su lado Caléndula de manera servicial e incluso por primera en su vida, preocupada. No debía haber cedido a las peticiones de la reina, no debía de haberle preparado aquel carruaje. Pero la bella criatura feérica de cuernos retorcidos sobre su cabeza tenía debilidad por las mujeres poderosas e Irina lo sabía.

La reina de cabello oscuro, como oscura su razón la miró como si no fuera más que una rata. Una alimaña con las que tanto había familiarizado en su celda de la Galera del Viento. Sin embargo se acercó a ella y colocó sus suaves labios sobre el lóbulo de su oreja. Sus susurros le llegaron al corazón aunque sus palabras distaban mucho de ser palabras dulces.

— Mi hijo tiene mi sangre… y la de su abuela, la de Irladea,

ninfa del fuego.— Hizo una pausa mientras se humedecía los labios. — Quemadlo todo.

***

Se quedaron paralizados por el miedo, un miedo palpitante que se elevaba como un titiritero por encima de ellos obligándoles a actuar bajo su influjo. En los corredores de piedra, aquellos que habían permanecido bajo el amparo de la sombra del silencio y de los rezos, las hermanas iban y corrían en busca de la salida mientras un humo tan negro como la noche parecía devorarlas vivas como el dios Cronos había devorado a sus hijos. Rhonda corrió a ayudar a algunas de las pobres desvalidas que asfixiadas por el hollín se habían dejado caer sobre el suelo.

— Tenemos que ayudarlas.— Su voz sonó estrangulada. — Merlion…

La ex Hermana Solitaria buscó la ayuda de manos del brujo pero él negó con la cabeza. Después de toda la energía que había agotado trayendo a Alyssa y Mary Anne de nuevo a donde correspondía, el brujo apenas tenía fuerzas para el más sencillo de los hechizos. Y por primera vez en mucho tiempo se sintió desprotegido e inútil.

Negó con la cabeza mientras Rhonda le observaba con la consternación reflejada en su rostro. “¿Dé que le servía tanto poder si a la hora de la verdad no podía utilizarlo?”

— Vamos, tenemos que salir de aquí.— Se apresuró a decir el chico mientras el humo comenzaba a picarle en los ojos y empañarle la visión.

Sin embargo, Rhonda seguía inmóvil no podía mover ni un ápice de sus músculos, que tensos y doloridos, parecían haberse quedado engarrotados.

Killian se adelantó y se puso de cuclillas junto a ella. La miró muy seriamente sabía por desgracia lo que ella estaba pensando. “No podía abandonarlas de nuevo”

— Id, sacad a Calaghil y la daga de aquí.— Ordenó sin dedicarles ni una sola mirada. Sabía que si por un instante sus ojos tropezaran con los de la princesa, sería incapaz de separase de ella.

—Pero… Killian…— Balbuceó ella antes de que su madre la arrastra mientras esta se resistía, lejos de allí. Lejos de él.

Sus ojos borgoñas se oscurecieron mientras veía las figuras de sus compañeros desaparecer en medio del caos, del calor y del desastre. Una gota de sudor resbaló por su frente mientras ayudaba a Rhonda a poner en pie a aquella mujer del suelo. Lentamente mientras el calor subía y la asfixia amenazaba con estrangularles el

cuello, vieron para su horror como al final del pasillo se elevaba un muro de llamas que lamían las vigas del techo como una fogosa amante. Estas estuvieron a punto de caer sobre ellos. Con la amenaza dela muerte en aquel rincón, se arrastraron de nuevo en dirección contraria mientras el cansancio comenzaba a hacer mella. Rhonda tropezó con sus propias faldas mientras sus rizos se oscurecían por la ceniza. Con buenos reflejos, Killian sostuvo a la hermana solitaria entre sus brazos para que esta no cayera junto a la otra.

— ¿Estas bien?— Escuchó preocuparse a Killian.

Ella pronunció un firme "sí" resoplando por el esfuerzo que suponía mantenerse en pie. El calor la estaba mareando.

—Hay…

Un débil murmullo les hizo estremecer. Parecía ser que la mujer a la que estaban intentando ayudar había vuelto en sí y quería decirles algo.

— Hay una sala a la izquierda, allí…cof cof… no llegará… cof cof… el fuego.— Su voz casi pudo salir de ella pues por cada palabra que decía tragaba una buena bocanada de humo.

Llegados a ese punto, tuvieron que taparse la boca y la nariz con los cuellos de la ropa que llevaban. Miraron una última vez hacia atrás mientras el fuego les pisaba los talones. Tanto fue así que Rhonda sintió como se calcinaba uno de sus bucles. Rezó a sus dioses. No llegarían a tiempo a refugiarse y aunque así lo hicieran, estarían rodeados por el fuego en aquella sala que la hermana solitaria les había sugerido. Tarde o temprano el fuego acabaría con ellos. Lo único que Rhonda no se perdonó fue haber arrastrado a Killian consigo.

Como si las musas hubieran escuchado sus plegarias una puerta de hierro, resistente, alta como un titán se presentó ante sus ojos. Rhonda la reconoció enseguida pues la puerta tenía grabado en relieve sobre el hierro, un sol de bronce. El Templo del sol. El templo reservado solo a la realeza. De novicia siempre había soñado con traspasar aquellas puertas, pues estaba prohibido para ella, pero su deseo no era equiparable al de ahora. Traspasaron las puertas en el último minuto y estás se cerraron tras ellos con un fuerte estruendo.

— Mi pequeño y dulce rubí.

Aquella voz, aquella voz le recorrió el alma y escudriñó en su corazón como un intruso. Y aunque no debería reconocerla, la sangre llamaba a la sangre, por lo que supo de quien se trataba. Al igual que Rhonda también lo sabía.

Irina salió de las sombras del altar que había al final de la extensa y fría sala. Las luces de las velas iluminaron su rostro y su figura. La reina estaba exultante, con una sonrisa en sus labios carmesíes. Aquella habitación contrarrestaba con toda la destrucción de la que habían sido testigos en los pasillos de aquella fortaleza. Una destrucción que había causado la dama que tenían delante y todo, ¿para qué? Si pensaba que así era una buena formar de reunir a su familia, se equivocaba, o tal vez no. Después de todo, Killian estaba con ella, y aunque no lo supiera, Lysandro no tardaría en aparecer también. El flautista que había tocado su música para aquella orden de mujeres, conocía de cabo a rabo los pasadizos secretos de la fortificación. Solo tenía que dar con la puerta adecuada antes de que el fuego o el poco aire del que disponían aquellos muros acabaran por sepultarle entre aquellas paredes.

Killian se puso erguido y tenso en cuando Irina le miró. Aunque en sus ojos no había furia ni ira, no reflejaba nada de lo que había esperado. Nada salvo amor, o al menos amor a la manera en que ella amaba.

—¿Qué quieres?— Cuestionó este de mala manera.

Irina pareció sorprenderse.

—Así no se le habla a una madre.— Pronunció ella con afectación en su tono por lo general altanero.

Y entonces fue cuando la Hermana Solitaria a la que habían intentado ayudar se desintegro en una humareda esmeralda. A cada lado de ella, tanto Rhonda como el muchacho se quedaron impresionados.

— Una ilusión de Caléndula para atraeros hacia mí, quizá la conoces, fue quien uso a tu querido amor como una muñeca de trapo.— Estaba hablando de Alma y de cuando esta ayudo sin quererlo en aquella partida de ajedrez para liberar a la reina, Donde al igual que Lysandro no fue más que un peón. —Cariño puedes elegir a alguien mejor, una madre sabe lo que es mejor para sus hijos, puedo conseguirte el corazón de quien desees.

Killian esperaba que al menos no lo dijera literalmente.

— Tú no eres mi madre. Rhonda Green lo es, ella me cuidó, me quiso, me dio un hogar.

Killian estrechó la mano de la mujer a su lado mientras a ella se le saltaban las lágrimas. Fue un golpe muy duro para la pétrea mujer de ojos borgoñas que le miraban atentamente. Crispados por la rabia.

— Y yo lo habría hecho de haber podido.

Estaba confundida y no le gustaba estar confundida. ¿Porque

Killian no quería ir con ella? Ella era su madre, lo demás no importaba, se dijo.

— Pero estabas demasiado ocupada vengándote del mundo.— Killian adelanto un paso hacia ella, devolviéndole en su mirada aquella misma altanería de la que la reina de corazones presumía. — Podrías haber cuidado de mí pero no quisiste, tomaste una corona que no te pertenecía y jugaste a ser de la realeza. ¿Te das cuenta de que te has convertido en tu padre, mi abuelo, el rey Jacobo? ¿Qué sentiste cuando después de tantos años te reclamó para ir con él abandonando a tu madre? Mi abuela debió de haber sido especial si fue a la única que quisiste. Y ahora tú me pides que haga lo mismo.

Un minuto de silencio. Un minuto de silencio en que la tensión pudo haberse cortado con un cuchillo. Killian aunque negara no haber querido saber nada de su verdadera familia, sabía más de lo que aparentaba. Muchas habían sido las noches en las que leyendo había encontrado aquellos nombres escritos. Había pasado su vida, temeroso de quien era, oculto en una torre, pero nunca más.

A Irina se le fueron los demonios, nublándole el poco juicio que aún le quedaba, se abalanzó hacia Rhonda como una demente, agarrándola con ambas manos del cuello. La mujer de cabellos castaños intentó zafarse de ella mientras su espalda chocaba con la puerta. Chillo de dolor e impresión con la voz estrangulada pues el fuego había hecho de aquella puerta el conductor perfecto. El hierro pareció quemar no solo su mugriento vestido si no también su carne blanda y sonrosada.

Killian arremetió contra la reina -mientras Rhonda aún gritaba en su agonía- y ésta en su locura arañó al muchacho con la joya de su anillo. Aquel anillo ponzoñoso. El chico cayó al suelo y comenzó a convulsionarse ante ojos de su padre. Lysandro había llegado demasiado tarde. Sabía lo que ocurriría si Irina se encontraba con él. Lo estropearía. Lo estropearía todo como ella hacía. El pasadizo se quedó abierto en una de aquellas columnas huecas del templo que llegaban al techo abovedado.

— Irina ¿qué has hecho?— Ella se quedó más pálida de lo habitual como una niña a la quien le regaña su padre mientras el músico la zarandeaba con vehemencia. Por primera vez en su vida quiso matarla. Quiso matar al amor de su vida.— Pero ¿qué has hecho?

Rhonda mientras se echaba junto al cuerpo de su pequeño hizo un último esfuerzo por hablar. La vida de Killian dependía de ello. Miró al apuesto hombre de ojos claros y cabello del color del trigo,

podía ver en él todo lo bueno que tenía Killian: una mirada noble y un alma buena. Incluso reconoció en el la forma de su mentón, la forma de su postura cuando se mantenía erguido e incluso la forma de sus anchos hombros. Se dirigió a él cuando habló.

— Allí.— Señaló.— Bajo el altar a Helios tiene que haber flores de Mildías.

Lysandro se quedó extrañado pero no cuestionó a la mujer que tenía delante arrodillada junto a su hijo. Cogió aquellas flores de tallos largos, finos y verdes y de pétalos pequeños y amarillos como el limón. Ver trabajar a aquella fascinante dama le dejó absorto. Sus pequeñas manos trabajaban las flores con maestría, sus ojos brillaban de la emoción, concentrados en la ardua tarea que se le presentaba. Hacía mucho tiempo que no había actuado como una verdadera Hermana Solitaria. Y allí estaba en su templo con la vida de Killian en sus manos. Sus bucles castaños se pegaron a su nuca debido al sudor. Se movía con rapidez a pesar de los latigazos que sentía cada vez que se movía provocada por la quemadura de su espalda.

“Es una mujer fuerte” se dijo Lysandro, ” Y bella”.

Concentrados como estaban cada uno en su pensamientos, ninguno de los dos presenció cómo Irina de Brishot huía por el pasadizo secreto que el músico había dejado a su paso.

26

El tiempo apremiaba en aquella sala cada vez más caldeada. Bajo la lengua de Killian, Rhonda colocó varios pétalos amarillentos de aquellas flores de Mildías, a la espera de que el joven abriera los ojos. Y cuando no lo hizo, el miedo se adueñó de aquellas dos solitarias personas. Tenían el miedo de perderle. Rhonda abrió sus parpados, sus cuencas estaban giradas y miraban a través de la blancura sin rastro alguno de sus iris de rubíes. Lysandro tocó con la yema de sus dedos la fría muñeca de su pequeño allí donde debía palpitar la vena que iba hasta su corazón con una sinfonía rítmica. La música se había ido, había dejado de sonar.

Killian estaba muerto.

***

Los ojos verdes de Alma miraban desde una corta distancia como el fuego se elevaba desde los torreones hasta las nubes de tormenta con una sensación de angustia instalada en su pecho. Pensaba en Rhonda quien a pesar de sus malas formas había conseguido ganarse su confianza y parte de su cariño; y por supuesto, pensaba en Killian. Todos sus pensamientos iban dirigidos al pícaro muchacho de cabello castaño y sonrisa como la blanca leche. Pensaba en sus besos, en sus caricias, en el tacto de su mano sobre la suya. Una mano que había dejado que se soltara. Lo había abandonado, lo había dejado atrás y si algo llegara a pasarle nunca se lo perdonaría.

— Tenemos que llevar la daga al lago de cristal.— Dijo Merlion muy seriamente.— Tenemos que hundir la piedra de Medusa en el agua. Vamos, tenemos que irnos.

Alma no podía creer lo que estaba diciendo. ¿Acaso pensaba que los iba a dejar atrás? Se giró hacia él y le miró con cara de malas pulgas.

— ¿Y abandonarles?— Su voz sonó escandalizada cuando lo dijo. — Yo no me voy a ningún sitio.

Alyssa miró a su hija con un destello de orgullo pero también de tristeza. Si el joven al que amaba su hija no había salido de allí todavía, estaba segura de que ya no lo conseguiría y estaba segura de que Alma lo sabía aunque su amor le nublara el juicio.

— Esperaremos.— Pronunció la princesa con firmeza. —Sólo unos minutos.

***

Espera. Angustia. Fuego. Asfixia.

Lysandro cogió la mano de Rhonda que había comenzado a sollozar. Ésta se soltó mientras el negro humo se colaba por la

rendija de la puerta. Un humo oscuro, espeso y ardiente que los envolvió en un manto de polvo y cenizas.

— Tenemos que irnos.— La voz del músico se le antojó ruda y gélida a la mujer. ¿Cómo pretendía alejarse de allí?

— No podemos irnos, no todavía.-Su voz sonó desesperada, frágil incluso.— Todavía no han hecho efecto las flores de Mildías.

— Vamos, vamos…— Ordenó él mientras cogía a la mujer e intentaba que se fuera de allí. Ella pataleaba, se resistía a sus brazos. No quería marcharse, no quería alejarse. Temblaba y sollozaba con lágrimas gruesas y saladas que se llevaban en su recorrido todo el hollín de sus mejillas.— ¡Mi hijo está muerto!

Ahora era Lysandro el que no podía contenerse. Su dolor brotó de él a borbotones, emanaba por cada poro de su piel, frío, resbaladizo como el agua. Lloró como nunca antes había llorado. Rhonda dejó por fin de resistirse mientras observó como del techo comenzaban a llover las primeras señales de la madera quemada. Las cenizas cayeron en su frente, abrasadoras al contacto.

—Tenemos que salir de aquí.-Dijo al fin.

Lysandro se recompuso como pudo y cogió a aquella desconocida del brazo dispuesto a guiarla entre los entresijos de aquellos pasadizos secretos donde esperaba que el fuego no hubiera penetrado. Hasta que una voz les detuvo. Una débil voz que por un instante creyeron haber imaginado.

— ¿Pensabais…iros… sin… mí?

***

Los delicados dedos enjoyados de una reina desesperada palpaban las paredes que parecían cerrarse alrededor de su cuerpo con la amenaza de aplastarla bajo la piedra. Reconoció su propia pulsera de perlas escondida en una rendija de la pared. Ya había pasado por ahí. Dos veces.

“¿Dónde había ido Caléndula cuando más la necesitaba?” pensó.

Sus pasos resonaron en medio del silencio con ecos lejanos y difusos que se repetían una y otra vez en aquellos pasadizos. Sin embargo otro sonido recorrió aquel largo y estrecho corredor. No estaba sola entre aquellas paredes. La reina corrió sin mirar atrás mientras se deshacía su esmerado recogido. Los mechos azabaches cayeron por su rostro dificultándole la visión. Su respiración se volvió entrecortada mientras giraba a la izquierda, ¿o había sido la derecha? Se quedó inmóvil un segundo en medio de aquella oscuridad cada vez mayor. El ruido de los otros pasos llegó hasta donde ella estaba. Se dio la vuelta rápidamente para toparse cara a cara con su músico apasionado. Aunque de sus ojos había

desaparecido aquella breve brizna de pasión. No solo había perdido a su hijo, había perdido a Lysandro. Lo perdió en el mismo momento en que permitió que aquella corona de espinas hecha en el bosque rozara su oscura cabellera. Lo había perdido en el mismo momento en que decidió a los seres del bosque antes de que a él.

Rhonda ahogó un grito mientras aún sujetaba al débil Killian que había regresado de entre los muertos. Lysandro se interpuso entre ellos y la desequilibrada reina. Después volteó la mirada dirigiéndose a la mujer que con sus conocimientos había salvado la vida de su reencontrado hijo.

— Corred, diez pasos al frente, girad a la derecha y de nuevo a la izquierda. Solo así saldréis de aquí.— Se despidió él.

— Pero…

Rhonda fue a protestar pero aquella mirada de hierro la dejo paralizada.

— Papá…

El susurro de Killian le destrozó el alma pero tenía que ser fuerte. Por el muchacho y por él mismo.

— ¡Corred! Estaré bien.

Y con aquellas palabras ellos se pusieron de nuevo en marcha sin esperar a aquel buen hombre a quien la vida había apaleado. Killian se alejó de él a regañadientes, con el corazón en un puño y un fuerte nudo alrededor de su garganta.

***

— No podemos seguir aquí sin hacer nada.

La voz de Sir Kay sonó autoritaria cuando lo dijo, para él ya habían cedido a los caprichos de la princesa lo suficiente y habían esperado más de lo debido. Alma lo comprendió mientras veía la destrucción ante sus ojos. Sintió la nieve bajo sus pies más gélida que nunca, el silencio roto por el viento más ensordecedor que de costumbre y desolada cruzó los brazos sobre su pecho protegiéndose del frío. No del frío invernal si no del frío que había dejado el vacío de Killian en su ausencia.

— Vámonos aquí no queda nada.— Dijo.

— Nada salvo vosotros.

Caléndula había aparecido delante de ellos, y antes de que reconociera a la muchacha a la que había convertido en lobo, Merlion empujó a Mary Anne con todas sus fuerzas ocultándola tras la espesa vegetación. La chica de cabellos castaños miró al brujo con la confusión reflejada en su rostro. Éste señaló con disimulo la capa de la chica donde había ocultado la daga antes de empujarla lejos de la vista del ser feérico. Mary Anne miró el filo plateado del

cuchillo en el que se reflejaba su propia mirada salvaje. Corrió lejos de allí, lejos de sus amigos, dejándolos atrás sin ninguna otra opción.

Corrió por su vida y por la de ellos.

—¡Tú!— Exclamó Alyssa reconociendo la figura de Caléndula.

Ella rio con un sonido parecido al de los cristales rotos chocando unos con otros.

— Mirad lo que ha traído este día. —Hizo una pausa relamiéndose los labios.-Y yo que creía que este viaje a la fortaleza iba a ser una pérdida de tiempo.

Antes de que ellos parpadearan una sola vez, el ser feérico ya había chasqueado los dedos llevándolos muy lejos de allí; Y no sólo a ellos.

***

Cuando Lysandro volvió a abrir los ojos lo primero que vio fue el rostro de Killian frente a él.

— Hijo estás…

No terminó de formular su pregunta. Reparó en las cuerdas que sujetaban cada brazo de éste a cada reposabrazos de su silla. Uno sentado al frente del otro, separados por una gran mesa con lujosos candelabros. Los ojos del músico repararon también en que alrededor de la mesa había más personas, atadas como su hijo y como él mismo, se dijo mientras miraba las cuerdas que sujetaban sus propias muñecas a su asiento.

La mayoría estaban inconscientes intentando volver en sí, sus cabezas parecían pesar sobre sus hombros, adormecidos, luchando por despertar.

— Has sido un inconsciente Lys.

Irina colocó las palmas de sus delicadas manos sobre los hombros de éste, provocándole en el acto un escalofrío que recorrió todo su cuerpo como un parásito.

— Podrías haberme acompañado en el momento en que te dije que tenía un carruaje esperando.— Hizo una pausa, una pausa en el que el único sonido que se escuchó en aquella sala del castillo blanco fueron los latidos de un músico decepcionado. Decepcionado con los dioses que le habían permitido liberarse del espejo, ¿y todo para qué? Para reencontrarse con un amor que nunca volvería a ser el mismo y con hijo que ni siquiera sabía que había tenido. Un hijo que de haber podido hablar con él seguro que le hubiera despreciado por abandonarle. Pero él nunca lo supo, no fue su culpa acabar cautivo del espejo de la desaparecida Reina Oscura Katrina. “Sólo era un peón en un juego de ajedrez que ni siquiera entendía”

las palabras que una vez le dijo Caléndula pesaron en él como una losa. Soltó un suspiro que Irina entendió como una rendición. Su voz sonó dulce, dulce como lo puede ser un veneno cuando ésta volvió a dirigirse a él.

—No lo hiciste, ¿por qué te empeñas en estropearlo?, ¿por qué me haces esto Lys?

La reina movió la silla de manera que éste quedó frente a ella y no frente a su hijo. La joven de cabellos negros se puso a la misma altura que él mirándole con aquellos ojos que habían sido empañados por el delirio. Y antes de que volviera a hablar, Lysandro inclinó su cabeza hasta que sus labios encontraron el camino de vuelta hacia ella. Hasta que los fundieron en un beso lento, hueco y desesperado. Un beso que anhelaba encontrar el dulce sabor del amor en vez de la amargura del desengaño y de lo que ya era simplemente un recuerdo. Lo único bueno que alguna vez pudo salir de ellos era el muchacho de cabello castaño y ojos borgoñas que estaba allí junto a ellos. Lysandro lo vio más claro que nunca, aquel beso le ayudó a recomponer su corazón roto, Irina de Brishot nunca sería para él. Aquella mujer que besaba no era más que una cáscara vacía con su rostro. Y tenía que alejarse de ella pero antes, tenía que ayudar a su hijo y sus amigos. Por eso dijo lo que dijo:

— Perdóname mi amor. Yo sólo intentaba llegar hasta vosotros, siempre debí haber estado a tu lado. Tendría que haber cogido ese carruaje contigo.

Irina abrió mucho los ojos sorprendida mientras un aleteo nacía en su pecho. Quizás después de todo, podría volver a ser como antes. Todo podría ser como antes.

Estaba ciega cuando se trataba del flautista, viendo sólo lo que quería ver, incapaz de intuir la mentira filtrándose por cada palabra que este le profesaba.

Irónicamente sólo la Sacerdotisa ciega era capaz de ver la mentira que suponía aquel músico. Se adelantó hacia su reina desde el umbral del portón mientras los asistentes a aquella velada seguían incapaces de despertar de su sueño. Recorrió su espiritual visión sobre aquella sala reconociendo la presencia de todos cuanto allí estaban: Sir Kay, El caballero Loco, Alyssa, Alma, Killian y… el brujo. Podía oler su fétida magia manando desde el punto en el que éste estaba. Hécate despreciaba a todo humano que poseía aquellos dones pues para ella no era más que un sacrilegio, si alguien era capaz de conjurar tormentas, enfermedades y plagas debían de ser ellos, los seres del bosque y no unos simples y delicados humanos

señores de castillos. Por suerte, muy pronto las tierras de Aravelia sucumbirían ante ellos y desde allí se extenderían hacia Erlaria y Suranta. Nunca más estarían bajo el yugo de unos seres inferiores. Ya habían incendiado la aldea de Valrres y masacrado el camino hasta la ciudad Blanca, se habían desecho del corazón de aquellas tierras y cerca estaba el momento en que se alzarían sobre los demás reinos que asustados no habían acudido en ayuda de aquella ciudad que había sufrido bajo sus manos.

Y cuando todo esto sucediera, Hécate se libraría del incordio que suponía Irina de Brishot que no era más que una mestiza. Una vergüenza para su raza al igual que Irladea fue una vergüenza para ellos. Yacer con un humano. Bien merecida tenía su muerte, una muerte que provocó la Sacerdotisa Ciega, pues era ella el verdadero monstruo de esta historia. Un monstruo que cuando todo terminara se colocaría sobre su cabello de sangre la corona de Reina. No más reinas oscuras, no más reyes dragón, no más reinas de corazones… al final la historia sólo la recordaría a ella, la titiritera en las sombras de un mundo oscuro perfecto a su modo: la Reina Ciega.

27

Hécate fantaseó con aquella idea un poco más de tiempo, saboreándola en su paladar como un manjar exquisito hasta que la reina interrumpió el hilo de sus pensamientos. La sacerdotisa ciega vio como la reina desataba las cuerdas de Lysandro mientras los demás comenzaban a despertar.

—Mi señora, no creo que sea…

La mirada de acero de ella lo dejó bastante claro. Irina prefería la compañía de aquel músico a la suya. Ninguno de los dos —Lysandro y Hécate— llegaron a comprender nunca que Irina de Brishot sólo se elegía a ella misma, que se movía por impulsos según lo que le parecía correcto en cada momento. Para Irina ella estaba haciendo lo correcto porque aquellas gentes merecían su ira. Le habían hecho daño y ella hacía daño, si le daban amor ella lo devolvía a su modo. Y si trataban de alejarla o de engañarla, ella de algún modo se ponía siempre un paso por delante. Por ello echó de la sala a la mujer feérica de cabello pelirrojo y cuernos de dorado ámbar. Sabía que la Sacerdotisa Ciega se opondría al juego que estaba a punto de iniciar. En su lugar hizo llamar a Caléndula lo que provocó que cuando ambas se miraron al cruzar la puerta, la primera sintiera una punzada de celos. Hécate nunca había correspondido a Caléndula de la manera en la que ella quería y parecía que había llegado el momento en el que ésta se había cansado poniendo como objeto de admiración a la Reina Irina. Un motivo más para que la sacerdotisa la odiara en secreto.

—¿Mi señora?— Preguntó la bella feérica de cabellos morenos y sensuales formas. Al ver que las personas que había traído consigo comenzaban a removerse en sus asientos, preguntó. —¿Quiere que vuelva a hacerlos dormir?

Irina negó con la cabeza, haciendo que mechones de su cabello suelto le hiciera cosquillas en su cuello, erizando su piel por todo el escote hasta ocultarse bajo el vestido. Caléndula miró su piel erizada mientras un leve rubor aparecía en sus mejillas cenicientas. Pero ella no era de las que se acobardaban así que no apartó la mirada, cosa que a Irina le agradó.

—Quiero que los liberes de tu hechizo de sueño. Los quiero despiertos para la ocasión.—Pronunció mientras Lysandro librándose aún de las cuerdas intentaba no pensar en lo que la Reina de Corazones y Espinas tenía planeado.

***

Un primer tueno y después otro y otro hasta que comenzó a llover. Mary Anne alzó la vista hacia el cielo y una gota helada cayó

sobre su mejilla dando la impresión de que había estado llorando. Pero no, porque lo que Mary Anne había estado haciendo era mucho más importante que eso. Su capa roja ondeaba como una bandera mientras ella corría sobre el barro, las hojas, la nieve y una naturaleza abandonada. Nadie en Aravelia creía ya en el lugar a donde ésta se dirigía: el lago de cristal. Aquel lago cercano a los recientes escombros de la Fortaleza Solitaria estaba rodeado de historias y cuentos de viejas. Cuentos que se habían dejado de contar. Los ancianos morían, los niños crecían y éstos convertidos en hombres hacía mucho que habían olvidado de sus mentes aquellas historias para hacer hueco a lo que de verdad importaba: Cuál era la cantidad de harina exacta que debían de dejar en el molinero o cuál era la mejor manera de tener una buena cosecha ese año. Pero si Merlion aún creía que ese lugar existía, ella lo creería entonces con más fuerza incluso que él.

Fue así mientras lo deseaba de corazón, mientas su capa ondeaba y ella corría, que se topó de cara con un lugar que ya nadie buscaba.

***

— Un juego, sólo un último juego, nadie dijo que la muerte podía ser aburrida.

La voz de Irina se elevó por encima de los truenos. Les había obligado a salir al jardín a pesar de la tormenta que oscurecía el cielo. Estaban calados hasta los huesos pero la Reina Irina no parecía notar el frío ni siquiera parecía notar que estaba lloviendo. Era ajena a cualquier cosa que no fuera su juego.

“Parecía una loca jugando con ellos como si fueran títeres” pensó Sir Kay al lado de Alyssa. La miró de reojo pero detenidamente, como él, sus muñecas estaban sujetas por cuerdas, su cabello rubio se había vuelto más oscuro por la lluvia, lo llevaba empapado al igual que su vestido blanco que parecía pegarse a ella como una segunda piel. Parecía que a ella tampoco le afectara porque miraba a Irina con la mirada fija, sin ningún tipo de expresión. La miraba casi sin apenas pestañear, sólo las musas podían saber que era lo que se le pasaba por la cabeza. Sir Kay siguió la dirección de su mirada hacia la figura de la reina. Él tampoco apartaría la vista si se tratara de su hija.

— Así que esta es tu dulce retoño.— Dijo mientras recorría la garganta de la princesa con un fino cuchillo.— Sería una pena que alguien te la quitara como hiciste conmigo. Fue muy cruel de tu parte encerrar a una mujer embarazada en aquel hoyo infestado de ratas.

El filo brillante y cortante abrió una fina herida en su piel de la que apenas resbalaron dos gruesas lágrimas rojas. Alma se mordió la lengua, obstinada a pronunciar quejido alguno. Cerró los ojos con fuerza y respiró hondo intentando aguantar las ganas que tenía de gritar. Sin embargo sí hubo alguien que gritó. Su voz se alzó sobre el eco de los relámpagos. Una voz que nadie pensó escuchar aquella noche de tormenta. El grito del rey Draco Pentrose montado a caballo con su armadura escarlata de dragón refulgiendo como la sangre.

Un grito de guerra.

***

La lluvia repiqueteaba sobre aquella superficie helada. Una gota y después otra y otra, que al chocar contra el hielo producía un sonido cristalino, delicado y lleno de matices. Mary Anne se apartó el pelo mojado de la cara para ver mejor. Para observar mejor aquel lugar que nada tenía que ver con los cuentos que se habían contado. Allí no había libélulas de alas brillantes, ni espíritus del agua que hacían figuras sobre la orilla. No había música ni artificio. Sólo era un lago, tampoco demasiado grande pero obviamente de mayor tamaño que las zanjas y charcos que había visto en el interior del Bosque Frondoso. La joven cogió su arco firmemente entre sus dedos. Tanto silencio, tanta tranquilidad la ponían nerviosa. Anduvo lentamente sobre aquella superficie de agua congelada atenta a cualquier indicio de peligro. Pensaba que tal vez si andaría hasta el centro del lago, Brunilda saliera de su escondite. Las leyendas de los bardos siempre habían coincidido sobre lo que atenía a aquella mujer, la Dama del Lago. Ésta era la última de un linaje de protectoras de la naturaleza, de extremada belleza y de ingenio aún mayor. Mary Anne apretó la daga del primer hombre contra su pecho muy fuertemente mientras que con la otra mano se ponía el arco colgando del hombro. Quizás aquella mujer se tomara como una ofensa su necesidad de protegerse, quizás por eso no aparecía.

“O quizás es que no existe” habló la vocecilla de su cabeza. Se miró los pies, según Merlion, la daga y con ella la piedra roja de Medusa debía ser sumergida en el corazón del lago. Allí en el fondo oscuro y palpitante de aquellas aguas se liberaría la magia que contenía aquella misteriosa piedra capaz de destruir toda una raza. ¿Pero cómo iba a hacerlo? Aquel lago congelado por la nevada debía de tener por los menos tres palmos de grueso hielo. Y entonces como si alguien hubiera estado escuchando sus pensamientos, el hielo se fragmentó bajo sus pies.

El agua helada la dejó sin aliento, inundando por sorpresa su cuerpo que parecía hundirse rápidamente como un ancla de algún desvencijado barco. Sintió como si miles de astillas se clavaran en cada poro de su piel. La tela roja de su capa, brillante bajo las aguas se cerró sobre su cuerpo como un pétalo de un tulipán aún por florecer. Sintió que se ahogaba mientras apretaba con las débiles fuerzas que le quedaban aquella daga con empuñadura de serpiente. La piedra roja refulgía bajo el hielo con un débil resplandor palpitante. Palpitante como el corazón de la joven. Ambos parecían sincronizados y cuando aquel resplandor se fue apagando débilmente, Mary Anne fue cerrando a su vez los párpados de manera inconsciente.

Fue entonces que una voz se introdujo en su cabeza. Una voz susurrante y misteriosa.

"Existe sobre la tierra un ser bípedo y cuadrúpedo, que tiene sólo una voz, y es también trípode. Es el único que cambia su aspecto de cuantos seres se mueven por tierra, aire o mar. Pero, cuando anda apoyado en más pies, entonces la movilidad de sus miembros es mucho más débil"

El acertijo.

Bajo aquellas aguas heladas la Dama del Lago había decidido dejarse ver o al menos dejarse escuchar. Mary Anne abrió un poco los párpados sólo para observar la negrura a su alrededor. Algunos pececillos le rozaron los tobillos mientras ella intentaba llegar hasta la superficie. La palma de su mano golpeó la capa de hielo bajo la que estaba atrapada una y otra vez. Quizás si todavía tuviera sus garras podría haber fragmentado el hielo pero no… Ahora que lo necesitaban sus manos eran suaves y con finos dedos. Un pensamiento fugaz se apareció ante ella mientras exhalaba pequeñas burbujas de aire. Podría haber usado su arco para intentar romperlo pero éste había desaparecido sin remedio en las profundidades del lago.

"Se acaba el tiempo, apenas te queda oxígeno y no quieres acabar como ellos" habló de nuevo la voz de Brunilda.

Una mano huesuda le cogió del tobillo mientras otras tiraban de su capa e irremediablemente la joven gritó, sin apenas darse cuenta de las consecuencias que traería. Tragó agua hasta lo más hondo de su estómago. Cientos de esqueletos de viajeros anteriores a ella la arrastraban hacia la oscuridad mientras ella intentaba permanecer consciente.

¿Qué era lo que le había dicho Brunilda? ¿Qué ser provisto de voz es de cuatro patas, de dos y de tres?

“El hombre” pensó, “¡El hombre!” gritó en su cabeza.

Y entonces todo se volvió negro.

Mary Anne vomitó una gran parte de agua sobre la hierba helada. Respiró a grandes bocanadas inundando sus aliviados pulmones, moviendo su pecho con rapidez arriba y abajo. Por un segundo olvidó donde estaba, por un segundo olvidó hasta quien era. Sus dedos engarrotados aún sujetaban la daga como si ésta fuera una extensión más de sí misma. Sin embargo la notó distinta en su mano, más liviana, más corriente. Abrió los ojos mientras su respiración volvía lentamente a su estado natural.

—Has pasado la prueba.— Una voz penetrante y femenina captó su atención.— Has resuelto mi acertijo.

La Dama pronunció todo aquello con la piedra de Medusa en sus manos. Mary Anne miró el cuchillo desprovisto del rojo palpitar de aquella piedra antigua y poderosa traída por una musa para el primer hombre. Luego miró a Brunilda mientras se incorporaba lentamente del suelo junto a la orilla, toda ella temblando bajo su capa roja. La Dama del Lago no era como las leyendas habían descrito, era mucho más que eso. No sólo era una mujer de increíble belleza, ella formaba parte de las mismísimas aguas. El hielo había desaparecido y la corriente parecía formar su vestido, translúcido, brillante y constantemente fluyendo con el movimiento acompasado del agua. Mary Anne nunca había presenciado algo divino pero sin duda se parecería bastante a lo que sus ojos veían en aquel momento.

—La piedra… los feéricos…—Su voz sonó ronca y dolorida.

Aquella mística dama la miró con ternura y sonrió. Ella sabía muchas cosas. No había necesidad de decir nada más. Brunilda volvió a hablar y esta vez, como si su voz melodiosa no fuera suficiente, sus palabras denotaron gran solemnidad.

“De piedra son sus corazones, de piedra son sus almas, que así sea pues, de piedra sus cuerpos.”

La piedra de Medusa se partió en dos sobre sus manos; las mismas manos que dejaron caer ambas mitades hasta las profundidades del lago de cristal.

Y allí, en ese instante, en el instante en que la piedra partida tocó el fondo, se produjo una neblina más oscura que la profundidad del lago.

Se produjo lo imposible.

28

El rey Draco sonrió cuando el filo de su espada atravesó el esternón de aquella criatura de reptilianas formas. Ni siquiera pudo deducir si se trataba de un hombre o una mujer cuando la sangre de su oponente le salpicó el rostro. Hasta aquella sangre era demoníaca, negra y espesa como la de una cucaracha. El grito del ser feérico le retumbó en el interior de su propia alma y se quedó observando el negro de sus ojos mientras se opacaba. El brillo de unos colmillos a través del rabillo del ojo le llamó la atención advirtiéndole del peligro. Un íncubo había acabado con la vida de varios de sus hombres y ahora le miraba fijamente con sus labios impregnados en sangre. No le había bastado con matarles. Los había devorado.

En aquel jardín del Castillo Blanco se llevaba a cabo la más cruenta batalla registrada en los últimos años. Y es que no luchaban contra caballeros, luchaban contra monstruos. Hacía rato que Irina de Brishot había desaparecido de su vista bajo aquella lluvia de acero, de sangre y de sudor. Draco miró a su alrededor girando sobre sí mismo mientras su acero se encontraba con el cuello de aquel íncubo que se abalanzaba hacia él. Lo decapitó antes de que aquellos colmillos llegaran a su propia carne, incluso antes de que llegaran apenas a rozar su armadura escarlata. La cabeza rodó hasta chocar con los otros cuerpos. Vio a algunos de sus hombres inertes sobre la hierba y el barro húmedo con los cráneos partidos o convertidos en un amasijo sanguinolento pasto de las moscas que había inundado el jardín atraídos por la pestilencia y la barbarie. También vio con asombro como por cada criatura de aquella raza pagana del bosque que moría, parecían surgir dos más. Intentar acabar con ellos era como intentar luchar contra la Hidra de Lerna. Una lucha que podría durar eternamente a ese paso ¿y quién ganaría? Sólo la muerte.

El rey dragón rezó mientras corría por aquel particular campo de batalla espada en mano y grito de guerra en el pecho.

“La muerte siempre gana pero juro ante los dioses y las musas que esta noche yo venceré”

“Respira” se dijo mientras se tapaba los oídos para no escuchar los gritos. Empezó a contar tal como Claudine le había enseñado para calmar los nervios de su corazón, el miedo de sus huesos y el temblor de sus extremidades. “Uno, respira, dos, respira, tres, respira, cuatro…”

—¡ALMA!

Alguien gritó su nombre, incluso con sus ensangrentadas manos

sobre las orejas pudo escucharla. Asomó la cabeza desde su escondite, oculta entre los rosales y sus zarzas de espinas. Ella no era una guerrera, no había sido educada en las armas ni en las estrategias y nunca había sido testigo de una guerra. ¡Por las musas si incluso se negaba a estar presente en las justas! Era valiente pero no estúpida. Sólo intentaba no ser un estorbo ni morir en aquel caos creado por el ejército de la ciudad vecina que había acudido al auxilio. Su madre en cambio bien podría haber sido una de las valkirias de Erlaria, aquellas tierras al norte donde las mujeres luchaban al lado de los hombres. Había cogido una de las espadas de los caballeros caídos de la Ciudad del Dragón y sus brazos se movían con agilidad rasgando el vendaval nocturno y la piel de todo aquel que se acercara a ella. Ella sí era una guerrera, pensó con admiración. A sus espaldas, agazapado como un niño estaba el caballero loco. Podía verlo, balanceándose sobre sus rodillas.

—Alma llévatelo de aquí.— Gritó Alyssa en dirección a la princesa.

La joven se aseguró de correr tan rápido que no pudieran interceptarla. Se agachó cuando una espada le rozó en la oreja dejando el eco del vibrar del acero resonando en su oído. Resbaló cuando pisó algo que ni siquiera pudo identificar de tan cubierto que estaba de sangre y suciedad. Quizás fuera algún miembro cercenado o algún órgano de esos que tanto costaba nombrar. Pero a pesar del peligro no se detuvo. Llegó junto a Calaghil mientras buscaba a Killian con la mirada. Hacía rato que lo había perdido de vista. El chico había corrido tras Irina en cuanto se hubieron soltado sus cuerdas. Y no lo había vuelto a ver. Tampoco a Rhonda ni a Merlion. Esperaba que estuvieran a salvo.

Cogió a El caballero loco de su desvencijada cota de malla estirando de él para que se levantase.

— ¡Vamos!— Exclamó mientras giraba la vista de nuevo hacia su escondite. Tenía que alejarlo de allí.

— ¿Es la hora ya del té?

Lo escuchó preguntar mientras la muchacha le obligaba a correr tras ella. Entonces lo sintió, como unas garras se clavaban en su vientre. Cayó al suelo en el acto. Calaghil se le quedó mirando como si no entendiera lo que estaba pasando.

— ¡Corre! escóndete, ¡vete, vete!— Chilló ella.

Por un segundo, un destello de lucidez. El caballero corrió hacia la rosaleda tal y como le había ordenado la princesa. Y en aquel momento con la cordura y sensatez brillando en sus ojos su vida le fue arrebatada de un plumazo. O mejor dicho, de unas garras.

Caléndula con sus majestuosas alas extendidas miraba a Alma mientras el cuerpo del caballero loco caía al suelo. La criatura se acercó unos pasos a ella mientras ésta se alejaba. Se levantó con dificultad y echó a correr con su mano izquierda presionándose el vientre y la herida. Por él rabillo del ojo le pareció ver la cabellera castaña de Killian desaparecer a la entrada del laberinto de setos. Alma lo siguió dejando atrás a Caléndula y dejando a su vez el rastro de su propia sangre.

Irina de Brishot corría intentando resguardarse de aquella guerra que la había pillado con la guardia baja. Deseaba tanto ver el sufrimiento en los ojos de Alyssa que quedó ciega ante posibles ataques. Se sentía estúpida pero por encima de todo se sentía traicionada. En cuanto el ejército de Draco hubo pisado la ciudadela, Lysandro se había posicionado en el bando contrario. Aunque era algo que llevaba un tiempo temiendo, ya lo había perdido con el incendio de la fortaleza solitaria pero pensaba que tenía algo de esperanza. Se equivocaba.

Torció a la izquierda, a la derecha y de nuevo a la izquierda hasta internarse en aquel corazón laberíntico. Se quedó quieta un segundo mientras cogía aire. Un segundo que le bastó para escuchar unos pasos detrás de su espalda. Se apartó antes de que Killian la atravesara con el filo de una espada. Si antes se había sentido traicionada, no logró describir la derrama de sentimientos que fluían en ella tras aquel escueto intento por herirla. Aunque de entre todos aquellos sentimientos notó lo que sería una punzada de orgullo.

— Digno hijo de tu madre.— Digo ella mientras le miraba fijamente.— Intentar asesinar a tu progenitor.

Aquellas palabras hicieron estallar de rabia al muchacho que intentó arremeter contra la reina de nuevo. Ella lo empujó contra el seto con la ferocidad de un animal salvaje.

—Me pregunto si todos los hijos son igual de desagradecidos.— Pronunció mientras cogía la espada de Killian que había caído al suelo estrepitosamente.— Toda una vida buscándote, todas las muertes en tu nombre. Todo para nada. ¿Tanto rencor me tienes?

Killian gritó de impotencia antes de arremeter contra ella de nuevo esta vez desarmado. Forcejearon durante unos instantes absorbidos por su propia guerra personal. El joven miraba a aquella mujer y no hacía más que culparla de todas las desgracias que había vivido a lo largo de su vida. Había sido perseguido, había sido juzgado, insultado, encerrado en una torre… quizás no era tan distinto de todo lo que le había pasado a ella, marginada por la

nobleza y encerrada en una celda pero no eran iguales. Su corazón no era tan oscuro gracias al amor de Alma.

— Vamos ¿a qué esperas?— Le preguntó ella mientras le devolvía la espada.— Mátame, mátame y serás el monstruo que estabas destinado a ser. Mátame y serás como yo. Nunca te sentirás en paz. Nada será suficiente, ni siquiera el amor. Te sentirás vacío y muerto. Hazlo. Hazlo y te convertirás en mí.

Por un segundo Killian estuvo tentado, luchó durante los momentos más angustiosos de su vida. Debatiendo si era más fuerte la ira o la compasión. Enfrentándose a sus temores.

—¡Killian no!— El grito de Alma hizo llamar su atención. Estaba herida y sus ojos se encristalaban por el esfuerzo de mantenerse erguida.— Si lo haces no hay vuelta atrás.

El chico observó su mano temblar y después miró a ojos de su madre. No merecía la pena vender su alma a aquella oscuridad sin retorno. Si la asesinaba no habría vuelta atrás, no habría redención para él.

En medio de aquella triste escena una niebla oscura se cernió sobre el cielo, una niebla que envolvió aquella batalla y baño de sangre silenciándola por completo. Los gritos enmudecieron, el acero contra el acero dejó de escucharse y todo quedó reducido a una calma inquietante envuelta en la bruma. Ocasión que dio a Irina la oportunidad de alejarse. Killian fue tras ella hasta que la rubia le detuvo a la entrada del laberinto señalando el jardín. Los caballeros que quedaban en pie se miraban extrañados y confusos pero aliviados. En el lugar donde antes habían estado sus enemigos se alzaban estatuas. Estatuas de piedra, majestuosas y bellas.

Belleza donde antes había muerte.

“Mary Anne lo ha conseguido” se dijo Merlion mientras con la yema de los dedos recorría el rostro de piedra de la sacerdotisa ciega. Un rostro que reflejaría eternamente la sorpresa. Empujó con todo su ímpetu la figura que se partió al chocar contra el suelo. Ya no quedaba nada de aquella raza antigua del bosque. Nada salvo aquellas estatuas muertas. De piedra habían sido sus almas, de piedra habían sido sus corazones, de piedra serian eternamente sus cuerpos.

En el seno de la confusión Irina se encerró en su antiguo torreón, lo que había presenciado en el jardín de las rosas no era más que su final, gracias a que su sangre era mestiza no había acabado compartiendo el mismo destino que ellos pero sabía que su alma era tan de piedra como las suyas. Se había escondido en aquel rincón del castillo pero sabía que pronto irían a por ella. Sin ejército, sola y

abandonada volvía a ser una simple invitada entre aquellos muros. Se sentó en el asiento de cojines de terciopelo. A la espera. Aunque ese tiempo de soledad y abandono a sus miedos fue breve. Miró al joven apuesto que había entrado a su alcoba y cerrado la puerta tras él.

— Lysandro, me has traicionado.— Su voz sonó rota, acabada.

— No.— Él negó con la cabeza. No podía creer que a esas alturas todavía no aceptara que toda su desgracia solo había sido culpa de sí misma y así lo expresó.— Has sido tú quien se ha traicionado a sí misma. ¿Dónde está la alegre chica que conocí aquella noche en el baile?

La joven elevó la mirada de sus propias manos que descansaban en el regazo de aquel vestido lujoso.

— Murió en el mismo instante en el que se dio cuenta de que no podía ser salvada.— Contestó mientras giraba la mirada de su vista. — Déjala marchar. Esta es quien soy ahora.

Lysandro suspiró mientras cogía una copa de la mesa y con la jarra que había junto a ella, la llenaba de vino hasta el borde. Dio un trago mientras la reina seguía con la mirada apartada del músico. Casi sin pensarlo echó en el oscuro y el escarlata líquido los pétalos de belladona que había cogido de la fortaleza solitaria antes de que ardiera en aquel instante en que buscaba el antídoto para el veneno de su hijo. Colocó la copa frente a la vista de ella sin mediar una sola palabra.

Irina arrugó la nariz ante el olor dulzón de la flor violácea de belladona. Conocía bien el aroma del veneno, el mismo que había utilizado con su padre. Alzó la copa en un gesto hacia su amado. La Reina sorbió a continuación de su plateada copa de vino sabiendo lo que vendría. Podía decirse que era incluso poético. Estaba cansada, cansada de luchar por una vida que nunca tendría porque ella no era la misma desde que en su camino se encontrara con la nobleza.

“Déjala marchar” se repitió en su cabeza antes de cerrar sus párpados para siempre. Una única lágrima caía por su níveo rostro y de su mano resbaló aquella preciosa copa. Para cuando se estrelló contra el suelo, la Reina ya estaba muerta.

Lysandro recordó la pregunta que ésta le había hecho hacía ya tiempo atrás, nada más salir de la Galera del viento. Escuchó su voz en su memoria una última vez “¿Pudo haber sido hermoso verdad?”

— Tenías razón.— Pronunció dando la espalda a la mujer que una vez había encontrado la felicidad entre sus brazos. —Pudo haber sido hermoso.

EPÍLOGO

Celebraron el funeral del que había sido rey y padre, Dorian Vipond, en aquel mismo jardín de exuberantes rosas que había sido testigo de la extinción de una raza ponzoñosa para sus bellas tierras así como días después se celebraron los funerales de todos los que habían perdido la vida. Incluso Irina de Brishot fue enterrada en una ceremonia silenciosa que se llevó a cabo en los monolitos del bosque que ahora permanecían abandonados. Aravelia se vistió de luto y enmudeció durante meses ante el asiento vacío del trono que había sido para el monarca. Un asiento que a día de hoy pertenecía a la princesa Alma compartiendo con su madre el peso de la Ciudad de Piedra —pues ahora así la llamaban debido al jardín en el que descansaban las estatuas— hasta el día de su boda, un día en el que se proclamaría reina. Un día que no tardaría en llegar a juzgar por el anillo que lucía en su dedo.

El destino caprichoso había decidido poner una corona sobre la cabeza de Killian de Brishot cuando no lo había buscado, ni siquiera imaginado. Él heredaría la corona que tan cruelmente había destruido a su madre. Sin embargo algo tenía muy claro: no seguiría sus pasos. No sería un monstruo. Solo sería él mismo: con la humildad propia de quien no había tenido nada, con el amor del que había sido bendecido, con la creatividad con la que había pintado murales en su pequeña torre. Creatividad y pasión que había heredado de su padre a quien había aceptado en su vida después de la muerte de la Reina de corazones. Todavía se estaban conociendo, llegando el uno al otro a través de la música. Descubrió para su sorpresa que tenía un gran talento para el violín. Y descubrió también otras cosas y muchas más que no sabía, pero lo que más le alegró ver fue como un sincero cariño surgía entre Rhonda y Lysandro que pronto ocuparon la torre del valle donde una vez Killian había sido feliz.

Bajo el follaje de colores vivos y vibrantes, de verdes como las esmeraldas, los guisantes y la menta, el joven de ojos borgoñas acariciaba las cuerdas del instrumento con el arco mientras, junto a él, su padre hacía sonar aquella flauta de plata que una vez había creído perder. El sol mecía el bosque en una calidez perpetua y en una melodía de esperanza creada directamente de las almas de aquellos dos hombres. Atrás había quedado el invierno, el frío y la guerra. Atrás había quedado el miedo aunque el dolor por la pérdida seguía vivo en sus corazones. Sin embargo ese día no celebraban el dolor si no la victoria de un sentimiento mucho mayor, el amor.

La boda de Merlion y Mary Anne transcurrió en el bosque, rodeados de amigos y familiares. Richard Hollygrant llevó a su hija del brazo hasta el arco de flores de Mildías donde el joven hechicero esperaba a su intrépida loba. Porque si hoy reinaba allí la alegría había sido gracias a ella, la chica de la capa del color de las fresas que como no podía ser menos lucía para la ocasión sobre aquel simple vestido blanco de largas y bordadas mangas. Aunque aquella capa era ligeramente distinta de lo que tenía acostumbrado, de seda escarlata con bordados y gemas en cada ribete. Un regalo de la princesa a quien, gracias al pacto de una musa y una desesperada madre, se habían unido como hermanas.

Merlion descubrió el rostro salvaje y bello de la joven dejando que la capucha roja cayera por su espalda. Los votos nupciales que a este gesto le siguieron hicieron emocionar a los invitados. Alma se enjugó las lágrimas mientras escuchaba atenta las palabras que relataban el amor que unía a aquellos que nunca pensaron encontrarse salvo en sus sueños; Miró a Killian que había dejado el violín junto a uno de aquellos árboles y se dirigía a ella para besarla dulcemente en el momento exacto en que la otra pareja también lo hacía. Los árboles mudos fueron testigos de la dicha que parecía provenir de cada rincón del Campamento de los Hombres Libres. Aquello hizo pensar a la joven de cabellos dorados mientras se perdía en los profundos rubíes de su verdadero amor. No sólo aquel campamento se enorgullecía de tener hombres libres, ahora cada niño, cada mujer, cada hombre incluso cada animal de aquellas tierras respiraban tan libres como ellos. Libres de aquellas criaturas que nunca debieron abandonar el corazón oscuro y olvidado del bosque.

Habían convertido Aravelia en un país de maravillas.

Inconscientemente la joven se llevó una mano a su incipiente vientre redondeado donde al igual que en la tierra bajo sus pies, crecía la vida. Todavía era demasiado pronto para saber el sexo del bebé. Pero la princesa intuía que sería una niña.

Una niña a la que llamaría Alicia.

LA AUTORA

Andrea P. Muñoz nació en Alicante (11 de abril de 1993) y creció en Petrer. Graduada con el Título de Bachillerato por el I.E.S La Canal, en la especialidad de Humanidades, cursó estudios de Arte Dramático en la Escuela Superior de Murcia. Aunque actualmente continúa su enseñanza educativa en el mundo del maquillaje profesional y la caracterización para efectos especiales en el terreno audiovisual de mano de la conocida y premiada escuela Arriero&Quetglás.

Con la vena artística que la caracteriza, ha escrito varias obras teatrales, entre las que destaca 'Un destino que cumplir' (2010), estrenada ese mismo año junto al grupo de teatro amateur "Cornomusa Teatre" en el Teatro Cervantes de Petrer. Sus primeros escritos exploraron la fantasía y el romance paranormal. Época en la que algunos de sus relatos cómo "Entre los recuerdos" quedaban seleccionado en el II Concurso de Microrrelatos organizado por la Editorial Letradepalo para su posterior edición en papel a principios del año 2014. Al igual que en ese concurso, su microrrelato 'La espera' se publicó en la antología 'Pluma, tinta y papel'de la organización Diversidad Literaria al año siguiente en Marzo de 2015.

Con 'Hija de Reyes' primer volumen independiente y autoconclusivo de la Serie Fae explora su pluma más imaginativa. Una novela de aventuras y fantasía con tintes románticos que entrelaza el folclore de los cuentos de hadas, las leyendas populares y el misticismo de la mitología griega. Una combinación que no dejará a nadie indiferente.